Para leer LOS PADRES DE LA IGLESIA

Adalbert-G. Hamman

Nueva edición revisada y aumentada por Guillaume Bady








Desclée De Brouwer

Para leer

LOS PADRES DE LA IGLESIA

Título original francés:
Nouvelle édition
Pour lire les Peres de l'Église

Traducción:
Santiago García Rodríguez

Henao, 6 - 48009 Bilbao
www.edesclee.com
info@edesclee. com

Impreso en España - Printed in Spain
ISBN: 978-84-330-2304-9
Depósito Legal: BI-610/09
Impresión: RGM, S.A. - Urduliz

Adalbert-G. Hamman

Para leer
LOS PADRES DE LA IGLESIA

Nueva edición revisada y aumentada

por Guillaume Bady

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO
2009

Para ver claro hoy, hay que interrogar la Tradición que viene de los apóstoles.

Ireneo de Lyon

Las montañas y los mares separan a los Padres, a los unos de los otros,
pero la distancia no impide su armonía.
Todos han sido guiados por la misma y única gracia del Espíritu.

Cirilo de Alejandría

Quien desee llegar a ser un hábil teólogo, que lea y relea los Padres.

Bossuet

Yo no dejo de preguntarme qué habrían hecho los Padres en mi lugar,
ellos cuyos libros llenaban mi habitación, cuyo nombre salía continuamente
al encuentro de mis miradas.

Bossuet

Cada vez que, en nuestro Occidente, florece una renovación cristiana,
tanto en el orden del pensamiento como en el de la vida
(y los dos órdenes van siempre unidos), ha florecido bajo el signo de los Padres.

Henri de Lubac

Ser fiel a la Tradición, no es de ningún modo repetir y transmitir literalmente
las tesis de teología, sino más bien imitar de nuestros Padres en la fe
su actitud de reflexión íntima y su esfuerzo de creación audaz,
preludios necesarios de la verdadera fidelidad espiritual.

Hans Urs von Balthasar

Introducción

Los Padres en la fe

Innumerables y únicos, los llamados "Padres de la Iglesia" han engendrado en la fe a todas las generaciones futuras de creyentes. El término padre designaba, primero en la Biblia y luego en el cristianismo primitivo, al maestro que enseña a un discípulo "llamado también hijo de aquel que le enseña" (Ireneo, *Contra las herejías,* IV, 41, 2). Como la enseñanza en la Iglesia competía por derecho al obispo, éste recibió el título de padre. Por extensión, el mismo título les fue aplicado a los monjes y a los ascetas, considerados formadores de discípulos.

Por esta razón el título se aplica de modo particular a aquellos que, formados en su mayor parte en la cultura grecolatina clásica y convertidos en edad adulta, fueron monjes, sacerdotes, obispos, y ante todo pastores de la iglesia.

Un Padre no está nunca solo, sino que está siempre, en cuanto obispo, en colegialidad con los otros. Hoy incluso decimos, en plural, "los padres del concilio", a ejemplo de los del primer concilio ecuménico reunido en Nicea (en la actual Turquía) en el 325.

En sentido estricto se reserva generalmente el título de "Padre de la Iglesia" a los escritores cristianos que responden a las cuatro características siguientes:

• **antigüedad:** la época de los Padres, que los antiguos tendían a prolongar hasta el siglo XV (de donde el nombre de patrología dado a colecciones antiguas), hoy se cierra comúnmente en Occidente con Gregorio Magno (t 604) o Isidoro de Sevilla (t 636), o a veces con Beda el Venerable (t 735). En Oriente la frontera es más imprecisa. Ordinariamente se piensa que Juan Damasceno (t 749) es el que cierra la era patrística. Sea lo que sea, es un dato significativo la pertenencia a la época de los siete primeros concilios ecuménicos (antes del Nicea I, en el 325, y hasta el Nicea II, en el 787).

• **santidad** de vida

• **universalidad,** o conformidad de su enseñanza con la de la Iglesia universal

• **aprobación de la Iglesia** que cita oficialmente su doctrina.

Algunos, que no cumplen satisfactoriamente estos criterios, como Tertuliano u Orígenes, y que a veces son calificados como **"escritores eclesiásticos",** están considerados, a pesar de todo, como Padres en razón del valor de sus obras.

Otros han sido reconocidos como poseedores de una enseñanza eminentemente ejemplar para la Iglesia; éstos han recibido, igual que otros posteriormente (como santa Teresa de Lisieux) el título de **Doctores** de la Iglesia. Así Ambrosio, Jerónimo, Agustín y Gregorio Magno entre los Latinos, Atanasio, Basilio, Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo entre los Griegos.

El estudio de los Padres se llama patrología o patrística. El término **patrología** fue creado en 1653 por el luterano Jean Gerhard. Designa el estudio de las literaturas cristianas antiguas. El acento recae sobre la historia literaria: biografía, obras, valoración crítica. **Patrística** es en su origen un adjetivo que caracteriza la teología. Generalmente se reserva el término para el estudio doctrinal y la historia de las ideas.

Evangelizadores e hijos de los apóstoles

Los Padres se consideran a sí mismos como los hijos de los apóstoles y a su vez se convierten en los artífices de la evangelización. Hablan y escriben en la lengua usual del medio: **el griego** (sobre todo en Oriente y en todo el imperio romano bizantino), lengua del Nuevo Testamento y de la más antigua traducción del Antiguo Testamento por los Setenta; **el latín,** empleado en todo el imperio romano y en primer lugar en Occidente (es decir, principalmente en África, en España, en Galia, en Italia) sin olvidar el **siríaco,** una especie de arameo hablado en casi toda Siria.

Tienen como horizonte toda la **cuenca del mediterráneo:** este mar y esta inmensa vía de comunicación de Oriente a Occidente, desde Gran Bretaña hasta los ríos Tigris y Éufrates, que riegan el Irak actual. En ese tiempo, la frontera entre Oriente y Occidente se sitúa en las costas orientales de Italia, pero del uno al otro van numerosos **ejes** que se abren a los primeros cristianos.

Un primer eje, de Jerusalén a Roma, se bifurca: por una parte hacia Grecia, por la otra a África del Norte. Es la vía de evangelización en el siglo I.

Un segundo eje parte de Antioquía, en Siria, y llega hasta Galia. Es la ruta que en el siglo II lleva a Ireneo hasta Lyon, pasando por Roma.

Un tercer eje sale de Antioquía, llega a Alejandría y luego a Cartago y a Roma. En estas metrópolis el mensaje y la doctrina evangélicos se consolidan durante el siglo III.

Un cuarto eje, partiendo de Antioquía, se bifurca en dos direcciones opuestas: una, a través de Capadocia (Turquía) llega a Nisibis y Edesa; la otra va hacia el Ponto y se prolonga hasta el Danubio, atraviesa el norte de Italia y llega a Burdeos y Poitiers, en Galia. Esta área es evangelizada durante los siglos IV y V.

Testigos y pioneros en la inteligencia de la fe

Muy frecuentemente la fe ha sido fruto de la semilla de la sangre de los mártires, durante las persecuciones romanas. Y se ha propagado por la palabra de los Padres, que no solamente han contribuido a mantener la fe de la Iglesia a despecho de todo el mundo, sino a **crear un lenguaje** que la hiciera comprensible en un mundo que le era extraño. Estos escritores, pioneros del pensamiento cristiano, no tienen otra fuente que las mismas Escrituras, en las que alimentan toda su inteligencia de la fe. Pastores o monjes, su teología no se diferencia de su espiritualidad. Por este motivo en muchos aspectos la enseñanza de los Padres, que gozan de una autoridad particular en la Tradición, es única y ejemplar: ellos son las fuentes que al menos nos permiten **remontarnos a la Fuente** divina.

Sin embargo, la época de los Padres no era una **edad de oro,** en la que todo era perfecto, y en comparación con ella las épocas siguientes, y en particular la nuestra, serían tiempos de decadencia. Pocas épocas hubo más turbulentas que la de los Padres, tanto fuera como dentro de la Iglesia: negación o enfriamiento de la fe, choque con el poder político, incontables cismas y herejías y conflictos siempre renovados entre comunidades y entre obispos. Todo esto no era sólo el pan de cada día para los cristianos, sino que adquiría unas proporciones que nunca después fueron igualadas.

No hay que idealizar el mundo de los Padres ni transportarlo tal cual al día de hoy; todo ha cambiado: sociedad, cultura, lengua, mentalidad. Es grande la distancia que nos separa de ellos; sin embargo no es en modo alguno infranqueable. Esta guía se propone precisamente prestar una ayuda para franquearla, y así encontrarnos de nuevo con estos primogénitos de la fe y descubrir que ellos son al mismo tiempo hermanos y padres.

EL MUNDO DE LOS PADRES EN LOS OCHO PRIMEROS SIGLOS

Presentamos aquí y en el mapa de la página siguiente los personajes importantes,
Padres, herejes u otros, según el lugar o los lugares en que vivieron

INGLATERRA E IRLANDA
Patricio, Columbano
Cantorbery: Agustín
Jarrow: Beda

GERMANIA
Tréveris: Atanasio, Lactancio, Prisciliano

GALIA
Arlés: Hilario, Cesáreo
Auxerre: Germán
Burdeos: Paulino de Ñola, Ausonio, Sulpicio Severo
Cimiez: Valeriano
Clermont-Ferrand: Sidonio, Apolinar
Lérins: Honorato, Vicente, Eucherio
Ligugé: Martín
Lyon: Potino, Blandina, Ireneo, Eucherio, Constancio
Marsella: Juan Casiano, Paulino de Pella, Salviano, Próspero de Aquitania, Gennadio
(París: Juan Escoto, Ricardo de San Víctor)
Poitiers: Hilario, Venancio Fortunato
Riez: Fausto, Máximo
Tours: Martín, Sulpicio Severo, Gregorio
Troyes: Lupo
Vienne: Claudiano Mamert, Avito

ITALIA
Aquilea: Rufino, Cromacio
Brescia: Gaudencio
Cagliari: Lucifer
Eclane: Juliano
Milán: Ambrosio; Ambrosiaster
Monte-Casino: Benito de Nursia
Nola: Paulino
Nursia: Benito
Ravena: Pedro Crisólogo
Roma: Clemente, Hermas, Justino, Celso, Hipólito, Minucio Félix, Novaciano, Sabelio, Plotino, Mario Victorino, Dámaso, Pelagio, Celestio, Liberio, Sedulio(¿), Aponio, León, Boecio, Gregorio Magno, Juan Mosco
Turín: Máximo
Vercelli: Eusebio
Verona: Zenón
Vivarium: Casiodoro

HISPANIA
Egeria, Juvenco
Ávila: Prisciliano
Barcelona: Paciano
Béja: Apringio
Braga: Martín
Calahorra: Prudencio
Chaves: Hidacio
Córdoba: Osio
Elvira: Gregorio
Lisboa: Potamio
Sevilla: Isidoro
Tarragona: Fructuoso

ÁFRICA
Mártires Escilitanos
Lactanacio, Julianus Pomerius
Cartago: Práxeas, Tertuliano, Felicidad **y** Perpetua, Ceciliano, Cipriano, Donato, Quotvultdeus, Celestio
Hipona: Agustín
Ruspe: Fulgencio
Sicca Venaria: Arnobio
Tagaste: Agustín de Hipona
Tibiuca: Félix

DALMACIA
Stridon: Jerónimo

PANNONIA
Pettau: Victorino
Sirmium: Fotino

EN OCCIDENTE



EL MUNDO DE LOS PADRES EN LOS OCHO PRIMEROS SIGLOS

EGIPTO Y CIRENAICA

Alejandría: Filón, Bernabé, Diogneto, Basílides, Valentín, Carpocrato, Panteno, Clemente, Celso, Ammonio, Orígenes, Dionisio, Hesiquio, Alejandro, Arrio, Atanasio, Dídimo, Teófilo, Cirilo, Dióscoro, Cosme, Indocopleustes, Juan Filopon
Atripe: Shenute
Cirene: Sinesio
Desiertos (de Nitria y Escitia): Juan Casiano, Macario, Evagro
Pelusa: Isidoro
Sinaí: Juan Clímaco
Tabennese: Pacomio, María
Tebas: Pablo

PALESTINA

Belén: Jerónimo, las dos Melanias, Orosio
Cesarea: Orígenes, Eusebio, Panfilo
Gaza: Juan, Barsanuphe, Dorotea, Dositea, Procopio
Jerusalén: Cirilo, Rufino de Aquilea, Esiquio, Juan Mosco, Sofronio
Neápolis: Justino
San Sabas y desierto de Judá: Juan Damasceno, Marco el monje

SIRIA HELENOFONA

Antioquía: Ignacio, Teófilo, Pablo de Samosata, Aecio, Eustato, Luciano, Melecio, Diodoro de Tarso, Libanio, Juan Crisóstomo, Juan
Apamea: Juan
Ciro: Teodoreto
Laodicea: Apolinar
Mopsuestia: Teodoro
Samosata: Pablo

SIRIA ***de lengua siríaca***

Antioquía: Severo
Apamea: Juan
Edesa: Taciano, Bardesanes, Efrén, Cirilonas, Ibas, Jacob, Jacob de Saroug
Mabboug: Filoxeno
Mar Mattai: Afraates

PERSIA

Mani
Seleucia-Ctesifonte: lugar de destierro de los cristianos de Siria

ASIA MENOR y CHIPRE

Ancira: Marcelo, Nilo
Cesárea: Firmiliano, Basilio
Calcedonia: ***4°*** concilio ecuménico en el 451
Constantinopla: el emperador Constantino, Macedonio, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, Filóstorgo, Nestorio, Sócrates, Sozomeno, Evagro el Escolástico, Eutiques. Flaviano, Romanos, Pablo el Silenciario, Sergio, Máximo el Confesor; 2°**,** 5° y 6° concilios ecuménicos en 381, 553, 680-681
Cyzique: Eunomio
Éfeso: 3° concilio ecuménico en 431
Helenópolis: Palladio
Hierápolis: Papías
Iconio: Amfíloco
Nazianzo: Gregorio
Neocesarea: Gregorio el Taumaturgo
Nicea: 1° y 7° concilios ecuménicos en 325 y 787
Nicomedia: Eusebio
Nisa: Gregorio
Olimpo: Metodio
Frigia: Montano
Salamina: Epifanio
Sardes: Melitón
Sebaste: Eustacio, Pedro
Sinope: Marción
Esmirna: Policarpo, Ireneo, Noeto
Tarso: Diodoro

GRECIA

Atenas Arístides, Atenágoras, Proclo
Fótice: Diadoco
Tesalónica: Ágape, Quionia, Irene
Escitia: Juan Casiano
Godos: Ulfila

EN ORIENTE


Patriarcado
ESCITIA
GODOS
Sinope
Neocesarea
Sebaste
Calcedonia
Constantinopla
Helenópolis
Nicomedia
Nicea
Tesalónica
Cyzique
Ancira
GRECIA
Nisa
Cesarea
Nísibe
Samosata
ASIA MENOR
Nacianzo
Mar Mattai
Edesa
Fótice
FRIGIA
Iconio
Esmirna
Sardes
Mopsuestia
Mabboug
Hierápolis
Ciro
Éfeso
Tarso
Antioquía
Atenas
SIRIA
Laodicea
Olimpo
Apamea
Salamina
(PERSIA)
Seleucia Ctesifonte
Tiro
Cesarea
Neápolis
Jerusalén
Belén
PALESTINA
Gaza
San Sabas
Cirene
Pelusa
Alejandría
CIRENAICA
EGIPTO
Desiertos
(Nitria y Escitia)
B. Sauvlet, 2007
Monte
Sinaí
0
200
400 km
Atripe, Tabennese, Tebas



Ecclesia mater. Mosaico de la tumba de Valentia, siglo V. Túnez, Museo del Bardo.

CAPITULO 1

De Jerusalén a Roma

Los Padres de la Iglesia se consideran en primer lugar sucesores de los apóstoles, que fundan las iglesias a lo largo de sus viajes. Las dos rutas de Pedro y Pablo conducen a Roma, donde encuentran una comunidad cristiana lo suficientemente desarrollada como para ser tenida en cuenta y provocar su persecución. El jefe de los apóstoles sobre todo ha estado en contacto con los judeo-cristianos. Pablo, partiendo de Antioquía, ha emprendido tres viajes, que le han permitido evangelizar los grandes centros, desde Asia Menor hasta Grecia.

I. NACIMIENTO DE LAS LETRAS CRISTIANAS

Los primeros escritos, como la *Carta de Clemente,* son contemporáneos de las últimas obras del Nuevo Testamento, o quizás anteriores a ellas. Desde el primer momento son testimonio de unas culturas diferentes, que tan pronto se entrecruzan como se desarrollan paralelamente.

La vía del sur, de Jerusalén a Roma pasando por Alejandría y África, atraviesa unas ciudades en las que el judaismo estaba fuertemente implantado. La comunidad cristiana se ha organizado según el modelo de la Sinagoga. La vía norte parte de Antioquía para dirigirse a Grecia, pasando por Asia Menor. Allí el apóstol de las naciones sigue las grandes arterias y planta la cruz en los centros vitales: Éfeso, Corinto, Tesalónica. Los adeptos proceden principalmente del mundo pagano, de cultura griega.

1. Los escritos judeo-cristianos

Los judíos, que entran a formar parte de la Iglesia, conservan sus tradiciones. Abrahán sigue siendo su Padre y la Biblia, su Libro, que ha balizado el camino al Evangelio. También aportan unos escritos, que recibirán el nombre de apócrifos, que proliferan en esta época y no se dudará en rellenarlos de interpolaciones cristianas: así el *Libro de Henoc* o los *Oráculos sibilinos.*

La Iglesia conserva las formas de la **oración judía:** confesión de fe, doxología, salmos, profecías mesiánicas. La liturgia primitiva se inspira en la de la Sinagoga. El ritual bautismal tiene algunos préstamos del bautismo de los prosélitos; la eucaristía, que se mantiene unida a una verdadera comida, utiliza las oraciones de las comidas religiosas judías, que afloran en la *Didajé.* Este libro enumera los ministerios que existían en las sinagogas: profetas, doctores (13;15). Hay que añadir los presbíteros (los Ancianos), que, de manera colegiada, dirigen las comunidades judeo-cristianas.

Los escritos que emanan de este medio se inscriben en el movimiento bíblico. Las **Odas de Salomón** están próximas a la inspiración de los salmistas. El *Pastor* de Hermas imita la apocalíptica y conserva sus imágenes y símbolos. La *Didajé,* como la *Carta de Bernabé* nos brindan una exposición de los "dos caminos", que se puede comparar con algunos textos de Qumrán.

La Didajé o ***Doctrina de los Doce apóstoles***

La *Didajé,* primer *vade-mecum* de los misioneros en el medio judío-cristiano, tuvo sucesivas redacciones. Sigue las etapas de la catequesis y tiene una parte doctrinal y una parte litúrgica. El libro está organizado en los siguientes apartados: los dos caminos, el bautismo, el ayuno, la oración, la eucaristía. Las directrices litúrgicas describen la organización de la Iglesia, la reunión dominical, la preparación para el retorno de Cristo, con la oración *marana tha,* conservada en arameo.

LA DIDAJÉ

La plegaria eucarística

Con respecto a la Eucaristía así daréis gracias:
Primero sobre el cáliz:

Te damos gracias, Padre nuestro,
por la santa viña de tu siervo David,
que nos diste a conocer
por medio de Jesús, tu siervo.
A ti sea la gloria por siempre.

Y sobre la fracción del pan:

Te damos gracias, Padre nuestro,
por la vida y el conocimiento que tú nos has dado
por Jesús, tu hijo,
A ti sea la gloria por siempre.

Como este pan partido estaba disperso sobre las colinas
así sea una tu Iglesia
desde los confines de la tierra en tu reino.
Porque tuya es la gloria y el poder
Por Jesucristo para siempre. [...]

Después de saciaros, así daréis gracias:

Te damos gracias, Padre santo,
por tu santo nombre, que has incrustado en nuestros corazones,
y por el conocimiento y fe e inmortalidad
que nos diste a conocer por medio de Jesús, tu siervo.
A ti la gloria por siempre.
Tú, Señor todopoderoso,
creaste todas las cosas
y has dado alimento y bebida a los hombres para disfrutarlo
y que te den gracias.
Pero a nosotros tú nos has otorgado
comida y bebida espirituales y vida eterna
por (Jesús) tu siervo.
Ante todo, te damos gracias
porque tú eres poderoso.
A ti la gloria por siempre.
Acuérdate, Señor, de tu Iglesia:
líbrala de todo mal,
hazla perfecta en tu amor
y reúne de los cuatro vientos a la santificada
en el Reino
que le has preparado.
Porque tuyo es el poder y la gloria por siempre.
¡Venga la gracia y pase este mundo!
¡Hosanna al Dios de David!

Se acerque el que sea santo. El que no lo sea, se convierta.

¡Marana tha! *Amén*

Trad. T. H. Martín, en *Textos cristianos primitivos,*
Sígueme, Salamanca, 1991, p. 51-52.

La Carta de Bernabé ***o la llave de la Escritura***

Texto anónimo, falsamente atribuido al apóstol Bernabé, que evoca las comunidades de Damasco y de Qumrán. En ella encontramos las huellas de la iniciación bautismal (6 y 11), una referencia a la celebración del domingo, y sobre todo una lectura crística de los valores del Antiguo Testamento: la circuncisión, el templo, el sabbat. La lectura alegórica de la Escritura, tan querida en Alejandría, desde Filón a Orígenes, está considerada como la única verdadera. La comunidad cristiana es hoy el templo: "Dios habita verdaderamente en nosotros, en la morada de nuestro corazón" (16,8).

El Pastor *de Hermas*

El libro, que lleva como título el *Pastor,* se presenta como obra de un tal Hermas, un hermano del papa Pío (140-155). El escrito gozó de tal crédito en Oriente que a veces estuvo catalogado entre los libros de la Escritura.

Encontramos en él una serie de visiones, mandatos, parábolas, todo ello acompañado de una imaginería apocalíptica, de unos símbolos sublimes, pero a veces desconcertantes: la mujer anciana, la torre, que significan la Iglesia. El *Pastor* traza un cuadro realista de una comunidad en la que conviven buenos y malos. Los intereses materiales, la debilidad, el cansancio, la persecución han provocado el abandono e incluso la apostasía de algunos.

El libro es ante todo una llamada a la penitencia, que le permite incluso al pecador volver a encontrar, como una piedra, su lugar en la construcción de la Iglesia. Su remate coincide con el final de los tiempos.

EL *PASTOR* DE HERMAS

La construcción de la torre y **la penitencia**

Después de decir esto, quiso marcharse; cayendo a sus pies, le supliqué por el Señor que me mostrara la visión que me había prometido. Me cogió de nuevo de la mano, me levanta y me sienta en el banco a la izquierda. Ella se sentó a la derecha, levantó una vara brillante y me dice: "¿Ves una gran cosa?". Le digo: "Señora, no veo nada". Me dice: "Mira, ¿no ves delante de ti una gran torre que se construye sobre las aguas con brillantes piedras cuadradas?" En un cuadrilátero, la torre era construida por los seis jóvenes que habían venido con ella. Otras miríadas de hombres acarreaban piedras, unos del abismo, otros de la tierra; y se las entregaban a los seis jóvenes. Estos las cogían y edificaban.

Todas las piedras que sacaban del abismo las colocaban tal cual en la construcción, pues eran adecuadas y se ajustaban por la juntura con las otras piedras. Y de tal manera se unían unas a otras que no se veían sus juntas. La construcción de la torre aparecía como si estuviese edificada con una sola piedra. En cuanto a las piedras que llevaban de la tierra, unas las tiraban, y otras las colocaban en la construcción. Pero otras las destruían y arrojaban lejos de la torre. Muchas otras piedras había alrededor de la torre, pero no les servían para la construcción, pues unas estaban carcomidas, otras agrietadas, otras truncadas, y otras eran blancas y redondas; ninguna de ellas era adecuada para la construcción [...]

Después de mostrarme estas cosas, quiso marcharse corriendo. Le digo: "Señora, ¿de qué me sirve haber visto esto si no comprendo lo que significan todas esas acciones?" [...] - "Así pues, escucha las comparaciones de la torre, pues te revelaré todo. Y no me molestes más en lo relativo a la revelación, pues estas revelaciones tienen un término, pues están cumplidas. Sin embargo, no dejarás de pedir revelaciones porque eres insaciable". [...]

"La torre que ves en construcción, soy yo, la Iglesia, que has visto ahora y antes. Así pues, pregunta lo que quieras acerca de la torre y te lo revelaré para que te alegres con los santos". [...]

"Ahora escucha lo relativo a las piedras que son acarreadas para la construcción. Las piedras cuadradas y blancas que se ajustaban por sus junturas son los apóstoles, los obispos, los maestros y los diáconos que han caminado según la santidad de Dios, han ejercido el episcopado, han enseñado y servido pura y santamente a los elegidos de Dios; de aquellos unos han muerto, y otros viven todavía. Siempre estuvieron de acuerdo entre sí, conservaron la paz entre ellos y se escucharon mutuamente. Por ello, en la construcción de la torre se ajustan sus junturas. -"¿Quiénes son las piedras que, sacadas del abismo y colocadas en la construcción, se ajustaban en sus junturas con las otras piedras ya edificadas?" - "Estos son los que han padecido a causa del Nombre del Señor". [...] - "¿Quiénes son aquellos a los que arrojaban y tiraban?" -"Esos son los que han pecado y quieren arrepentirse. Por eso no son arrojados lejos de la torre, porque serán útiles para la construcción si se arrepienten. Así, los que se arrepientan, si se convierten de verdad, serán fuertes en la fe si se convierten ahora que la torre se está edificando; pero si la construcción se acaba, ya no tendrán lugar, sino que serán expulsados. Sólo podrán permanecer junto a la torre."

Visión III, &2-5, trad. J. J. Ayán Calvo, "Fuentes patrísticas", 6, Ciudad Nueva, Madrid, 1995, p. 89-93.

Las Odas de Salomón *o la primera poesía cristiana*

Esta recopilación de cuarenta y dos odas fue falsamente atribuida al rey Salomón. Es una obra indudablemente cristiana, pero no va más allá de un escrito judío-cristiano. Tenemos aquí la primera composición lírica de la Iglesia, dentro del movimiento del pensamiento y de la poética semíticas (que emplea por ejemplo el procedimiento del paralelismo).

En ella, dentro de una teología arcaica, se tratan temas como la epopeya de Cristo victorioso, el descenso a los infiernos, la maternidad virginal de María, la evocación del agua bautismal, el retorno al paraíso. Además la vida cristiana está concebida como una unión nupcial.

LAS ODAS DE SALOMÓN

El Paraíso

Mi corazón fue rasgado y su flor apareció,
Y la gracia brotó de él y dio a luz fruto agradable al Señor.
Porque el Altísimo circuncidó mi corazón con su Espíritu santo,
y halló mi cariño hacia él, y entonces me llenó de su amor,
y la abertura que hizo en mí se convirtió en mi salvación.

Pude fluir en su senda plácidamente
por el camino de la verdad, desde el principio hasta el fin.
Yo adquirí su conocimiento
y fui asentado sobre la roca de la verdad, donde él me ha situado.

Las aguas que hablan tocaron mis labios
abundantemente desde la fuente del Señor.
Bebí y me embriagué con el agua viviente que no muere.
Mi embriaguez no fue una embriaguez sin conocimiento, pues sí me hizo olvidar la fatuidad.

Me volví al Altísimo, mi Dios,
fui enriquecido generosamente.
Dejé de lado la falsedad que se expande sobre la tierra, me despojé de ella y la lancé lejos de mí.
El Señor me renovó como su vestidura y me poseyó con su luz.

Desde arriba me concedió el reposo incorruptible.
Llegué a ser como la tierra que florece y se regocija en sus frutos.
El Señor era como el sol resplandeciendo sobre la faz de la tierra; él alumbró mis ojos,
y mi faz recibió el rocío y la placentera fragancia del Señor.

Me llevó a su Paraíso, donde está la abundancia de los placeres del Señor.
Entonces adoré al Señor al ver su gloria, y dije:
Benditos, Señor, son aquellos que están plantados en tu tierra,
y tienen un lugar en tu Paraíso;
y que pueden tomar los frutos de tus árboles; ellos han pasado de las tinieblas a la luz.

¡Mira! Todos tus siervos son justos,
hacen el bien
y se alejaron desde la maldad hasta tu bondad.
Han eliminado la amargura que había en sus raíces cuando fueron sembrados en tu tierra.

Todo se hizo semejante a una reliquia de ti mismo
monumento eterno de tus fieles trabajos.
Hay abundante espacio en tu Paraíso,

y ningún lugar es improductivo allí dentro, sino que todo está lleno de frutos.

Gloria a ti, oh Dios,
y a la delicia del Paraíso eterno. Aleluya.

Oda 11.

2. Las primeras cartas de los pastores: la Iglesia de la misión

Las comunidades de origen pagano eran numerosas gracias a la acción apostólica de Pablo. En ellas se concibe el mensaje evangélico dentro de unas categorías del helenismo. Su lengua es el griego, como en toda la cuenca mediterránea.

Los primeros escritos de estas nuevas comunidades pertenecen más a la vida que a la literatura. Son cartas de los pastores: **Clemente, obispo de Roma, Ignacio, obispo de Antioquía, Policarpo, obispo de Esmirna** (ver p 18-20 y 30), **Papías de Hierápolis** (autor de la *Explicación de las sentencias del Señor).*

La carta es un lazo de unión entre una comunidad y otra, entre un país y otro, entre el pastor y sus fieles. Las Iglesias se escriben para expresar su unidad, los pastores mantienen entre ellos y con sus comunidades una correspondencia que va desde la información a la exhortación. Las primeras cartas proceden de los obispos, jefes de comunidades de origen sobre todo paulino, asistidos por un diácono. Desde la organización sinagogal hasta la responsabilidad episcopal, hubo un tiempo de fluctuación, que terminó en la asociación y en la integración.

Clemente de Roma escribe a Corinto

La *Carta de Clemente a los Corintios* es el primer escrito cristiano, redactado hacia el 96, cuando el apóstol Juan todavía estaba vivo en Éfeso. La Iglesia romana envía tres delegados, portadores de la carta a Corinto; esto afirma la autoridad de la comunidad. El autor, aunque no aparece nunca nombrado, es Clemente (ver texto pg. 17-18). Él interviene en una comunidad turbulenta, en la que los jóvenes habían apartado a los miembros experimentados del colegio presbiteral. Escribe con el tono de una persona que quiere ser obedecida.

CLEMENTE DE ROMA

La futura resurrección

Consideremos, queridos, cómo el Señor constantemente alude a la resurrección futura, de la cual fue primicia el Señor Jesucristo, resucitado de entre los muertos. Pensemos, queridos, en la misma resurrección que ocurre en el tiempo. El día y la noche nos ofrecen un ejemplo de resurrección. La noche duerme, se levanta el día; el día se va y viene la noche. Pensemos en la cosecha. ¿Cómo se hace la siembra? Sale el sembrador y pone las semillas en la tierra: al caer están secas y limpias, luego se

deshacen. Pero una vez que se transforman, la maravillosa presencia del Señor las hace resucitar; cada una se multiplica y da fruto.

Carta de Clemente, 24, trad. T. H. Martín "Textos cristianos primitivos", Sígueme, Salamanca, 1991, p. 68-69.

Ignacio de Antioquía

Entre Pablo e Ignacio "existe la diferencia que hay entre un misionero que se adapta a los indios y un indio que repiensa el cristianismo" (J. Daniélou). Ignacio, de origen bastante humilde, sucede a Eusebio como obispo de Antioquía, la gran metrópoli de Siria, al principio del siglo II, cuando la Iglesia tiene cincuenta años. Procedente del paganismo, formado por los filósofos, conoce los procedimientos de la diatriba estoica y los refinamientos de la retórica asiática.

Hecho prisionero hacia el 110, es conducido bajo escolta militar a Roma, donde no será decapitado sino arrojado como pasto a las fieras. De camino, él carga con la preocupación de todas las iglesias por donde pasa. Dicta **siete *Cartas,*** que han llegado hasta nosotros **(destinadas a Éfeso, a Magnesia, a Trales, a Filadelfia, a Esmirna, a Policarpo).** La más importante, la dirigida **a los Romanos** antes de conocerlos, es la que expresa mejor la pasión mística que le quema, en un lenguaje denso: "No hay en mí fuego que se alimente de la materia, sino agua viva que habla dentro de mí diciendo en lo más íntimo: Ven al Padre" (VII,2).

Las *Cartas* de Ignacio son una joya de la literatura cristiana, una de las piezas más importantes de la historia antigua, ricas en informaciones sobre la vida de las iglesias.

El obispo confiesa la fe recibida de los apóstoles. Su enseñanza es extremadamente clara sobre la divinidad y la humanidad de Cristo, que defiende contra los que reducen su realismo. Pone en guardia contra los que "judaizan" y retornan a las observancias que considera como caducas.

La idea dominante de su doctrina es la **unidad:** la unidad de Dios uno y trino, la unidad de Cristo Dios y hombre, la unidad del cristiano con Cristo fundamento de la vida espiritual, la unidad de los cristianos entre ellos en la Iglesia, expresada de forma visible por el Obispo, rodeado de presbíteros, que forman un senado, de los diáconos, que expresan, por la asistencia social, "la diaconía (servicio) de Jesucristo".

IGNACIO DE ANTIOQUÍA

Carta a los Esmirnenses

Seguid todos al epíscopo [obispo], como Jesucristo al Padre, y seguid al presbiterio como habríais seguido a los apóstoles; respetad a los diáconos como lo haríais con un mandamiento de Dios. Que nadie haga nada de cuanto atañe a la Iglesia sin contar con el epíscopo. Tened por válida la eucaristía que celebre el epíscopo o alguno autorizado por él. Donde se presente el epíscopo allí esté la gente así como donde está Jesucristo está la Iglesia católica.

Trad. T.H.Martín, "Textos cristianos primitivos", Sígueme, Salamanca, 1991, p.110.

Carta a los Romanos

Estoy escribiendo a todas las Iglesias y a todas digo con franqueza que libremente voy a morir por Dios, con tal que vosotros no me lo impidáis. Os suplico que no me mostréis benevolencia intempestiva. Permitid que yo sea pasto de las fieras, por medio de las cuales pueda llegar a Dios. Soy trigo de Dios y seré molido por los dientes de las fieras para convertirme en limpio pan de Cristo. Más bien halagad a las fieras para que sean mi tumba sin dejar rastro de mi cuerpo y que después de mi muerte no sea gravoso a nadie. Seré verdadero discípulo de Jesucristo cuando el mundo no vea ya mi cuerpo. Rogad a Cristo por mí: que por tales instrumentos sea yo sacrificio para

Dios. Yo no mando sobre vosotros como Pedro y Pablo, ellos fueron apóstoles y yo no soy más que un condenado a muerte; ellos fueron libres, yo hasta ahora esclavo. Pero mediante mis sufrimientos seré liberto de Jesucristo y libre resucitaré con él. Ahora, en mis cadenas, aprendo a no desear nada.

Desde Siria hasta Roma ya estoy luchando con las fieras en tierra y por mar, de noche y de día, encadenado a diez leopardos, es decir, a un pelotón de soldados que cuanto mejor se los trata peores se vuelven. Pero con sus malos tratos me voy haciendo discípulo, "aunque no por esto estoy justificado". Ojalá disfrute yo de las fieras que me tengan preparadas; rezo para que estén listas contra mí. Yo mismo voy a acariciarlas para que rápidamente me devoren y no como algunos a quienes, intimidadas, no tocaron. Si ellas no quisieran atacarme a mí, que lo quiero, yo mismo las provocaría. Perdonadme, yo sé lo que me conviene. Por fin, empiezo a ser discípulo. Que ninguna cosa, visible o invisible, me alucine y estorbe el camino para llegar felizmente a Jesucristo. ¡Fuego, cruz, manadas de fieras, miembros mutilados, huesos quebrantados, miembros cortados, trituración de todo el cuerpo, crueles tormentos del diablo vengan sobre mí con tal que yo llegue a Jesucristo!

De nada me servirán los deleites del mundo ni los reinos de este siglo. Mejor para mí morir en Jesucristo que ser rey de toda la tierra. Busco a aquel que murió por nosotros, anhelo al que por nosotros resucitó. Me llegan ya los dolores del nacimiento. Perdonad, hermanos, no me impidáis vivir. No me regaléis al mundo porque quiero ser de Dios. No me seduzcáis con lo terreno. Dejadme recibir la luz pura. Cuando haya llegado allí seré hombre. Permitidme ser imitador de la pasión de mi Dios. Si alguno tiene a Dios dentro de sí comprenda lo que quiero y se compadezca de mis sufrimientos si comprende lo que me apremia.

El príncipe [de este mundo] ha decidido raptarme y destruir mis aspiraciones de Dios. No le ayude ninguno de vosotros, que vais a estar presentes, antes poneos de mi parte, es decir, de parte de Dios. No habléis de Jesucristo mientras codiciéis el mundo. No tengáis envidia. Aun cuando yo, al llegar, pidiera vuestra intervención, no me hagáis caso; seguid lo que os digo en esta carta. Porque viviendo os escribo con deseos de morir. Mi amor está crucificado y no hay en mí fuego que se alimente de la materia sino agua viva que habla dentro de mí diciendo en lo más íntimo: "¡Ven al Padre"! Ya no tengo gusto por la comida de corrupción ni por los deleites de esta vida. Quiero pan de Dios que es la carne de Jesucristo, del linaje de David y por bebida quiero su sangre, que es amor incorruptible.

No quiero yo vivir según los hombres. Y así será si vosotros lo queréis. Queredlo para que también vosotros seáis queridos. Os lo suplico con esta palabra: Creedme. Jesucristo os hará entender con cuánta sinceridad os escribo esto, él en cuyos labios no hay mentira y por cuya boca el Padre ha hablado verdaderamente. Rogad por mí para que lo consiga.

Carta a los Romanos, 4-8, trad. T. H. Martín,
"Textos cristianos primitivos", Sígueme,
Salamanca, 1991, p. 101-103.

Martirio de Policarpo, **obispo de Esmirna**

En seguida le rodearon con todo el material preparado para la hoguera y cuando se acercaron para clavarle a un poste dijo: "Dejadme como estoy. Aquel que me da fuerza para soportar el fuego me la dará también para continuar inmóvil en la hoguera sin necesidad de sujetarme con vuestros clavos".

Por eso no le clavaron, sólo le ataron. Así como el carnero más selecto de un rebaño, listo para el sacrificio, holocausto grato a Dios, levantó sus ojos al cielo y dijo:

"Señor Dios, todopoderoso, Padre de tu amado y bendito Hijo Jesucristo, por quien te hemos conocido a ti, Dios de los ángeles, de las potestades y de toda la creación, y de todo el pueblo santo que vive bajo tu mirada.

"Te bendigo porque has tenido a bien regalarme este día y esta hora de modo que yo participe con tus mártires en el cáliz de tu ungido y resucite para la vida eterna en cuerpo y alma gracias a la inmortalidad del Espíritu santo.

"Sea yo recibido hoy con ellos en tu presencia como rico y aceptable sacrificio, tal como tú, Dios verdadero e infalible, lo has preparado y revelado de antemano y ahora lo has cumplido. Te alabo por todas las cosas, te ben-

digo y glorifico por medio del eterno y celestial sumo Sacerdote Jesucristo, tu amado Hijo.

"Por quien te sea dada gloria a ti con el Espíritu santo, ahora y por los siglos venideros. Amén".

Cuando su amén voló al cielo y concluyó la oración, los encargados del fuego encendieron la hoguera. Se levantó una gran llamarada y vimos un prodigio nosotros, los que tuvimos este privilegio y hemos quedado con vida para contarlo a los demás. El fuego formó como una cámara abovedada, semejante a la vela de un barco henchida por el viento, rodeando el cuerpo del mártir como si fuese una muralla. El estaba en medio de la llama no como carne que se asa sino como pan que se cuece, como oro y plata refinados en un horno. Nosotros lo percibimos como un aroma, olor de incienso o de alguna otra especia preciosa.

Martirio de Policarpo (de un autor anónimo),
13-15, trad. T. H. Martín,
"Textos cristianos primitivos", Sígueme,
Salamanca, 1991, p. 179-180.



"Ijzys zóntón", lit: "pez de los vivientes", símbolo de Cristo.
Las letras que componen la palabra pez, *ijzys* en griego,
son las iniciales de cada una de las siguientes palabras:
"Jesús Cristo hijo de Dios Salvador" (ver pg. 66).
Epitafio de una tumba romana conservada en el Vaticano.

II. ENCUENTRO DE LA FE Y LA CULTURA: LOS APOLOGISTAS

El siglo II es una etapa de gran **expansión misionera.** La Iglesia, hasta ahora mediterránea y marítima, se introduce en territorios del interior, en Siria, en Asia Menor, en Egipto, en África. Plinio el Joven encuentra numerosos cristianos hasta en las costas del mar Negro. Potino, obispo de Lyon, el año 177 es ya nonagenario; por tanto su episcopado debió iniciarse lo más pronto treinta años antes *(ver pg. 32).* Desde la capital de las Galias, el Evangelio se extiende a Germania, a Tréveris, a Colonia.

La religión de Cristo acoge ya en las grandes metrópolis, Antioquía, Alejandría, a todas las capas de la sociedad: a los humildes, a los artesanos lo mismo que a las personas cultas, a los retóricos y a los filósofos. En un primer momento la Iglesia está algo escasa de recursos y se ve poco preparada para dialogar con el pensamiento griego, para exponer su fe mediante la lengua y las categorías del helenismo.

Tres temas les esperan a los que llamamos apologistas, que ya son **escritores de oficio:** defender el cristianismo contra las calumnias de la calle y los reproches de los filósofos, refutar la idolatría y el politeísmo, afirmando al único Dios revelado en Jesucristo, y finalmente presentar la fe cristiana con una lengua y unos conceptos accesibles a un público culto.

Algunos de estos apologistas nos son poco conocidos, como el primero de ellos, **Quadrato.** Desconocemos también el autor de la *Carta a Diogneto.* Sin embargo podemos citar en Atenas a **Arístides,** filósofo cristiano, autor de una *Apología* (hoy perdida), o a **Atenágoras,** autor de un escrito *Sobre la resurrección de los muertos* y de la *Apología a favor de los cristianos.* En Siria, hacia el 180, **Teófilo de Antioquía** escribe *Tres libros a Autolycus,* en los que, dirigiéndose a un pagano, hace despuntar los primeros brotes de la teología cristiana. De Asia Menor procede la *Apología* de **Melitón de Sardes,** autor de una magnífica *Homilía sobre la Pascua,* que se ha perdido.

El más famoso entre los apologistas y el más característico es sin duda **Justino,** cuyas obras principales han llegado hasta nosotros; uno de sus discípulos en Oriente, el herético **Taciano,** es el más violento, con su *Discurso a los griegos* *(ver también pg. 54).*

ATENÁGORAS

La resurrección de los muertos

Dios no hizo en vano al hombre, pues Dios es sabio y no cabe obra vana en la sabiduría; ni tampoco para propia utilidad, pues de nada necesita, y a quien de nada necesita absolutamente, nada de lo por él hecho puede servirle de utilidad alguna. Mas tampoco le hizo por motivo de obra alguna de las por él creadas, pues ninguna de las criaturas dotadas de razón y juicio, mayores o menores, ha sido ni es hecha para utilidad de otro, sino para la propia vida y permanencia de esas mismas criaturas. Y, en efecto, ni la razón misma puede hallar alguna utilidad como causa de la creación del hombre, como quiera que los seres inmortales de nada necesitan y ninguna utilidad puede venirles por ningún modo de los hombres; y los irracionales son naturalmente mandados y llena cada uno alguna necesidad de los propios hombres y no son ellos los que por ley de naturaleza han de servirse de éstos. Porque ni fue jamás ni es lícito rebajar lo que manda y guía a la utilidad de lo inferior, y someter lo racional a lo irracional, que no es apto para mandar. Luego si el hombre no fue creado sin motivo y en vano, (pues nada de cuanto Dios hace puede ser en vano, por lo menos según la intención de quien lo hace); y si no fue creado para utilidad del que lo hizo, ni tampoco de otra alguna de las cosas creadas por Dios, es evidente que, cuanto a la primera y más general razón, Dios hizo al hombre por motivo de él mismo y por la bondad y sabiduría suya que se contempla en toda la creación; y cuanto a la razón más inmediata a las cosas creadas, por la vida de los mismos hombres creados, y esa no para encenderse un momento y extinguirse luego to-

talmente. Porque, si a los reptiles, a las aves, a los peces y, para decirlo de un modo general, a todos los irracionales, repartióles Dios vida semejante; mas a quienes llevan en sí mismos la imagen de su Hacedor y están dotados de inteligencia y tienen parte en el juicio racional, a éstos destinó el Creador una permanencia para siempre, a fin de que, conociendo a su Hacedor y el poder y sabiduría de él, siguiendo la ley y la justicia, vivan eternamente sin trabajo en aquellas cosas con que afirmaron su vida anterior, no obstante estar en cuerpos corruptibles y terrenos.

Trad. D. Ruiz Bueno, "Padres apologetas griegos,"
B.A.C., Madrid, 1979, p. 727-728.

1. La *Carta a Diogneto*

De este famoso escrito ignoramos el autor, la fecha y el lugar de su origen. Es una apología del cristianismo dirigida a un pagano; responde a tres preguntas: ¿cuál es la religión de los cristianos y por qué éstos rechazan la de los judíos? ¿En qué consiste el amor fraterno, que ellos ensalzan por encima de todo? ¿Por qué Cristo ha venido tan tarde?

El autor responde a estas preguntas y se explaya sobre el lugar de los cristianos en el mundo: ellos son su alma, participan en la condición y la vida de todos, aunque son ciudadanos que anuncian una ciudad distinta: "Cualquier país extraño es su patria y toda patria les es país extraño".

CARTA DIOGNETO
El alma del mundo

En una palabra: lo que el alma es en el cuerpo, los cristianos son en el mundo. El alma está en todos los miembros del cuerpo; los cristianos por todas las ciudades del mundo. El alma mora en el cuerpo sin ser parte del mismo, los cristianos habitan en el mundo pero no son del mundo. El alma es invisible y está encerrada en cuerpo visible; así los cristianos son vistos en el mundo pero su religión permanece invisible. La carne odia y hace guerra al alma (sin que ésta le haga mal alguno) porque le impide entregarse a los placeres; así el mundo, sin que los cristianos le ofendan, los odia porque no se dejan llevar por los placeres. El alma ama al cuerpo y a sus miembros; así aman los cristianos a quienes los odian. El alma está encerrada en el cuerpo, que por ella se mantiene unido; así los cristianos están en medio del mundo como en una cárcel, pero gracias a ellos el mundo se mantiene unido. Siendo inmortal el alma está alojada en un cuerpo mortal; asimismo los cristianos mientras residen en moradas perecederas esperan bienes imperecederos del cielo. El alma se mejora con las penitencias de comidas y bebidas; los cristianos crecen en número cuando son martirizados. Tal es el importante puesto que Dios les ha señalado, del cual no deben desertar.

Carta a Diogneto, VI,1-10, trad. T. H. Martín,
"Textos cristianos primitivos", Sigúeme, Salamanca,
1991, p. 148.

2. Justino, teólogo laico

Nació en Nablus, (Flavia Neápolis), en Palestina, cerca de la antigua Siquén, en el seno de una familia de colonos de lengua griega; se preocupó por la búsqueda de la verdadera filosofía. Se convirtió al cristianismo hacia el 130. "Descubrí que [en el cristianismo] es donde estaba la única filosofía segura y provechosa". Después de una estancia en Efeso, llega a Roma donde pasa prolongadas temporadas, siempre revestido con el manto de los filósofos, y donde funda una escuela cristiana. Allí muere mártir con varios de sus discípulos el año 165 *(verp. 38).*

Obras

De Justino nos han quedado dos *Apologías* y el *Diálogo con el judío Trifón.*

La **primera** *Apología,* dirigida al emperador Antonino (hacia el 150), incluye en primer lugar una defensa del cristianismo: los cristianos no son ni ateos,

ni enemigos del Estado, ni criminales. La segunda parte justifica la verdad cristiana, probando que Cristo es el Hijo de Dios, porque realiza las profecías. Finalmente describe la vida y el culto cristianos: el bautismo, la eucaristía, la celebración del domingo. Es la descripción más antigua de la liturgia.

La **segunda** *Apología* es como un apéndice de la primera. Va dirigida al senado romano y parece más bien una respuesta a los ataques del retórico Frontón, a quien conocemos gracias al *Octavius* de Minucio Félix (hacia el 225).

El *Diálogo con el judío Trifón* es el documento más importante sobre la controversia y el diálogo entre cristianos y judíos, y sobre los esfuerzos realizados para llevar a estos últimos a la fe en Cristo.

El libro se inicia con el relato de la formación filosófica y la conversión de Justino (1-8). Expone luego la caducidad de la ley antigua, cuya función era preparar la nueva ley. Justino expone su método exegético: según él, el Antiguo Testamento es la figura y la profecía del Nuevo, tanto en sus prescripciones como en los acontecimientos que narra. Sólo el cristianismo proporciona a la humanidad entera la ley definitiva y universal.

Luego, en una segunda parte, demuestra que todas las profecías culminan, según la maravillosa ley de las preparaciones, en Cristo, Hijo de Dios, en quien el Padre se ha manifestado antes en el Antiguo Testamento (teofanías). Padeció bajo Poncio Pilato, después entró en la gloria del Padre. La adoración de Cristo no contradice la fe de Abrahán, Isaac y Jacob en un Dios único.

Doctrina

Estas controversias le dan la oportunidad para esbozar una reflexión sobre la fe cristiana, una primera teología de la Trinidad y de Cristo, Dios y hombre; pero no está todavía organizada de un modo sistemático. Justino aclara **la función del Verbo** *(Logos)* distinto del Padre y por tanto procedente de su substancia, sin división, "distinto en cuanto al nombre, no por el pensamiento".

Este Verbo es el mediador entre Dios y el mundo. Por él Dios crea y gobierna el universo. Él actúa en todo cuanto es verdadero, bueno en el mundo. Todo cuanto los poetas y filósofos poseen de verdad es como una parcela del Verbo sembrado en el mundo como un grano. "En todos se encuentran semillas de verdad".

Este Verbo que ya se manifestó en las teofanías del Antiguo Testamento, se ha revelado en Cristo. La venida del Mesías se sitúa en el centro del designio de Dios y aclara toda la secuencia del tiempo. Justino esboza una primera teología de la historia; sabemos la importancia que tendrá esta teología en un Ireneo de Lyon. Este laico es el primer teólogo de la Iglesia. Demuestra que solamente el cristianismo lleva a término todas las verdades parciales: "Platón para preparar el cristianismo", dirá Pascal. El Verbo guía invisiblemente a todos los hombres en la búsqueda de la verdad.

JUSTINO
Celebración del domingo

Desde entonces, siempre hacemos conmemoración de esto. Los que tenemos bienes ayudamos a los necesitados y permanecemos siempre unidos. Al presentar estas ofrendas alabamos al creador del universo por medio de Jesucristo su Hijo y del Espíritu Santo. En el día que llaman del sol se reúnen en un mismo lugar los que viven en la ciudad lo mismo que los del campo y se leen los escritos de los apóstoles o de los profetas todo el tiempo que se puede. Terminada la lectura, el que preside toma la palabra para amonestar o animar a la imitación de cosas tan sublimes. Después, todos nos ponemos de pie y elevamos nuestras súplicas. Concluidas las preces, como ya dijimos, se trae el pan, el vino y el agua. El que preside recita las preces con fervor y la acción de gracias, a lo cual el pueblo responde "Amén".

De los dones consagrados los diáconos dan la comunión a todos los presentes y la llevan a los ausentes. Cuantos disponen de bienes y quieren dan libremente lo que les parece. Lo recogido se deposita en manos del que preside, quien se encarga de socorrer a los huérfanos, a las viudas y a quienes por enfermedad o cualquier otra razón se hallan necesitados. También a los presos y a los huéspedes llegados de lejos. En una palabra, él es quien cuida de los necesitados.

Nos reunimos el día del sol por ser el primer día de la creación, cuando Dios actuó sobre las tinieblas y la materia; también por ser el día en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos, pues le crucificaron la víspera del día de Saturno, y al día siguiente, o sea el día del sol se apareció a los apóstoles y a los discípulos. Y les enseñó lo que acabamos de presentar a vuestra consideración.

Primera Apología, 67, trad. T. H. Martín,
"Textos cristianos primitivos", Sígueme, Salamanca,
1991, pg. 171.

LOS CALENDARIOS ROMANO, JUDÍO Y CRISTIANO

Semana

La semana judía tiene como eje el sabbat (Ex 20,11; Gn 1) y se compone de siete días.

La semana greco-romana, en el siglo I, es planetaria; los días designan a los astros

Judíos:	día 1°	día 2°	día 3°	día 4°	día 5°	día 6°	día 7º = sabbat
Rom.:	Sol	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter	Venus	Saturno

Año

El año comienza en primavera (marzo-abril), divido en trece meses, según las lunas

El primer mes se llama *nisan.*

El día 14 es luna llena, en él se celebra la Pascua.

Igual ocurre entre los Romanos, hasta el 153 a. C., en que el año empieza en enero *(Janus)*

Los cristianos al principio celebran las Pascuas como los judíos (Asia), luego el domingo, día de la Resurrección.

Día

Coincide con la salida y la puesta del sol: 6 h-18 h. Se trabaja desde la mañana hasta el mediodía.

Mediodía: comida ligera y siesta. Comida principal: La Cena, empieza hacia las 14,30 o 15 h. y termina con la caída de la noche.



LAS CONFESIONES DE LA FE

Desde los orígenes, la Iglesia ha presentado la fe en formulaciones sintéticas que se llaman confesión, profesión, regla de la fe, símbolo; son términos sinónimos, con algunos matices que es necesario analizar inmediatamente.

• **Confesión** es un término bíblico que significa: proclamar su fe en el Dios de Israel.

• **La regla de fe** o **la regla de la verdad** es una fórmula más desarrollada en la que se expresa, según Ireneo, "la fe que la Iglesia universal ha recibido de los apóstoles y de sus discípulos" *(Contra las herejías, I, 1)*. Criterio que permite distinguirlas falsas de las verdaderas interpretaciones de las Escrituras.

• El término **símbolo,** empleado en el contexto del bautismo o de la fe, no tiene el significado usual de signo figurativo, sino que proviene de una palabra griega que significa "juntar", "unir". Primitivamente entre los Griegos y Latinos el *symbolon* griego, o el latín *tessera,* significaba un objeto divido en dos partes. Puestas juntas las partes permitían reconocer a los poseedores de cada una y probar así sus relaciones contractuadas. El símbolo bautismal es, pues, el signo de reconocimiento de los que profesan una misma fe.

El contenido pretende enunciar lo que es esencial en la fe. En su origen son fórmulas cristológicas que se relacionan con la resurrección, por ejemplo "Jesús es Señor" (Rm 10,9; 1 Co 12,3; 15,3-5); a veces completadas con un segundo término: la fe "en Dios y en Jesucristo" (1 Co 8,6; 1 Tm 2,5-6; 6,13; 2 Tm 4,1).

a) Confesión de la fe: los padres apostólicos

Fórmula cristológica (Ignacio de Antioquía)

"Tapaos los oídos cuando alguno os hable excluyendo de Jesucristo estas verdades: que desciende de David y es Hijo de María; que de verdad nació, comió y bebió; de verdad fue perseguido bajo Poncio Pilato; de verdad fue crucificado y murió a vista de los cielos, de la tierra y de los infiernos; también que resucitó de entre los muertos"

Carta a los Tralianos, 9, trad. T. H. Martín, "Textos cristianos primitivos", Sígueme, Salamanca, 1991, p. 99.

Fórmula trinitaria (Ignacio de Antioquía)

"Poned empeño en estar fundados sobre los mandatos del Señor y de los apóstoles, para que en todo lo que hagáis os vaya bien (Sal 1,3) en cuerpo y en el alma, en fe y en amor, en el Hijo, el Padre y el Espíritu santo".

Carta a los Romanos, 13, trad. T. H. Martín, "Textos cristianos primitivos", Sigúeme, Salamanca, 1991, p. 96.

b) La regla de fe

Ireneo

Este es el don confiado a la Iglesia, como el soplo de Dios a su criatura, que le inspiró para que tuviesen vida todos los miembros que lo recibiesen. En éste se halla el don de Cristo, es decir el Espíritu Santo, prenda de incorrupción, confirmación de nuestra fe y escalera para subir a Dios. En efecto, "en la Iglesia Dios puso apóstoles, profetas y doctores" (1 Co 12,28), y todos los otros efectos del Espíritu. De éste no participan quienes no se unen a la Iglesia, sino que se privan a sí mismos de la vida por su mala doctrina y pésima conducta. Pues donde está la Iglesia ahí se encuentra el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios ahí está la Iglesia y toda la gracia, ya que el Espíritu es la verdad."

Contra las herejías, III,24, trad. C. I. González, CEM, México, 2000, p. 354.

Tertuliano

"La regla de fe es, en verdad, absolutamente una, inmutable e irreformable, es decir creer en un solo Dios todopoderoso creador del mundo, y en su Hijo, Jesucristo, nacido de la Virgen María, crucificado bajo Poncio Pilato, resucitado al tercer día de entre los muertos, recibido en los cielos, que está sentado ahora a la derecha del Padre, vendrá a juzgar a vivos y muertos, mediante también la resurrección de la carne".

El velo de las vírgenes, 1,4.

"Ahora bien, es regla de fe... la cual se cree: que hay un solo Dios y no distinto del creador del mundo... y su hijo descendido por el Espíritu a la virgen María, Jesucristo, que, crucificado, resucitó al tercer día, que, arrebatado a los cielos, se sentó a la derecha del Padre, que ha de venir para juzgar a los "profanos" (impíos), junto con la restitución de la carne."

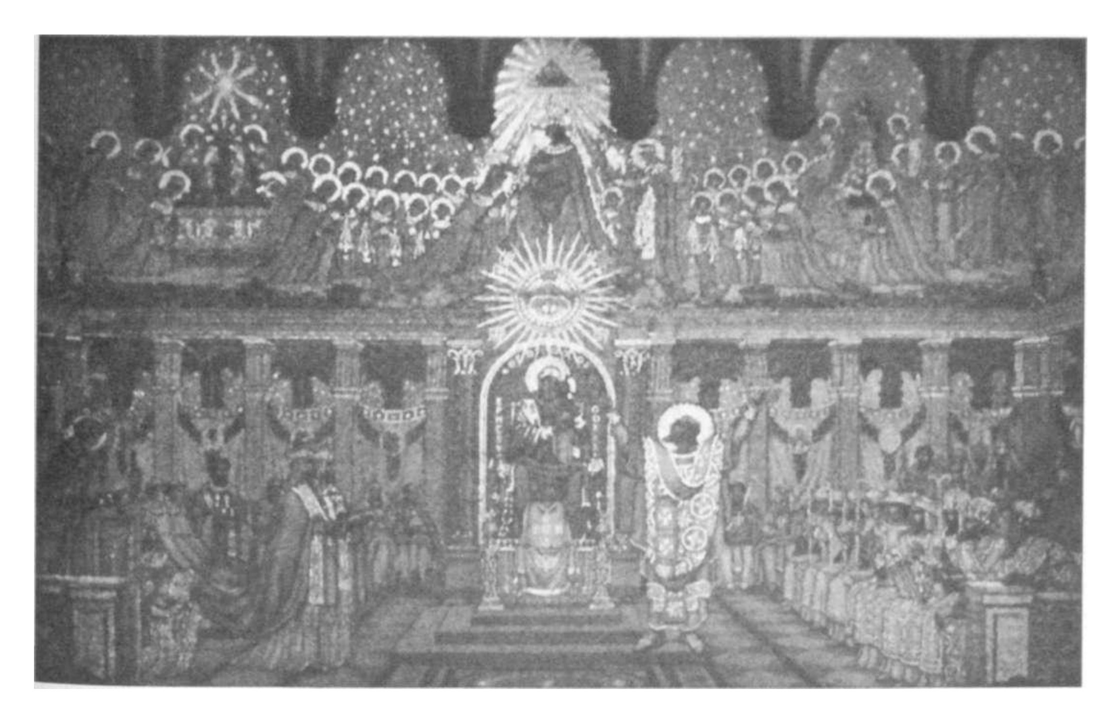
Las Prescripciones contra todas las herejías, 13, trad. S. Vicastillo, "Fuentes patrísticas", 14, Ciudad Nueva, Madrid, etc. 2001, p. 189.

c) El símbolo bautismal

Una leyenda que se remonta al siglo IV pretende que los Doce, antes de dispersarse, formularon uno tras otro cada uno de los doce artículos que componen el símbolo llamado, por este hecho, de los apóstoles. El primero que la narra es Rufino *(Coment. sobre el símbolo,* 2). Un sermón galo, atribuido a san Agustín, nos precisa qué artículo pertenece a cada uno de los apóstoles. Esta leyenda pretende de forma sencilla ilustrar la afirmación ya contenida en "la regla de fe": que la verdad confesada en el bautismo procede globalmente de los apóstoles.

La Epístola a los apóstoles, un apócrifo de mediados del s. II, nos proporciona el primer texto de un símbolo bautismal, compuesto por cinco artículos:

Creo en el Padre, señor de todo,
y en Jesucristo (nuestro salvador),
y en el Espíritu Santo (el Paráclito)
y en la santa Iglesia
y en el perdón de los pecados.



Cirilo de Alejandría, con los brazos en alto, proclama a María "Madre de Dios" *(Theotokos)* en el concilio de Efeso en el 431. Este concilio también prohibió profesar la fe con otro símbolo que no fuera el de Nicea *(verp. 62, 64, 73-74).* Mosaico de la basílica de Fourviére, en Lyon.

III. IRENEO DE LYON (muerto hacia el 200)

El obispo de Lyon, sucesor de Potino el 177, conocido sobre todo por su refutación del gnosticismo, es el vigía de la fe, un misionero del Evangelio, un precursor y un teólogo que marca un camino de luz.

1. La crisis de los gnosticismos.

El nombre del obispo de Lyon va unido desde el principio a la crisis gnóstica. Su obra principal es la *Refutación de la falsa gnosis.*

De entrada conviene distinguir la gnosis del gnosticismo. La **gnosis,** término griego que significa conocimiento, no es en modo alguno una noción sospechosa ni heterodoxa. El judaismo emplea esta palabra en el sentido de experiencia más que de conocimiento intelectual. Este sentido tiene en la oración de la *Didajé.*

Para Clemente de Alejandría "la gnosis es la inteligencia del Evangelio". Ireneo habría suscrito esta afirmación, aunque reservando para la Iglesia la verdadera gnosis. Pero ésta se ve obligada a definirse por relación a la falsa gnosis o a las elaboraciones de los gnosticismos.

Los **gnosticismos** son doctrinas de intelectuales, deficientemente convertidos, que aparecen en gran número, hacia 120-130. Lejos de acoger la fe, como Justino, según la tradición de los apóstoles y de la Iglesia, la utilizan y la explotan en el sentido de sus filosofías y de sus sistemas. Su legítimo deseo de conocimiento se convierte en violación y no acogida del misterio.

A mediados del siglo II la literatura gnóstica es más abundante y más activa que la ortodoxa. Afecta a todo: a la Biblia, a los apócrifos, a la teología y hasta a la poesía y a la oración. Los diversos gnosticismos se extienden desde el mar Negro, y sobre todo desde Alejandría -su epicentro-, hasta Roma, Cartago y finalmente hasta Lyon, avanzadilla del cristianismo.

UN SISTEMA GNÓSTICO

La doctrina de Basílides (gnosis alejandrina), según Ireneo

Según él [Basílides], el Padre ingénito habría engendrado en primer lugar la Mente *(Noüs),* después de la Mente al Verbo, en seguida del Verbo engendró la Prudencia *(Phrónesis),* y de la Prudencia la Sabiduría y la Potencia. De la Sabiduría y la Potencia las Potestades, los Principados y los Ángeles a los cuales llama "los primeros", y éstos han hecho el primer cielo. Luego otros han emanado de éstos, los cuales han hecho otro cielo semejante al primero. De modo semejante del tercer cielo ha nacido el cuarto y así sucesivamente; de igual manera se originaron otros Principados y otros Angeles, hasta completar trescientos sesenta y cinco cielos. Y por eso el año tiene tantos días cuantos son los cielos.

Los Angeles que habitan el cielo más bajo, que también nosotros podemos ver, han fabricado todas las cosas que hay en el mundo y se han repartido las partes de la tierra y las naciones que habitan en ella. Su jefe es el Ángel que los judíos tienen por Dios. Y como éste quiso someter las demás naciones a sus hombres, es decir a los judíos, los demás Principados se levantaron contra él y lo atacaron. Por eso también las demás naciones se rebelaron contra la suya. El Padre ingénito e inefable, viendo cómo se perdían, envió a la Mente, su Primogénito, llamado Cristo, para liberar a los que creían en él del dominio de aquellos que hicieron el mundo. Apareció en la tierra entre los seres humanos e hizo milagros. Por eso, según dicen, no fue él quien padeció, sino un cierto Simón Cirineo, quien fue obligado a cargar por él la cruz (Mt 27,32). A éste habrían crucificado por error e ignorancia...

Quienes saben estas cosas, quedan liberados de los Principados hacedores del mundo. Por eso no debemos creer en el que fue crucificado, sino en aquel que vino a vivir entre los seres humanos bajo forma de hombre, al que imaginaron haber crucificado; es decir, en Jesús, el enviado del Padre para que por medio de esta Economía destruyese las obras de los que habían hecho el mundo. Si alguien profesa su fe en el crucificado, todavía es esclavo y se mantiene bajo el poder de los que fabricaron los

cuerpos. En cambio quien lo niega (al crucificado), queda liberado de éstos (Ángeles) porque conoce la Economía del Padre ingénito.

Sólo las almas pueden salvarse, porque los cuerpos son por naturaleza corruptibles.

Contra las herejías, I, 24, 3-5, trad. C. I. González, CEM, México, 2000, p. 137-138.

2. La enseñanza de Ireneo

La obra principal de Ireneo tiene como título ***Contra las herejías*** *o refutación de la pretendida gnosis de nombre engañoso,* en cinco libros. Más tarde escribió también la *Predicación apostólica y sus pruebas,* una especie de catecismo de la fe católica.

Ireneo, frente a las alegaciones de los gnosticismos, se atiene al dato bíblico y a la enseñanza evangélica, recibida de los apóstoles y transmitida por la regla de la fe, una especie de epítome de las verdades esenciales. Frente al dualismo fundamental de los gnósticos, afirma la unidad: Dios es uno, Cristo es uno, uno es el hombre, una la Iglesia, una la fe.

La verdadera gnosis

La verdadera gnosis nos lleva a conocer no el misterio mismo de Dios, sino la creación, obra de su amor por el hombre, y lo que Ireneo llama, siguiendo a san Pablo, la "economía" (la organización) es decir el designio divino de manifestarse a través de la historia de la salvación. El designio tiene su fuente en la Trinidad y lleva al hombre desde la creación a la glorificación, en la visión de Dios.

La primera certeza de Ireneo se refiere a Dios: no hay otro Dios, fuera del que nos ha creado y modelado, no hay, por tanto, salvación fuera de él y de las dos manos", que son el Hijo y el Espíritu. La creación entera es la obra de Dios, es por tanto buena, inclusive la materia, y apta para la salvación.

La economía y el hombre

La creación del hombre tiene lugar en el corazón de la materia: el hombre no es un espíritu caído en un cuerpo, sino un cuerpo "pneumatizado", habitado por el Espíritu, garante de su unidad y de su incorruptibilidad. El hombre es imagen de Dios, porque ha sido modelado inclusive en su cuerpo a imagen del Hijo "que debía nacer". La economía es la elevación lenta y progresiva del hombre y su responsabilidad en esta ascensión hacia la perfecta semejanza con Dios. La pedagogía divina consiste en preparar al hombre para su visita, sin intimidarlo, para disponerlo a acogerlo y entrar en comunión con él.

La venida de Cristo

La venida de Cristo en la teología primitiva no está en modo alguno ligada al pecado, sino "prevista desde los orígenes del mundo". La historia del hombre experimenta caídas, el pecado, consecuencia no de su naturaleza corporal como pretendían los gnósticos, sino de su libertad, de su fragilidad, de su indocilidad. El hombre se despierta poco a poco, como un niño, y va aprendiendo sus responsabilidades. El pecado puede contrarrestar, pero no entorpecer, el designio de Dios.

La historia se presenta como una preparación progresiva de la venida del Hijo, "sembrado por doquier en la Escritura, hablando a Abrahán, a Moisés, a David". Dios preparaba a los profetas a fin de que dispusieran al hombre "para llevar su Espíritu y para poseer la comunión con él". Jesús es, para Ireneo, el centro luminoso a partir del cual se ilumina toda la línea del tiempo; sirvió de modelo para la creación del hombre. "Por la encarnación, Cristo hace descender a Dios al hombre por el Espíritu, y hace subir al hombre hasta Dios, realizando en sí mismo la obra modelada por él."

De ese modo Cristo ha recapitulado en sí mismo la larga historia de los hombres, desde el primero, Adán. La cruz de Cristo, réplica del árbol de la vida, expresa a la vez lo dramático de la obediencia, hasta su muerte, sujeto al madero, "para expiar la antigua desobediencia y también para significar, por sus cuatro dimensiones, que la cruz abraza al universo" *(Pred.* 34).

El Espíritu y la Iglesia

La economía de Cristo llega a su culminación por la economía del Espíritu. A partir del Mesías la unción del Espíritu chorrea sobre todo el cuerpo eclesial, sobre cada uno de sus miembros. El Espíritu permanece en ella y la embalsama con su perfume: "Donde está la Iglesia está el Espíritu, donde está el Espíritu está la Iglesia."

La fe, sembrada en nosotros, fermenta en caridad y conduce al hombre a la visión de Dios. La eucaristía es el último tramo de la historia de la salvación. El pan, el vino, frutos de la tierra, una vez consagrados son el reflujo de la creación entera hacia el Padre de todo don. Celebran la acción de gracias y la espera, el ya presente y la maduración de las promesas.

Fresco admirable, que permite a Ireneo mostrar la unidad y la progresión del designio de Dios, la correspondencia de los dos Testamentos, de los dos Adán, de las dos Eva (la primera y María), y la recuperación o la recapitulación, de toda la creación.

IRENEO

Recuerdos de infancia: su educación junto al obispo Pilocarpo en Esmirna

Recuerdo mejor estos tiempos que los acontecimientos recientes, pues las cosas aprendidas en la infancia crecen con el alma y forman una misma cosa con ella. Puedo incluso decir el sitio en que el bienaventurado Policarpo dialogaba sentado, así como sus salidas y entradas, la índole de su vida y el aspecto de su cuerpo, los discursos que dirigía al pueblo, cómo describía sus relaciones con Juan y con los demás que habían visto al Señor y cómo recordaba las palabras de unos y otros, y qué era lo que había escuchado de ellos acerca del Señor, de sus milagros y su enseñanza; y cómo Policarpo, después de haberlo recibido de estos testigos oculares de la vida del Verbo, todo lo relataba en consonancia con las Escrituras. Y estas cosas, por la misericordia que Dios tuvo para conmigo, también yo las escuchaba entonces diligentemente y las anotaba, pero no en el papel, sino en mi corazón, y, por la gracia de Dios, siempre las estoy rumiando fielmente y puedo atestiguar delante de Dios que, si aquel bienaventurado y apostólico presbítero hubiera escuchado algo semejante a lo que tú dices [es decir las doctrinas gnósticas], habría lanzado un grito, se habría taponado los oídos y habría dicho, según su costumbre: "Oh buen Dios, ¡para qué tiempos me habéis reservado, para que tenga que soportar esto!" y habría abandonado el lugar donde, sentado o de pie, habría escuchado tales discursos. Por otra parte lo mismo se puede mostrar por las cartas que enviaba ya a las Iglesias vecinas para consolidarlas, ya a algunos hermanos para advertirles y exhortarles.

Carta de Ireneo a Florino, en EUSEBIO DE CESÁREA,
"Historia eclesiástica", V, 20,
B. A. C., Madrid, 1973, p. 325-326.

¿Cómo serás tú, Dios?

¿Cómo podrías hacerte dios, si primero no te haces un ser humano? ¿Cómo pretendes ser perfecto, si fuiste creado en el tiempo? ¿Cómo sueñas en ser inmortal, si en tu naturaleza mortal no has obedecido a tu Hacedor? Es, pues, necesario que primero observes tu orden humano para que en seguida participes de la gloria de Dios. Porque tú no hiciste a Dios, sino que él te hizo. Y si eres obra de Dios, contempla la mano de tu artífice, que hace todas las cosas en el tiempo oportuno y de igual manera obrará oportunamente en cuento a ti respecta. Pon en sus manos un corazón blando y moldeable y conserva la imagen según la cual el Artista te plasmó; guarda en ti la humedad,

no vaya a ser que, si te endureces, pierdas las huella de sus dedos. Conservando tu forma subirás a lo perfecto; pues el arte de Dios esconde el lodo que hay en ti. Su mano plasmó tu ser, te reviste por dentro y por fuera con plata y oro puro (Ex 25,11), y tanto te adornará que el Rey deseará tu belleza (Sal 45(44), 12). Mas si, endureciéndote, rechazas su arte y te muestras ingrato a aquel que te hizo un ser humano, al hacer ingrato a Dios pierdes al mismo tiempo el arte con que te hizo y la vida que te dio: hacer es propio de la bondad de Dios, ser hecho es propio de la naturaleza humana. Y por este motivo, si le entregas lo que es tuyo, es decir tu fe y obediencia a él, entonces recibirás de él su arte, que te convertirá en obra perfecta de Dios. Mas si rechazas creer y huyes de sus manos, la culpa de tu imperfección recaerá en tu desobediencia y no en aquel que te llamó; él mandó a quien convocara a su boda: quienes no obedecieron, por su culpa se privaron de su cena regia (Mt 22,3).

A Dios no le falta el arte, siendo capaz de sacar de las piedras hijos de Abraham (Mt 3,9; Lc 3,8); pero aquel que no se somete a tal arte, es causa de su propia imperfección. Es como la luz; no falta porque algunos se hayan cegado, sino que la luz sigue brillando, y los que se han cegado viven en la oscuridad por su culpa. Ni la luz obliga por la fuerza a nadie; así como Dios a nadie somete por imposición a su arte. Aquellos, pues, que se han apartado de la luz del Padre, trasgrediendo la ley de la libertad, se han alejado por su culpa, pues se les concedió la libertad y el libre albedrío. Dios, que de antemano conoce todas las cosas, preparó para unos y para otros sendas moradas; con toda bondad otorga la luz de la incorrupción a aquellos que la buscan; en cambio aparta de sí a quienes la desprecian y rechazan, huyendo por su cuenta y cegándose. Para quienes repudian la luz y escapan de él, ha preparado las tinieblas correspondientes, a las que los entregará como justo castigo. Sujetarse a Dios es el descanso eterno. Por eso quienes huyen de la luz tendrán un puesto digno de su fuga, y quienes huyen del descanso eterno también tendrán la morada que merecen los desertores. En Dios todo es bien, y por eso quienes por propia decisión huyen de Dios, a sí mismos se defraudan y privan de sus bienes. Y por ello quienes a sí mismos se han defraudado en cuanto a los bienes de Dios, en consecuencia caerán en su justo juicio. Quienes se escapan del descanso, justamente vivirán en su castigo, y quienes huyeron de la luz vivirán en tinieblas. Así como sucede con la luz de este mundo: quienes se fugan de ella, por sí mismos se esclavizan a la obscuridad, de manera que es su propia culpa si quedan privados de la luz y deben habitar en las sombras de la noche. La luz no es la causa de ese modo de vivir, como antes dijimos. De igual modo, quienes evaden la luz eterna que contiene en sí todos los bienes, por su propia culpa vivirán en tinieblas eternas, privados de todo bien, pues ellos mismos han construido su propio tipo de morada.

Contra las herejías, IV, 39,2-4, trad. C. I. González, CEM, México, 2000, p. 469-470.

LOS MÁRTIRES DE LYON

En Lyon, el año 177, en un motín popular fueron apresados algunos cristianos condenados con anuencia del mismo emperador Marco Aurelio. Eusebio nos ha conservado la carta (¿de Ireneo?) que relata los sucesos.

"Carta de las Iglesias de Lyon y Vienne a las Iglesias de Asia y Frigia. Los siervos de Cristo que habitan como forasteros en Vienne y Lyon de la Galia, a los hermanos de Asia y Frigia que tienen la misma fe y esperanza que nosotros en la redención: Paz, gracia y gloria de parte de Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo. [...]

Martirio de Santo

A cuantas preguntas se le hacían Santo respondía en lengua latina: "Soy cristiano." Esto confesaba sucesivamente en lugar de nombre, de ciudad, de nación y de todo lo demás, y ninguna otra palabra lograron oír de su boca los gentiles [...]. Finalmente le aplicaron láminas de bronce rusientes a las partes más delicadas de su cuerpo. Sus miembros, sí, se abrasaban; mas él seguía inflexible y entero, firme en la confesión de su fe, rociado y fortalecido por la celeste fuente de agua de vida que brota de las entrañas de Cristo. Su pobre cuerpo era testimonio vivo de lo que con él se había hecho: todo él era una llaga y tumor, contraído y sin forma exterior de hombre. Mas sufriendo

en él Cristo, cumplía grandes hechos de gloria, aniquilando al adversario, y demostrando, para ejemplo de los demás, que nada hay espantoso donde reina la caridad del Padre, ni doloroso donde brilla la gloria de Cristo [...].

Días después los sin ley tendieron otra vez al mártir sobre el potro y pensaban que habían de vencerle aplicándole los mismos tormentos del primero, con las heridas aún frescas e inflamadas, que no soportaban el más leve contacto de la mano, o, caso de sucumbir a los tormentos, ello infundiría terror a los demás; no sólo no sucedió nada de lo que ellos pensaron, sino que, contra todo lo que humanamente era de esperar, su pobre cuerpo se reanimó y enderezó en la tortura segunda, y Santo recobró su forma normal y uso de los miembros, de suerte que el potro, esta segunda vez, no fue para él, por la gracia de Cristo, tortura, sino curación. [...]

Otros mártires

Porque lo cierto es que los que habían pasado por terribles tormentos, y no parecía pudieran sobrevivir aun prodigándoles todo género de cuidados, resistieron la cárcel destituidos de todo humano auxilio, si bien confortados y fortalecidos en cuerpo y alma por el Señor, hasta el punto que eran ellos los que alentaban y consolaban a los demás. En cambio, los recién llegados, cuya detención databa de días, y cuyos cuerpos no habían anteriormente pasado por el endurecimiento de la tortura, no pudieron resistir la dureza de aquella mazmorra y murieron dentro.

Martirio de Potino

El bienaventurado Potino, especialmente, que tenía encomendado el ministerio del episcopado en Lyon, cuando sobrepasaba la edad de sus noventa años, y muy enfermo, respirando apenas por la enfermedad corporal que le aquejaba, pero fortalecido en la prontitud de su espíritu por el ardiente deseo del martirio que le obsesionaba, fue también arrastrado ante el tribunal, con su cuerpo deshecho por la vejez y la enfermedad, mas llevando dentro un alma que parecía guardada con el solo fin de que Cristo triunfase en ella. Llevado, pues, al tribunal por un piquete de soldados y escoltado por las autoridades y por todo el pueblo, que lanzaba todo linaje de gritos contra él, como si fuera Cristo mismo, dio su buen testimonio. Interrogado, entre otras cosas, por el gobernador, quién era el Dios de los cristianos, respondió Potino: "Si fueres digno, lo conocerás." [...]

Martirio de Blandina

En cuanto a Blandina, colgada de un madero, estaba expuesta para presa de las fieras, soltadas contra ella. El solo verla así colgada en forma de cruz y en fervorosa oración, infundía ánimo a los combatientes, pues en medio de su combate contemplaban en su hermana, aun con los ojos de fuera, al que fue crucificado por ellos, a fin de persuadir a los que en él creen que todo el que padeciere por la gloria de Cristo ha de tener eternamente participación con el Dios viviente. [...]

La bienaventurada Blandina, la última de todos, cual generosa matrona que ha exhortado a sus hijos y los ha enviado delante de sí, vencedores, al rey, se apresuraba a seguirlos recorriendo también ella sus mismos combates, jubilosa y exultante ante la muerte, como si estuviera convidada a un banquete de bodas y no condenada a las fieras. Después de los azotes, tras las dentelladas de las fueras, tras la silla de hierro rusiente, fue finalmente encerrada en una red, y soltaron contra ella un toro bravo, que la lanzó varias veces a lo alto. Mas ella no se daba ya cuenta de nada de lo que se le hacía, por su esperanza y aun anticipo de lo que la fe le prometía, absorta en íntima conversación con Cristo. También esta fue finalmente degollada, teniendo que confesar los mismos paganos que jamás entre ellos había soportado mujer alguna tales y tantos suplicios.

Carta de los cristianos de Lyon y de Vienne,
1-56, trad. D. Ruiz Bueno,
"Actas de los Mártires", 3ª ed, B.A.C., Madrid, 1974,
p. 327-342.



Lyon, anfiteatro de las Tres Galias
El poste en el centro marca el lugar donde quizás murieron Blandina y los otros mártires de Lyon.

CAPITULO 2

La Iglesia de los mártires (siglo III)

Hace ya un siglo y medio que Pablo partía en misión, y durante un siglo y medio brillará "la época de oro de los Padres". En el siglo III la Iglesia se extiende en Oriente hasta Capadocia y Mesopotamia; consolida su implantación en Egipto, en el África romana, en Galia y en Germania.

Para acoger mejor a los candidatos que afluyen a ella, la Iglesia debe adaptarse. En la jerarquía tripartita, la asociación obispo-diácono permanece fundamental, pero el presbiterado se afianza. El catecumenado dura ya tres años. La predicación y la obra de Orígenes y de Cipriano velan por la profundización de la fe. Aparecen dos textos legislativos sin carácter oficial: la ***Tradición apostólica*** (atribuida a un tal Hipólito, presbítero de Roma) y la ***Didascalía de los Doce apóstoles*** (en Oriente), recogida en parte en el siglo IV en las *Constituciones apostólicas.*

TRADICIÓN APOSTÓLICA

ATRIBUIDA A HIPÓLITO DE ROMA

En cursiva los pasajes o palabras que podemos encontrar hoy todavía en la plegaria eucarística II de la liturgia romana actual.

Te *damos gracias,* oh Dios,
por medio de tu amado Hijo Jesucristo,
el cual nos enviaste en los últimos tiempos
como Salvador y Redentor nuestro y como anunciador
de tu voluntad.
El es tu Verbo inseparable, por quien hiciste todas las cosas
y en el que te has complacido.
Lo enviaste desde el cielo al seno de una Virgen,
el cual fue concebido y se encarnó,
y se mostró como Hijo tuyo, *nacido del Espíritu Santo y de la Virgen.*
Él, *cumpliendo tu voluntad* y conquistándote *tu pueblo santo,*
extendió sus manos padeciendo
para librar del sufrimiento a los que creyeran en Ti.

El cual, *habiéndose entregado voluntariamente* a la pasión
para destruir la muerte, romper las cadenas del demonio,
humillar al infierno, iluminar a los justos,
cumplirlo todo y *manifestar la resurrección,*
tomando el pan y dándote gracias, dijo:
Tomad, comed: Este es mi cuerpo, que por vosotros será destrozado.
Del mismo modo tomó *el cáliz,* diciendo:
Esta es mi sangre, que *por vosotros* es *derramada;*
cuando *hacéis esto,* renováis *el recuerdo de mí.*

Recordando, pues, *la muerte y la resurrección de El*
te ofrecemos el pan y el cáliz, dándote gracias,
porque nos tuviste por dignos de estar delante de ti y de servirte.
Y te pedimos que envíes tu Espíritu Santo a la oblación de la santa *Iglesia.*
juntándolos en uno, da a todos lo santos que la *reciben,*
que sean llenos del Espíritu Santo
para confirmación de la fe en la verdad,

para que *te alabemos* y glorifiquemos *por tu Hijo Jesucristo,*
por medio del cual honor y gloria a ti, al Padre y al Hijo *con el Espíritu Santo*
en tu Santa Iglesia, ahora y por *los siglos de los siglos.*
Amén.

Trad. J. Solano, "Textos eucarísticos primitivos",
B.A.C. Madrid, 1988, p. 117-118.

Para los cristianos, los tiempos de calma alternan con las persecuciones. El cristianismo está suficientemente vivo para soportar el choque. Si caen las hojas muertas, el árbol podado extiende su ramaje. Tertuliano lo dice incluso con orgullo: "De nada sirve vuestra más exquisita crueldad: más bien es estímulo para el grupo de seguidores de Cristo. Nos hacemos más numerosos cada vez que nos cosecháis: ¡es semilla la sangre de los cristianos!" *(Apologético, 50,13).*

Desde el siglo III surgen en la Iglesia unos escritores de una categoría excepcional: **Tertuliano** en Cartago, **Orígenes** en Alejandría. Su acción y su influencia tienen un gran alcance. Forjan la lengua cristiana y su vocabulario, la teología y la exégesis, que fecundaron los siglos cristianos.

Otros autores dejan también escritos importantes en el siglo III: en Oriente, el *Comentario sobre Daniel* y el conjunto de la obra exegética de un escritor asimilado a **Hipólito** de Roma; en Asia Menor, **Metodio de Olimpo,** autor de un diálogo *Sobre la resurrección* y sobre todo el *Banquete,* que trata no ya sobre el amor, como el de Platón, sino sobre la virginidad.

I. LA EPOPEYA DE LA SANGRE

En el siglo III coincide la consolidación del cristianismo con la debilitación del Imperio romano, cuyo edificio se resquebraja (los Bárbaros están ya en las fronteras, la inflación galopa, despoblación). Los emperadores que están viendo cómo las élites, al hacerse cristianas, carecen de fervor patriótico, intentan movilizar al pueblo fomentando el culto imperial.

Septimio Severo (193-211) pretende detener el desarrollo de los grupos religiosos y prohibir el proselitismo. El catecumenado es por tanto ilegal. De nuevo intervienen los apologistas: en África el retórico cristiano **Arnobio,** maestro de Lactancio y autor de siete libros *Contra las naciones;* en Roma, **Minucio Félix** compone el *Octavius,* diálogo filosófico inspirado en Cicerón y transmitido por error, en virtud de su título, como el libro octavo de la obra de Arnobio. También en África, Tertuliano escribe *A los mártires* y se alza en vano contra la arbitrariedad (en *A las naciones* y el *Apologético).* Numerosos cristianos, todavía catecúmenos, como Felicidad y Perpetua en Cartago, son apresados en el 203 y mueren mártires. Hemos conservado su diario de cautividad, sin duda presentado por Tertuliano.

Pasado un tiempo de tranquilidad, **Maximino el Tracio** (235-238), que se creía inmortal a causa de su gran estatura, promulga un edicto que ordena condenar a muerte "solamente a los jefes de las Iglesias". Esto ocasiona, en 235, el destierro de Ponciano, obispo de Roma, y de Hipólito, presbítero romano (no confundirlo con el exegeta oriental con quien se ha comparado) a Cerdeña, donde mueren. Generalmente se tribuye a Hipólito la *Tradición apostólica.*

La Iglesia disfrutó entonces un nuevo período de paz. El emperador **Decio** (249-251), amenazado en las fronteras, quiere asegurarse la lealtad de todos y exige una *supplicatio* general por la salud del Imperio. Todos los ciudadanos deben ofrecer sacrificios a los dioses, para recibir un billete de confirmación *(libellus).* La persecución provoca una desbandada y apostasía de numerosos cristianos, algo que no se preveía. La Iglesia se enriquece de nuevo con los mártires: el presbítero Pionio y sus compañeros en Esmiraa, Máximo en Éfeso, Luciano y Marciano en Nicomedia, Apolonio con otros muchos en Alejandría. Conocemos todos estos mártires por las actas auténticas y contemporáneas. En esta circunstancia Cipriano apoya con sus cartas a los confesores en prisión.

Al día siguiente de la tempestad se plantea el problema de los que habían ofrecido sacrificios. La tesis moderada, defendida y aplicada por Roma y Cartago (reconciliación después de una penitencia proporcionada) chocó con la postura intransigente de los rigoristas, como la del antipapa **Novaciano,** por lo demás primer teólogo romano que escribió en latín y autor de un tratado *Sobre la Trinidad,* muerto mártir bajo Valeriano.

El reinado de **Valeriano** (253-260) al principio fue de los más favorables a los cristianos. Se presentaron graves dificultades financieras, y el poder quiso utilizar el anticristianismo "para poner a flote el tesoro". Un primer edicto (257) mandaba que el clero superior ofreciera sacrificios. Cipriano en Cartago, Dionisio en Alejandría, fueron obligados a obedecer la orden. Al negarse, fueron deportados. Un segundo edicto decretó la pena de muerte para los refractarios. Lo que enriqueció la lista y las actas de los mártires.

En Roma, el obispo Sixto II fue ejecutado con cuatro de sus diáconos (entre ellos Lorenzo). Cipriano corrió la misma suerte en Cartago. Fructuoso encontró la muerte en Tarragona con dos de sus diáconos, en el 258. Conservamos aún las actas de Cipriano, de Fructuoso y de Montano de Cartago.

El **culto de los mártires** existe desde el siglo II, como lo prueba la historia de Policarpo. Se desarrolla en el siglo III al crecer el número de los mártires. En los días aniversarios se leen las *Actas* de los confesores ilustres, conservadas cuidadosamente en las iglesias; las *Pasiones,* redactadas por testigos contemporáneos, como la de Policarpo, de Felicitas y de Perpetua. Posteriormente las Leyendas de los mártires pretenden mezclar la verdad y la fantasía; otras son puras obras de ficción, como la historia de santa Cecilia, en la que sólo son auténticos el nombre y el hecho del martirio.

LAS PERSECUCIONES. LA GESTA DE LOS MÁRTIRES

La persecución de Nerón, atestiguada por el historiador Tácito en el 63

El caso fue que se empezó por detener a los que confesaban abiertamente su fe, y luego, por denuncia de aquellos, a una ingente multitud y resultaron convictos no tanto de la acusación del incendio cuanto de odio al género humano. Pero a su suplicio se unió el escarnio, de manera que parecían desgarrados por los perros tras haberlos hecho cubrirse con pieles de fieras, o bien clavados en cruces, al caer el día, eran quemados de manera que sirvieran como iluminación durante la noche.

Nerón había ofrecido sus jardines para tal espectáculo, y daba festivales circenses mezclado con la plebe, con atuendo de auriga o subido en el carro. Por ello, aunque fueran culpables y merecieran los máximos castigos, provocaban la compasión, ante la idea de que perecían no por el bien público, sino por satisfacer la crueldad de uno solo.

Annales, 15,44, trad. J. L. Moralejo, en R. PENNA, "Ambiente histórico-cultural de los orígenes del Cristianismo", Desclée De Brouwer, Bilbao, 1994, p. 328.

Directivas de Trajano a Plinio el Joven en el 111/113

Caro Segundo, has seguido acendrado proceder en el examen de las causas de quienes te fueron denunciados como cristianos. No se puede instituir una regla general, es cierto, que tenga, por así decir, valor de norma fija. No deben ser perseguidos de oficio. Si han sido denunciados y han confesado, han de ser condenados, pero del siguiente modo: quien niegue ser cristiano y haya dado prueba manifiesta de ello, a saber, sacrificando a nuestros dioses, aun cuando sea sospechoso respecto al pasado, ha de perdonársele por su arrepentimiento. En cuanto a las denuncias anónimas, no han de tener valor en ninguna acusación, pues constituyen un ejemplo detestable y no son dignas de nuestro tiempo.

PLINIO EL JOVEN, *Epístolas* 10,97, trad. de J. Lera, R. PENNA, O.C, p. 326.

Justino muere mártir, en Roma, bajo Marco Aurelio, en el 163

Prendidos, pues, los santos arriba citados, fueron presentados al prefecto de Roma, por nombre Rústico. Venidos ante el tribunal, el prefecto Rústico dijo a Justino: "En primer lugar, cree en los dioses y obedece a los emperadores."

Justino respondió: Lo irreprochable y que no admite condenación, es obedecer a los mandatos de nuestro Salvador Jesucristo.

El prefecto Rústico dijo: ¿Qué doctrina profesas?

Justino respondió: He procurado tener noticia de todo linaje de doctrinas; pero sólo me he adherido a las doctrinas de los cristianos, que son las verdaderas, por más que no sean gratas a quienes siguen falsas opiniones.

El prefecto Rústico dijo: ¿Con que semejantes doctrinas te son gratas, miserable?

Justino respondió: Sí, puesto que las sigo conforme al dogma recto.

El prefecto Rústico dijo: ¿Qué dogma es ese?

Justino respondió: El dogma que nos enseña a dar culto al Dios de los cristianos, al que tenemos por Dios único, el que desde el principio es hacedor y artífice de toda la creación, visible e invisible; y al Señor Jesucristo, por hijo de Dios, el que de antemano predicaron los profetas que había de venir al género humano, como pregonero de salvación y maestro de bellas enseñanzas. Y yo, hombrecillo que soy, pienso que digo bien poca cosa para lo que merece la divinidad infinita, confesando que para hablar de ella fuera menester virtud profética, pues proféticamente fue predicho acerca de éste de quien acabo de decirte que es hijo de Dios. Porque has de saber que los profetas, divinamente inspirados, hablaron anticipadamente de la venida de él entre los hombres.

El prefecto Rústico dijo: ¿Dónde os reunís?

Justino respondió: Donde cada uno prefiere y puede, pues sin duda te imaginas que todos nosotros nos juntamos en un mismo lugar. Pero no es así, pues el Dios de los cristianos no está circunscrito a lugar alguno, sino que, siendo invisible, llena el cielo y la tierra, y en todas partes es adorado y glorificado por sus fieles.

Martirio de Justino y de sus compañeros, 2-3,
trad. D. Ruiz Bueno, "Actas de los mártires", 3ª ed,
B.A.C., Madrid, 1974, p. 311-312.

Felicidad y Perpetua, mártires en Cartago, el 203

De allí a unos días se corrió el rumor de que íbamos a ser interrogados. Vino también de la ciudad mi padre, consumido de pena, y se acercó a mí con intención de derribarme, y me dijo:

"Compadécete, hija mía, de mis canas; compadécete de tu padre, si es que merezco ser llamado por ti con el nombre de padre. Si con estas manos te he llevado hasta esa flor de tu edad, si te he preferido a todos tus hermanos, no me entregues al oprobio de los hombres. Mira a tus hermanos; mira a tu madre y a tu tía materna; mira a tu hijito, que no ha de poder sobrevivirte. Depón tus ánimos, no nos aniquiles a todos, pues ninguno de nosotros podrá hablar libremente, si a ti te pasa algo."

Así hablaba como padre, llevado de su piedad, a par que me besaba las manos y se arrojaba a mis pies y me llamaba, entre lágrimas, no ya su hija, sino su señora. Y yo estaba transida de dolor por el caso de mi padre, pues era el único de toda mi familia que no había de alegrarse de mi martirio traté de animarle, diciéndole: "Allá, en el estrado, sucederá lo que Dios quisiere; pues has de saber que no estamos puestos en nuestro poder, sino en el de Dios". Y se retiró de mi lado, sumido en tristeza. [...]

¡Oh fortísimos y beatísimos mártires! ¡Oh de verdad llamados y escogidos para gloria de nuestro Señor Jesucristo! El que esta gloria engrandece y honra y adora, debe ciertamente leer también estos ejemplos, que no ceden a los antiguos, para edificación de la Iglesia, a fin de que también las nuevas virtudes atestigüen que es uno solo y siempre el mismo Espíritu Santo el que obra hasta ahora, y a Dios Padre omnipotente y a su hijo Jesucristo, Señor nuestro, a quien es claridad y potestad sin medida por los siglos de los siglos. Amén.

Pasión de Felicidad y Perpetua, 5 y 21 ibid.
p. 424-425 y 439-440.

Martirio de Cipriano, obispo de Cartago, el 258

El procónsul Galeno Máximo dio orden, aquel mismo día, de que le presentaran a Cipriano [...].

El procónsul Galerio Máximo dijo al obispo Cipriano: ¿Eres tú Tascio Cipriano?

El obispo Cipriano respondió: Yo lo soy.

Galerio Máximo: - ¿Tú te has hecho papa[1] de los hombres sacrilegos?

Cipriano Obispo - Sí

Galerio Máximo. - Los sacratísimos emperadores han mandado que sacrifiques.

Cipriano Obispo. - No sacrifico.

Galerio Máximo. - Reflexiona y mira por ti.

Cipriano Obispo. - Haz lo que se te ha mandado. En cosa tan justa no hace falta reflexión alguna.

Galerio Máximo, después de deliberar con su consejo, a duras penas y de mala gana, pronunció la sentencia con estos considerandos: "Durante mucho tiempo has vivido sacrilegamente y has juntado contigo en criminal conspiración a muchísima gente, constituyéndote en enemigo de los dioses romanos y de sus sacros ritos, sin que los piadosos y sacratísimos príncipes Valeriano y Galieno, Augusto y Valeriano, nobilísimo César, hayan logrado hacerte volver a su religión. Por tanto, convicto de haber sido cabeza y abanderado de hombres reos de los más abominables crímenes, tú servirás de escarmiento a quienes juntaste para tu maldad, y con tu sangre quedará sancionada la ley."

Y dicho esto, leyó en alta voz la sentencia en la tablilla: "Mandamos que Tasio Cipriano sea pasado a filo de espada."

El obispo Cipriano dijo: - "Gracias a Dios"

Actas proconsulares de Cipriano, 2-4, ibid. p. 759-760.

Martirio de Fructuoso, obispo de Tarragona

Llegados al anfiteatro... un camarada de milicia, hermano nuestro, por nombre Félix, se le acercó también (al obispo Fructuoso) y, tomándole la mano derecha, le rogó que se acordara de él. El santo varón Fructuoso, con clara voz que todos oyeron, le contestó: "Yo tengo que acordarme de la Iglesia católica, extendida de Oliente a Occidente."

Martirio de Fructuoso y de sus compañeros, 3, ibid.p. 791.

II. VIVIR EN CRISTIANO, EN ÁFRICA DEL NORTE

El Evangelio debió llegar a África con algún barco de carga procedente de Levante. Se mencionan algunos Libios convertidos entre los judíos reunidos en Jerusalén para Pentecostés. Libia era parte del África romana. Tertuliano, y más tarde Agustín, afirman que su Iglesia es de origen oriental. Los primeros adeptos debieron venir de la comunidad judía. Las excavaciones de Hadrumeto han descubierto en el cementerio judío unas tumbas cristianas que podrían datar del 50/60.

Iglesia silenciosa, cuyo primer documento, escrito en latín, son las *Actas de los mártires* -siete varones y cinco mujeres- de Escilio, una modesta villa no identificada. Citados ante el procónsul de Cartago, son condenados "a morir a espada", el 17 de julio del 180. El Evangelio había, pues, penetrado en el interior de las tierras y llegaba a la campiña del Proconsulado.

Los **mártires de Escilio** conocen y emplean una traducción latina de las *Cartas* de san Pablo que uno de ellos lleva en una *capsa* (caja). Las Actas de su martirio son el primer texto latino cristiano y como las cartas de la nobleza del África cristiana. Tertuliano hace alusión a ellas *(Ad Scapulam,* 3).

1- La palabra "papa" es usada por todos los obispos, hasta el siglo V. Significa "padre"; así traducen algunos este texto de las Actas.

El procónsul Saturnino leyó de la tablilla la sentencia: "Esperato, Nartzalo, Citino, Donata, Vestia, Segunda y los demás que han declarado vivir conforme a la religión cristiana, puesto que habiéndoseles ofrecido facilidad de volver a la costumbre romana se han negado obstinadamente, sentencio que sean pasados a espada."
Esperato dijo: "Damos gracias a Dios."

Martirio de los santos escilitanos, 14-15, ibid. p. 354.

Los primeros escritores de África que encontramos difieren de los de Alejandría. Están marcados, en su carne africana, por el genio latino y el derecho romano. Recurren al vocabulario jurídico, -y ya no al filosófico como los Alejandrinos- para forjar la lengua teológica. Tertuliano, Cipriano, más pragmáticos que especulativos, dan la prioridad a la pastoral, a la ética.

1. Tertuliano o el corsario de Dios (hacia 155-212)

Vida

Quintus Septimius Florens Tertullianus es hijo de un centurión proconsular (oficial subalterno), el más alto grado que un no romano podía alcanzar.

De ello conserva la huella, el rigor y una predilección por la palabra "disciplina". El joven Africano recibió una sólida formación, estudió derecho y retórica. Ejerció quizás la profesión de abogado en Roma, luego volvió a África, a la que está visceralmente unido.

Tertuliano, afectado por las costumbres cristianas, en los antípodas del paganismo, se convierte, después de una juventud borrascosa. Aportará a la joven comunidad, numéricamente fuerte y sólidamente jerarquizada, su fervor de neófito, la brillantez de su genio, la intransigencia de un temperamento que rayaba en lo excesivo. Es una mezcla de Tácito y del barroco africano.

Su obra es principalmente polémica, apologética, ascética.

Apologista

El apologista escribe en un clima de enfrentamiento con la autoridad romana, en la época de Septimio Severo, preocupado por asentar su autoridad sobre el culto imperial (193-211). África conocerá nuevos mártires. Tertuliano escribe hacia el 197 su exhortación A *los mártires* dirigida a los catecúmenos que están en prisión. "Aun cuando el cuerpo está encerrado... al espíritu, en cambio, todo le es posible. Vaga en espíritu, espacíate en espíritu... proponte el camino que lleva al Señor" (2,9).

La obra principal de Tertuliano apologista es el ***Apologético,*** una vibrante defensa de la causa cristiana dirigida a los gobernadores de las provincias romanas *(verp. 42-43).* El abogado africano denuncia en el proceso de intenciones los vicios de forma de la parte contraria, fustiga a su adversario que rechaza la palabra a la defensa, reclama la libertad religiosa: "¡Cuidad que no sea ya un crimen de irreligión el impedir a los hombres la libertad de religión!"

Polemista

Tertuliano es un cristiano de rompe y rasga, le gusta el fuego de la batalla. Gran parte de sus libros empiezan por "Contra". Escribe contra los judíos, los herejes, los paganos. En la estela de Ireneo ataca a los gnósticos: *Contra Marción, Contra Hermógenes, Contra los Valentinianos;* luego *La Carne de Cristo* y la *Resurrección de los muertos.* Expone la doctrina de la Trinidad: *Contra Práxeas.* Desprecia a los herejes como unos innovadores sin derecho.

"¿Quiénes sois vosotros? ¿desde cuándo existís? ¿Quién, Marción, te ha dado el derecho de convertirte en el leñador de mi bosque? Este terreno es mío, tengo en mi poder los títulos auténticos recibidos de los mismos propietarios, a quienes ha pertenecido la hacienda: yo soy el heredero de los apóstoles".

Maestro de la comunidad cristiana y de la ascesis

Haya sido o no presbítero, Tertuliano es un fiel fuera de serie de la comunidad a la que deslumbra, instruye, inquieta. Dos libros permiten conocer la vida de la comunidad: *El Bautismo* y *La Oración.* El primero es una catequesis que describe la tipología bíblica, el ritual, la doctrina del sacramento en el que nacemos como pececillos a la vida del Ijzys (Cristo) y de la Trinidad.

La Oración ha encantado a las generaciones. Tertuliano comenta en ella el Padre nuestro, a continuación desarrolla las condiciones y las características de la oración cristiana. He aquí el preámbulo:

"De Dios el espíritu
y de Dios la palabra
y de Dios la sabiduría
y el espíritu de los dos:
Jesucristo, nuestro Señor,
a los discípulos nuevos del Nuevo Testamento
mandó una forma nueva de oración".

Todo el libro es del mismo estilo y de la misma densidad. Casado, Tertuliano se ha preocupado mucho por la mujer. Trata sobre *El adorno de las mujeres.* Escribe un libro *A la esposa,* en la que le dicta sus voluntades en caso de que él muera. ¡Que no se vuelva a casar! Tertuliano, aunque forma parte de la tradición de quienes citan palabras feroces sobre la mujer, a veces endurecidas sin motivo, es un moralista puntilloso, exigente, incluso cuando hace el elogio de un hogar cristiano.

Montanista

Rigorista intransigente, que encuentra la comunidad demasiado mesurada, sucumbe finalmente al "pentecontalismo" de Montano y de su secta que, procedentes de Asia Menor hacia el 150, predicaban la próxima encarnación del Espíritu santo, rechazaban toda autoridad eclesiástica y practicaban un rigorismo moral y una ascesis extremista. De esta época datan las últimas obras como *La Corona,* en la que se declara objetor de conciencia; *Sobre la huida,* en la que reprende a los fugitivos durante la persecución; *El Velo de las vírgenes,* la *Exhortación a la castidad, La Monogamia, El Pudor.*

Tertuliano termina por fundar su propia secta, los tertulianistas, cuyos últimos seguidores serán reconducidos a la Iglesia por Agustín.

Significación e influencia

Sería difícil sobreestimar la categoría y el genio de este barroco Africano. Prefiere la lengua del derecho a la de la filosofía para traducir la doctrina cristiana. Cuando los necesita crea neologismos, como *agapé, enkrateia.* Es el **padre de la teología latina;** ha vertido en el bronce la formulación trinitaria.

Su visión de la historia le permite, como a Ireneo, colocar a Cristo en el centro y en la cima de la creación y del devenir del tiempo.

"Todo cuanto estaba expresado en el barro estaba concebido por referencia a Cristo, que sería hombre, es decir barro; y en el Verbo, que sería carne, es decir tierra, a su tiempo."

Finalmente la historia y la condición cristiana tienden a su consumación, el Alfa contiene por encaje a la omega, a la que ya profetiza y prepara. Dinámica de tensión, que lleva a su teología, como a su ascesis, hacia la escatología.

El creador del latín cristiano

Tertuliano forja el vocabulario teológico empleando los términos del derecho. *Sacramentum:* primero significa la asignación de una cantidad para un proceso, luego el juramento militar del recluta. Tertuliano lo emplea para el compromiso bautismal al servicio de Cristo.

Persona, que traduce el griego *hypostasis* (substancia) o *prosopon* (máscara, persona) significa máscara, papel, individualidad, persona. Tertuliano la emplea para las personas de la Trinidad.

En muchos otros casos se contenta con "transliterar" los términos griegos, como ágape, *ágape* (caridad), *exomologésis* (penitencia), *sphragis* (sello).

El Apologético

El exordio expone las razones de la presente defensa. El pueblo odia a los cristianos sin conocerlos. Los que logran conocer el cristianismo, se apresuran a abrazarlo.

Magistrados del imperio Romano, que presidís los tribunales de la administración de justicia en lugar bien visible y elevado, casi en la misma cumbre de la ciudad: si no podéis vosotros investigar abiertamente y examinar en público qué hay de cierto en la causa contra los cristianos; si tan sólo en este caso particular vuestra autoridad se avergüenza o teme indagar públicamente con la diligencia propia de la justicia; si finalmente, como acaeció hace bien poco, demasiado ocupados en juicios domésticos, permitís que la inquina contra nuestro grupo de seguidores de Cristo cierre la boca a la defensa de nuestra causa: dejad, al menos, que la verdad llegue a vuestros oídos, aunque sólo sea por el camino oculto de este silencioso escrito.

Nada pide para sí [la verdad], porque tampoco se admira de su condición. Bien sabe que peregrina en la tierra y es fácil encontrar enemigos entre extraños. Sabe también que en el cielo tiene su origen, su morada, su esperanza, su gracia, su dignidad. Entretanto, sólo suplica una cosa: no ser condenada sin ser conocida.

¿Qué pueden perder las leyes, soberanas en su ámbito, con escucharla? ¿Reportará mayor gloria a su potestad el hecho de condenar la verdad sin prestarle atención? Si la condenan sin escucharla, cometen una odiosa injusticia; y además se hacen sospechosos de prejuicio: no podrían condenar lo que condenan, si hubieran escuchado lo que no han querido escuchar.

El primer reproche que os hacemos es la injusticia de vuestro odio al nombre "cristiano". Semejante iniquidad viene agravada y ratificada por el mismo motivo que debería excusarla: vuestra ignorancia. ¿Habrá algo más perverso que odiar lo que se ignora, aunque mereciera ser odiado? Una cosa es digna de odio cuando se sabe que lo merece. Si no se tiene conocimiento de que el odio es merecido, ¿qué podrá justificarlo?: no lo hace legítimo el hecho de que exista, sino la conciencia que de él se tiene. Cuando odian precisamente porque ignoran lo que odian, ¿por qué no hemos de suponer que no deberían odiarlo? Por esto mismo, nosotros reprobamos el odio y la ignorancia, lo uno por lo otro: que ignoren al tiempo que odian y que odien injustamente cuanto ignoran.

Prueba de tal ignorancia, que, al mismo tiempo que excusa la iniquidad la condena, es que todos los que anteriormente odiaban porque ignoraban, en el mismo instante en que dejan de ignorar también cesan de odiar. Entre estos están aquellos que se hacen cristianos con plena convicción; cuando se convierten, comienzan a odiar lo que habían sido y a profesar aquello que habían odiado; y son tantos cuantos son los acusados.

Andan por ahí gritando que los cristianos invaden la ciudad: cristianos en los campos, en las ciudadelas, en las islas; consideran un perjuicio lamentable el hecho de que personas de todo sexo, edad, condición e incluso dignidad se hagan cristianos. Desde luego, no están dispuestos a admitir que en esto mismo puede haber algún bien latente.

¡No se puede sospechar algo más recto, no se quiere experimentar más de cerca! ¡Solamente para esto se vuelve torpe la curiosidad humana! ¡Prefieren ignorar, cuando otros se alegran de haber conocido! ¡Anacarsis los consideraría como los que no entienden de música que juzgan a los músicos, como imprudentes que juzgan a los prudentes!

¡Prefieren la ignorancia, porque ya les ha ganado el odio! Con lo cual demuestran que, si conocieran lo que ignoran, no podrían odiarlo. Si no se descubre ningún motivo que justifique el odio, lo mejor es dejar de odiar injustamente; pero si consta que hay motivos, no sólo en nada debe disminuir el odio, sino que hay razón para intensificar la perseverancia en él, incluso por gloria de la misma justicia.

Apologético, I, 1-9, trad. J. Andión Marán, "Biblioteca patrística", 38, Ciudad Nueva, Madrid, etc. 1997, p. 19-22.

2. Gobernar la Iglesia en África del Norte: Cipriano de Cartago (+258)

Vida

Una generación es la que separa a Cipriano de Tertuliano (como a Orígenes de Clemente, en la misma época). Cipriano, en el momento de su conversión, hacia el 247, está en los cuarenta. De familia pagana, de buena extracción social, ha sido formado por la escuela en la literatura y en la retórica. Es un retórico célebre y enseña con brillantez.

La lectura de la Biblia, la influencia del presbítero Ceciliano parecen haber sido determinantes en su conversión, que produjo sensación en la ciudad de Cartago. La describe él mismo *en A Donato,* una especie de Confesión *(verp. 44-45).* El converso distribuyó la mayor parte de sus bienes entre los pobres. Rápidamente se hizo presbítero, y al principio del 249, fue elegido obispo de la ciudad, "por el juicio de Dios y el sufragio del pueblo", a pesar de la oposición de algunos presbíteros.

Todo disponía a Cipriano para el gobierno: la clarividencia y el equilibrio, la dulzura y la firmeza, las cualidades de jefe, la pasión por la Iglesia. Se consagró, en plena tormenta, al restablecimiento de la disciplina, a la reforma de las costumbres. Su episcopado se vio agitado por las dos persecuciones de Decio y de Valeriano, y por la peste. Durante la primera persecución el obispo se mantuvo en un lugar oculto, no lejos de la ciudad, desde donde dirigía, animaba y exhortaba a su comunidad desamparada.

A su regreso, reguló el problema de los apóstatas, tomando, de acuerdo con Roma, una solución moderada. Tuvo que hacer frente a la disidencia encabezada por Felicíssimo. Reunió regularmente los concilios bianuales en Cartago, que trataban de los problemas mayores. Es el primado de África. Contrariamente a Roma, declara inválido, juntamente con los otros obispos, el bautismo de los herejes.

Apresado en el 257 durante la segunda persecución, fue en un primer momento desterrado. Terminó por ser condenado a muerte y decapitado el 16 de septiembre del 258. Su vida finaliza como una liturgia. Es el más famoso de los mártires de África *(ver p.39).*

Escritor

Cipriano es el primer obispo escritor en Occidente. Su obra es la prolongación de su acción pastoral, de su catequesis, de su predicación. Sus centros de interés son: la Escritura, la unidad de la Iglesia, el bautismo, la penitencia, el martirio. Si no tiene la brillantez de Tertuliano, evita en cambio el exceso y da pruebas de moderación. Escribe con elegancia, hasta el punto de que se le ha podido llamar el Cicerón cristiano.

Lector de la Biblia

Cipriano, una vez convertido, ya no abandona la Biblia. Junta los dos Libros A *Quirino* o *Testimonios,*

un dossier metódico de textos bíblicos, empleados en catequesis y en la controversia con los judíos, con una lectura crística del Antiguo Testamento y una visión de la Iglesia como el verdadero Israel. El autor añade un tercer libro, de su cosecha, para uso de los predicadores, en el que desarrolla los ejemplos bíblicos que deben movilizar a los cristianos.

Campeón de la unidad de la Iglesia

África estaba afectada por un mal endémico: la división. Cipriano, como más tarde Agustín frente al donatismo, no cesa de luchar contra este azote. La Iglesia es la pasión del obispo. De él es la frase célebre: "Nadie puede tener a Dios por padre si no tiene a la Iglesia como madre." La frase está en el tratado *Sobre la unidad de la Iglesia,* el primer tratado de eclesiología. Para Cipriano la unidad reposa sobre la unidad del cuerpo episcopal, en unión con la Sede apostólica *(ver p. 45),* pero el obispado local es el signo concreto de la unidad eclesial. El obispo intenta defender el particularismo africano, contra el autoritarismo centralista. Cipriano escribe también un tratado *Sobre los apóstatas,* para la reconciliación de los *lapsi* (caídos), es decir tanto los que han ofrecido sacrificios como los que han comprado un certificado. Propugna una penitencia, evaluada según la gravedad de la falta.

La acción pastoral del obispo

Cipriano amplía su actividad pastoral, como san Pablo, por medio de cartas de las que tiene cuidado de guardar copia. Algunas son pequeños tratados, como la carta 63 sobre la eucaristía. Conservamos sesenta y cinco cartas, que tratan cuestiones de actualidad: primado romano, cisma, bautismo de los heréticos, bautismo de los niños, vida cotidiana de la comunidad de Cartago.

Finalmente, algunos tratados breves están dedicados a problemas de la vida eclesial y espiritual: las obras de misericordia *(Sobre las buenas obras y las limosnas),* la no violencia y la paz *(Las ventajas de la paciencia),* el consuelo en tiempos de epidemia *(Sobre la mortalidad),* la vocación de las vírgenes consagradas *(Sobre el comportamiento de las vírgenes),* iniciación a la oración *(La Oración del Señor),* el ejemplo heroico del mártir *(Exhortación al martirio).*

El martirio coronó la categoría del pastor: "una de las más bellas figuras de obispo que presenta la historia de la Iglesia", una de las obras más leídas, de las más copiadas, las primeras impresas y traducidas. Cipriano es grande, pero como sin esfuerzo, heroico sin un gesto de dolor, porque la hora y el ejemplo lo exigen. Sólo la muerte da la plena medida de su vida.

CIPRIANO

Su conversión y **bautismo**

Cuando estaba postrado en las tinieblas de la noche, cuando iba zozobrando en medio de las aguas de este mundo borrascoso y seguía en la incertidumbre el camino del error, sin saber qué sería de mi vida, desviado de la luz de la verdad, me imaginaba, cosa difícil y sin duda alguna dura, según eran entonces mis aficiones, lo que me prometía la divina misericordia que uno pudiera renacer y que, animado de nueva vida por el baño del agua de salvación, dejara lo que había sido y cambiar a el hombre viejo de espíritu y mente, aunque permaneciera la misma estructura de su cuerpo...

Esto me decía una y mil veces a mí mismo. Pues, como me hallaba retenido y enredado en tantos errores de mi vida anterior, de los que no creía poder desprenderme, yo mismo condescendía con mis vicios inveterados y, desesperando de enmendarme, fomentaba mis males como hechos ya naturaleza en mí.

Mas después que quedaron borradas con el agua de regeneración las manchas de la vida pasada y se infundió la luz en mi espíritu transformado y purificado, después que me cambió en un hombre nuevo por un segundo nacimiento la infusión del Espíritu celestial, al instante se aclararon las dudas de modo maravilloso, se abrió lo que estaba cerrado, se disiparon las tinieblas, se volvió fácil lo que antes parecía difícil, se hizo posible lo que se creía imposible, de modo que pude reconocer que provenía de la tierra mi anterior vida carnal sujeta a los pecados, que era cosa de Dios lo que ahora estaba animado por el Espíritu Santo. Tú mismo puedes comprender y reconocer a una conmigo de qué nos ha despojado y qué nos ha traído esta muerte de los vicios y esta vida de las virtudes.

A Donato, 3-4, trad J. Campos,
"Obras de san Cipriano", BAC, Madrid, 1914, p. 108-109.

La concordia con el papa Cornelio

Cipriano expresa en esta carta su aprecio por el papa Cornelio y le testimonia su concordia profunda en circunstancias difíciles.

Conocemos, hermano carísimo, los gloriosos testimonios de vuestra fe y virtud, y hemos recibido el honor de vuestra confesión con tanto regocijo que nos consideramos también nosotros participantes en vuestros méritos y elogios. En efecto, teniendo nosotros una sola Iglesia y una alma y corazón, ¿qué obispo no se gozará de las glorias de su colega como de las suyas propias, o qué hermanos no se alegran en todas partes con las alegrías de sus hermanos? No puede expresarse lo bastante el regocijo que ha habido aquí y qué alegría, cuando nos hemos enterado de vuestra felicidad y valor; de que os habíais estado ahí a la cabeza de los fieles en la confesión, y que la confesión del jefe ha tomado realce por la unanimidad de sentimientos de los hermanos, de modo que mientras vos vais delante a la gloria, habéis tenido muchos acompañantes a la misma y habéis arrastrado a los fieles a ser confesores, ya que os habéis mostrado presto a confesar por todos. No sabemos qué elogiar más en vosotros, si vuestra fe decidida y firme, o la adhesión inseparable de los hermanos. Allí, el valor del obispo que iba delante se comprobó públicamente, se mostró la cohesión de la comunidad de hermanos que le siguieron. Puesto que en vosotros no hay más que un corazón y una voz, toda la Iglesia Romana ha confesado a Jesucristo [...]

Acordémonos unos de otros en unión de corazones y mentes, roguemos siempre por uno y otro lado entre nosotros, aliviémonos en las persecuciones y apremios con ayuda mutua, y, si alguno de los nuestros de esta parte precediere a los demás por dignación de Dios, continúe nuestra caridad ante el Señor, y no cesen los ruegos por nuestros hermanos y hermanas ante la misericordia del Padre. Os deseo, hermano carísimo, continua y completa salud.

Carta 60 a Cornelio, I; V,2, trad. J. Campos,
"Obras de san Cipriano", BAC, Madrid, 1964,
p. 587-588, 591.

3. Ser humanista y cristiano: Lactancio (+ después del 330)

Lactancio es un hombre-bisagra. Nace en África poco antes del martirio de Cipriano. Diocleciano le encarga de una cátedra en Nicomedia. Entre tanto se hizo cristiano; la persecución le obligó a renunciar a su docencia. Permanece en la ciudad hasta que Constantino lo llama a Tréveris. Muere allí hacia el 330.

La obra principal de Lactancio son las ***Instituciones divinas,*** en siete libros. Su objetivo consiste en denunciar los errores de la religión pagana y volver contra ésta los reproches de irracionalidad que los pensadores paganos dirigían contra la fe católica. El autor depende aquí de Cicerón; los humanistas lo calificarán además como "el Cicerón cristiano". Lactancio, al trazar los grandes rasgos de la revelación cristiana, parte de la cultura antigua para mostrar que la sabiduría cristiana es la verdadera coronación de la misma.

LACTANCIO

El sentimiento de humanidad

He hablado sobre los deberes para con Dios; ahora expondré los deberes para con los hombres, si bien los deberes para con los hombres atañen a Dios, puesto que el hombre es la imagen de Dios.

Sin embargo el primer deber de justicia es estar unido con Dios; el segundo, con el hombre. El primero se llama religión, el segundo misericordia o humanidad. Esta virtud es propia de los justos y de los adoradores de Dios; porque ella sola contiene la razón de la vida común.

Pues Dios, que a los demás animales no los dotó de sabiduría, los proveyó de unas defensas naturales más seguras frente a los ataques y peligros. En cambio al hombre, a quien formó desnudo y frágil, para que la sabiduría lo instruyera, le dotó de modo especial de este sentimiento de piedad para que el hombre proteja al hombre, lo ame, lo favorezca y frente a todos los peligros lo acoja y le preste ayuda. Por tanto el vínculo más fuerte que une a los hombres entre sí es la humanidad; el que la rompe deberá ser tenido como un criminal y un parricida.

Pues si todos procedemos de un mismo hombre, que Dios formó, somos evidentemente consanguíneos; y por eso hay que considerar que el mayor crimen es odiar al hombre, aunque sea culpable. Por eso Dios nos mandó no tener nunca enemistades entre nosotros, sino que han de ser siempre evitadas... Si pues todos somos seres vivos por el aliento de un único Dios, ¿qué otra cosa somos sino hermanos? Y evidentemente estamos más unidos en las almas que en los cuerpos. Por eso acierta Lucrecio cuando dice: "Finalmente, todos somos oriundos de una semilla celestial: Todos tenemos un mismo padre" *(De la naturaleza de las cosas,* II, 991-992).

Debemos, por tanto, conservar la humanidad, si queremos ser considerados verdaderamente hombres. Conservar la humanidad no es otra cosa que amar al hombre porque es hombre, como lo somos nosotros mismos.

Las Instituciones divinas, VI, 10-11,
trad. S. García Rodríguez.



Lactancio presenta a Constantino las *Instituciones divinas.* Portada de una edición lyonesa del 1660.

III. PENSAMIENTO CRISTIANO EN ALEJANDRÍA

El turista que desembarca hoy en el puerto de Alejandría no puede hacerse idea de la importancia de la metrópoli egipcia, segunda ciudad del Imperio, mercado económico y comercial de África y de Asia, que podía contar un millón de habitantes. Heredera de la antigua Atenas, la ciudad encrucijada es el centro intelectual griego más activo; en él se encuentran todas las filosofías y todas las religiones.

El Museo, réplica de la colina de las musas de Atenas, en su origen una parte del palacio de Tolomeo, congregaba a los sabios y filósofos y se había convertido en una universidad, con la más prodigiosa biblioteca del mundo (700.000 libros), que fue presa de las llamas durante el asedio de Julio César. La producción de papiros, planta que crecía en el valle del Nilo, facilitaba la industria del libro.

La **comunidad judía,** particularmente numerosa, gozaba de unos privilegios importantes y de una administración autónoma. Para facilitar los contactos con el mundo helénico, los rabinos de Alejandría tuvieron la osadía de traducir la Biblia al griego. La leyenda pretende que los traductores eran setenta; de ahí el nombre ("Los Setenta") que se aplica a la versión griega, fijada entre el 282 anterior a Cristo y el 125 después de Cristo, versión que empleó san Pablo *(verp. 54).*

Igualmente en Alejandría, un judío culto, **Filón,** contemporáneo de Cristo, escribe unos comentarios alegóricos principalmente del Génesis, con la intención de demostrar los puntos en que convergen la Escritura y la filosofía griega. Método que formará escuela entre los escritores cristianos de Alejandría.

La Iglesia de Alejandría, fundada bastante pronto (hay fragmentos de papiros de los cuatro evangelios del principio del siglo II) quizás por el evangelista Marcos (según Eusebio, *Historia eclesiástica,* II, 16), se vio desbordada por la afluencia de nuevos miembros venidos de la gnosis (Valentín, Basílides, Carpócrates, entre los años 120 y 130), que hacen peligrar el depósito de la fe. La Iglesia habrá de esperar una generación para encontrar unos hombres capaces de enfrentarse a estas corrientes.

Hacia el 180, **Panteno,** filósofo, convertido, de origen siciliano, ordenado presbítero de la ciudad, dirigió en ella la escuela de los catecúmenos. Fue allí el maestro de Clemente.

1. Clemente de Alejandría (+ hacia el 215)

Titus Flavius Clemens, griego y pagano de origen, recibió una sólida formación antes de convertirse. Emprendió viajes en búsqueda de maestros. Terminó por establecerse en Alejandría.

Hacia el 180, Clemente asiste a la escuela de Panteno que "pecoreando en la pradera de los profetas y de los apóstoles, hacía nacer en las almas de los oyentes una gnosis pura" *(Stromata,* I, 1, 11,2). Lo que significa una comprensión del cristianismo a la vez reflexiva y conforme al depósito de la fe.

El discípulo sucedió al maestro a la cabeza de la didascalía cristiana (escuela privada), que acogía a la clase culta de la ciudad. Se esforzaba por conciliar cultura y Evangelio. Estuvo allí enseñando hasta la persecución de Septimio Severo (202-203), luego se refugió en Capadocia, después en Jerusalén, donde continuó sirviendo a la Iglesia y escribiendo sus obras.

Si, como parece probable, no era sacerdote, era, como Justino, un laico dentro de la Iglesia, elaborando un humanismo cristiano. La obra de Clemente corresponde a las tres etapas de la conversión: el *Protréptico,* el *Pedagogo,* los *Stromata.*

Protréptico para los Griegos

El *Protréptico* (del griego "volver hacia") es una invitación, según un género literario conocido, una llamada a los paganos para que "escuchen el canto nuevo del Logos de Dios". Compuesto con método, está escrito con refinamiento y entusiasmo.

Clemente habla del paganismo como alguien que lo conoce desde dentro; destaca, sin apoyarlos, lo absurdo y la impiedad de los misterios de la religión y de los mitos paganos cuya debilidad ha experimentado. Intenta encaminar a su interlocutor hasta el encuentro del Dios de los cristianos.

El libro está compuesto como una sinfonía. Se abre con un himno a Cristo, tema que se repite al final, cuando el autor invita a toda la humanidad a ponerse bajo el gobierno del Verbo Salvador y lanzar la aclamación (tomada de Esquilo): "¡Salvación, oh luz!".

El Pedagogo

Si el *Protréptico* es el libro del umbral, el *Pedagogo* es el catecismo cristiano. El Verbo de Dios se ha hecho carne para educar, es decir para instruir y a la vez formar a los hombres: "Niños, nosotros necesitamos un Pedagogo, y toda la humanidad necesita a Jesús" /*Pedagogo,* 1,83,3).

Clemente describe el cambio radical que permite nacer de nuevo a otro modo de vida y de formarse según el ejemplo de Cristo-Logos, el huésped interior, según el cual debemos modelarnos cada día en la vida de trabajo, en la conyugal, social (oración, comida, mobiliario, rechazo del lujo). Esto impone una ascesis a la gente del mundo, pero les permite irradiar el Evangelio.

Los Stromata

Los ocho libros de los *Stromata* (tapices de piezas variadas o mezcladas) constituyen el más extenso escrito cristiano compuesto en esa época. Es una recopilación de notas de curso, sobre las cuestiones más variadas: relación entre la filosofía y la revelación (I), problemas de la fe, del final del hombre (II), matrimonio cristiano (III), martirio y perfección (IV), conocimiento de Dios (V), filosofía, ciencia humana, revelación (VI), el perfecto gnóstico (VII), bosquejos diversos (VIII).

«¿Qué rico puede salvarse?»

En una ciudad opulenta como Alejandría, la riqueza era un problema. En esta homilía Clemente comenta el texto de Marcos 10, 17-31. Explica que no es el rico, sino el pecador que no se arrepiente, el que se excluye del reino.

Doctrina y significación

Clemente se sitúa tras la huella de un Justino con una actitud abierta respecto del pensamiento griego al que considera como una propedéutica, que dispone a la búsqueda y a la acogida del Logos de Dios. Presenta al cristianismo "con un sentimiento de superioridad y de tranquila seguridad" (J. Lietzmann).

El Verbo de Dios está realmente en el centro de la historia. Su acción educativa empieza con los filósofos para los paganos, con la ley y los profetas para los judíos. Encarnado, lleva toda esta prolongada preparación a la plenitud y a la perfección. Es, pues, el Pedagogo a quien el Padre confía la humanidad, para descubrirle la verdad: "El que ignora, busca; habiendo buscado, encuentra al maestro; habiéndolo encontrado, cree; habiendo creído, espera, y habiendo amado, se identifica con aquel al que ama, deseando ardientemente ser lo que antes él amaba" *(Stromata,* V, 2,17,1).

La gracia bautismal y la gnosis hacen madurar la fe en caridad, por la acción de Dios que habita en el verdadero creyente y "hace de su vida un largo día de fiesta".

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA

El **canto nuevo**

"En el principio era el Verbo" (Jn 1,1)- Pero puesto que el Verbo era el origen, era y también es comienzo divino de todas las cosas; y como ahora recibió el nombre santificado desde antiguo, y digno de poder, Cristo ha sido llamado canto nuevo para mí

Por consiguiente el Logos, Cristo, es causa no sólo de que nosotros existamos desde antiguo (pues Él estaba en Dios) y de que seamos felices. Ahora este mismo Verbo se ha manifestado a los hombres, el único que es a la vez Dios y hombre, y causa de todos nuestros bienes. Aprendiendo de Él a vivir virtuosamente, somos conducidos a la vida eterna. Así decía aquel divino Apóstol del Señor: "Se ha manifestado la gracia de Dios, portadora de salvación para todos los hombres, educándonos para que renunciemos a la impiedad y a las concupiscencias mundanas, y vivamos con prudencia, justicia y piedad en este mundo, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo" (Tt 2, 11-13).

Este es el canto nuevo, la aparición que ha brillado ahora entre nosotros, del Logos que existía en el principio y del que preexistía; apareció hace un instante el Salvador preexistente, apareció el que se halla en el que existe, porque el "Logos estaba junto a Dios", un maestro, apareció un Logos por el que se creó todo; además, otorgándonos el vivir en el comienzo mediante la creación de un demiurgo, [nos] enseñó a vivir virtuosamente manifestándose como maestro, para luego guiar el coro, como Dios, a la vida eterna.

No es ahora la primera vez que se lamentó de nuestro error, sino antes, en el principio; en cambio ahora, apareciendo, ha salvado a los que ya perecían. En efecto, la malvada y reptante fiera esclaviza y maltrata incluso ahora seduciendo a los hombres, me parece a mí, vengándose como aquellos bárbaros, que dicen que atan a los prisioneros de guerra a cadáveres, hasta que se descomponen también ellos.

Ciertamente este mismo malvado tirano y dragón, a los que ha podido captar desde su nacimiento, tras haberlos ligado estrechamente por la atadura fatal de la superstición a las piedras, maderas, estatuas y algunos ídolos de esa clase, los llevó -esto es lo que se dice- a enterrar vivos sepultándolos con aquellos, hasta que también se corrompieran.

Protréptico, I, 6,5-7,5, trad. M. Merino Rodríguez, "Fuentes Patrísticas", 21, Ciudad Nueva, Madrid, etc.,2008, p. 77-81.

2. Orígenes (+ 254): la Escritura, cuerpo del Verbo

La vida

No hay ningún otro escritor de la antigüedad de quien estemos mejor informados que Orígenes, gracias a la *Historia* de Eusebio. Nacido en **Alejandría,** hacia el 185, de una familia profundamente cristiana, recibió una sólida formación religiosa y profana, que más tarde completará en la escuela del filósofo **Amonio,** el maestro de Plotino. Adquirió una erudición filosófica considerable.

Leónidas, padre de Orígenes, muere mártir en el 202, lo que obliga a su hijo, el mayor de siete hermanos, a procurar la subsistencia de la familia. Enseña gramática, es decir literatura, con gran éxito. Más tarde el obispo Demetrio le confía la formación de los catecúmenos. Lleva una vida de asceta, vende sus libros profanos y se hace "eunuco voluntario por el reino de Dios".

A la escuela afluyen paganos y gnósticos, atraídos por la fama de su joven maestro. Éste desdobla los cursos. Orígenes se reserva el nivel de los más aventajados. Hace que sus alumnos pasen por el ciclo de estudios clásicos para desembocar en el estudio sistemático de la Biblia y de la teología. Entre el 215 y el 220, a petición de Ambrosio, gnóstico convertido, escribe el libro *De principiis ("Sobre los principios").*

Durante este período, Orígenes viaja mucho: a Roma, a Jordania, luego a Cesarea de Palestina. Allí predica, lo que provoca las protestas de su obispo, pues no es más que un laico.

El obispo de Cesarea ordena presbítero a Orígenes para justificar su predicación en la iglesia. Demetrio lo destierra y lo declara depuesto del sacerdocio. Orígenes se retira entonces a Cesarea, donde funda una escuela análoga a la de Alejandría. Allí continúa

con su doble ocupación: la predicación y la producción exegética. Llamado a consulta, viaja a Grecia y Arabia.

En el 250, durante la persecución de Decio, es arrojado a la cárcel, torturado; muere a los sesenta y nueve años, hacia el 254.

La obra

La obra de Orígenes es gigantesca, sin duda **la más considerable de la Antigüedad cristiana.** El catálogo, redactado por Eusebio, enumera dos mil escritos, de los que sólo una parte nos ha llegado. En ella se abordan los problemas más diversos: la teología, la vida espiritual: *Exhortación al martirio,* la *Oración;* la controversia: *Contra Celso* (refutación de una obra del filósofo pagano); pero sobre todo la Sagrada Escritura: *Comentarios* (explicación erudita versículo por versículo), *Escolios* (notas sobre pasajes difíciles), *Homilías* (predicación al pueblo recogida por los taquígrafos). Finalmente las *Héxaplas,* texto bíblico dispuesto en seis columnas *(verp. 54).*

En la quinta columna, la más importante, Orígenes, con ayuda de signos críticos, muestra las variantes con el hebreo y las lagunas. Esta documentación, reunida sobre el texto griego, no tiene precedentes; el ejemplar de las *Héxaplas* es sin duda único (conservado en Cesarea) que todavía podrá consultar Jerónimo.

Los ataques endémicos contra el origenismo, la condena de tesis imputadas a Orígenes en el II concilio de Constantinopla, en 553, provocaron la destrucción sistemática de esta obra colosal. Solamente nos quedan en griego algunos libros /*Sobre los principios, Contra Celso),* y la traducción latina de otros. No nos ha llegado ningún comentario completo. Un papiro de Toura (Egipto), descubierto en 1941, nos ha restituido, entre otros, la *Disputa con Heráclides.*

La enseñanza

Orígenes es el heredero del pensamiento griego. Se sitúa en la estela de una doble tradición judía y cristiana, ilustrada por Filón, Panteno, Clemente. Es a la vez teólogo especulativo, controversista, exegeta, autor espiritual. En diversos campos es un pionero y promociona la investigación teológica y exegética de los siglos posteriores, en Oriente y en Occidente.

Como **exegeta,** su primera preocupación es fijar el texto, luego estudiarlo con un espíritu científico y a la vez espiritual. En el texto distingue un sentido triple:

- literal: el significado de una palabra, de un hecho histórico, de la institución;
- psíquico: sentido psicológico o moral, aplicado a la vida espiritual.
- pneumático o espiritual: ciencia alegórica o mística, apertura a los misterios del reino.

Ordinariamente Orígenes reduce los tres a dos: literal y espiritual. La letra es indispensable, es el soporte del texto y de su interpretación. Encierra un sentido escondido, el sentido del Espíritu, que ha inspirado el texto. Es lo que permite leer el Antiguo Testamento a la luz de Cristo, como una profecía, y en el Nuevo Testamento, la promesa de los bienes futuros.

Lectura en dos niveles, que a partir de Pablo caracteriza toda la antigua exégesis. Si el principio tiene su raíz en el Nuevo Testamento, la aplicación que Orígenes hace del mismo en los mínimos detalles del texto es a veces discutible. Así el arca de Noé es figura de la Iglesia, atestiguada por la segunda carta de Pedro. Pero Orígenes va más lejos, él alegoriza cuando afirma que los trescientos codos significan "la totalidad de la creación espiritual", los cincuenta codos, "la redención y la remisión"; la diversidad de estancias, la diversidad de los grados de perfección.

El **teólogo** realiza una labor de pionero al esbozar una primera Suma teológica, en el libro de los *Princi-*

pios, en cuatro libros: I. Dios; II. el mundo; III. el hombre; IV. la Escritura. Obra de juventud, es verdad, en la que abundan las hipótesis a veces atrevidas, que le ocasionarán su desgracia póstuma.

La economía de la salvación, para Orígenes, se resume en la triple presencia de Dios y de Cristo: en la Escritura, en la Iglesia, en el fiel. La Escritura, Cristo y su cuerpo místico son regidos por la misma ley del rebasamiento que desde la letra, desde la carne, desde el signo van hasta el misterio invisible; de la historia terrestre de la salvación (Moisés, Cristo, la Iglesia) a su cumplimiento en el más allá.

"Busca, pues, tú también, todos los signos del Antiguo Testamento y pregúntate qué realidades del Nuevo prefiguran; y en las figuras del Nuevo Testamento busca las realidades que anuncian para el mundo futuro, o al menos para los siglos futuros, posteriores al cumplimiento del signo" *(Comentario a S. Mateo, 12,3).*

El **maestro espiritual** percibe en la Escritura el sacramento de la presencia de Dios en el mundo. Busca, con el fervor de la Esposa del *Cantar de los cantares* esta presencia escondida, que hay que descubrir cueste lo que cueste. Más allá de la letra y del ropaje, debe encontrar al Verbo encarnado y crucificado, en gloria.

El misterio de la cruz acompasa ya la marcha a través del desierto, con sus pruebas, el despojamiento de lo sensible, la victoria sobre las pasiones, el despertar de los sentidos interiores, la unión con el Verbo de Dios. La transformación en el Espíritu debe ser un progreso continuo que Orígenes describe en tres etapas (que luego serán repetidas por todos los místicos), que van desde la purificación y la iluminación a la unión nupcial y hasta la semejanza con Dios.

"Doscientos años después de Cristo, doscientos años antes de Agustín, Orígenes ha dado su talla a la teología cristiana" (Urs von Baltasar).

ORÍGENES

"Todavía ahora, Cristo sufre por mí"

Si hemos comprendido cuál es la embriaguez de los santos, y cómo les está prometido para su gozo, veamos ahora cómo nuestro Salvador no bebe ya vino hasta que beba con los santos aquel vino nuevo en el Reino de Dios

Ahora todavía mi Salvador se aflige por mis pecados. Mi Salvador no puede estar alegre mientras yo permanezco en la iniquidad. ¿Por qué no puede? Porque él mismo es "abogado por nuestros pecados junto al Padre", como lo declara Juan, su íntimo, cuando dice que "si alguno ha pecado, tenemos como abogado junto al Padre a Jesucristo que es sin pecado, y que él es propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 2,1-2). ¿Cómo, pues, iba a poder beber el vino de la alegría el que es abogado por mis pecados, mientras yo lo contristo pecando? ¿Cómo puede estar alegre él que se acerca al altar en propiciación por mis pecados, él a cuyo corazón sube sin cesar la tristeza de mis faltas? "Yo beberé, dice, este vino con vosotros en el Reino de mi Padre" (ver Mt 26,29). Mientras no obremos de manera que subamos al Reino, él no puede beber solo este vino, que prometió beber con nosotros. Permanece por tanto en la tristeza tanto cuanto nosotros persistimos en el extravío. Pues si su apóstol "llora sobre algunos que han pecado y no han hecho penitencia de sus crímenes" (ver 2 Co 12,21), ¿qué decir de él, que es llamado hijo del amor, que se anonadó a causa del amor que tenía por nosotros, que no buscó su provecho cuando era igual al Padre sino que buscó nuestro bien y por esto como que se vació de sí mismo? Habiendo, pues, buscado así nuestro bien, ¿no iba a buscarnos ahora ya más, ni a cuidarse de nuestros intereses, ni a sufrir ya por nuestros extravíos? ¿No iba a llorar ya por nuestra pérdida, él que lloró sobre Jerusalén y le dijo: "Cuántas veces he querido recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos, y tú no has querido"? (Mt 23,37). Él, que tomó nuestras heridas y sufrió por nosotros como médico de nuestras almas y de nuestros cuerpos, ¿iba a descuidar ahora la corrupción de nuestras llagas?... Así pues, por todos nosotros se mantiene ante la faz de Dios, intercediendo por nosotros... Espera, pues, que nos convirtamos, que imitemos su

ejemplo, que sigamos sus huellas, para regocijarse entonces con nosotros y "beber con nosotros el vino en el reino de su Padre".

Homilía VII sobre el Levítico, trad. de H. De Lubac "Catolicismo", ed. Estela, Barcelona, 1963, p. 298.

Comprender la Escritura

Un ejemplo del modo como Orígenes pasa de la interpretación literal, con referencia a la tradición rabínica, al sentido "místico", para desembocar en la aplicación moral.

Se manda a Moisés golpear el mar con su vara, para que, al entrar el pueblo de Dios, ceda y se abra (ver Ex 14, 26-29) de modo que la obediencia de los elementos se ponga al servicio de la voluntad divina y las temidas aguas, formando una muralla a derecha y a izquierda de los siervos de Dios, no sólo no produzcan daño, sino que aseguren su protección. Así pues, las olas se recogen reunidas en un lugar, y las aguas agitadas, contenidas en sí mismas, se curvan. El líquido adquiere solidez y el fondo del mar se seca como el polvo.

Comprended la bondad de Dios Creador; si obedeces su voluntad, si sigues su Ley, él obliga a los elementos a servirte aunque sea contra su propia naturaleza. He oído que los antiguos han transmitido que al retirarse las aguas se produjeron divisiones de aguas para todas y cada una de las tribus de Israel, de modo que en el mar se abrió un camino para cada tribu. Esto muestra lo que está escrito en los Salmos: "¿Quién dividió en partes el mar Rojo" (Sal 136/135, 13)... Me ha parecido piadoso no callar esta observación de los antiguos sobre las divinas Escrituras.

¿Qué se nos enseña con ello? Ya antes hemos hablado del pensamiento del Apóstol sobre esto. Él dice que es "un bautismo cumplido en Moisés, en la nube y en el mar" (1 Co 10,2), para que tú, que has sido bautizado en Cristo, en agua y en Espíritu Santo sepas que los egipcios, es decir, "los jefes de este mundo y los espíritus del mal" (Ef 6,12), de los que antes fuiste esclavo, te atacan por detrás y quieren llamarte de nuevo a su servicio. Ellos intentan perseguirte, pero tú desciendes al agua, te levantas incólume y, borradas las manchas de los pecados, asciendes como "hombre nuevo", preparado "para cantar un cántico nuevo" (Is 42,10)...

En efecto, anega al egipcio el que no hace "las obras de las tinieblas" (Rm 13,12); anega al egipcio el que no vive carnal sino espiritualmente; anega al egipcio el que expulsa de su corazón los pensamientos sórdidos e impuros, o bien no los acoge de ninguna manera, como dice el apóstol: "Tomando el escudo de la fe, para que podamos apagarlos dardos ardientes del maligno" (Ef 6,16). Así, de este modo podemos hoy "ver a los egipcios muertos y yaciendo en el polvo" (Ex 14,30), anegados sus caballos y sus cuadrigas. Podemos ver también anegado al mismo Faraón, si vivimos con una fe tan grande que Dios "destruya velozmente a Satanás bajo nuestros pies" (Rm 16,20) por Jesucristo Señor nuestro

Homilía sobre el Éxodo, V, 5, trad. de A. Castaño Félix, "Biblioteca patrística", 17, Ciudad Nueva, Madrid, etc 1992, pgs. 101-103.

La sed de Dios

Así pues, los pozos que cavó Abraham, es decir, las Escrituras del Antiguo Testamento, fueron cubiertos de tierra por los filisteos, bien malos maestros, escribas y fariseos, o bien potencias adversas; y fueron obstruidas sus venas para que no dieran de beber a los que son de Abraham. Porque aquel pueblo no puede beber de las Escrituras, sino que padece la sed de la palabra de Dios, hasta que no venga Isaac y los abra para que beban sus siervos.

Por tanto, gracias sean dadas al hijo de Abraham, a Cristo, del cual se escribió: "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham" (Mt 1,1), que vino y nos abrió los pozos. Él los abría, en efecto, a los mismos que decían: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos descubría las Escrituras?" (Lc 24,32). Abrió, pues, estos pozos y "los llamó, dice, como los había llamado su padre Abraham" (Gn 26,18). No cambió, en efecto, los nombres de los pozos.

Puede resultar extraño que Moisés sea llamado también Moisés por nosotros y que cada uno de los profetas conserven su nombre. Efectivamente, Cristo no cambió en ellos los nombres, sino su sentido. Y los cambia en esto, en que ya no prestamos atención a las "fábulas judaicas" y a las "interminables genealogías", porque "apartan los oídos de la verdad y se vuelven a las fábulas" (ver 2 Tm 4,4).

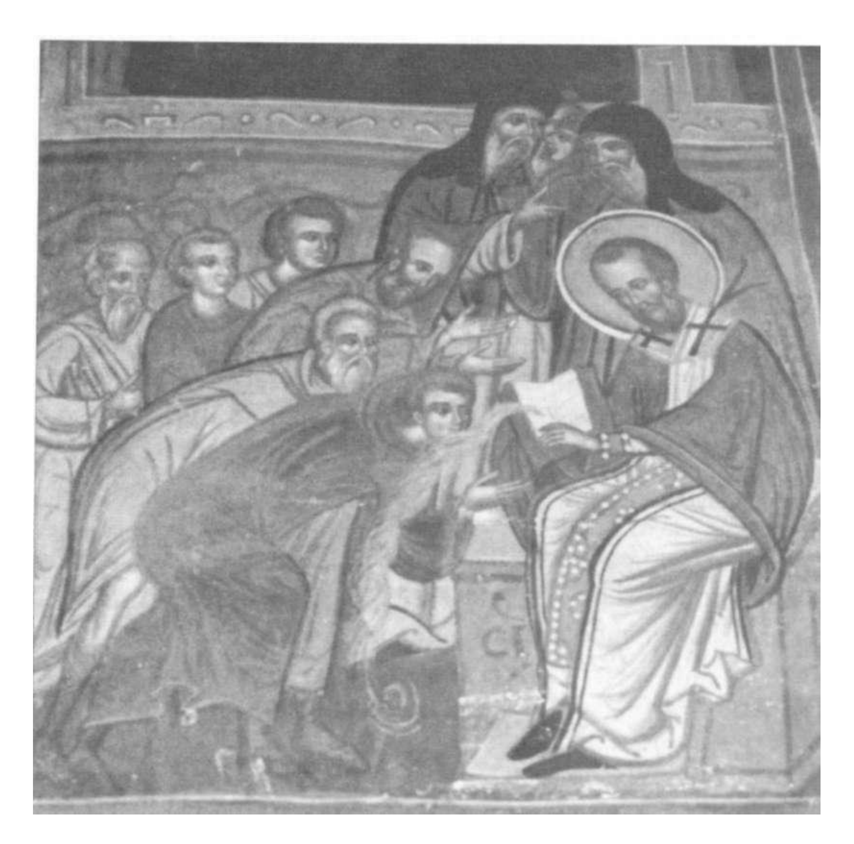
Abrió, pues, los pozos y nos enseñó no a buscar a Dios en un lugar determinado, sino a reconocer que en "toda la tierra se ofrece un sacrificio en su nombre" (Mi 1,11),

porque hora es el tiempo "en que los verdaderos adoradores adoran al Padre" no en Jerusalén ni en el monte Garizín, sino "en espíritu y en verdad" (Jn 4,21). Luego Dios no habita en un lugar, ni en la tierra, sino en el corazón; y si buscas el lugar de Dios, su morada es el corazón puro. Él mismo dice que habitará en este lugar cuando afirma por medio del profeta: "Habitaré con ellos y en medio de ellos andaré, ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, dice el Señor" (Lv 26,12).

Considera, por tanto, que tal vez en cada una de nuestras almas hay también un "pozo de agua viva", hay latente un cierto sentido celeste junto con la imagen de Dios. Este es el pozo de los filisteos, es decir, las potencias adversas llenaron de tierra. ¿De qué tierra? De sentimientos carnales y de pensamientos terrenos; por eso "hemos llevado la imagen del terrestre" (1 Co 15,46). Precisamente entonces, mientras llevábamos la "imagen del terrestre", los filisteos llenaron nuestros pozos.

Pero, puesto que ahora ha venido nuestro Isaac, acojamos su venida y excavemos nuestros pozos, saquemos la tierra, purifiquémoslos de toda suciedad y de todos los pensamientos fangosos y terrenos, y encontraremos en ellos "el agua viva", esa agua de la que el Señor dice: "Quien cree en mí, de su vientre brotarán ríos de agua viva"(Jn 7,38). Considera cuán grande es la generosidad del Señor: Los filisteos llenaron de tierra los pozos; nos disputaron pobres y escasas corrientes de agua y, a cambio, nos devuelven fuentes y ríos".

Homilías sobre el Génesis, 13, 3, trad. J. R. Díaz Sánchez-Cid, "Biblioteca de patrística, 48, Ciudad Nueva, Madrid, etc. 1999, pgs. 271-273.



Juan Crisóstomo haciendo brotar de las Escrituras una fuente.
Fresco de una iglesia de Moldavia.

LA BIBLIA EN LOS PADRES

Para los Padres la Biblia era toda su teología. Sin embargo durante mucho tiempo la Biblia no existía como la conocemos hoy: circulaba en formato de pequeños manuscritos, copiados a mano en número de ejemplares que no era infinito, y que contenían uno o varios libros; la identidad, el contenido, la lengua y el estado de los textos todo era tan variable que materialmente era imposible el tener dos biblias idénticas, incluso en el siglo IV cuando ya se estaba en condiciones de fabricar códices, los antepasados de nuestros libros, con capacidad suficiente para contener juntos el Antiguo y el Nuevo Testamento.

¡No es pues nada extraño que los Padres conocieran a menudo de memoria toda su "Biblia" (sobre todo los *Salmos, Isaías,* el Pentateuco, los evangelios y las cartas de Pablo)! Ellos no rezan, no hablan, no escriben nunca sin ella, sin citarla o integrarla, aun sin saberlo, en su reflexión o en sus propuestas.

Las traducciones antiguas

En griego

El Antiguo Testamento de los Padres en un principio fue la Biblia griega, la llamada de los Setenta. En efecto, según la leyenda al principio del s. III, en Alejandría, setenta escribas habrían traducido al griego el Pentateuco hebreo. Se adjuntaron otras traducciones griegas y también nuevos pasajes escritos directamente en griego.

Esta versión judía fue revisada al menos en tres ocasiones en los siglos I y II por los judíos Teodoción, Aquila y Símmaco.

El Nuevo Testamento, escrito en griego, cita la versión de los Setenta con la que forma un conjunto, que es el que leen desde entonces los Padres griegos. Entre los que revisaron la versión de los Setenta a partir del hebreo figura Orígenes, que es además, desde el 215 al 245, el artífice de las Héxaplas, la "Biblia en seis columnas", dispuestas de la forma siguiente:

1 texto escrito en hebreo (¿existió realmente esta columna?	2 transliteración en griego	3 traducción de Aquila muy literal	4 traducción de Símmaco	5 texto corriente de los Setenta o recensión conforme al texto hebreo	6 traducción de Teodoción

En latín

La Biblia griega (Antiguo y Nuevo Testamento) se tradujo en Occidente al latín de múltiples formas, en diversas regiones, especialmente en África del Norte: es la que se llama la *Vetus ítala* o *Vetus Latina,* la "Antigua Latina", que comprende todas las versiones latinas anteriores a la Vulgata (o "versión más divulgada"). Esta última, realizada cuando es preciso sobre el hebreo, es la obra de Jerónimo (entre el 391 y el 406) y afecta a la mayoría de los libros.

En gótico

Hacia el 375, se tradujo el Nuevo Testamento (y sin duda el Antiguo) del griego a la lengua gótica por Ulfila, el obispo de los Godos (t 383) que por este hecho es considerado como el inventor del alfabeto gótico.

En siríaco

A partir de los dos primeros siglos se tradujo el Antiguo Testamento al siríaco (es la versión llamada *Vetus Syra).* El Nuevo Testamento se propagó en esta lengua bajo la forma del *Diatesssaron* ("uno a través de cuatro"), una harmonización de los cuatro evangelios reunidos en uno solo, compuesta por Taciano en el 165.

En el s. V, un arreglo de la versión antigua del Antiguo Testamento y una versión íntegra del Nuevo Testamento formaron lo que iba a ser la Biblia siríaca "simple" o "común": la Peshita (o Peshitto).

El canon de las Escrituras

Canon es una palabra griega que significa "regla". El canon de las Escrituras es la lista de los libros reconocidos por la Iglesia como regla de su fe.

En los primeros tiempos, esta lista no estaba fijada con rigor. Figuraban en ella muchos libros propios de los Setenta (se consideran todavía canónicos en la Iglesia de Oriente): 1 Esdras, 3 y 4 Macabeos, Odas, Salmos de Salomón, Carta de Jeremías. Otros pasajes del Antiguo Testamento (llamados más tarde deuterocanónicos por los católicos, pero rechazados como apócrifos por los protestantes) circulaban igualmente, pero que el judaismo terminó por rechazar: las adiciones griegas a Ester y a Daniel, 1 y 2 Macabeos, Judit, Tobías, Sabiduría, Sirácida, Baruc.

Idéntica flexibilidad inicial para el Nuevo Testamento. El fragmento de Muratori (nombre del que lo descubrió en el 1740), copia de un texto que se remonta al siglo II, incluye todos los libros actuales del Nuevo Testamento salvo Hebreos, Santiago, 1 y 2 Pedro. Cita al *Pastor* como un libro "útil". En el Alejandrino, manuscrito del siglo IV, el Nuevo Testamento se cierra con las dos cartas de Clemente de Roma.

En el s. II, el hereje Marción, creando un canon a su capricho, rechazaba todo el Antiguo Testamento (y su Dios vengador) y del Nuevo Testamento no conservaba más que el evangelio de Lucas (¡corregido!) y algunas cartas de Pablo. Era urgente la necesidad de un canon más ajustado.

Atanasio, en el 369, suministra ya la lista actual de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Igualmente el concilio de Roma, en el 382. Pero entre los católicos no hay estrictamente un canon oficial antes del concilio de Trento, en el 1546: entre las versiones latinas solamente la Vulgata debía ser tenida desde entonces como autoridad, sin que, por eso, se excluyera a los Setenta.

Los sentidos de la Escritura

Los Padres, en la línea del Nuevo Testamento, distinguen en la Escritura varios sentidos, sin llegar a nombrarlos ni utilizarlos de una manera sistemática o constante.

El sentido literal (o sentido corporal, o sentido histórico)

Es el sentido obvio, que no hay tomar forzosamente al pie de la letra, a riesgo de caer en lo absurdo: por ej. todos los términos antropomórficos aplicados al Padre (mano, trono, etc.) hay que tomarlos en sentido metafórico. El sentido literal puede, pues, ser figurado.

El sentido espiritual

Es el sentido oculto, el espíritu detrás del velo de la letra. Se puede comprender de varias maneras, como:

- **sentido alegórico o tipológico,** que incluye una prefiguración del futuro (Cristo o la Iglesia)
- **sentido moral o tropológico,** que contempla el provecho moral que el lector puede deducir del pasaje:
- **sentido anagógico o místico,** que se refiere a los misterios del Reino y al fin de los tiempos (escatología).

Dos, tres o cuatro sentidos

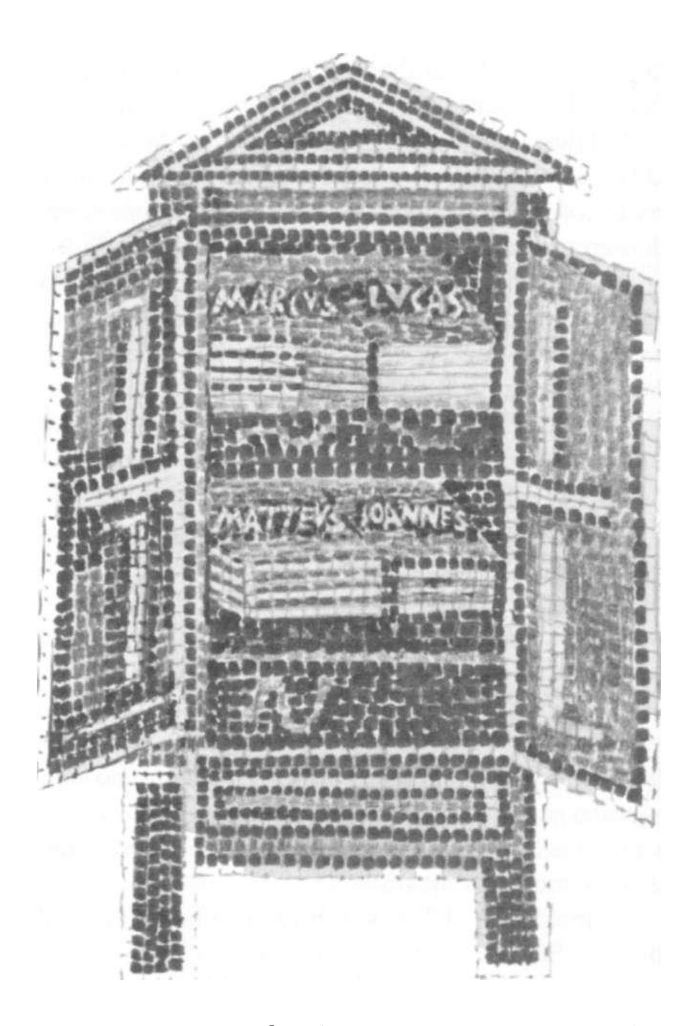
Los Padres, en la mayoría de las ocasiones, explicitan **dos sentidos:** uno literal y otro espiritual, que se corresponden con la distinción entre la letra y el espíritu, y especialmente entre la ley y la fe, el Antiguo y el Nuevo Testamento, la profecía y su cumplimiento, la vida presente y la vida futura, etc.

La visión de tres o cuatro sentidos se explica con frecuencia por la multiplicación del sentido espiritual en sus diversos aspectos.

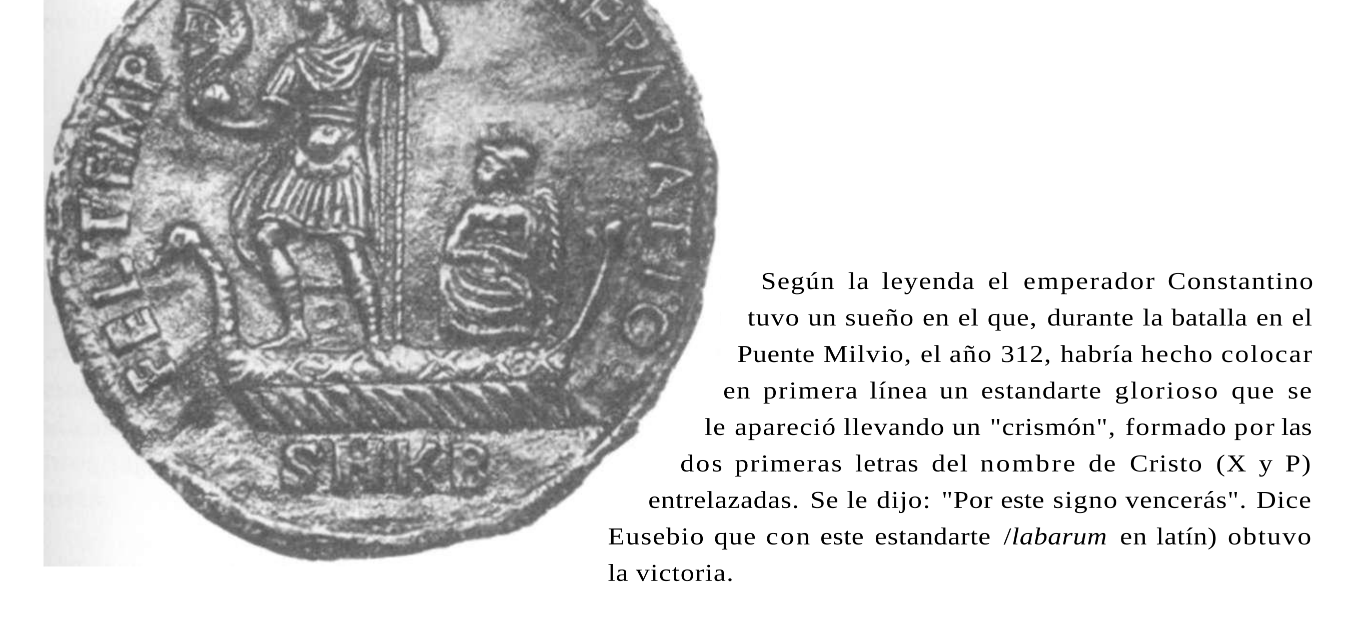
Orígenes, al comentar Pr 22,20 en el *Tratado sobre los principios* IV, 2, habla de **tres sentidos:** corporal, psíquico (=¿tropológico?), espiritual. Para él, la Escritura está compuesta como el ser humano, que es cuerpo, alma y espíritu (ver 1 Ts 5,23). Esto supone en todo caso para Orígenes, imitando a Pablo en Hb 10,1, tres niveles de sentidos: la sombra, la imagen y la realidad, a lo que corresponden respectivamente el sentido literal, tipológico, anagógico o, por ejemplo, el Templo, el cuerpo de Cristo, el Reino; o Israel, la Iglesia y el pueblo del Reino; o la primera Pascua (de Israel), la segunda Pascua (el mismo Cristo), la tercera Pascua (eterna) o también el paso del bautizado a una vida nueva.

Pero el mismo Orígenes aplica de una manera muy irregular esta teoría de los tres sentidos que sin embargo está llamada a convertirse en clásica entre los Padres: invierte de buen grado el sentido *2°* y el 3°; o bien omite el sentido *2°*, de forma que a veces su exégesis se resume en dos interpretaciones.

La teoría de los **cuatro sentidos,** presente ya en Agustín o Gregorio Magno, será tradicional entre los autores medievales de Occidente, que distinguen el sentido literal, alegórico, moral y místico. Así Nínive es, según Ricardo de San Víctor, una ciudad asiria (sentido literal), el mundo (sentido alegórico), el alma (sentido moral) y la Iglesia (sentido místico).



Los cuatro evangelios (Marcos, Lucas, Mateo, Juan), colocados horizontalmente, como todos los libros en la Antigüedad, en un armario.
Dibujo sacado de un mosaico de Ravena.



Según la leyenda el emperador Constantino tuvo un sueño en el que, durante la batalla en el Puente Milvio, el año 312, habría hecho colocar en primera línea un estandarte glorioso que se le apareció llevando un "crismón", formado por las dos primeras letras del nombre de Cristo (X y P) entrelazadas. Se le dijo: "Por este signo vencerás". Dice Eusebio que con este estandarte /*labarum* en latín) obtuvo la victoria.

CAPITULO 3

"La edad de oro" (siglos IV y V)

El siglo IV es uno de los más agitados, de los más contrastados, en la historia del cristianismo: es una edad de oro que fue cualquier cosa menos dorada. Se abre con una gran persecución, y termina con la reconciliación de los dos poderes. Aparecen las primeras grandes controversias teológicas y al mismo tiempo unos prestigiosos defensores de la ortodoxia. La Iglesia que se organiza en esta época conoce a la vez extensión y desgarros.

I. DE DIOCLECIANO A CONSTANTINO EL GRANDE

El emperador **Diocleciano** (284-305) emplea los primeros años de su reinado en restaurar el poder imperial, en reformar la administración y el ejército, luego en rechazar las amenazas exteriores. En el 302 se produce un cambio de política, por influjo de un aventurero de Sofía, César Galerio. El poderoso Dálmata desencadena una ofensiva anticristiana, con medidas radicales: destrucción de las iglesias, secuestro de los libros sagrados, prohibición de las asambleas religiosas.

Esta persecución, la más larga de la historia romana, dura diez años; moderada en Occidente (una de las víctimas es Victorino de Pettau, autor del célebre *Comentario sobre el Apocalipsis),* pero implacable en Oriente, sobre todo en Palestina y en Egipto. La lista de las víctimas es extensa. Ninguna persecución nos ha dejado tantos relatos conmovedores.

Galerio, afectado de un mal incurable, quiso reconciliarse con el Dios de los cristianos y publicó un edicto que puso fin a la persecución. Lactancio lo pudo leer sobre las murallas de la ciudad de Nicomedia, el 10 de abril del 311. Victoria de la cruz y del heroísmo de los mártires.

Constantino, dueño de Occidente después de la victoria sobre Majencio en el Puente Milvio, decidió poner fin a las persecuciones (por el edicto de Milán en el 313; verpg. *61)* y favorecer a los cristianos. Constituido señor único del Imperio de Oriente y de Occidente, una vez hubo eliminado a Licinio en el 324, fundó Constantinopla para sellar la unidad y se esforzó por "extender por doquier la fe cristiana" (Eusebio, *Vida de Constantino,* II, 56).

Desde la abdicación de Diocleciano hasta la muerte de **Teodosio** (395), el Imperio romano no se mantendrá más que veintidós años bajo la autoridad de la misma persona. La comunidad de destino es, pues, frágil y efímera. La dislocación en dos mitades, en el siglo IV, y sobre todo en el V, sacudirá profundamente a la *Unam sanctam.* Escritores griegos y latinos habitan en dos áreas culturales diferentes y elaboran la teología según su propia idiosincrasia. La lengua griega ya no es cemento de la unidad. Occidente se latiniza.

FÉLIX DE TIBIUCA, OBISPO, MUERE MÁRTIR EN CARTAGO EL 304.

Le dijo el administrador Magniliano.- ¿Eres tú el obispo Félix?
Félix, obispo, contestó: - Yo soy.
El administrador Magniliano dijo: - Entrega los libros o códices que tengas.
El obispo Félix contestó: - Los tengo, pero no los entrego.
El administrador Magniliano dijo: - Entrega los libros, a fin de que puedan ser echados al fuego.
Félix, obispo, contestó: - Antes preferiría que me quemaran a mí vivo que no las Escrituras divinas, porque más vale obedecer a Dios que a los hombres.
El administrador Magniliano dijo: - Antes es lo que han mandado los emperadores que no lo que tú hablas.
El obispo Félix dijo: - Antes es el mandato del Señor que el de los hombres.

Actas de Félix, 3, trad. de D. Ruiz Bueno, "Actas de los Mártires", 3ª, B.A.C., Madrid, 1974, p. 961-962.

EN TESALÓNICA, EN EL 304

Martirio de Ágape, Irene y Quionia

El gobernador Dulcecio estaba sentado en el tribunal.
Presidente: - ¿Tenéis acaso entre vosotros algún escrito, códices o libros de los impíos cristianos?
Quionia: - Ninguno, oh presidente, nos queda, pues los actuales emperadores nos los han quitado todos.
Presidente: - ¿Quién os ha hecho pensar así?
Quionia: - El Dios omnipotente
Presidente: - ¿Quiénes han sido la causa de que llegarais a esa necedad?
Quionia: - El Dios omnipotente y su Hijo unigénito, nuestro Señor Jesucristo.
Y él leyó la sentencia escrita: "Ágape y Quionia, puesto que, hinchadas con inicuas ideas y sentir contrario, han obrado contra el divino edicto de nuestros señores los augustos y cesares, y hasta el presente practican la temeraria, vana y para todo hombre piadoso execrable religión de los cristianos, mando que sean quemadas vivas." Dicho esto añadió: "En cuanto a Agatón, Casia, Felipa e Irene, deben ser guardadas en la cárcel, hasta que a mí me parezca."

Así aquellas santísimas mujeres (Ágape y Quionia) fueron consumidas por el fuego.

Martirio de Ágape, Irene y Quionia, 4, ibid. p. 1038-1039.

CARTA DE CONSTANTINO Y LICINIO AL GOBERNADOR DE BITINIA, LLAMADO TRADICIONALMENTE EDICTO DE MILÁN, 313

Yo, Constantino Augusto, así como yo, Licinio Augusto, reunidos felizmente en Milán, para discutir de todos los problemas relativos a la seguridad y al bien público, hemos juzgado que debíamos regular, entre otras disposiciones destinadas a asegurar, según nuestro juicio, el bien de la mayoría, aquellas en las que reposa el respeto a la divinidad, o sea, dar a los cristianos como a todos la libertad y la posibilidad de seguir la religión que han elegido, para que todo cuanto hay de divino en la celestial morada pueda ser benévolo y propicio a nosotros mismos y a todos cuantos se hallan bajo nuestra autoridad.

Por eso hemos creído, con un designio saludable y recto, que había que tomar la decisión de no rehusar esta posibilidad a nadie, de que se adhiera con toda su alma a la religión de los cristianos o a la que crea más conveniente para él, a fin de que la divinidad suprema, a la que rendimos un homenaje espontáneo, pueda atestiguarnos en todo su favor y benevolencia acostumbrada. Así pues, conviene que sepas que hemos decidido, suprimiendo por completo las restricciones contenidas en los escritos enviados anteriormente a tus oficinas sobre el nombre de cristianos, abolir las estipulaciones que nos parecen totalmente contrarias y extrañas a nuestra mansedumbre, y permitir en adelante a todos los que estén determinados a observar la religión de los cristianos que lo hagan libremente y por completo, sin verse inquietados ni molestados.

Transmitido por Lactancio en *De la muerte de los perseguidores,* 48, trad. en Comby, J. "Para leer la historia de la Iglesia", 1, EDV, Estella, 2005, p. 51.

Los Padres del siglo IV representan, hasta el inicio del V, un punto de equilibrio entre la herencia antigua, perfectamente asimilada, y un pensamiento cristiano que ha llegado a su madurez. Oriente se enriquece con la aportación teológica de Capadocia, el Occidente latino se consolida, más allá del Mediterráneo, en Roma, en Milán, en Galia, en España y a las orillas del Danubio.

El intermedio del emperador Juliano (361-363), cristiano que retornó al paganismo, permite a los obispos abandonar el destierro que padecían por su fidelidad a Nicea. El edicto imperial, que prohibe a los cristianos "enseñar aquello en que no creen", hace que la Iglesia tome conciencia de la moral de los escritos paganos y nazca en ella la idea de una enseñanza y de una cultura de inspiración cristiana. Las obras de Gregorio Nacianceno, de Agustín, de Paulino y de Juvenco lo testimonian.

1. El cristianismo, religión de Estado

Los favores del emperador, los privilegios y exenciones atan la Iglesia a la autoridad romana hasta el punto de comprometerla con un Estado totalitario, aislándola de un pueblo abrumado por la ñscalidad. La protección del Imperio se hace pesada cuando Constantino interviene en los asuntos de la Iglesia; después de haber convocado el primer concilio ecuménico en Nicea, en el palacio imperial, toma finalmente partido por Arrio, como sus sucesores. Por lo demás, el emperador es siempre el *pontifex maximus* de la religión pagana oficial, hasta el edicto de Tesalónica promulgado por Teodosio en el 380, declarando al cristianismo religión de Estado, y el abandono de esta función pagana del emperador por Graciano en 383 o 384. A partir de entonces, durante siglos, los emperadores presionarán de muchas maneras sobre los obispos y los concilios.

2. La crisis teológica: el arrianismo

En el siglo III Alejandría había estrechado los lazos entre la fe y la filosofía, a pesar -o quizás a causa dela gnosis heterodoxa. Es allí donde el presbítero Arrio provoca una nueva controversia, que tomará su nombre, poniendo en peligro la esencia de la fe cristiana: la divinidad de Cristo, hijo de Dios.

Unos trescientos obispos, la mayor parte orientales, responden a la convocatoria imperial. Todos subscriben, fuera de dos, el *credo* de Nicea, que afirma que Cristo es "verdadero Dios, nacido del Dios verdadero, de la misma substancia *(homoousios)* que el Padre". Es la fórmula que todavía hoy nosotros recitamos, repetida por el concilio de Constantinopla en el 381.

La fe de Nicea tarda más de 50 años antes de ser reconocida por todos. Esa palabra *homoousios* había sido empleada por Pablo de Samosata y condenada en el concilio de Antioquía en el 268, porque esta palabra nueva era sospechosa, al no estar en las Escrituras, e inducía a una confusión entre el Padre y el Hijo; y este es el motivo que explica su rechazo por Arrio y gran parte de los Orientales. Estos por otra parte desconfiaban cada vez más ante algunos niceanos que, confundiendo cada vez más al Padre y al Hijo, como Marcelo de Ancira, se han desviado hacia el modalismo.

El arrianismo sólo se propagó en Occidente gracias a la connivencia y la acción de los emperadores. Constante se convierte en el abanderado de la división y de la herejía, condenada en Nicea. Teodosio, mejor aconsejado, ratifica la derrota del arrianismo por la vuelta a la fe de Nicea, en el concilio de Constantinopla, en el 381. La ingerencia política perturba a la Iglesia durante todo el siglo IV.

EL PRIMER CONCILIO ECUMÉNICO: NICEA, 325

De todas las Iglesias que llenaban Europa entera, Libia y Asia, se reunió la flor de los ministros de Dios. Una sola casa de oración, como dilatada por el poder divino, reunió a los sirios y a los cilicianos, a los fenicios y a los árabes, a los palestinos y a los de Egipto, Tebaida, Libia y Mesopotamia. El obispo de Persia estuvo presente en el sínodo; también Escitia con su obispo; el Ponto, Galacia y Panfilia, Capadocia, Asia, Frigia enviaron a los más selectos; los tracios y los macedonios, los aqueos y los epi-

LA FE DE NICEA

Este es el símbolo de Nicea, comparado con el símbolo bautismal de Cesarea de Palestina, que le sirvió de base para su redacción. Las fórmulas en cursiva fueron introducidas contra Arrio.

Símbolo de Cesarea

Creemos en un solo Dios,
Padre Todopoderoso,
creador de todas las cosas
visibles e invisibles,
y en un solo Señor Jesucristo,
el Verbo de Dios,

Dios de Dios,
luz de luz,
vida nacida de la vida,
Hijo único,
Primogénito de toda creatura,
engendrado del Padre antes de todos los siglos,
por quien todo fue hecho.

Por nuestra salvación
tomó carne
y habitó entre nosotros.
Sufrió su pasión,
resucitó al tercer día,
subió al Padre
y volverá en su gloria
a juzgar a los vivos y a los muertos.
Creemos también
en un solo Espíritu Santo.

Símbolo de Nicea

Creemos en un solo Dios,
Padre Todopoderoso,
creador de las cosas
visibles y de las invisibles.
Y en un solo Señor Jesucristo,
hijo de Dios,
engendrado Hijo único de Dios,
es decir, de la substancia del Padre,
Dios de Dios;
luz de luz;
Dios verdadero nacido del Dios verdadero;
engendrado, no creado,
consustancial con el Padre,
por el que todo se hizo
en el cielo y en la tierra,
Que por por nosotros los hombres
y por nuestra salvación bajó,
se encarnó y se hizo hombre.
Sufrió
y resucitó al tercer día,
subió al cielo
y vendrá
a juzgar a los vivos y los muertos.
Y en el Espíritu Santo.
Los que dicen:
"Hubo un tiempo
en que no era" y dicen
que fue sacado de la nada
o de otra sustancia o esencia,
o que el Hijo de Dios es capaz
de conversión o de cambio,
son anatematizados por la
Iglesia católica y apostólica.

rotas; vinieron también desde muy lejos; hasta de España vino un obispo ilustre entre todos (Osio) a sentarse con los demás; el obispo de la ciudad imperial (Roma) se vio impedido por su mucha edad, pero estaba representado por algunos sacerdotes de su iglesia [...]

Los obispos entraron en la gran sala del palacio y se sentaron por su rango en las sedes que estaban preparadas [...] Cuando se oyó la señal que advertía la llegada del emperador, todos los obispos se levantaron, e inmediatamente entró él en medio de una corte de personas distinguidas y se presentó como un ángel de Dios. Deslumhraban a los ojos el esplendor de su púrpura y el brillo del oro y piedras preciosas que lo engalanaban [...]

(Hacia el final del concilio), se celebraron los veinte años de reinado del emperador en todas las provincias con grandes festejos públicos. El emperador invitó a los ministros de Dios a un banquete [...] No faltó ningún obispo. El suceso superó todos los posibles elogios. Los soldados de la escolta, puestos en círculo, presentaban sus espadas desnudas en el vestíbulo del palacio. Sin temor alguno, los hombres de Dios pasaban por medio de ellos para entrar en palacio. Algunos se sentaron a la misma mesa que el emperador. Los otros se pusieron al lado en lechos colocados en círculo. Les parecía un anticipo del reino de Cristo y creían estar más en sueños que en la realidad. Tras un magnífico banquete, el emperador les dio una nueva prueba de su magnificencia honrando a cada uno con regalos según sus méritos y dignidad.

EUSEBIO, *Vida de Constantino,* 111,15-16, trad.Comby, J *"Para leer la historia de la Iglesia",* 1, EVD, Estella, 2005, p. 97.

3. La vida interior de la comunidad

En compensación, **la paz religiosa** le permite a la Iglesia completar su organización, multiplicar las diócesis, luego las parroquias, desarrollarse y estructurarse. Está claro que la mayoría de los Padres son obispos, responsables de la catequesis, de la liturgia, de la predicación.

La afluencia de candidatos da lugar a un **catecumenado** sólidamente organizado, una catequesis bíblica, bautismal y mistagógica. Todos los Padres de la época contribuyen al enriquecimiento de la literatura de la iniciación cristiana.

A la improvisación le sucede la era de las grandes **liturgias;** Basilio en Oriente y Ambrosio en Occidente son ejemplos de creatividad. Nace un lirismo cristiano. El año litúrgico organiza la cuaresma, para la preparación al bautismo y a la reconciliación de los penitentes. Se solemniza el *Triduum* que prepara la Pascua; la noche pascual es "la más bella de todas las noches" para los neófitos y la comunidad reunidos.

El siglo IV desarrolla el **culto de los mártires.** Se construyen los *martyria* sobre sus restos (reliquias), que se convierten en lugares de peregrinación, a través de todas las provincias de Oriente. En Roma se visitan las tumbas de Pedro y Pablo, en Cartago la de Cipriano, en Nola la de Félix. El traslado de las reliquias da lugar a grandes festividades.

El mismo siglo contempla el desarrollo de la **vida monástica,** primero en Oriente, bajo la forma anacorética, con **Antonio** en Egipto, luego la cenobítica, con **Pacomio;** en Capadocia, aparece una forma más cultivada con **Basilio** el Grande.

En Occidente, Roma, Milán, Tréveris, Hadrumeto, Tours, Rouen conocen muy pronto un desarrollo parecido, inspirado por el Oriente. **Martín** de Tours es el prototipo del monacato occidental, **Agustín** redacta su primera legislación. En el siglo siguiente, Marsella y Lérins intensificarán el fervor monástico y se convertirán en centros teológicos y misioneros.

LOS CONCILIOS ECUMÉNICOS DE LA ANTIGÜEDAD

1. Nicea I (325)

Ocasionado por las afirmaciones de Arrio, según las cuales Cristo ha sido "creado", el concilio afirma que el Verbo encarnado es de la misma substancia (*homoousios*, consubstancial) que el Padre, Dios nacido de Dios. Es el modelo de todos los concilios posteriores.

2. Constantinopla I (381)

Se esfuerza por poner fin al arrianismo, reafirmando la divinidad de Cristo, negada por Eunomio, así como la del Espíritu Santo. Se ha perdido el texto de las Actas.

3. Éfeso (434)

Con Cirilo de Alejandría y contra Nestorio, el concilio proclama a María "Madre de Dios" *(Theotokos).* En el 433, un "edicto de unión" afirma la divinidad del Verbo divino, Hijo de Dios, y del hombre Jesús, hijo de María *(verp. 73-74).* Una parte de la cristiandad oriental rechaza este concilio, lo que provocó en la Iglesia una división que todavía perdura.

4. Calcedonia (451)

Reacciona contra el monofisismo de Eutiques (una sola naturaleza en Cristo) y afirma con León Magno "un solo y mismo Hijo, nuestro Señor J.-C. perfecto en su divinidad, perfecto en su humanidad, verdaderamente Dios, verdaderamente hombre" (ver p. 117). Una parte de la cristiandad oriental rechazó este concilio, lo que provocó en la Iglesia una división que todavía sigue.

5. ***Constantinopla II (553)***

Condena los errores atribuidos a Orígenes y a tres teólogos (Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro, Ibas de Edesa). El papa Vigilio confirma la condenación de los errores pero no de las personas. El concilio apuntaba principalmente al nestorianismo.

6. Constantinopla III (680-681)

Condena el monotelismo de Sergio, según el cual el Hijo no posee más que una voluntad, la divina. Sofronio de Jerusalén y Máximo el Confesor, defensores de dos voluntades en Cristo, alcanzaron en él una victoria póstuma.

7. ***Nicea II (787)***

Condena la herejía iconoclasta del emperador León III, según el cual Dios no puede ser representado por ninguna imagen.

II. LA MEMORIA DE LA IGLESIA: EUSEBIO DE CESAREA

Eusebio (263-339) es un hombre-bisagra entre el siglo III y el IV. Conoció la paz de la Iglesia, y después la persecución de Diocleciano, el retorno de la autoridad imperial, en el momento en que él llega a ser obispo de Cesarea en Palestina; el reinado de Constantino, el concilio de Nicea y a continuación el desarrollo de la crisis arriana.

1. Discípulo de Orígenes

Eusebio se formó en Cesarea, donde Pánfilo continúa la enseñanza y la metodología de Orígenes, conserva los manuscritos y recopila los escritos dispersos, organiza en torno a los "fondos de Orígenes" la biblioteca más rica de los escritos cristianos de la Antigüedad. En la casa se reúne una comunidad consagrada al estudio y a la ascesis.

La comunidad se había especializado en la transcripción de los textos. Más tarde Constantino les encargó cincuenta Biblias en pergamino para las iglesias de Constantinopla.

El mismo Eusebio, además de sus comentarios (especialmente sobre los *Salmos),* elabora instrumentos exegéticos muy preciosos: el *Onomásticon* de los lugares bíblicos y los *Cánones evangélicos,* que dividen los evangelios en secciones y permiten una concordancia más fácil.

En Cesarea, juntamente con Pánfilo, redacta una *Apología* de Orígenes, cuestionada por los ambientes palestinenses. De los seis libros, solamente uno, el primero, nos ha llegado hasta nosotros. Después de la muerte del maestro, Eusebio escribe su vida y luego se ve obligado a huir a Egipto. A su regreso, es elegido obispo de la ciudad.

2. Hombre de confianza de Constantino e historiador

Eusebio rechazó alinearse contra Arrio. Amigo de compromisos, más diplomático que teólogo, el obispo de Cesarea propuso en Nicea una fórmula equívoca y sólo a regañadientes subscribió las decisiones conciliares. Tomó parte en la intriga contra el partido de Nicea y en el concilio que depuso a Atanasio. Su influencia pesó mucho en el regreso de Constantino de quien fue su panegirista. Su recuerdo adolecerá de estos compromisos perjudiciales.

Eusebio, más apologista (ver sus *Églogas proféticas,* la *Preparación evangélica* y la *Demostración evangélica)* que teólogo (ver su *Contra Marcelo* y su *Teología eclesiástica),* es ante todo un historiador y como tal ha rendido un servicio insustituible a la Iglesia. Su *Historia eclesiástica,* en diez libros, redactada antes del 325, comprende desde la fundación de la Iglesia hasta la victoria de Constantino sobre Licinio (324). El historiador ha reunido, a veces de un modo desordenado, cantidad de documentos de primera mano, fuente inagotable para la historia de la Antigüedad cristiana. Su *Historia* será continuada por Sócrates, luego por Sozomeno. Adjuntó a su Historia como apéndice un escrito *Sobre los mártires de Palestina,* que recoge los ocho años de persecución en Cesarea y el martirio de numerosos cristianos, de lo que fue él testigo.

EUSEBIO, PREFACIO DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA

[3] Por lo cual la obra requiere la indulgencia de lectores benévolos para conmigo, pues confieso que presentar la obra perfecta y completa se halla más allá de mis fuerzas, ya que hasta el momento presente soy el primero en entrar en esta labor como intentando seguir un sendero desierto y sin hollar. Así pues, pido a Dios que sea mi guía y al poder del Señor que me ayude, pues no he logrado encontrar ninguna huella entre los hombres que me han precedido en este sendero; yo descubriré pequeñas indicaciones que, cada uno a su modo, nos han dejado algunos relatos parciales de los tiempos pasados alzando sus voces desde lejos a modo de una antorcha desde lo alto de un punto lejano clamando y exhortándonos, desde una torre, cómo nos es necesario caminar y dirigir la senda de la palabra sin error ni peligro.

[4] Por tanto, habiendo recogido de estos testimonios todo lo que consideraba útil para la presente obra, y como si recopilara en las praderas espirituales los dichos apropiados de los antiguos escritores, intentaré conferirles forma histórica, contentándome al recobrar, si no todas, por lo menos las más notables de las sucesiones de los apóstoles de nuestro Salvador, las que todavía se recuerdan en las iglesias más insignes.

(N°s 3-4)

ἔστι δὲ ἡ ἀκροστιχὶς αὕτη· *Ἰησοῦς Χριστὸς, Θεοῦ Υἱὸς, Σωτὴρ, Σταυρός*· τὰ δ' ἔπη αὐτῆς, ταῦτα·

Ι δρώσει γὰρ χθὼν, κρίσεως σημεῖον ὅτ' ἔσται·
Η ξει δ' οὐρανόθεν βασιλεὺς αἰῶσιν, ὁ μέλλων
Σ άρκα παρὼν πᾶσαν κρῖναι καὶ κόσμον ἅπαντα.
Ο ψονται δὲ Θεὸν μέροπες πιστοὶ καὶ ἄπιστοι
Υ ψιστον μετὰ τῶν ἁγίων ἐπὶ τέρμα χρόνοιο,
Σ αρκοφόρον· ψυχάς τ' ἀνδρῶν ἐπὶ βήματι κρινεῖ.
Χ έρσος ὅτ' ἄν ποτε κόσμος ὅλος καὶ ἄκανθα γένηται
Ρ ίψωσί τ' εἴδωλα βροτοὶ καὶ πλοῦτον ἅπαντα,
Ε κκαύσῃ δὲ τὸ πῦρ γῆν, οὐρανὸν ἠδὲ θάλασσαν,
Ι χνεύων, ῥήξῃ τε πύλας εἱρκτῆς ἀΐδαο (37).
Σ ὰρξ τότε πᾶσα νεκρῶν, ἐς ἐλευθέριον φάος ἥξει·
Τ οὺς ἁγίους, ἀνόμους τε τὸ πῦρ αἰῶσιν ἐλέγξει.
Ο ππόσα τις πράξας ἔλαθεν, τότε πάντα λαλήσει.
Σ τήθεα γὰρ ζοφόεντα Θεὸς φωστῆρσιν ἀνοίξει·
Θ ρῆνός τ' ἐκ πάντων ἔσται, καὶ βρυγμὸς ὀδόντων.
Ε κλείψει σέλας ἠελίου, ἄστρων τε χορεῖαι.
Ο ὐρανὸν εἱλίξει (38), μήνης δέ τε φέγγος ὀλεῖται.
Υ ψώσει δὲ φάραγγας, ὀλεῖ δ' ὑψώματα βουνῶν.
Υ ψος δ' οὐκέτι λυγρὸν ἐν ἀνθρώποισι φανεῖται·
Ι σά τ' ὄρη πεδίοις ἔσται· καὶ πᾶσα θάλασσα
Ο ὐκ εἰς πλοῦν ἕξει· γῆ γὰρ φρυχθεῖσα κεραυνῷ.
Σ ὺν πηγαῖς ποταμοί τε καχλάζοντες (39) λείψουσιν.
Σ άλπιγξ δ' οὐρανόθεν φωνὴν πολύθρηνον ἀφήσει,
Ω ρύουσα μύσος (40) μελεὸν καὶ πήματα κόσμου.
Τ αρταρόεν χάος (41) δείξει ποτὲ γαῖα χανοῦσα.
Η ξουσιν δ' ἐπὶ βῆμα Θεοῦ βασιλῆες ἅπαντες.
Ρ εύσει δ' οὐρανόθεν ποταμὸς πυρὸς, ἠδέ γε θείου.
Σ ῆμα δέ τοι τότε πᾶσι βροτοῖς ἀριδείκετον, οἷον
Τ ὸ ξύλον ἐν πιστοῖς τὸ κέρας τὸ ποθούμενον ἔσται·
Α νδρῶν εὐσεβέων ζωὴ, πρόσκομμά τε κόσμου,
Υ δασι φωτίζον πιστοὺς ἐν δώδεκα πηγαῖς (42)·
Ρ άβδος ποιμαίνουσα (43) σιδηρείη γε κρατήσει.
Ο ὗτος ὁ νῦν προγραφεὶς ἐν ἀκροστιχίοις Θεὸς ἡμῶν
Σ ωτὴρ, ἀθάνατος βασιλεὺς ὁ παθὼν ἕνεχ' ἡμῶν.

Dicen que la Sibila Eritrea, sacerdotisa de Apolo, anunció a "Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador, Cruz" (desarrollando la palabra griega "ijzys", pez, ver p. 20) en un poema acróstico cantado, leído verticalmente con cada inicial de cada verso.

Esuebio de Cesarea, *Discurso de Constantino al Concilio de los santos (padres de Nicea),* 18, PG 20,1288-1289.

III. EL EGIPTO CRISTIANO

Egipto, cristiano desde hacía un largo tiempo, fue sacudido violentamente por la persecución del emperador Maximino. Eusebio habla de "millares de personas" que murieron mártires. Conocemos nosotros los nombres de varios obispos, entre ellos los de Tmuis, Fileas, y sobre todo el de Alejandría, Pedro.

1. Nacimiento del monacato egipcio

El heroísmo de los mártires es el que da origen a la ascesis monástica, que se esfuerza por prolongar el fervor. Los cristianos, perseguidos, se habían ya retirado al desierto donde viven de una manera precaria. Preparaban el camino del anacoretismo en Egipto, en Siria, en Palestina, e incluso en Mesopotamia. Pablo de Tebas se hace eremita, a partir del 250.

El padre de los que "se echan al monte" es el egipcio **Antonio** (hacia 251-356). Conocemos su epopeya por la *Vida de Antonio,* escrita por Atanasio, quien lo conoció; traducida a numerosas lenguas servirá de modelo para todo el monacato oriental y occidental.

Antonio es un "fellah" sencillo. A los veinte años escucha la llamada del Evangelio. Vende sus tierras, distribuye el dinero entre los pobres, se instala en la falda de la montaña. Multitud de anacoretas imitan su ejemplo. El eremita unas veces busca la soledad, otras vuelve a convivir con los hombres, cerca de colonias de anacoretas, que él visita y aconseja.

El eremita, según el espíritu de Antonio, no es otra cosa que un piadoso laico, que vive íntegramente el radicalismo del evangelio. Lucha contra el espíritu del mal que tiene sometido bajo su poder al mundo; ayunos, vigilias, meditación de la Escritura, pobreza absoluta son los medios que le permiten alcanzar la perfección evangélica.

Su doctrina espiritual está recopilada principalmente en los ***Apophthegmata*** *{Sentencias)* y en la ***Historia lausiaca de Palladlo.*** He aquí un ejemplo:

"Un solitario, al ver a otro que llevaba un muerto, le dice: Hermano, tú haces bien, pero harías todavía mejor si soportaras a los vivos".

Pacomio, en compensación, hace evolucionar el **anacoretismo** puro (soledad absoluta), o mitigado (eremitas agrupados en torno a un padre espiritual) **hacia la vida cenobítica,** es decir la comunitaria, bajo la autoridad de un abad.

Él mismo había empezado por ingresar en la escuela de un anacoreta, Palemón; al cabo de siete años se sintió llamado a ponerse al servicio de los demás. Después de unos intentos infructuosos "con monjes que no quieren hacer más que su propia voluntad", encuentra sus primeros reclutas, escribe una Regla de vida común (conservada en parte), cuya esencia es la obediencia. Establece su primer monasterio en Tabennese (Tebaida). María, su hermana le pide que establezca un monasterio de monjas cerca de él y lo consigue.

El cenobitismo pacomiano se organiza en el Alto Egipto. Más tarde, **Shenute** (+ 466) funda la famosa comunidad de Atripe, cerca de Tebas. Esto dará el nombre de Tebaida a un tipo de vida monástica. Continúan existiendo las dos formas y las dos se van desarrollando. El anacoretismo se establece no lejos de Alejandría, en el desierto de Escitia (a partir de 330 con **Macario el Egipcio,** conocido también por obras que la crítica moderna atribuye hoy a un cierto Simeón), remonta el Nilo hasta el desierto de Nitrea y hasta el de las Celdas (Kellia). Allí se retira **Evagrio Póntico** (hacia 346-399), autor de las *Centurias gnósticos* (o *Kephalaia),* del *Tratado práctico* (o *Monje),* del *Gnóstico* y de los escolios exegéticos.

Sus primeros pasos en la ascesis (270)

Pero de nuevo entró en la iglesia, escuchó aquella palabra del Señor en el Evangelio: No os preocupéis por el mañana. No pudo soportar mayor espera sino que se fue y distribuyó a los pobres también esto último. Encomendó su hermana a unas vírgenes conocidas y de confianza y la colocó en una casa de vírgenes para que fuese educada. En cuanto a él, dedicó todo su tiempo a la vida ascética, atento a sí mismo, cerca de su propia casa. No existían aún tantos monasterios en Egipto, y ningún monje conocía nada del gran desierto. Todo el que quería dedicarse a sí mismo, practicaba la vida ascética solo, no lejos de su aldea. Por aquel tiempo había en la aldea vecina un anciano, que desde su juventud llevaba vida ascética en la soledad. Cuando Antonio lo vio, rivalizó con él por el bien. Inmediatamente él también se estableció entre la vecindad de la ciudad. Luego, cuando oía que en alguna parte había alguien que se esforzaba (en seguir a Cristo), se iba, como sabia abeja, a buscarlo y no volvía a su retiro sin haberlo visto; sólo después de recibir de él provisiones para caminar hacia la virtud, regresaba. De este modo pasó el tiempo de su iniciación y se afirmó en la determinación de no volver más a la casa de sus padres ni pensar en sus parientes. Sólo deseaba dedicar todas sus energías a la práctica continua de la vida ascética. Trabajaba con sus manos, pues había oído que "el que no quiera trabajar, que tampoco coma". De sus ganancias, guardaba algo para comprar el pan y el resto lo daba a los pobres. Oraba constantemente habiendo aprendido que hay que orar sin cesar en lo secreto. Estaba tan atento a la lectura de la Escritura que no se le escapaba nada: retenía todo y su memoria le servía en lugar de libros.

Se instruye en compañía de otros ascetas y se esfuerza por imitar sus virtudes

Así vivía Antonio y era amado por todos. Él, a su vez, se sometía con toda sinceridad a los hombres celosos (ascetas) que visitaba, y se esforzaba en aprender aquello en que cada uno lo aventajaba en celo y práctica ascética. Observaba la amabilidad de uno, la asiduidad de otro en la oración; contemplaba la paciencia de uno y la caridad para con el prójimo de otro; fijaba su atención en las vigilias observadas por uno y en los estudios asiduos de otros; admiraba a uno por su constancia, y a otro por ayunar y dormir en el suelo; miraba la dulzura de uno y la magnanimidad de otro; y en unos y otros notaba especialmente la devoción a Cristo y el amor que se tenían mutuamente. Habiéndose así saciado, volvía a su propio lugar, donde se entregaba a la vida ascética. Hacía suyo lo obtenido de cada uno y dedicaba todas sus energías a realizar en sí mismo las virtudes de todos. No tenía celos de nadie de su edad, pero tampoco quería ser inferior a ellos en lo mejor. Y todo esto lo hacía de tal modo que nadie se sentía ofendido, sino que todos se alegraban por él. Y así todos los aldeanos y los monjes con quienes se relacionaba, vieron qué clase de hombre era y lo llamaban el amigo de Dios; unos lo apreciaban como a un hijo y otros como a un hermano.

ATANASIO, Vida de Antonio, 3-4.

2. La Iglesia de Alejandría

La ciudad sigue siendo en el siglo IV un centro intelectual de primer orden, de modo particular en el estudio de la Biblia: entre otros exegetas podemos citar a **Hesiquio,** autor, según Jerónimo, de una revisión de los Setenta hacia el 300 (no confundirlo con Hesiquio de Jerusalén, monje del siglo V) y **Dídimo el Ciego** (hacia 313-hacia 398).

Alejandría, por lo demás, era una Iglesia numerosa, inquieta, efervescente. El obispo **Pedro,** viejo asceta, murió mártir en el 312. El mismo año le sucede Alejandro. Éste se opone a **Arrio,** un docto, elocuente y ascético presbítero de Baucalis, una de las iglesias de la ciudad. Esta oposición recae sobre la doctrina trinitaria, en la que Arrio radicaliza el subordinacionismo: el Hijo es claramente inferior, es sólo una creatura divina, aunque perfecta.

El obispo, que gobernaba con firmeza la Iglesia de Egipto, reúne en concilio a un centenar de obispos y condena las afirmaciones de Arrio. Éste busca sus apoyos al lado de Eusebio de Cesarea y de **Eusebio de Nicomedia** (sede del emperador), personaje influyente, si lo hubo. Poco a poco el Oriente cristiano se encontró partido en dos. Constantino, señor absolu-

to, decidió reunir un concilio ecuménico en Nicea, como hemos visto antes. Atanasio, todavía diácono, acompaña a su obispo, al que sucede en el año 328.

3. Atanasio, columna de la ortodoxia (296-373)

Defensor de la fe de Nicea

Atanasio tiene treinta y tres años cuando, después de una elección laboriosa, contestada y finalmente confirmada por el emperador, se convierte en patriarca de la prestigiosa ciudad de Alejandría, en el 328. El obispo se esfuerza por asegurar en su diócesis la fe de Nicea.

A partir del 330 Atanasio se enfrenta a la vez con los discípulos del presbítero Melecio, que mantenían la postura rigorista después de las persecuciones, y con los partidarios de Arrio. Rechaza categóricamente reintegrar a Arrio en el clero de la ciudad, a pesar de la orden formal del emperador. Los partidarios de Arrio provocan un sínodo en **Tiro,** en el 335, que depone al patriarca. El emperador entonces lo destierra a Tréveris. Es el primero de los **cinco destierros.**

- 1º destierro, bajo Constantino, 11 julio del 335-22 noviembre 337; residencia en Tréveris;
- *2°* destierro, bajo Constancio, 16 abril 339-21 octubre 346; estancia en Roma;
- 3° destierro bajo el mismo, 9 febrero 356-21 febrero 362; desierto de Egipto;
- 4° destierro, bajo Juliano, 24 octubre 362-5 septiembre 363; desierto de Egipto;
- 5° destierro, bajo Valente, 5 octubre 365-31 enero 366; desierto de Egipto.

Atanasio es una de las grandes figuras de obispo de la historia antigua. Tallado en granito, intransigente hasta la violencia, es un obispo de la Resistencia. Nacido en Alejandría, conoce bien al pueblo, simpatiza con su piedad, aprende el copto. Sabe manejar la turba, si es preciso, como un tribuno.

Cristiano desde su primera infancia, recibió una buena formación clásica, con solamente unos elementos de filosofía. Algunos de sus maestros murieron mártires bajo Diocleciano, pues eran cristianos. Atanasio se puso al servicio de la Iglesia, defendiéndola con intrepidez, como un hijo a su madre.

Atanasio muere el 2 de mayo del 373. De los cuarenta y seis años de su episcopado, pasó veinte en el destierro. La parte más importante de sus escritos está dedicada a defender el *credo* de Nicea: igualdad de naturaleza, de substancia, de dignidad del Hijo y del Padre. Lo expone primeramente en *Tres discursos contra los arrianos.* Narra los sucesos que han condenado a Arrio, después rehabilitado, en la *Apología contra los arrianos* y en la *Historia de los arríanos.* En ellos refuta las afirmaciones del heresiarca, expone la fe de Nicea, que él profesa igualmente en *Los Concilios,* en *Los decretos del concilio de Nicea* y en las cartas al obispo egipcio Serapión (ver pg. 70).

Apologista y polemista

Atanasio es un luchador. En su juventud, todavía diácono, escribe, en la línea de las *Apologías,* el *Discurso contra los paganos y sobre la encarnación del Verbo,* donde refuta la idolatría; allí demuestra la inanidad de las divinidades paganas y la vía que permite alcanzar al verdadero Dios. Para encontrarlo no hay otro camino que el mismo hombre, quien lleva en sí la huella del Dios que lo ha creado (ver p. 70-71)

En las obras polémicas, provocadas por el arrianismo, *Apología para la huida, Historia de los arrianos,* el obispo proscrito maneja una ironía áspera que no perdona a nadie. Tiene palabras terribles contra los eunucos que rodean y aconsejan al emperador: "¡Cómo queréis, dice, que estas personas comprendan algo de la generación del Hijo de Dios!". El obispo tiene la virilidad de los violentos que conquistaron el Reino.

Amigo de los monjes

Desde Alejandría hasta la Tebaida florecen los monasterios de anacoretas y cenobitas. Atanasio los frecuenta por simpatía, luego para encontrar refugio en ellos. Conoce y visita con frecuencia a Antonio, antes de escribir su vida. Éste interviene a favor del obispo ante el emperador. Va incluso a Alejandría, a petición de los obispos de Egipto, para refutar de la manera más formal los errores de Arrio. Atanasio lleva consigo al destierro a monjes que dan a conocer el monacato en Occidente. Igual que todos los obispos de Alejandría, conoce la ascendencia que tienen los monjes sobre el pueblo bajo. Los religiosos no sólo sostienen la autoridad del obispo sino también la doctrina ortodoxa de Nicea. Inversamente, el patriarca de Alejandría es a la vez testigo, propagandista y autor espiritual del ascetismo monástico. Escribe un tratado *Sobre la virginidad* y mantiene correspondencia con las vírgenes de Alejandría. *La Vida de Antonio* fue no sólo un best-seller sino también la carta de todo el monacato *(ver p. 68).*

ATANASIO

La Trinidad

Así pues, la Trinidad es santa y perfecta, confesada como Dios en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, no contiene nada extraño o mezclado desde el exterior, ni consta de creador y creatura, sino que toda entera es creadora y productora. Es semejante a sí misma, indivisible por naturaleza y su actividad es una sola. En efecto, el Padre lo hace todo por medio del Verbo en el Espíritu Santo, y de este modo queda a salvo la unidad de la Santa Trinidad. Y así se predica en la Iglesia un único Dios "que está sobre todas las cosas, a través de todo y en todos". "Sobre todas las cosas" como Padre, como principio, como fuente. "A través de todo", por medio del Verbo. "En todos", en el Espíritu Santo

La Trinidad lo es no sólo de nombre y por la expresión de la palabra, sino que es Trinidad en realidad y por subsistencia. Porque como el Padre es "el que es", así su Verbo es "el que es" y "es Dios por encima de todo", y el Espíritu Santo no es insubsistente, sino que existe y subsiste verdaderamente.

La Iglesia católica no piensa en nada menos de esto, para no caer en los hodiernos judíos al estilo de Caifás ni entre los de Sabelio, y no piensa en nada más, para no rodar hacia el politeísmo de los griegos. Y que ésta es la fe de la Iglesia, pueden aprenderlo de cómo el Señor al enviar a los apóstoles, les mandó ponerle este fundamento a la Iglesia diciendo: "Id y enseñad a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Por su parte, los apóstoles fueron y lo enseñaron así. Y ésta es la predicación para toda la Iglesia bajo el cielo.

Carta a Serapión, I, 28, trad. C. Granado, "Biblioteca patrística", 71, Ciudad Nueva, Madrid, etc. 2007, p. 117-119.

El Verbo se hizo carne

Pues vio el género racional destruido y que la muerte reinaba entre ellos con su corrupción; y vio también que la amenaza de la transgresión hacía prevalecer la corrupción sobre nosotros y que era absurdo abrogar la ley antes de cumplirla; y vio también qué impropio era lo que había ocurrido, porque lo que él mismo había creado, era lo que perecía; y vio también la excesiva maldad de los hombres, porque ellos poco a poco la habían acrecentado contra sí hasta hacerla intolerable; y vio también la dependencia de todos los hombres ante la muerte, se compadeció de nuestra raza y lamentó nuestra debilidad y, sometiéndose a nuestra corrupción, no toleró el dominio de la muerte, sino que, para que lo creado no se destruyera ni la obra del Padre entre los hombres resultara en vano, tomó para sí un cuerpo y éste no diferente del nuestro.

Pues no quiso simplemente estar en un cuerpo, ni quiso solamente aparecer, pues si hubiera querido solamente aparecer, habría podido realizar su divina manifestación por medio de algún otro ser más poderoso. Pe-

ro tomó nuestro cuerpo, y no simplemente esto, sino que lo tomó de una virgen pura e inmaculada que no conocía varón: un cuerpo puro y verdaderamente no contaminado por la relación con los hombres.

En efecto, aunque es poderoso y el creador del universo, prepara en la Virgen para sí el cuerpo como un templo y lo hace apropiado como un instrumento en el que sea conocido y habite.

Y así, tomando un cuerpo semejante a los nuestros, puesto que todos estamos sujetos a la corrupción de la muerte, lo entregó por todos a la muerte, lo ofreció al Padre, y lo hizo de una manera benevolente, para que muriendo todos en él se aboliera la ley humana que hace referencia a la corrupción (porque se centraría su poder en el cuerpo del Señor y ya no tendría lugar en el cuerpo de los hombres), para que, como los hombres habían vuelto de nuevo a la corrupción, él los retornara a la incorruptibilidad y pudiera darles vida en vez de muerte, por la apropiación de su cuerpo, haciendo desaparecer la muerte de ellos, como una caña en el fuego, por la gracia de la resurrección.

Convenciéndose, pues, el Verbo de que la corrupción de los hombres no se suprimiría de otra manera que con una muerte universal, y, dado que no era posible que el Verbo muriera, siendo inmortal e Hijo del Padre, tomó por esta razón para sí un cuerpo que pudiera morir, para que éste, participando del Verbo que está sobre todos, llegara a ser apropiado para morir por todos y permaneciera incorruptible gracias a que el Verbo lo habitaba, y así se apartase la corrupción de todos los hombres por la gracia de la resurrección. En consecuencia, como ofrenda y sacrificio libre de toda impureza, condujo a la muerte el cuerpo que había tomado para sí, e inmediatamente desapareció de todos los semejantes la muerte por la ofrenda de uno semejante.

Puesto que el Verbo de Dios está sobre todos, consecuentemente, ofreciendo su propio templo y el instrumento corporal como sustituto por todos, pagaba la deuda con su muerte; y como el incorruptible Hijo de Dios estaba unido a todos los hombres a través de un cuerpo semejante a los de todos, revistió en consecuencia a todos los hombres de incorruptibilidad por la promesa referente a su resurrección. Y la propia corrupción en la muerte que afecta a los hombres ya no ocupa lugar, porque el Verbo habita en ellos a través de un solo cuerpo.

Y como cuando un gran rey llega a una gran ciudad, y habita una sola de sus casas, enteramente la tal ciudad se hace digna de gran honor y ya ningún enemigo o ladrón la asalta para saquearla, sino que es considerada digna de todo respeto, porque el rey habita en una sola de sus casas, así también sucedió con el Rey de todas las cosas, ya que habiendo llegado a nuestra tierra y habitando un solo cuerpo semejante al nuestro, cesó consecuentemente toda la preocupación en los hombres con respecto a los enemigos y la corrupción de la muerte desapareció, cuando antes tenía tanta fuerza entre ellos. La estirpe de los hombres habría sido destruida, si el Señor de todo y Salvador, el Hijo de Dios, no se hubiera presentado para poner fin a la muerte.

La Encarnación del Verbo, 8,9,
trad. J.C. Fernández Sahelices
"Biblioteca patrística", 6, Ciudad Nueva, Madrid,
1997[2], p. 53-56.

4. Cirilo de Alejandría (+ 444)

De tío Teófilo al asesinato de Hypatia

Si Atanasio ilustra la primera parte del siglo IV, **Teófilo,** uno de sus sucesores, es un personaje subido de color: verdadero faraón cristiano, preocupado ante todo por asentar su poder frente a Constantinopla, la rival. Luchó contra los cultos paganos destruyendo sus templos: el de Serapis (con su biblioteca), el de Mitra y el de Dionisos. En un principio admirador de Orígenes, por oportunismo, terminó por cambiar de campo para aliarse con los monjes anti-origenistas.

Teófilo tuvo un papel tristemente célebre en la condena al destierro de Juan Crisóstomo *(ver p. 88).* Esto provocó la ruptura con Roma.

No se contentó con gobernar en vida todo Egipto, sino que preparó su sucesión. Su propio sobrino, **Cirilo,** fue elegido, no sin problemas, el 15 de octubre del 412.

El nuevo elegido tenía una ventaja sobre su tío, una ventaja temible: conocía la teología. En la primera parte de su episcopado, polemizó contra los arríanos, en la línea de Atanasio. Sin contar los *Diálogos sobre la Trinidad,* el voluminoso ***Tesoro de la Trinidad sania*** *y* ***consubstancial*** está compuesto por más de un tercio de extractos de Atanasio sobre el mismo tema.

Distribuyó su tiempo entre la tarea pastoral -de lo que son testimonio sus **Cartas festales** (enviadas cada año para anunciar la fecha de Pascua)- y su obra teológica.

La familiaridad con la Escritura no le impidió de ningún modo a Cirilo preferir los modales fuertes de su tío a la dulzura evangélica. Estuvo en el origen de un "progrom" contra la gran colonia judía de la ciudad. Se le ha acusado también de connivencia en el asesinato de una mujer pagana, filósofa muy apreciada, Hypatia. Escribió contra el paganismo persistente el ***Contra Juliano.***

Cirilo y el concilio de Éfeso (431-433)

El arrianismo llevó a la Iglesia a poner el acento sobre la divinidad de Cristo. Con esto se corría el peligro de minimizar su naturaleza humana. El obispo de Laodicea, **Apolinar,** abundaba en estas ideas al afirmar que Cristo no tenía espíritu humano, al no tener más que una sola naturaleza, la de Dios.

El vocabulario de la época estaba lejos de tener la precisión actual, para mantener en Cristo la unidad de persona en la dualidad de las dos naturalezas, divina y humana. Las nociones de naturaleza completa y de hipóstasis, que los Latinos *llamaban persona* (persona), no tenían la claridad actual. Esto provocaba confusiones.

La verdad -pero no los hombres- se mantenía equidistante entre los dos excesos. Se enfrentaron dos escuelas o corrientes, que deberían haber sido complementarias; enfrentamiento agravado por las rivalidades de sede y por la pasión de los metropolitanos.

Nestorio, monje de Antioquía, nombrado obispo de Constantinopla, encendió la pólvora al criticar el título de ***"Theotokos",*** madre de Dios, aplicado a María. La expresión evidentemente resultaba ortodoxa sólo si se aplicaba a la persona de Jesús y no a su naturaleza: María es madre de un hombre que es el Hijo de Dios. Quedaba excluido que se pudiera hablar de dos hijos.

En realidad Cirilo empleaba dos expresiones desgraciadas cuando hablaba de unidad física o de la única naturaleza del Logos, hecho carne. Esta fórmula de Apolinar que circulaba al amparo de la autoridad de Atanasio, era pues una falsificación de la que por desgracia Cirilo fue víctima, haciendo una amalgama entre naturaleza e hipóstasis (persona).

En lugar de una clarificación de ideas, lo que se produjo fue una cábala. Cirilo, en una carta pastoral, tomó su postura y pidió a Nestorio que se retractara. Llevó el tema ante el papa Inocencio I. Un sínodo de Roma exigió a Nestorio que se desmintiera, so pena de ser depuesto. Cirilo transmitió la sentencia romana, pero le añadió de su cosecha **doce anatematismos,** teológicamente contestables.

El emperador Teodosio II, hostil a Cirilo, convocó un concilio ecuménico en **Éfeso.** Cirilo, en la primera sesión, cuando todavía no habían llegado los obispos de Siria, se apresuró a lograr que se condenara a Nestorio. Cuando llegaron **Juan de Antioquía** y los obispos de Siria excomulgaron a Cirilo. A su vez los legados romanos desembarcaron y aprobaron la decisión de la primera sesión. El emperador confirmó la destitución de los dos antagonistas, Nestorio y Cirilo.

Cirilo, con su habilidad, logró recuperar la libertad y su sede, mientras que Nestorio fue confinado en un monasterio de Atioquía. Cirilo se dio cuenta de que había llegado el momento de hacer concesiones, renunció a sus *anatematismos.* Finalmente se logró la unión en el 433, con la fórmula aprobada por el papa Sixto III *(ver p. 74 y también p. 27).*

Homilía pronunciada en el concilio de Éfeso (431)

Yo contemplo la asamblea esplendorosa habiéndose reunidos todos los santos con celo, invitados por santa María, Madre de Dios, siempre Virgen. Yo tenía un gran pesar, pero la presencia de los santos Padres ha cambiado este pesar en gozo. Ahora se ha cumplido en nosotros la dulce palabra del himnógrafo David: "¡Mira que es bueno y que da gusto que los hermanos vivan juntos!" (Sal 132,1).

Salve, pues, a ti, santa y mística Trinidad que nos has convocado a esta iglesia de María Madre de Dios.

Salve a ti, María Madre de Dios, augusto tesoro de toda la tierra habitada, lámpara inextinguible, corona de la virginidad, cetro de la ortodoxia, templo indestructible, receptáculo de aquel que no puede ser contenido, madre y virgen, por la cual es aclamado "bendito", en los santos evangelios, "el que viene en nombre del Señor" (Mt 21,9).

Salve a ti, que has acogido en tu santo seno virginal al que nada puede contener, a ti por quien la Santa Trinidad es glorificada y adorada en toda la tierra habitada, a ti por quien el cielo se regocija, por quien los ángeles y los arcángeles exultan, por quien los demonios son puestos en fuga, por quien el diablo tentador es arrojado del cielo, por quien la creación caída es encaminada al cielo, por quien toda la creación, prisionera del culto de los ídolos, es devuelta al conocimiento de la verdad, por quien el santo bautismo es entregado a los creyentes, por quien es entregado el óleo del regocijo, por quien las iglesias están repletas en toda la tierra, por quien los pueblos son llevados al arrepentimiento y, ¿a qué extenderme?, por quien el Hijo único de Dios ha brillado como una luz "para los que caminan en las tinieblas y en la sombra de la muerte" (Lc 1,79), por quien los profetas han anunciado el futuro, por quien los apóstoles predican la salvación a las naciones, por quien los muertos resucitan, por quien los reyes reinan.

Es por la Trinidad santa -¿y qué puede decir una persona humana la tan celebrada María?- por la que la matriz se mantiene virginal. ¡Oh maravilla! Este milagro me deja estupefacto. ¿Quién ha oído nunca que el arquitecto se haya visto impedido de habitar en el templo que él mismo se ha edificado? ¿Quién está sometido a la ignominia de quien ha llamado madre a su propia esclava?

Por esto el universo entero se regocija /.../

Que nos sea concedido temblar y adorar la Trinidad indivisa, cantando a la siempre Virgen María, es decir a la santa Iglesia, y a su Hijo y esposo sin tacha, porque a él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Actas de los concilios.

La obra doctrinal y exegética de Cirilo

El obispo de Alejandría se mantuvo, durante el resto de su vida, como un hombre de estudio, preocupado por descifrar la doctrina de la Escritura y de la Tradición. La obra teológica de este patriarca, plagada de múltiples fallos, es una de las más extendidas del Oriente cristiano. Cirilo es el hombre de la afirmación dogmática, procede en teología como en el gobierno, por vía de autoridad.

Nos ha dejado un monumental y prolijo ***Comentario al Evangelio de Juan,*** en doce libros, más polémico y doctrinal que exegético, con numerosos excursos teológicos. El obispo ha sacado de la lectura aplicada de la Escritura una fe perfectamente segura.

La investigación abarca los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, sobre todo en cinco libros: *La Adoración en espíritu y en verdad,* el *Comentario a Isaías,* el *Comentario a los profetas menores,* las *Glaphyres* (Cinceladuras) y las 156 *Homilías sobre Lucas.* Cirilo busca la armonía entre los dos Testamentos, viendo en el Antiguo Testamento la preparación evangélica, iniciada con Adán y marcando el camino del Mesías. Personajes y acontecimientos profetizan la venida del Verbo hecho carne.

La Encarnación es el corazón de la teología y de la economía cirilinas. Cirilo rechaza con todas sus fuerzas el dualismo nestoriano para afirmar la unidad de Cristo. Pero su cristología deja imprecisa la naturale-

za humana de Jesús, la autonomía de sus actuaciones. Mezclando los conceptos de naturaleza y de hipóstasis, su vocabulario teológico carece de rigor, llegando incluso a hablar de "la única naturaleza de Cristo". La filosofía griega, que reprochó a Orígenes, le habría permitido una formulación más rigurosa.

LA FÓRMULA DE UNIÓN SEGÚN EL CONCILIO DE ÉFESO EN 433

Nosotros, pues, confesamos a nuestro Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, Dios perfecto y hombre perfecto, compuesto de un alma racional y de un cuerpo, engendrado del Padre antes de los siglos según la divinidad, nacido en estos últimos días por nosotros y por nuestra salvación, de la Virgen María según la humanidad, consubstancial con el Padre según la divinidad, consubstancial con nosotros según la humanidad. Porque se ha realizado la unión de dos naturalezas. Por eso nosotros afirmamos un Cristo, un Hijo, un Señor. En razón de esta unión sin confusión, confesamos la santa Virgen María Madre de Dios, porque Dios Verbo se ha encarnado y se ha hecho hombre, y que, desde el instante de su concepción, se ha unido al templo que él había tomado en ella. Las palabras de los Evangelios y de los apóstoles sobre el Señor, sabemos que los teólogos las han agrupado tanto como dichas por una sola persona, como separadas y dichas por dos naturalezas; unas le convienen a Dios según la divinidad de Cristo, otras, sencillas, según la humanidad.

G. Dumeige, *La Foi catholique,* Orante, París, 1961, p. 193-194.

IV. JERUSALÉN, LA CIUDAD TESTIMONIO

Los Romanos habían reconstruido una nueva ciudad, Aelia Capitolina, en la que el Templo cedía su puesto al Capitolio. Allí se asentó una comunidad cristiana, de origen pagano. Se conoce a un obispo desde finales del siglo II. Los fieles se vieron sometidos a muchas pruebas por las persecuciones de Diocleciano y de Maximino, en dos oleadas sucesivas, según lo cuenta Eusebio de Cesarea.

El concilio de Nicea le reconoció a su titular un primado honorífico, dado que Jerusalén era la madre de todas las Iglesias. Esto provocó fricciones con el metropolitano de Cesarea. Constantino hizo encerrar el Santo Sepulcro dentro de una Rotonda, la Anástasis o Iglesia de la Resurrección. Allí es donde Cirilo pronunció sus célebres catequesis, siendo todavía presbítero. Por su parte la emperatriz Elena mandó construir dos basílicas, una en el monte de los Olivos y la otra en Belén; ésta todavía existe hoy.

1. Cirilo de Jerusalén (313-387)

Nacido sin duda en Jerusalén, Cirilo debió recibir una buena formación escolar si tenemos en cuenta su oratoria. Hacia el 343 es ordenado sacerdote por el obispo Máximo, un confesor de la fe, que había regresado de las minas cojo y tuerto. A la muerte de éste (350), Cirilo fue elegido de manera regular y tomó posesión de su cargo con el consentimiento del metropolitano.

Al año siguiente un conflicto enfrentó al obispo con su metropolitano Acacio, quien le reprochó haber vendido los objetos sagrados en tiempo de hambre. Esto era más bien un pretexto; la verdadera razón era que Acacio transigía con los arrianos. El metropolitano reunió entonces un sínodo, que depuso a Cirilo. El obispo se resistió. Acacio vino con una escuadra a expulsarlo *manu militari* y para instalar un prelado arriano. En los aproximadamente treinta y ocho años de episcopado, Cirilo vivirá dieciséis alejado de Jerusalén, en tres destierros.

- Primer destierro, bajo Constante: del 357 al 359,
- Segundo destierro, bajo Constancio: del 359 al 362,
- Tercer destierro, bajo Valente: del 367 al 378.

Cirilo pasó el resto de su vida curando las heridas y restableciendo la unidad en una ciudad dividida entre arrianos y ortodoxos, y devolviendo a la ciudad de Jesús la dignidad de las costumbres, de cara a los peregrinos que allí acudían. Sabemos por Gregorio de Nisa cuán comprometida era su reputación.

El obispo de Jerusalén, igual que el de Alejandría y el de Poitiers, sufrió persecución por su ortodoxia y su fe basada en el concilio de Nicea. Menos batallador que Atanasio, menos teólogo que Hilario, Cirilo tenía la fuerza tranquila de la fe, la constancia en la prueba, la inquietud de la caridad y de la unidad, en la verdad. "El error, acostumbraba decir, tiene formas múltiples, mientras que la verdad no tiene más que una cara."

Cirilo catequista

El siglo IV es la edad de oro de la catequesis bautismal. Cirilo es émulo de Ambrosio, de Agustín y de Juan Crisóstomo. Tenemos la suerte de poseer hoy todavía la explicación completa del *credo,* en diecinueve **catequesis,** seguidas de otras cinco, llamadas mistagógicas, porque son una explicación de los tres sacramentos de iniciación cristiana, administrados en la misma noche de Pascua.

Las Catequesis bautismales

Durante la cuaresma, el obispo -o el presbítero- despejaba las grandes etapas de la historia bíblica, que anuncian a Cristo y a la Iglesia. A las profecías de la antigua Alianza corresponden los sacramentos en la nueva Alianza. El catequista explica a continuación de forma elemental pero completa las verdades de la fe, recopiladas en la confesión bautismal o *credo.* Cirilo, después de una introducción, explica, artículo por artículo, los diez dogmas de la fe: Dios Padre, el Hijo único, la Encarnación, la cruz, la resurrección y la ascensión, la consumación de los siglos, el Espíritu Santo, la resurrección de la carne, la Iglesia, la vida eterna.

Cirilo predica las homilías a los catecúmenos junto a la tumba de Jesús, en la gran basílica constantiniana, no lejos del Calvario.

"Las cosas que se refieren a Cristo y al Gólgota, las decimos en el mismo Gólgota" (16,4). Y añade: "Toda acción de Cristo es la gloria de la Iglesia católica, pero la gloria de las glorias es la cruz."

Las Catequesis mistagógicas

Que sean de Cirilo o de su sucesor, Juan, no modifica en nada el contenido de las cinco catequesis. Pronunciadas después del bautismo durante la semana pascual, son mucho más cortas que las precedentes. "En estas catequesis se os instruirá a propósito de cada uno de los ritos, sus razones, sus justificaciones según el Antiguo y el Nuevo Testamento." Encontramos en ellas el anuncio del bautismo -maná- figura de la Eucaristía - y la explicación de los principales ritos litúrgicos.

Estas homilías son para nosotros "uno de los documentos más preciosos de la Antigüedad cristiana". Gracias a Cirilo poseemos un esbozo de la liturgia de Jerusalén y una muestra de la catequesis bautismal así como de la teología mistagógica.

Primera catequesis mistagógica

A los recién iluminados. La lectura se toma de la primera epístola de Pedro: "Sed sobrios y velad" (1 P 5,8), etc. hasta el fin de la carta.

1. Ya hace tiempo que deseaba, hermanos e hijos queridísimos de la Iglesia, tratar de estos misterios espirituales y celestiales. Pero, consciente de que la fe es mayor por lo que se ve que por lo que se oye, he esperado a ese momento para, encontrándoos más preparados de lo que ya habéis experimentado, poder conduciros con más facilidad a este prado del paraíso lleno de luz y fragancia.

Ya habéis sido hechos capaces de estos misterios divinos una vez que habéis sido considerados dignos del lavatorio divino vivificante. Por tanto, cuando se os ha de servir la mesa en que habéis de recibir dones más perfectos, podéis estar ciertos de que os instruiremos en todo esto con mayor cuidado para que conozcáis la fuerza y la eficacia que se han operado en vosotros en la vigilia del bautismo.

2. En primer lugar, entrasteis en el atrio que está antes del baptisterio y escuchasteis vueltos de pie hacia Occidente. Se os ordenó extender la mano y renunciasteis a Satanás como si estuviese presente.

Debéis saber que la figura de este asunto ya está contenida en la historia antigua: cuando Faraón, durísimo y cruel tirano, oprimía al libre y generoso pueblo de los hebreos, Dios delegó en Moisés para que los sacase de la cruel servidumbre de los egipcios. Y se untaban las jambas de la puerta con la sangre del cordero para que el exterminador pasase por alto las casas marcadas por la señal. De modo totalmente milagroso el pueblo hebreo fue así proclamado libre (Ex 12,12-13.29-30).

Y cuando el enemigo persiguió a los liberados, uniéndose los dos brazos del mar sobre él, según lo que se cuenta en aquel relato asombroso, rápidamente se hundió su poderío en las aguas del Mar Rojo (Ex 14,22-30).

3. Pero debo pasar de lo viejo a lo nuevo, de la figura a la verdadera realidad. En aquel entonces Moisés es enviado por Dios a Egipto, mientras que ahora es Cristo enviado al mundo. Aquel, para sacar de Egipto al pueblo oprimido; Cristo, para liberar a los que están oprimidos en el mundo bajo el peso del pecado.

Entonces fue la sangre del cordero la que alejó al exterminador, pero ahora lo ha sido la sangre de Jesucristo, el cordero inmaculado. Ha sido esta sangre la que ha expulsado a los demonios. Aquel tirano persiguió a aquel pueblo hasta el mar. También a ti, con la misma audacia, te perseguía sin pudor el príncipe de los demonios hasta las fuentes de la salvación. Aquel quedó sumergido en el mar, y éste desaparece en el agua saludable.

Trad. C. Elorriaga, *San Cirilo de Jerusalén, Catequesis,* Biblioteca Catecumenal, Desclée De Brouwer, Bilbao, 1991, p. 496-498.

2. Jerusalén, centro de peregrinación

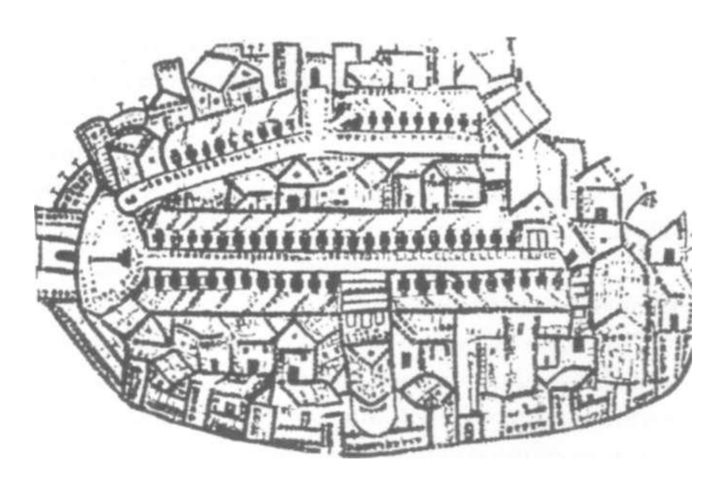
Con la época constantiniana, Jerusalén y los Lugares santos de Palestina, dotados de suntuosos edificios, se convierten en lugar de atracción. Allí se instalan monjes, al principio en células aisladas, luego en verdaderos conventos. Los monjes en Jerusalén, asegurando el oficio, constituyen el núcleo primitivo al que se adhieren las monjas, los clérigos, los laicos.

Monasterios orientales y también occidentales, pues hacia el 377 **Rufino de Aquilea,** con **Melania** la Vieja, fundó allí un convento que acogía "obispos, monjes y vírgenes". Lo mismo ocurrió en Belén, donde **Jerónimo** estableció una doble comunidad ascética de hombres y de mujeres, con Paula de Roma y Eustoquio, hija de Paula.

Los historiadores de la época, como Eusebio, Jerónimo, nos informan sobre los Lugares santos, sobre el movimiento de las peregrinaciones. Poseemos diversos Itinerarios, como el que va desde Burdeos a Jerusalén, y más en concreto las descripciones de la ciudad santa, obras anónimas o no, entre las cuales destaca el *Diario* de Egeria.

Los peregrinos proceden de toda la tierra. En un principio de los alrededores, de donde afluyen los fieles a Jerusalén los días de fiesta. Una población cosmopolita visita los Santos Lugares a partir del siglo IV. Es impresionante el número de occidentales. Vienen de África, de España, de Galia, de Italia, de Pannonia; frecuentemente se han puesto en camino a instancia de Jerónimo, quien terminó por lamentarse de su número.

Los más numerosos son los monjes: "Estamos sumergidos por las turbas de monjes, que vienen de todas las partes del mundo", escribe Jerónimo. Luego los obispos, los laicos de la clase alta. Aunque se pudieron cometer abusos, como lo manifiesta Gregorio de Nisa, la mayoría de los peregrinos vienen movidos por la fe, para orar, para edificarse, para instruirse, para hacer penitencia. Unos se quedan ya a vivir allí, otros quieren que se les sepulte cerca de los Santos Lugares. En Jerusalén, los peregrinos eran enterrados cerca del valle de Josafat.



Jerusalén, mosaico de Madaba, Transjordania.

El Diario de viaje *de Egeria*

Poseemos un documento excepcional sobre Jerusalén, sobre las peregrinaciones a los Santos Lugares de Oriente, gracias al *Diario* de una persona, difícil de situarla: una dama culta, unida a una comunidad, que parece más un beguinaje que un monasterio. El primer editor suponía que era de las Galias, mientras que el último se inclina por situarla en Galicia.

El *Diario,* que evoca los años 381-384, tiene un gran interés, puesto que nos informa sobre la topografía de lugares importantes (Santo Sepulcro, Sión, monte de los Olivos, Belén, Betania). Nos da información sobre el año litúrgico, principalmente sobre la celebración pascual, sobre las celebraciones cotidianas, sobre el ayuno y la catequesis. Este libro está repleto de informaciones sobre la organización eclesiástica (obispo, presbíteros, diáconos, diaconisas), sobre varias implantaciones monásticas de hombres y de mujeres fuera de Palestina: en el Sinaí, en Egipto, en Siria, en Mesopotamia. Añadamos, para terminar, que el autor escribe en un latín "de colorido vulgar", próximo a la traducción primitiva de la Biblia.

V. EL ESPLENDOR DE LA CAPADOCIA CRISTIANA

Capadocia está situada en el centro de la actual Turquía, donde las iglesias rupestres atestiguan hoy todavía la vitalidad del cristianismo en la Antigüedad. Una vez que el emperador Tiberio se hubo anexionado esta provincia lejana, Roma construyó, sobre el modelo de las grandes ciudades, una capital que, como la ciudad de Palestina, tomó el nombre de Cesar: Cesarea (Kayseri), con termas, un teatro y fiestas.

La región fue evangelizada muy pronto, pues la carta de Pedro se dirige ya a estos cristianos. Tertuliano menciona una persecución en su época. Cipriano tiene correspondencia con **Firmiliano,** obispo de Cesarea. Un capadocio contemporáneo llega a ser obispo de Jerusalén. Un discípulo de Orígenes, **Gregorio Taumaturgo,** originario de Neo-Cesarea en el mar Negro, se consagra a la evangelización y llega a ser obispo de su ciudad natal. En el concilio de Nicea, en el 325, están presentes siete obispos capadocios.

La gran persecución de Galerio y de Maximino Daia había castigado con dureza la provincia del Ponto. Duró desde el 303 al 313. La familia de **Basilio de Cesarea** y de su hermano **Gregorio de Nisa** nos aportan un ejemplo de los tormentos que sufrieron los cristianos influyentes y con bienes de fortuna. Por la línea paterna, los abuelos, bien considerados y ricos, tuvieron que huir a los bosques del Ponto.

La familia de la abuela había reunido cargos civiles y militares, y también dignidades en la corte imperial. El abuelo materno murió mártir y todos sus bienes fueron confiscados incluso después de la tormenta. Dos descendientes de la familia, juntamente con el Capadocio **Gregorio Nacianceno,** brillarán con un esplendor incomparable en la Iglesia. La historia los reúne bajo el nombre de los Tres Capadocios.

1. Basilio de Cesarea (329-379)

De la retórica al episcopado

En el hogar de Basilio (el padre) y de Emelia nacieron diez hijos. Macrina era la primogénita, Pedro, futuro obispo de Sebaste (poco después de Eustatio), el más joven. Basilio, segundo hijo y primer varón, nace hacia el 329, hijo del brillante y rico retórico de Neo-Cesarea, que cuidaba de la formación intelectual y espiritual de la familia, y que murió prematuramente, hacia el 341.

Frágil de naturaleza, el mayor de los muchachos fue rodeado de atenciones. Dotado de cualidades brillantes, formado primeramente por su padre, vino a Cesarea a perfeccionar sus estudios. Allí entabló amistad con Gregorio Nacianceno, luego viajó y frecuentó a los maestros de Constantinopla y de Atenas.

A su regreso, Basilio se estableció en Cesarea como retórico y enseñó con brillantez. Embriagado por el éxito, es reconducido a lo esencial por su hermana Macrina: "Se despierta como de un profundo sueño", renuncia a su situación, recibe el bautismo de manos del obispo, luego se sumerge en la soledad para incorporarse a la escuela de los monjes de Egipto y de Palestina, más tarde de Mesopotamia.

Vida ascética, que compromete definitivamente su salud. Regresa entonces al país para distribuir su fortuna entre los pobres y establecerse en la soledad de Annesi, a orillas del Iris, donde lo viene a encontrar Gregorio Nacianceno. Los dos juntos componen una antología de textos de Orígenes, llamada ***Filocalia*** ("Amor de las flores"). Allí él solo redacta dos **"Reglas"** monásticas.

Ordenado presbítero en Cesarea, Basilio terminó por establecerse allí y allí trabaja hasta la muer-

te del obispo Eusebio, al que sucedió en el 370, después de una elección bastante laboriosa, a causa de su salud: "¿Queréis un atleta o un doctor de la fe?", señaló alguno. Nueve años bastaron a este hombre de cuarenta años para merecer ser llamado en vida "el Grande". En adelante se confunden biografía y acción.

Defensor de la fe de Nicea

Basilio estaba especialmente preparado para ser un teólogo de gran envergadura. Su labor pastoral, su corta carrera no le dejan mucho tiempo para construir su obra teológica. Al menos él pone de relieve la propedéutica de la **cultura clásica,** en una extensa carta a sus sobrinos, considerada famosa por su actitud moderada y abierta respecto del patrimonio griego. "Hay que imitar a las abejas: libar la miel, apartar el veneno". Texto que será el regocijo del Renacimiento.

La crisis arriana en la que toda la Iglesia estaba inmersa, por obra del príncipe, le permite al principio oponerse con fuerza a las presiones del emperador Valente. Esto le da la oportunidad para componer dos obras dogmáticas:

- el ***Contra Eunomio,*** dirigida contra un Capadocio, obispo de Cyzique, en el mar Negro, que defendía un arrianismo radical, llamado anhomeismo: sólo el Padre es Dios, su Hijo no es más que una creatura. El obispo, en su refutación, restablece la igualdad del Padre y del Espíritu con el Padre.
- El ***Tratado del Espíritu Santo,*** una obra maestra, no se limita a afirmar la divinidad del Espíritu sino que describe admirablemente su acción en la fe, la liturgia, la oración, la vida cotidiana de la Iglesia.

BASILIO DE CESAREA

Naturaleza del Espíritu

En primer lugar, pues, ¿quién que haya oído los nombres del Espíritu no se eleva con el alma y no levanta su mente hacia la suprema naturaleza? Porque se le llama Espíritu de Dios, "Espíritu de la verdad que procede del Padre" (Jn 15,26), "Espíritu recto y espíritu rector" (Sal 50,12-14)."Espíritu Santo" (Sal 50,13) es su nombre propio y peculiar: es ciertamente y sobre todo, el nombre de todo ser incorpóreo, puramente inmaterial y simple. Por eso el mismo Señor, cuando a la que creía que a Dios se le adora en un lugar, la enseñaba que lo incorpóreo no tiene límites, dijo: "Dios es Espíritu" (Jn 4,24). Por consiguiente, no es posible que quien ha oído "Espíritu" configure en su mente una naturaleza circunscrita o sujeta a cambios y mudanzas o enteramente igual que la creatura, sino que, subiendo en sus nociones hasta lo más alto, necesariamente debe concebir una esencia inteligente, infinitamente poderosa, infinitamente grande, fuera de la medida del tiempo y de los siglos, y generosa de los bienes que posee.

Hacia él se vuelve todo lo que tiene necesidad de santificación. Le desean todos los que viven según la virtud, como refrescados por su soplo y ayudados en orden a su propio fin natural. Capaz de perfeccionar a los demás, a él nada le falta; no vive a base de reponerse, sino que suministra la vida; no crece por adiciones, sino que es plenitud inmediata, fundado en sí mismo y presente en todas partes. Manantial de santificación, luz inteligible, abastece por sí mismo a toda facultad racional de algo así como cierta claridad para que encuentre la verdad. Inaccesible por naturaleza, aunque comprensible por su bondad, todo lo llena con su poder, pero solamente participan de él los que son dignos, y no con una participación de única medida, sino que reparte su poder en proporción de la fe. Simple en la esencia, es vario en sus maravillas; presente por entero a cada uno, también está por entero en todas partes. Repartido sin mengua de su impasibilidad, se le comparte enteramente a imagen del rayo solar, cuyo favor se presenta a quien lo goza como si fuera el único, a la vez que alumbra a tierra y mar, y se mezcla con el aire.

Así también el Espíritu, presente a cada uno de los dispuestos a recibirle, como si cada uno fuera el único,

proyecta suficientemente sobre todos su gracia íntegra... las almas portadoras del Espíritu, iluminadas por el Espíritu, ellas mismas se vuelven espirituales y proyectan la gracia en otros. De ahí el previo conocimiento del futuro, la inteligencia de los misterios, la captación de lo oculto, la distribución de los carismas, la ciudadanía celestial, la danza con los ángeles, la alegría interminable, la permanencia en Dios, la asimilación a Dios, y el deseo supremo: hacerse Dios.

Tratado sobre el Espíritu Santo, 22-23,
trad. A. Velasco Delgado, "Biblioteca patrística", 32,
Ciudad Nueva, Madrid, 1996, p. 141-144.

Obispo social

El obispo de Cesarea es un pionero y un precursor de la acción social tanto en sus escritos como en sus realizaciones. Testigo de un imperio empobrecido cuya fiscalidad machaca a los colonos y a la gente sencilla, y en el que causa estragos el cáncer de la usura, el obispo desarrolla los grandes temas sociales: igualdad fundamental de todos los hombres ante Dios, eminente dignidad de toda persona humana, necesidad de una redistribución de los bienes para poner límites a la codicia y al enriquecimiento de algunos, poner fin al escándalo social y a la miseria de otros.

Basilio no se contenta con predicar a tiempo y destiempo contra el lujo, la avaricia y la usura, sino que se consagra a obras sociales y de caridad. De este modo construye una verdadera ciudad, la **Basilias,** con hospedería, albergue para ancianos, hospital que comprende una sección reservada a los enfermos contagiosos, en fin alojamientos para empleados y obreros. Fue finalmente una verdadera ciudad obrera, con cocina económica. Basilio es uno de los primeros apóstoles sociales suscitados por el Evangelio.

Padre del monacato

Como la mayoría de los grandes conversos, Basilio entró "en filosofía", es decir se hizo monje al convertirse. Viviendo en un ambiente de religiosos, conoce el monacato por dentro con sus grandezas y sus debilidades. Su acción preconizaba la vida comunitaria para evitar las excentricidades de algunos anacoretas y promover un esfuerzo a la vez teológico y exegético.

Lo que impropiamente se llaman sus **"Reglas"** son dos obras ascéticas, la primera más breve, llamada el *Pequeño Asketikon,* conservada solamente en traducción latina, la otra, más extensa, *el Gran Asketikon.* En las dos el legislador procede por preguntas y respuestas, conversaciones entre Basilio y los monjes en el curso de sus visitas, que marcan las directrices precisas sobre la vida ordinaria, la organización de una comunidad monástica.

Liturgo de Cesarea

La actividad litúrgica de Basilio comenzó en Cesarea mientras era un simple presbítero. Introdujo una nueva manera de cantar. Reformó el oficio litúrgico de los monasterios. La tradición oriental le atribuye la liturgia que lleva su nombre, y que las iglesias de rito bizantino emplean todavía los días de cuaresma y en la celebración de las fiestas del año.

Los acontecimientos, las responsabilidades no le permitieron a Basilio afirmar con amplitud su genio teológico. Su **Correspondencia,** una de las más considerables, nos hace conocer la vida cotidiana de la Iglesia, las cuestiones sociales, su sentido de la amistad y del equilibrio, la fuerza de carácter y la sensibilidad de un pastor incomparable.

2. Gregorio Nacianceno (329-390)

Vida

La historia relaciona a Gregorio Nacianceno con su amigo Basilio, aunque difieren entre ellos como el fuego y el viento. Nacidos los dos en unas familias aristócratas y bien dotadas económicamente, se complementan y se enriquecen mutuamente. El padre de Gregorio, que llevaba el mismo nombre que su hijo, pertenecía a una secta judeo-pagana. Su mujer, de familia cristiana, influyó de manera decisiva sobre su marido, tanto que se convirtió y fue nombrado obispo de Nacianzo (hoy Nenizi), al suroeste de Cesarea.

La familia hizo seguir a su hijo único el ciclo clásico de los estudios de entonces, completado por estancias en los grandes centros universitarios de Constantinopla, Alejandría, Atenas, donde la amistad con Basilio cuajó definitivamente. Parece que hacia el 357, a su regreso, Gregorio recibió el bautismo, luego volvió a encontrar a Basilio en su retiro monástico.

El padre, ya anciano, quiso tener consigo a su hijo y le ordenó presbítero, contra su voluntad (Navidad del 361). Éste no se opuso, pero huyó hasta la fiesta de Pascua; cuando volvió, pronunció su primer sermón, que todavía poseemos.

Para multiplicar sus sufragáneos, frente al proyecto imperial, Basilio, su amigo, lo nombró obispo de **Sásima,** "aldea miserable", que nunca visitará. Continuó como auxiliar de su padre y a la muerte de éste, en el 374, administró la diócesis de Nacianzo, luego buscó la soledad en la costa, en Seleucia, frente a Chipre.

Allí le vinieron a buscar los cristianos de Constantinopla en el 379, para que estuviera al frente de su comunidad, diezmada por el arrianismo, pero liberada tras la muerte del emperador Valente. Allí pronunció los **Cinco discursos teológicos** para definir la fe ortodoxa sobre Cristo, sobre la Trinidad. Un clásico.

Reconocido oficialmente como **obispo de Constantinopla** por el nuevo emperador Teodosio, al convocarse el concilio en el 381, tuvo que soportar que se viera mal este nombramiento y que sus opiniones fueran contestadas por sus iguales. Entonces él abandonó la asamblea ecuménica, pronunció un famoso discurso de despedida y se retiró a una propiedad familiar, en **Ariance,** donde pudo ya consagrarse a su obra literaria, hasta el momento de su muerte, en el 390.

"El teólogo"

Gregorio es el único escritor de la antigüedad, después de Juan Evangelista, al que se le aplica el título de **"Teólogo".** Esto se debe sobre todo a sus cinco discursos llamados teológicos, en sentido estricto de la palabra, pues tienen a Dios como objeto. Formula en ellos la fe en la Trinidad con una profundidad en la expresión, una claridad en la formulación dogmática que le son personales. "El nombre propio del que no tiene origen es el Padre; el nombre propio del que es engendrado, sin comienzo, es el Hijo; el nombre del que procede o viene sin ser engendrado es el Espíritu Santo" *(Disc. 30,19).*

Con la misma claridad Gregorio expone también el misterio de Cristo: "Él tiene a bien ser uno, hecho de dos; dos naturalezas se encuentran no en dos, sino en un solo Hijo. Las dos naturalezas se unen sin que ninguna de las dos sufra la menor amputación". La claridad de la formulación recibió la aprobación del concilio de Éfeso (431) y de Calcedonia (451).

Humanista y poeta

Personalidad de contrastes, el teólogo es al mismo tiempo un humanista y un lírico. La calidad de su cultura aparece en sus **cuarenta y cinco** ***Discursos,*** leí-

dos y admirados hasta el punto de ser estudiados en las escuelas de retórica. Desplegó un arsenal de procedimientos, de habilidades rítmicas, que pueden fatigar a la larga, pero que fueron el encanto de los siglos. Sus Discursos fueron copiados, traducidos a todas las lenguas, ricamente iluminados, como lo atestiguan los manuscritos.

Gregorio ha querido dar también a la literatura griega cristiana un modelo epistolar: es él quien puso a punto la **correspondencia** de Basilio así como la suya, con un total de cientos de cartas.

El ritmo poético de su prosa anuncia los **poemas** del fin de su vida *(ver aquí).* Gregorio ambicionaba crear una lírica cristiana, que pudiera rivalizar con la poesía profana. El obispo compuso poemas dogmáticos sobre las grandes verdades de la fe. Su inspiración es más original en los poemas morales, donde expresa, con una sensibilidad desgarrada, su búsqueda, su sufrimiento, la melancolía del anciano, irisada de esperanza.

El poema más importante, **Sobre su vida** (1949 versos) nos permite entrar en el jardín cerrado de una lírica vibrante pero siempre dócil a una fe sin desfallecimiento. En Gregorio se reconoce el alma griega, es admirada con entusiasmo, e imitada en sus himnos litúrgicos. El Teólogo, al abrir el camino para otros poetas como Sinesio de Cirene algunos años posterior, Paulo el Silenciario, en el siglo IV o Sofronio de Jerusalén en el siglo VII, ha sabido reconciliar el arte y la fe, el helenismo y la revelación, en una infancia recobrada.

HIMNO A DIOS

ATRIBUIDO A GREGORIO NACIANCENO

Oh tú, el más allá de todo,
¿cómo llamarte con otro nombre?
¿Qué himno te puede cantar?
Ninguna palabra te expresa.
¿Qué espíritu puede comprenderte?
Ninguna inteligencia te entiende.
Sólo tú eres inefable;
cuanto se dice ha salido de ti.
Sólo tú eres incognoscible;
cuanto se piensa ha brotado de ti.
Todos los seres te alaban,
los que hablan y los que guardan silencio.
Todos te rinden pleitesía,
los que piensan y los que no lo hacen.
El universal deseo, el gemido de todos tiende hacia ti.
Cuanto existe te suplica
y quien contempla el universo
te eleva un himno en su silencio.
Únicamente en ti permanece todo
y de ti, con un mismo impulso, todo procede.
Tú eres el fin de todo,
tú eres el único.

Tú eres cada uno y no eres ninguno.
No eres un solo ser, no eres el conjunto de todo.
Tú concentras todos los nombres,
¿cómo podría yo nombrarte?
Tú eres el único que no se puede nombrar;
¿qué espíritu celestial podrá penetrar las nubes que cubren
al mismo cielo?
Ten piedad, oh Tú, el más allá de todo;
¿cómo llamarte con otro nombre?

(Poema I, 1,29)

3. Gregorio de Nisa (+ 394)

Vida

Gregorio, tercer hijo varón de la familia de Basilio, se formó en las escuelas de Capadocia (Neo-Cesarea, luego Cesarea) en la retórica y en la filosofía, después ingresó, deslumbrado, en la escuela de su hermano mayor vuelto del extranjero. No sabemos cuándo Gregorio recibió el bautismo, ciertamente no en su infancia, pues incluso las familias cristianas esperaban que pasara la juventud para recibir el bautismo.

La conversión de Basilio le decidió quizás a abrazar la carrera eclesiástica como lector; pero renunció rápidamente a ella para enseñar la **retórica,** sin duda después de la abrogación de la ley escolar de Juliano, que prohibía a los cristianos enseñar. ¿Tuvo por esto una crisis? El hombre no es nada explícito como para hablar de ello. Durante este período Gregorio contrajo matrimonio con una mujer de grandes cualidades, llamada probablemente Teosebia.

En el 372 Basilio, obispo de Cesarea, coloca a su hermano como su colaborador y le obliga al ordenarle obispo de una modesta localidad, llamada Nisa, al oeste de Cesarea, por los mismos motivos que había nombrado a su amigo Gregorio obispo de Sásima y a Amfiloquio (+394) de Iconio.

Poco dotado para el gobierno, Gregorio experimenta la oposición de los arrianos; un sínodo de obispos lo depone en el 376. Pudo volver a su ciudad episcopal triunfalmente a la muerte del emperador Valente (378). Al año siguiente Gregorio perdió a su hermana Macrina y a su hermano Basilio.

Comenzó una nueva etapa. Gregorio administró durante un tiempo el obispado de Sebaste, tuvo un papel de primera línea en el concilio de Constantinopla, fue el hombre de confianza de la corte, encargado de diversas misiones en Arabia, en Jerusalén, pronunció las oraciones fúnebres de Pulqueria, hija del emperador y de la emperatriz Flacila, se consagró, finalmente, hasta su muerte (394) a su obra literaria y teológica, una de las más vigorosas.

Apenas hay un escritor de los primeros siglos, desconocido durante un tiempo, cuya obra conozca hoy un *"revival"* comparable al de Gregorio de Nisa. Admirador de Orígenes, como los otros dos Capadocios, parece que él sufrió más que los otros por el proceso abierto a su maestro de Alejandría. Gregorio sabe por lo demás mantener sus distancias. Más que enumerar sus obras, es mejor destacar las aristas contrastadas.

Educador de la fe

Como los autores de numerosos tratados teológicos, Gregorio empieza por poner la fe al abrigo de las desviaciones que actúan desde el arrianismo radical de Eunomio, ya combatido por su hermano, o del error apolinarista que, en sentido opuesto, mutilaba la auténtica naturaleza humana de Cristo.

La ***Catequesis de la fe,*** llamada también *Discurso catequético,* es un modelo de adaptación pastoral de la catequesis al medio culto, nutrido por la filosofía griega. Con una finura psicológica el obispo de Nisa se dirige aquí a los catequistas para exponer no tanto el dato de la fe sino la manera de hacer aceptable y accesible a un espíritu griego las verdades que ofrecen algún problema: el hombre, el mal, el misterio del Hombre-Dios, el drama de su existencia que se resuelve en la resurrección, la transfiguración progresiva del hombre recreado por la gracia, que hace de nosotros los artífices de nuestra semejanza con Dios, hasta la recuperación universal de toda la creación, en la fase final. Visión escatológica sobre la que Gregorio vuelve repetidas veces, principalmente en su diálogo con Macrina titulado *Sobre el alma y la resurrección.*

Lector de la Escritura

La Escritura es la referencia fundamental del obispo de Nisa. No porque multiplique las citas, como Agustín, sino porque él está impregnado de ella, habituado a ella. Cuando quiere exponer la vida cristiana a los fieles, les comenta el *Eclesiastés,* las Bienaventuranzas *(ver p. 86),* el *Padre nuestro.*

Cuando busca indagar sobre el enigma del hombre, Gregorio no pregunta a los filósofos, sino al libro del *Génesis.* Cuando describe las sendas de la vida mística, utiliza el libro del *Éxodo,* en la *Vida de Moisés,* o comenta el *Cantar de los Cantares.*

Los varios temas bíblicos: *Éxodo, Salmos, Eclesiastés, Cantar de los Cantares* abalizan siempre para el obispo de Nisa el itinerario espiritual que, a través de las purificaciones, conduce al misterio inaccesible de Dios.

Teólogo del monacato y de la vida mística

Ya hemos visto que durante su vida Basilio asocia a su hermano a su obra monástica. Y curiosamente, aunque todavía no es más que laico y casado, le pide un ***Tratado de la virginidad.*** Aunque Gregorio recurre en él a la retórica y a los lugares comunes de la Segunda Sofística, en él manifiesta ya un sentido teológico muy seguro y claro sobre la virginidad a la luz de la creación, a imagen y semejanza de Dios.

Dios es el arquetipo de la virginidad, porque engendra sin pasión. Es, pues, el misterio trinitario el que da su fundamento y su significado a la virginidad: "Ella, es en efecto, un matrimonio interior y espiritual con Dios" *(Virginidad, 20,1).*

A la muerte de Basilio, Gregorio se convierte en su legatario espiritual para el monacato. La **Vida de Macrina** pretende presentar el modelo de la monja perfecta que ha alcanzado "la más alta cima de la virtud humana". La biografía no tiene otro objetivo que mostrar el camino de la perfección, con un rostro humano, que une cultura y santidad, equilibrio y heroísmo.

Lo mismo ocurre con otras tres obras: ***La Vida de Moisés,*** "tratado de la perfección, sobre el tema de la virtud", escrito a petición del monje Cesáreo; ***Homilías sobre el Cantar de los Cantares,*** predicadas a la comunidad de la famosa Olimpia, que mantenía correspondencia con Juan Crisóstomo. La obra describe la ascensión espiritual del alma, embriagada del amor de Dios, que "va ***de comienzos en comienzos,*** por comienzos que nunca tienen fin". Finalmente, su última obra, la ***Hypotyposis*** (modelo, ejemplo) es un tratado sobre la vida monástica que describe el itinerario espiritual del monje y el buen uso de la vida común. Quiere favorecer con ella la vida mística en el cenobitismo basiliano.

Al igual que los otros Capadocios, Gregorio es discípulo de Orígenes, pero con libertad y sentido crítico. Menos lírico que Gregorio Nacianceno, menos hombre de gobierno que su hermano Basilio, quien parece que en un tiempo lo tuvo acomplejado, Gregorio de Nisa seduce por la riqueza de su pensamiento, la fuerza de su espíritu, a la vez sutil y penetrante. La mística es la inclinación natural de su reflexión teológica. La paradoja, que los sabios llaman oxímoron ("sobria embriaguez", "sueño vigilante", "tiniebla luminosa", la perfección "cuyo límite es no tener punto") expresa perfectamente el sesgo de su espíritu.

El mérito principal del obispo de Nisa es haber orientado la investigación teológica hacia la experiencia eclesial y espiritual. Maestro incomparable de la teología mística, influyó directamente o por mediaciones tanto en Oriente como en Occidente. Es sin duda alguna uno de los más prestigiosos entre los escritores griegos del siglo IV.

GREGORIO DE NISA

Ver al invisible

La misma impresión que uno experimenta cuando, desde lo alto de un promontorio, contempla con sus ojos la inmensidad del mar, es la que experimenta mi espíritu cuando, desde lo alto de las palabras elevadas del Señor como desde la cima de un acantilado, contempla el abismo infinito de sus alrededores.

Muchas veces vemos al borde del mar cómo se eleva uno de estos espolones rocosos que ofrecen a las olas una superficie abrupta de arriba abajo y cuya cresta domina el abismo. El vértigo que uno experimenta desde esta altura, al dirigir su mirada sobre los abismos marinos, es el que también experimenta hoy mi alma, cuando esta gran palabra del Señor la lleva por sobre los abismos: "Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios."

Dios se ofrece a las miradas de los que tienen el corazón puro. Ahora bien, "Nadie ha visto nunca a Dios" (Jn 1,18), dice san Juan. Y san Pablo confirma esta idea al hablar de aquel "a quien ninguno de los hombres ha visto ni lo puede ver" (1 Tm 6,16). Dios es el peñón abrupto y afilado, que no ofrece el más mínimo asidero a nuestra imaginación. También Moisés en sus leyes lo llamaba el inaccesible: así desalentaba todo intento de aproximación y sus amenazas no hacían más que expresar la prohibición de buscarlo: "No hay nadie, decía, que pueda ver al Señor y seguir viviendo" (Ex 33,20).

Pero ¿cómo? Si la vida eterna es la visión de Dios, ¿los pilares de la fe, Juan, Pablo, Moisés nos verifican que esto es imposible? ¡Qué vértigo! Ante el abismo de estos contornos, yo me siento desfallecer....

El Señor dice que nuestro gozo no consiste en vislumbrar a Dios, sino en poseerlo dentro de nosotros mismos. Yo no creo que Dios se deje ver cara a cara por el que se haya purificado. Esta fórmula magnífica nos sugiere quizás lo que otra palabra expresa en términos más claros: "El reino de Dios está dentro de vosotros" (Lc 17,21). De esto nosotros deducimos que con un corazón purificado de toda creatura y de todo sentimiento carnal, contemplamos en nuestra propia belleza la imagen de la naturaleza divina. En esta breve fórmula el Verbo lanza una grandiosa llamada: "Vosotros que aspiráis a ver el Bien verdadero, aunque se os diga que la grandeza de Dios reina por encima de los cielos, que su gloria es inexpresable y su bondad no tiene nombre, que su naturaleza es infinita, no caigáis en la desesperanza pensando que no podréis contemplar al que buscáis." Hay en ti, en cierto modo, una aptitud para ver a Dios: el que te ha formado ha depositado en tu ser una fuerza inmensa. Dios, al crearte, ha encerrado en ti la sombra de su propia bondad, lo mismo que se imprime los trazos de un sello en la cera. Pero el pecado ha ocultado la huella de Dios y este bien se ha quedado infructuoso, oculto bajo unos velos manchados. Viviendo en el bien, ¿borras la mancha que ensucia tu corazón? Tu divina belleza resplandece de nuevo en ti.

Homilía 6 sobre las Bienaventuranzas, 1 y 4.

VI. ANTIOQUÍA CRISTIANA

Antioquía, bañada por el Orontes, rodeada por un circo de montañas, capital de Siria, era famosa por sus monumentos. Tercera ciudad del Imperio, los Romanos la adornaron con avenidas bordeadas por estatuas, templos, teatros, termas y un estadio. Allí fue donde los discípulos de Cristo fueron llamados cristianos. La comunidad podía enumerar los nombres famosos de sus obispos: Ignacio, Teófilo, Serapión. La lista nos la proporciona el historiador Eusebio.

Sus mártires eran numerosos, lo que impulsó la multiplicación de los lugares de peregrinación. Particularmente dura fue la persecución de Diocleciano. Allí también es larga la lista de los mártires: presbíteros, mujeres y vírgenes. Juan Crisóstomo dice que la ciudad estaba ceñida por las reliquias de los mártires como por una muralla. Al principio del siglo IV el obispo de la ciudad, **Eustatio,** fue uno de los defensores declarados de la fe de Nicea.

Los orígenes judeo-crisianos de la comunidad imprimieron su marca sobre la exégesis y la enseñanza teológica de la Iglesia. Se trata más de un método que de una escuela. Parece que los fundadores fueron los presbíteros Doroteo y **Luciano,** ambos mártires.

El primero que tuvo fama de docente en Antioquía fue **Diodoro de Tarso.** Exegeta de profesión, había comentado todos los libros de la Biblia. Nos han llegado sólo algunos fragmentos de sus obras. Fue evidentemente en Antioquía el maestro del pensamiento, contemporáneo de los Capadocios, respetado por la calidad de su enseñanza y la austeridad de su vida. Tuvo como discípulos a Juan Crisóstomo y a Teodoro de Mopsuestia.

Antioquía, a diferencia de Alejandría, se interesa en primer lugar por el sentido literal e histórico del texto, aclarado por su contexto, y recurriendo a recursos de la filología y de la semántica. En un determinado número de casos admite, al lado del sentido literal, el sentido típico, que se apoya sobre las relaciones entre los dos Testamentos; en todos los casos debe ser matizada la oposición, tradicional y en parte real, al alegorismo alejandrino.

En realidad nos encontramos en presencia de dos aproximaciones complementarias, que habrían ganado si se hubieran armonizado. Las disputas y rivalidades de sede impidieron el diálogo, provocaron excesos de lenguaje de una y otra parte, introdujeron en el debate elementos impropios de una investigación teológica. De esto es una prueba la historia dramática de Juan Crisóstomo.

1. Juan Crisóstomo (+ 407)

Vida

Nacido probablemente hacia el 349, de una familia de elevada condición social, Juan perdió muy pronto a su padre y fue educado por su madre Anthousa, mujer muy religiosa. Con toda probabilidad el joven fue discípulo del célebre sofista **Libanio,** gloria de Antioquía. Juan recibió el bautismo el año 368, renunció a la carrera de abogado, ingresó en la escuela de Diodoro y se consagró a la exégesis y a la vida ascética. Allí contrajo amistad con Teodoro de Mopsuestia, luego se hizo lector de la iglesia de Antioquía.

Juan, deseando una vida más perfecta, abandonó la ciudad para ponerse bajo la dirección de un asceta y vivir como **solitario,** durante dos años, en una gruta. Verosímilmente de esta época son sus libros *Contra los adversarios de la vida monástica, De la Virginidad y Auna joven viuda.*

Agotado por la penitencia, Juan regresa a Antioquía donde fue ordenado diácono en el 381 por el obispo **Melecio** (que murió poco después, cuando presidía el concilio de Constantinopla), luego, cinco

años más tarde, ordenado presbítero. Para prepararse escribió ***Sobre el sacerdocio,*** un libro clásico de la Iglesia. Dotado de excepcionales cualidades para la palabra, se consagró a la predicación. Esto le hizo famoso. Una gran parte de sus homilías sobre al Antiguo y el Nuevo Testamento datan de esta época feliz.

La fama de Juan hizo que lo llamaran a Constantinopla para suceder, en el 398, al señorial patriarca Nectario. El nuevo obispo actuó en sentido inverso a su predecesor. En lugar del lujo, él escogió la desnudez, reformó el clero, inculcó las costumbres cristianas en una sociedad todavía pagana, atacó el lujo de la corte, insulto de la miseria del pueblo bajo. La emperatriz Eudoxia, irritada, tramó su ruina. Lo logró fácilmente, gracias a la complicidad de Teófilo de Alejandría, muy feliz por intervenir para hacer que el **concilio de Chena,** cerca de Calcedonia, depusiera a Juan bajo acusaciones falaces. Juan fue enviado al destierro, una primera vez, en el 403. Estaba ya en Bitinia cuando un movimiento popular lo hizo regresar.

La tregua duró poco. Al cabo de dos meses se declararon nuevos incidentes. El obispo fue detenido en plena celebración pascual (404), luego enviado al **exilio** definitivamente a Cúcusa, en la Baja Armenia, y después a la fortaleza de Arabissos, en el extremo oriental del mar Negro. No llegó nunca a ella, pues murió, agotado, el 14 de septiembre de 407, diciendo: "¡Gloria a Dios por todas las cosas!"

Educado en la "escuela" exegética de Antioquía, Juan, lejos de minimizar el esfuerzo intelectual, insiste sobre el trabajo y el estudio. Da importancia al sentido literal e histórico. Resulta inútil entender, en el salmo 149, el tambor y el salterio como referidos a la mortificación de la carne y a la meditación del cielo (como hacen los alegoristas). Este versículo nos invita "sencillamente a cantar gozosamente la gloria de Dios". Lo que no obsta para que el obispo vea, con la tradición, en el sacrificio de Abrahán una figura del de la cruz.

El hombre de la Escritura

"Todo el tiempo libre que tengas, conságralo a la Escritura"; el discípulo de Diodoro no cesa de leer, de meditar, de predicar la Biblia. Ningún otro escritor de la antigüedad nos ha dejado tantas homilías sobre los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. En total son unas setecientas homilías. Es el único que ha comentado en conjunto las epístolas de Pablo, su autor preferido, que no deja de leer.

Juan ha comentado los Evangelios de Mateo y de Juan. Pero el Apóstol sigue siendo su lectura preferida. Está impregnado de su espíritu. "Yo creo, afirmaba **Isidoro de Pelusa** (autor egipcio de unas 2000 cartas, muerto en el 435) que si el divino Pablo hubiera querido comentar por sí mismo, en la lengua antigua, no lo habría hecho de forma distinta a lo que este maestro venerable; de tal forma se destaca su exégesis de la epístola a los Romanos por su vida, su belleza, la perfección de estilo".

Lejos de reservar la Escritura a los clérigos, Juan afirma que el pueblo cristiano tiene de ella más necesidad que los monjes. "Que cada uno, retirado en su hogar, tome la Biblia en la mano. Que rumie las cosas que ha escuchado, si quiere obtener de la Escritura beneficios duraderos." Y añade: "No busques, pues, otro maestro; tú posees la palabra de Dios. Ningún otro te instruirá como ella."

Defensor de los pequeños y de los pobres

Juan Crisóstomo, al igual que Basilio y Ambrosio, se enfrenta con las plagas sociales de su tiempo, las mismas que azotaban en Milán, Cartago, Constantinopla y Cesarea. Juan no se contenta con vivir como asceta, sino que se solidariza con la miseria de los que son tenidos en nada, reprende el lujo desenfrenado de la corte y de la clase pudiente y la codicia de los ricos. "¡Los mulos pasean las fortunas y Cristo muere de hambre ante tu puerta!"

Pocos pastores mejor que Juan han deducido de la eucaristía el fundamento de la justicia social y de la caridad, con respecto a los desheredados. "Tú veneras el altar de la Iglesia cuando el cuerpo de Cristo ha bajado a él. Pero al otro, que es el cuerpo de Cristo, tú lo desprecias y te mantienes indiferente cuando muere de hambre."

JUAN CRISÓSTOMO

La Eucaristía

¡Cuántos no dicen ahora: Quisiera ver la figura del Señor, su talle, sus vestidos, su calzado! Pues aquí le ves y le tocas y le comes. Tú desearías ver sus vestidos, y él se te da a sí mismo, no sólo para que le veas, sino para que le toques y le comas y le tengas dentro de ti mismo [...].

Cristo es nuestro alimento

¿Quién contará las maravillas del Señor y hará oír todas sus alabanzas? ¿Qué pastor alienta a sus ovejas con su propia carne? Mas ¿qué digo pastor? Madres hay muchas veces que, después de los dolores del parto, dan a criar sus hijos a otras nodrizas. No consintió eso el Señor, sino que él mismo nos alimenta con su propia sangre y por todos los medios nos une estrechamente consigo.

Pues mirad. Nació de nuestra propia sustancia. Mas esto -me dirás- nada tuvo que ver con todos. Tuvo ciertamente que ver con todos. Porque, si vino a nuestra naturaleza, es evidente que vino a todos; y si a todos, también a cada uno en particular. Y ¿cómo es -me dices- que no todos sacaron fruto de eso? No ciertamente por culpa de quien por todos se hizo lo que se hizo, sino por la de quienes no quisieron recibirlo. Con cada uno, pues, de los fieles se une él a sí mismo por medio de la Eucaristía, y a los que él engendró, por sí mismo los alimenta y no los entrega a otros, con lo que nuevamente te persuade haber él tomado tu carne.

No seamos, pues, tibios después que tal amor y tal honor se nos ha concedido. ¿No veis los niños pequeñuelos con qué fervor se pegan al pezón? Acerquémonos así también nosotros a esta sagrada mesa y al pecho del cáliz espiritual; o, más bien, con mucho mayor fervor que los niños de pecho, atraigamos la gracia del Espíritu Santo y sea nuestro único dolor no participar de este alimento.

Una misma cena

No es obra del poder humano lo que se nos pone delante. El que otrora hizo eso en la última cena, ése mismo es el que lo sigue haciendo ahora. Nosotros ocupamos el puesto de ministros suyos, mas el que santifica y transforma la ofrenda es él. Que no asista, pues, ningún Judas, ningún avaro. Si alguno no es discípulo, retírese. Esta mesa sólo a los discípulos admite. Porque: Con mis discípulos -dice- quiero celebrar la pascua.

Esta mesa es la misma que aquella y en nada le es inferior. Porque no la prepara aquélla Cristo y ésta el hombre. No. Él mismo prepara ésta que aquélla. Éste es aquel cenáculo donde entonces estuvieron: de aquí salieron al monte de los Olivos. Salgamos también nosotros a las manos de los pobres. Ellos destilan el aceite que nos ha de ser útil en la otra vida, aquel que tomaron consigo las vírgenes prudentes y que, por no tomarlo las fatuas, perecieron. Tomémoslo y entremos, a fin de salir con nuestras lámparas encendidas al encuentro del esposo.

Homilía 82 sobre Mateo, 4-5, trad. D. Ruiz Bueno "San Juan Crisóstomo, Homilías", II, B.A.C., Madrid, 2007, p. 624-627.

Educador de la fe y pastor

Si Juan Crisóstomo ha sido celebrado como orador hasta el punto de que el mundo antiguo pensó que, en las orillas del Orontes, había vuelto a escuchar los acentos de Demóstenes. Lejos de consagrarse a la elocuencia, el obispo la puso al servicio del Evangelio y del pueblo cristiano. Durante toda su vida fue un educador de la fe y un moralista en el sentido noble de la palabra, preocupado por inculcar las costumbres cristianas, por reformar una sociedad cuyos comportamientos seguían siendo paganos.

Conocedor de los entresijos del corazón humano, Juan adapta su palabra a las diversas situaciones de la vida. En presencia de los educadores y de los padres explica la belleza del papel de ellos, "el arte de las artes", que consiste en modelar un ser. Suya es la expresión: el hogar cristiano es "una pequeña iglesia". A los monjes y a las monjas les demuestra que la vir-

ginidad es un duro combate, que no admite relajo ni descanso. Su obra se presenta, pues, como "un manual completo de vida cristiana".

Si Juan no tiene el sentido de gobierno, al estilo de Basilio, si no tiene el espíritu especulativo de Gregorio de Nisa, parece que tuvo la capacidad de sondear más profundamente el corazón humano. Se le puede comparar con los más grandes oradores de la Hélada, pero posee el brío de los profetas. La historia le ha dado el sobrenombre de "Crisóstomo": "Boca de oro".

2. Teodoro de Mopsuestia (f 428)

La historia ha sido dura y sin duda injusta con el amigo de Juan Crisóstomo, Teodoro, originario, como él, de Antioquía, donde fue alumno del sofista Libanio y de Diodoro. Primero ordenado Presbítero, luego nombrado obispo de Mopsuestia, en Cilicia, en el 392. Adquirió fama de hombre de ciencia, sobre todo exegética y de ortodoxia. Está considerado como el más grande maestro de Antioquía.

Después de su muerte le implicaron en las querellas cristológicas; fue el blanco privilegiado de los monofisitas, acabó por ser condenado con Diodoro en el concilio de Constantinopla en el 553, sobre la base de un florilegio de extractos hostiles, falsificados. Sus obras desaparecieron. Sólo nos ha llegado una traducción siríaca de las *Catequesis bautismales.* De su obra exegética no quedan más que fragmentos, que, al menos, permiten apreciar su perfecta ortodoxia, el rigor de su método, el empleo moderado de la tipología para interpretar el Antiguo Testamento.

3. Teodoreto de Ciro (393-466) y las *Historias Eclesiásticas*

Nacido en Antioquía hacia el 393, educado en los ambientes monásticos, Teodoreto llego a ser en el 423 obispo de Ciro, pequeña ciudad cerca de Antioquía. Enfrentado a diversas polémicas, escribe una de las últimas apologías, la *Terapéutica de las enfermedades de los griegos.* Defiende a Nestorio contra Cirilo en la *Refutación de los Doce anatematismos de Cirilo* y en el *Pentálogo.* En *El Mendicante (Eranistés),* se une al monofisismo naciente, que toma sus ideas un poco de todas las herejías. Herejías que él describe más tarde en *El Compendio de fábulas heréticas.* A pesar de su lucha por la ortodoxia, él también es condenado por el concilio de Constantinopla en el 553.

Muere hacia el 466, dejando tras de sí una obra considerable, tanto teológica como epistolar (más de 200 cartas), biográfica (ver sus retratos de monjes de Siria en la *Historia filoteada),* y exegética (especialmente sus *Preguntas y respuestas sobre el Octateuco* y sobre los libros de *Samuel* y *Reyes).*

Pero es conocido especialmente por su trabajo de historiador: su *Historia eclesiástica,* que abarca del 323 al 428, continúa la de Eusebio. Claramente antiarriana, se distingue fuertemente de aquella cubriendo el período del 320 al 435, que compuso un partidario de Eunomio: **Filostorgo.** Teodoreto se anticipa a otros dos historiadores de la Iglesia, los dos abogados en Constantinopla: **Sócrates,** cuya *Historia eclesiástica* vuelve a narrar los años 305 al 439, y **Sozomeno,** que se ocupa de los años 324 al 439. Más tarde, la *Historia eclesiástica* del abogado antioqueno Evagrio el Escolástico (hacia el 537-muerto después del 594, ¡no confundir con Evagrio Póntico!) continuará la empresa para el período que va del 431 al 594..

La expansión del Evangelio hacia Occidente no nos debe hacer perder de vista que, desde el siglo III, la expansión se ha realizado también hacia Siria oriental a partir de Antioquía. Una de las primeras iglesias conocida, con un baptisterio, es la de Doura-Europos, sobre el Éufrates.

VII. EXPANSIÓN ORIENTAL DEL CRISTIANISMO. LA IGLESIA SIRIACA

1. Los mártires persas en Afraates

Al comienzo del siglo IV la Iglesia está sólidamente implantada en la Mesopotamia sasánida. La Iglesia "persa", cruelmente diezmada, deportada a Seleucia-Ctesifonte, continúa desarrollándose en dos ejes, al norte y al sur. La Iglesia del sur fue perseguida por el rey Shaphur II (309-379), que intentó desmantelar la estructura e hizo dar muerte a vírgenes y clérigos. La sede episcopal de Seleucia-Ctesifonte quedó vacante durante casi cuarenta años (348-388). Poseemos todavía en parte la gesta de los mártires persas, joya de la literatura.

Después de la conquista de Nísibe por los Persas, en el 363, muchos cristianos se fueron a instalar en territorio romano, en Edesa, más al oeste. En esta Mesopotamia semítica se hace oficial la lengua del país, el siríaco, rama del arameo oriental. Empiezan por traducir la Biblia, la Pesito *(ver pg. 54).* La cultura nacional es presentada como un retoño de la literatura judeo-cristiana, al abrigo del pensamiento griego.

La liturgia siríaca ha conservado el patrimonio de esta iglesia hasta nuestros días. La poesía y la música recibieron fuerte influencia del judaismo. Muchas obras griegas, hoy perdidas, existen sólo en traducción siríaca. Así las *Homilías bautismales* de Teodoro de Mopsuestia. Si bien la literatura siríaca enriqueció el patrimonio griego.

Esta literatura original y fecunda estará marcada por dos grandes autores en los siglos V y VI, como **Cirilonas, Juan de Apamea, Filoxeno de Mabbug, Jacobo de Sarug, Severo de Antioquía** o **Jacobo de Edesa.** Un determinado número de Sirios, rechazando los concilios de Éfeso y/o de Calcedonia, formaron nuevas Iglesias. Una de las cuales, la de los jacobitas, fue fundada por **Jacobo Baradeo** en el siglo VI.

En el siglo IV sobresale un nombre, además de Efrén, el de Afraates, que fue el superior de una comunidad de ascetas, llamados "los hijos del pacto". Sus obras, que han llegado hasta nosotros, no están influenciadas por ninguna filosofía, sino que sólo están inspiradas por la Escritura. Compuso también himnos litúrgicos cantados a coro. Traducidos al griego, pasaron a la Iglesia de Antioquía donde ellos introdujeron los cantos responsoriales.

2. Efrén, la lira del Espíritu Santo (306-373)

Vida

Nacido en Mesopotamia, en Nísibe (al noroeste de Mosul), de familia sin duda cristiana, fue ordenado diácono por el obispo Jacobo. En el 363, cuando la ciudad cayó en manos de los Persas, se estableció en Edesa (Urfa), en territorio romano, donde pasó los diez últimos años de su vida. Es el fundador de una escuela, una especie de seminario eclesiástico y de universidad católica, donde se enseñaba a escribir, leer, cantar y comentar las Escrituras.

Un testigo de la teología siríaca

Efrén es el testigo privilegiado de una aculturación diferente de las de todos los demás Padres, situada en la prolongación del pensamiento judío y judeo-cristiano, ya analizado. Elabora una exégesis no griega, próxima a las raíces veterotestamentarias, que tiene afinidades con la escuela de Antioquía *(ver p. 87).* Utiliza el método judío de los *targumim* y de los *midrashim.* Moisés anuncia sobre todo a Cristo. Tipolo-

gía en tres planos, donde la figura se realiza en primer lugar en Cristo y la Iglesia, realización que es promesa del acabamiento futuro.

Efrén prefiere la polisemia de los símbolos de la Escritura y de la creación frente a los conceptos abstractos de la filosofía. No separa el simbolismo bíblico del simbolismo cósmico. Los árboles de la Escritura son figura de la cruz, pero todo árbol, por su renovación en primavera, simboliza el misterio de la cruz y la promesa de resurrección. La Encarnación de Cristo justifica esta interpretación: el universo está creado a imagen del Hijo único.

Los escritos de Efrén

La obra del diácono tiene dos orientaciones, una polémica, otra didáctica. Combate el maniqueísmo, el error de Marción (al que ya había combatido en el siglo II **Bardesanes),** y sobre todo el arrianismo. Su preocupación permanente es la ortodoxia. De su obra auténtica conservamos en primer lugar los comentarios bíblicos del Antiguo Testamento, de los cuales sólo dos han llegado hasta nosotros: el del *Génesis* y el del *Éxodo.* Es una exégesis ante todo literal, versículo por versículo, a la vez también tipológica y parenética. Pretende sobrepasar la letra para encontrar el espíritu, que él llama "el sentido profundo".

Ha llegado hasta nosotros sobre todo su obra poética: ***Homilías métricas*** *(memré),* exposición rimada sobre los misterios de la fe. Además los himnos propiamente dichos, los *Carmina Nisibena (madrash),* himnos compuestos para ser cantados a dos coros, estrofa y estribillo.

Poesía bíblica no sólo por la inspiración, sino por su estructura y sus procedimientos: paralelismo antitético, empleo de la concordancia discordante, como en los Salmos y en las *Odas de Salomón.*

Para Efrén, Cristo es la viva expresión de esta concordancia en la discordancia de su naturaleza divina y de su naturaleza humana; es el corazón de la lectura de la Escritura, de la creación y de la historia.

EFRÉN

Himno para la Ascensión

En este día, el pan espiritual y nuevo ha subido a los cielos.
Los misterios fueron revelados, en tu cuerpo que ha subido
como una ofrenda.
¡Bendito sea, Señor, tu pan!

El Cordero nos ha venido de la casa de David,
el sacerdote, de la raza de Abrahán;
para nosotros ha venido el Cordero de Dios,
y para nosotros el nuevo sacerdote.
Su cuerpo es la víctima, su sangre nuestra bebida.
¡Bendito sea el sacrificio nuevo!

Del cielo ha bajado como la luz,
de María ha nacido como un germen divino,
de la cruz ha caído como un fruto,
al cielo ha subido como las primicias.
¡Bendita sea su voluntad!

Tú eres la oblación del cielo y de la tierra,
alternativamente inmolado, adorado.
Tú has venido para ser víctima,
Tú has subido como una ofrenda única,
Tú has subido, Señor, llevando tu sacrificio.

(Himno 18)

VIII. EL DESPERTAR DE OCCIDENTE Y DE LA GALIA

Solamente África, y, gracias a Hipólito, Roma, parece que dieron muestras de vitalidad teológica y literaria en el siglo III. Un siglo más tarde se modificó el mapa del Occidente cristiano y presentó figuras de primer orden: Hilario de Poitiers, Ambrosio de Milán, Jerónimo, que preparan el camino al más famoso de todos, Agustín el Africano, en la estela de Tertuliano y de Cipriano.

Toda la historia de los siglos IV y V está dominada primero por la reconciliación y luego por la alianza de los dos poderes. La unidad realizada por Constantino, consagrada por la nueva Roma en el Bósforo, al romperse rápidamente, compromete la unidad de la Iglesia. El diálogo se va haciendo cada vez más difícil; Oriente y Occidente se van distanciando y ya no hablan la misma lengua.

Durante un tiempo la Iglesia occidental es colonizada culturalmente por Oriente. Ambrosio y Jerónimo se nutren todavía de Orígenes. El obispo de Milán introduce el canto tomado de Oriente. Hilario se enriquece al contacto con la teología y la exégesis orientales. Atanasio da a conocer en Roma la vitalidad del monacato de Egipto y de Siria, de la que son testigos los monjes que le acompañan.

El arrianismo es un producto típicamente oriental. La controversia que provoca el concilio de Nicea (325) no inquieta a ningún obispo de Occidente. Hilario reconoce con ingenuidad que no ha oído nunca hablar de la fe de Nicea, antes de su exilio. Sin la intervención desastrosa del emperador Constante, hay muchas probabilidades de que el conflicto se habría limitado a Oriente. Tenemos que esperar al siglo V para que estalle en África, con el **pelagianismo,** la primera controversia teológica, que dejará indiferente al Oriente cristiano.

Sea como sea, el Occidente cristiano, en el siglo IV, no sólo emerge, sino que se afirma y adquiere su estructura propia. La Iglesia de Roma se latiniza, Italia adquiere importancia sobre todo con Ambrosio de Milán, y también con algunos escritores menos ilustres, como **Eusebio de Vercelli, Gaudencio de Brescia, Lucifer de Cagliari, Zenón de Verona, Rufino de Aquilea;** una generación después, **Máximo de Turín, Pedro Crisólogo** de Ravena.

Galia hace su entrada en las letras cristianas. La desconocida ciudad de Poitiers produce con **Hilario** un teólogo de altos vuelos; en Burdeos nacen el enigmático poeta **Ausonio** y el obispo **Paulino,** que se establecerá en Nola. Provenza, con Marsella y Lérins, llega a ser un centro de gran vitalidad, hasta el punto de inquietar a Roma.

Jerónimo es dálmata. En el otro extremo, la península Ibérica se manifiesta y se organiza. Los obispos se multiplican y se reúnen los concilios. El famoso sínodo de Elvira se celebra a principios del siglo IV. Son numerosos los escritores: **Osio** en Córdoba, **Potamio** en Lisboa, **Gregorio** en Elvira, **Paciano** en Barcelona, **Orosio** en Braga. Podemos añadir dos auténticos poetas: **Juvenco** y **Prudencio.**

La ósmosis entre Oriente y Occidente se ve favorecida primero por el emperador Constantino y, después de la muerte violenta de Constante, por la conquista de Constancio, proclamado emperador único. Él no cesa de someter al episcopado a las presiones que dan lugar a los concilios de Arlés (353), de Milán (355), que exigen la condena de Atanasio. Los recalcitrantes son enviados al destierro. La paz y la ortodoxia retornarán sólo con el emperador Teodosio.

1. Galia e Hilario de Poitiers (f 367)

En la Galia cristiana ningún escritor había adquirido tanto relieve antes de Hilario, quien aparece por primera vez en el 356, en el concilio de Béziers donde, al rechazar condenar a Atanasio, es desterrado a Frigia. Estos años serán decisivos para la maduración de su teología.

Hilario, en el comienzo del *Tratado de la Trinidad,* evoca su conversión describiendo su itinerario interior, su búsqueda filosófica y a la vez religiosa de Dios, comparable con la de Justino, y la respuesta que le viene de la Biblia y del Evangelio joánico. Terminó siendo obispo de la comunidad.

Su fe lúcida y madura descubrió las implicaciones teológicas de las exigencias del emperador. Se puso en cabeza de la oposición, defendiendo por instinto la fe ortodoxa, sin haber conocido el concilio de Nicea. "Hacía ya bastante tiempo que estaba bautizado y después había ejercido durante un tiempo las funciones de obispo, y sin embargo yo no había oído nunca hablar del símbolo de Nicea, salvo en el momento de partir al exilio" *(De synodis 20).*

Defensor de la fe

Hilario es comúnmente llamado el Atanasio de Occidente. La comparación está justificada por la ortodoxia de su doctrina y de su obra teológica. Pero este Galo juicioso y mesurado no tiene el temperamento batallador del obispo alejandrino. Él es el primer teólogo del continente europeo que se impone por la originalidad de su pensamiento y la fuerza de su dialéctica.

La obra principal de Hilario es su ***Tratado de la Trinidad.*** Obra de unas dimensiones impresionantes que comprende doce libros. Al parecer el autor ha refundido dos obras en un primer estudio sobre la fe seguido de una refutación sistemática de las tesis de Arrio, de los argumentos y de los textos bíblicos que empleaba.

Hilario afirma con firmeza: "El Hijo es eterno, siempre Hijo, porque procede de una generación intemporal, para nosotros incomprensible."

Como toda la corriente antiarriana, desarrolla de manera incompleta la humanidad de Cristo. Hay que añadir que el Tratado de la Trinidad, por su carácter exhaustivo y por sus dimensiones, representa un hecho novedoso en la literatura latina cuya influencia ha sido considerable en el debate arriano y para los siglos posteriores *(ver p. 95).*

El obispo de Poitiers ha reunido metódicamente las piezas esenciales de cara a una historia doctrinal sobre el concilio de Rímini (359), ***los Fragmentos históricos.*** Los documentos que han llegado hasta nosotros son o bien unos materiales preparados por Hilario o bien documentos sacados de una obra de mayor envergadura y compuesta por él. La opinión general se inclina por la segunda hipótesis. Tenemos ahí dos piezas históricas y teológicas de la máxima importancia.

Pastor y maestro espiritual

Dos obras nos descubren otro aspecto de Hilario: el ***Tratado de los misterios*** -encontrado, mutilado, en el 1887- al parecer compuesto por unos presbíteros o catequistas. Es una relectura crística del Antiguo Testamento, en la que los personajes bíblicos Adán, Noé, Melquisedec, Abrahán, son los anuncios proféticos de Cristo y de la Iglesia. Tipología especialmente tradicional tanto en Oriente como en Occidente, que permite interpretar los personajes y los acontecimientos veterotestamentarios a la luz del Mesías. Eva es así la prefiguración de la resurrección universal.

El otro libro, el ***Comentario a los Salmos*** es sobre todo una obra espiritual y teológica. Sólo comprende una selección de salmos. Compuesta después del exilio, la obra manifiesta claramente el influjo ejercido por Orígenes, tanto en las cuestiones hermenéuticas como en la interpretación alegórica. También en este libro sólo una lectura de los salmos como anuncio profético de Cristo, de su nacimiento y de su gloria, permite descubrir el significado interior y espiritual de los mismos.

La oración de los salmos, tanto en Hilario como en Ambrosio y Agustín, marca el camino que conduce a la Ciudad de Dios. Los comentarios de Hilario ponen de manifiesto, pues, más la teología espiritual que la exégesis, y describen la búsqueda de Dios.

Liturgo desconocido

En más de un *Comentario sobre Mateo,* escrito también quizás por los presbíteros, Hilario es el primer compositor litúrgico de Occidente. Desgraciadamente nos han llegado hasta nosotros pocos **hymnos.** El ejemplo de Oriente que empleaba la poesía para difundir la doctrina pudo inspirar al obispo esta línea de difusión. La prosodia trabajada hasta la oscuridad no logró imponerse en Occidente como la de Ambrosio.

HILARIO DE POITIERS

Oración

Soy consciente, Dios Padre omnipotente, de que tengo el deber, como tarea principal de mi vida, de que toda mi palabra que tú me has concedido no me puede traer ningún beneficio mayor que el de servirte dando testimonio de ti y darte a conocer como tú eres, es decir, como Padre del Dios unigénito, tanto al mundo, que lo ignora, como a los herejes que lo niegan.

Y solamente en esto consiste el propósito de mi voluntad. Por lo demás, es necesario que te pida el don de tu misericordia y de tu auxilio para que con el soplo de tu Espíritu llenes la vela de nuestra fe y de nuestra confesión desplegada para ti y nos impulses en el curso de la predicación que hemos iniciado, pues no será infiel el que nos ha hecho esta promesa: "Pedid, y se os dará, buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" (Lc 11,9).

Nosotros, en nuestra miseria, te pediremos aquello que necesitamos, llevaremos al examen de las palabras de tus profetas y apóstoles un interés constante y llamaremos a todas las puertas que tienen cerrada la inteligencia de la verdad. Pero te corresponde a ti conceder lo que se pide, hacer que esté presente lo que se busca, que se abra la puerta a que se ha llamado, pues nos tiene paralizados una especie de aturdimiento perezoso de nuestra naturaleza y la debilidad de nuestra inteligencia nos encierra en una ignorancia invencible para conocer tus misterios. Pero el interés por penetrar en tu enseñanza nos dispone al conocimiento de la verdad divina y la obediencia a la fe nos hace sobrepasar la capacidad de nuestra naturaleza.

Esperamos, por consiguiente, que tú des vigor a los principios de esta obra que emprendemos con temor, que la confirmes en su progresivo crecimiento y que nos llames a la comunión del Espíritu de los profetas y de los apóstoles para que entendamos sus palabras en el mismo sentido en que ellos las dijeron, y no en otro, y respetemos el significado real de cada una de ellas. Tenemos que hablar de lo que ha sido anunciado por ellos como un misterio que no podemos abarcar; que tú eres el Dios eterno, Padre del eterno Dios unigénito; que tú eres el único que no ha nacido y que el único Señor Jesucristo que de ti procede en su nacimiento eterno no puede considerarse como un Dios diverso, ya que ha de ser reconocido como engendrado de ti, que eres el único Dios; y lo hemos de confesar como Dios verdadero, nacido de ti, verdadero Padre.

La Trinidad, I, 37-38, trad. L. Ladaria,
"La Trinidad", BAC, Madrid, 1986, p. 68-69.

Profesión de fe

Pero yo, mientras esté lleno de este Espíritu que me has concedido, Padre santo, Dios omnipotente, te confesaré como Dios eterno y también como Padre eterno. No caeré nunca en la insensatez y en la impiedad de, como juez de tu omnipotencia y de tus misterios, levantar mi débil inteligencia por encima del pensamiento creyente de tu finitud y de la fe en tu eternidad que me ha sido mostrada; no afirmaré que alguna vez hayas existido sin tu Sabiduría, tu Fuerza y tu Palabra, el Dios unigénito y Señor mío Jesucristo...

Tampoco me conozco a mí mismo, y siento que te admiro más por mi ignorancia de mí mismo. Y sin entender ni el impulso, ni la razón, ni la vida de mi mente capaz de juzgar, los experimento; y al experimentarlos, me siento deudor de ti, que me concedes sentir la naturaleza, que me deleita aun sin poder entender el origen de mi ser.

Te entiendo al ignorar lo que a mí se refiere, y al entenderte, te adoro; y no quiero que el no comprender tus misterios debilite la fe en tu omnipotencia, para que mi mente no trate de dominar el origen de tu unigénito ni de someterlo a su juicio, ni haya en mí nada que me haga aspirar a llegar más allá de mi Creador y de mi Dios...

Conserva, te ruego, inmaculado el sentimiento de mi fe y dame, hasta el momento de la partida de mi espíritu, estas palabras que expresan mi convicción, para que siempre me conserve fiel a lo que confesé en el símbolo de mi regeneración, cuando fui bautizado en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; es decir que te adore a ti, Padre nuestro, y a tu Hijo, juntamente contigo, y que merezca tu Espíritu Santo, que procede de ti por medio de tu unigénito.

Porque tengo como testigo idóneo para mi fe a mi Señor Jesucristo, que dice: "Padre, todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío" (Jn 17,10); él permanece siempre en ti, ha nacido de ti y es siempre Dios junto a ti y es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

La Trinidad, XII, 52,53 y 57, trad. L. Ladaria, "La Trinidad", BAC, Madrid, 1986, P. 52-53.57.

2. Ambrosio de Milán, el pastor perfecto (337/9-397)

De Hilario a Ambrosio; dejamos Galia por Italia. Los dos hombres se enfrentan a situaciones diferentes, si bien los dos, por razones diversas, se ven mezclados con la crisis arriana de la Iglesia.

"¡Ambrosio obispo!"

Ambrosio es un patricio, nacido en Tréveris, en el 337 o el 339, cuando su padre era allí el administrador de la prefectura de las Galias. A la muerte de este último, la familia regresó a Roma donde el joven realizó esmerados estudios y llegó a ser primero abogado, luego prefecto consular de la Emilia, con residencia en Milán.

El obispo de la ciudad, Auxencio, era un arriano impenitente. Esto ocasionaba la división de la comunidad. La elección del sucesor se preveía tumultuosa y difícil. El prefecto estaba allí presente para velar por el orden y la imparcialidad. De común acuerdo arrianos y católicos aclamaron como obispo a Ambrosio, aunque no era más que catecúmeno. Recibió el bautismo y luego, a los ochos días, la ordenación episcopal, el 7 de diciembre del 374 probablemente. Con esta ocasión distribuyó a los pobres y a la Iglesia todos sus bienes.

La primera tarea del elegido fue aplicarse a adquirir, bajo la guía del presbítero Feliciano, un conocimiento profundo de la Escritura, a nutrirse de la exégesis de Filón y sobre todo de Orígenes, tarea que le resultaba fácil por su soltura en el griego. La meditación y la oración acabaron por hacer madurar su formación teológica y prepararlo para su actividad pastoral.

Su autoridad sobre los mismos emperadores

El obispo conservaba de su pasado el sentido del gobierno y, de sus responsabilidades, una autoridad innata que obligaba al poder imperial a doblegarse,

empezando por la emperatriz Justina, protectora de los arrianos. Ambrosio cuidó de liquidar el arrianismo cisalpino. Intervino en la elección de obispos, como el de Sirmium, cuya ortodoxia conocía bien. Después ejerció su influencia ante los emperadores, desde Valentiniano I hasta Graciano, para conjurar las últimas contraofensivas del arrianismo.

Las relaciones con Valentiniano II fueron unas veces difíciles y otras pacíficas. La masacre de la población de Tesalónica por el emperador provocó una tensión extrema, al exigir el obispo la penitencia pública, a la que Valentiniano se sometió en la Navidad del 390. Se restableció la armonía y Ambrosio pronunció la oración fúnebre del príncipe en presencia de Honorio.

La influencia del obispo de Milán sobre el emperador fue decreciendo. Entonces él consagró su tiempo a la vida interna de la Iglesia, intensificó el culto de los mártires, descubrió los restos de Nazario y de Celso (después los de Gervasio y Protasio), creó nuevas sedes episcopales y nombró sus titulares. Murió en Milán el 4 de abril del 397.

Perfil humano

Un mosaico de Milán, de al menos un siglo posterior a su muerte, representa a Ambrosio pequeño, demacrado, con barba, con una larga cabeza inclinada, el rostro meditativo, con dos ojos negros, que expresan la autoridad y la contemplación, un fervor dominado, una timidez que impone la distancia.

Ambrosio habría gobernado el Imperio con la misma facilidad que la Iglesia. Hombre completo, brillantemente dotado, a la vez activo, contemplativo, intelectual, orador que seduce a Agustín y le vence en su propio terreno; siempre a la altura de cualquier acontecimiento y de las tareas más difíciles, y esto sin esfuerzo: tal es el obispo Ambrosio.

Sus escritos llegados hasta nosotros ponen en evidencia los diversos aspectos de su actividad teológica, social, política, pastoral y espiritual.

Hombre de la Escritura

Como Cipriano, antes que él, y como Agustín, después de él, Ambrosio se formó primero en la escuela de la Biblia, el libro que no abandonará jamás y que siguió siendo el libro de su meditación espiritual y de su predicación al pueblo. La gran cantidad de sus escritos exegéticos fueron predicados antes de ser redactados para prolongar la acción pastoral. Cuando quiere tratar un tema, como el mal, el alma, la muerte, la riqueza, él lo extrae preferentemente de un personaje bíblico. Jacob le permite desarrollar la vida feliz, Elias el ayuno.

Impregnado de la exégesis judía de Filón y sobre todo de la cristiana de Orígenes, el obispo desarrolla el triple sentido de la Escritura: literal, moral y alegórico-espiritual, pero estando siempre atento a la tipología que impone la armonía de los dos Testamentos.

Cuando el obispo de Milán predica la Escritura, tiene presentes en su espíritu las cuestiones espinosas, las desviaciones doctrinales de los arríanos, los errores de los maniqueos o de los sabelianos; y más todavía los vicios y las taras de la época, la codicia de los ricos, la embriaguez y la glotonería. Su constante preocupación es cristianizar la comunidad.

Ambrosio comentó el Evangelio de Lucas, quizás para imitar a Orígenes, pero sin duda también porque, dada toda su sensibilidad espiritual, él estaba de acuerdo con los temas de la misericordia, con la atención a la mujer y a los pobres. Como Hilario, busca en la oración de los salmos un itinerario para el encuentro con Dios. La muerte le sorprende mientras comentaba el salmo XLIII.

Al servicio de la liturgia

Este pastor es al mismo tiempo un liturgo, que nos ha dejado dos refritos de la catequesis bautismal y mistagógica, que enriquecen nuestro conocimiento de la liturgia de Milán. Al canto alterno de los salmos

añadió una innovación: himnos, que en adelante florecerían en Milán. Aunque pudo componer él mismo algunos, la mayoría de los textos le son atribuidos indebidamente. Está considerado como el fundador de la himnología litúrgica en Occidente.

Para completar la formación del emperador Graciano, compuso unos tratados dogmáticos sobre la fe, el Espíritu santo, la Encarnación. Esto le permitió al príncipe aclararse mejor sobre los debates teológicos.

Abogado de los pobres y de los débiles

La situación social y económica de Milán era parecida a la de Cesarea o la de Constantinopla. Los pequeños eran oprimidos por la fiscalidad y el poder de los ricos. El aristócrata que había entregado sus bienes a los pobres les prestó en adelante su palabra y su acción. Defendió su causa en su *Historia de Nabot,* con el rigor del jurista y el corazón del pastor. Rara vez un texto cristiano ha enseñado con tanta fuerza el reparto justo de los bienes, que pertenecen a todos, el derecho, y también los límites, de la propiedad.

AMBROSIO

Nabot, el pobre

Así pues a ti te aprovecha lo que das al necesitado; para ti mismo crece lo que disminuye de lo tuyo; a ti te alimenta el pan que das al pobre, porque el que se compadece del pobre, a sí mismo se sustenta y en estas cosas tiene ya su fruto. La misericordia se siembra en la tierra y germina en el cielo; se planta en el pobre y se expande con abundancia en Dios. "No digas, dice el Señor, mañana daré" (Pr 3,28). Quien no puede soportar que digas "mañana daré", ¿cómo soportará que tú digas: "No daré"?

No le das al pobre lo que es tuyo, sino que le devuelves lo que es suyo. Porque lo que es común, dado para el uso de todos, lo usurpas tú solo. La tierra es de todos, no de los ricos; pero son muchos menos los que disfrutan de lo que es suyo que los que lo disfrutan. Así pues tú pagas lo que debes, no das gratuitamente lo que no debes.

Revestís vuestras paredes y desnudáis a los hombres. A la puerta de tu casa grita el desnudo, y tú lo desprecias; clama un hombre desnudo y tú andas preocupado por con qué mármoles vas a revestir tus pavimentos. El pobre busca dinero, pero no lo obtiene; un hombre pide pan, pero tu caballo masca el oro (de su freno) bajo sus dientes. Te deleitan los adornos de gran valor, cuando otros no tienen alimento. ¡Qué juicio tan grande, oh rico, estás asumiendo sobre ti! El pueblo muere de hambre, y tú cierras los graneros; el pueblo llora y tú exhibes tus joyas. ¡Desgraciado! Está en tus manos el poder librar a tantas vidas de la muerte, pero no tienes voluntad. La vida de todo un pueblo habría podido salvar la piedra preciosa de tu anillo.

Así pues, tú eres custodio de tus cosas, no el dueño de tus posesiones; tú, que ocultas el oro en la tierra, eres su administrador, no el dueño. "Pero donde está tu tesoro, allí está tu corazón" (Mt 6,21). Por tanto, con ese oro has enterrado tu corazón. Vende más bien el oro y compra la salvación; vende la piedra y compra el reino de Dios; vende el campo y asegúrate para ti la vida eterna.

Historia de Nabot, 53, 56 y 58,
texto en Migne, trad. de S. García Rodríguez.

Guía espiritual

Ambrosio, consciente de su responsabilidad pastoral, cuidaba en primer lugar de la calidad de su clero. Después de la derrota del arrianismo, tuvo exquisito cuidado en no aprovechar la oportunidad para aplicar medidas drásticas. Compuso un código de vida: los *Deberes de los ministros,* primeramente del clero, pero sin olvidar al pueblo cristiano.

El obispo se preocupaba preferentemente de la mujer cristiana: virgen, viuda, monja, multiplicando los escritos que provienen en gran parte de homilías dirigidas a ellas. Su correspondencia prolongaba su acción pastoral. Escribió un tratado *Sobre la virginidad,* dedicado a su hermana Marcelina, que era monja.

Los eventos, las defunciones, la pérdida de un hermano, la deriva de los días proporcionaban al obispo la ocasión de meditar sobre la muerte. Además de sus oraciones fúnebres, dedicó al tema dos tratados: *La muerte es un beneficio* y una obra maestra: la *Vida feliz-* En ellas encontramos, junto con la confidencia de una sensibilidad calurosa, la fuerza de una esperanza más fuerte que la muerte.

3. Los otros escritores de Italia

Italia no se limita a Ambrosio. El obispo de Milán está rodeado de una pléyade de escritores: **Mario Victorino,** filósofo romano convertido, **Zenón de Verona, Cromacio** y **Rufino de Aquilea;** este último, amigo y luego adversario de Jerónimo, es uno de los traductores del patrimonio griego. Un autor anónimo, que la investigación no ha podido aún identificar y que el Renacimiento lo ha llamado **Ambrosiaster,** compuso a mitad del siglo IV, en Roma probablemente, un *Comentario a las cartas de san Pablo,* atribuido en la Edad Media a san Ambrosio. Es una obra original, que contiene un comentario de tipo histórico-literal, en la línea de Antioquía. Una generación más tarde encontramos un comentarista romano del *Cantar de los Cantares,* **Aponio,** y también a dos obispos que nos han dejado unos sermones de muy buena calidad: **Máximo de Turín** (f408/423) y **Pedro Crisólogo,** obispo de Ravena (+450).

4. Jerónimo, monje y exegeta (347-420)

Vida

Resulta difícil situar a Jerónimo. Dálmata, opta por la cultura latina; Occidental, pasa la mayor parte de su vida en Oriente; se establece en Belén más en función de sus estudios bíblicos que por simpatía con el mundo oriental.

Nacido en **Stridón,** localidad no identificada en la frontera del mundo latino y de la Pannonia, su familia acomodada y cristiana se preocupa por asegurarle una formación cuidada hasta el extremo. Realiza todos sus estudios en Roma, llevando por añadidura una vida alegre, con momentos de devoción. En Roma es donde decide recibir el bautismo, antes de marchar a Tréveris.

Su deseo de una vida monástica le fija con unos amigos en Aquilea, de donde él marcha por primera vez a **Oriente,** para vivir en el desierto de Calcis, en Siria (375-377). Termina por enemistarse con los monjes, se retira a Antioquía cuya exégesis rechaza antes de aproximarse más tarde a ella. De allí se marcha a Constantinopla, donde se encuentra con Gregorio Nacianceno, que le infunde el entusiasmo por Orígenes.

Después de la partida de Gregorio, Jerónimo abandona la ciudad y vuelve, por la ruta de los escolares, a **Roma.** Allí se convierte en el confidente del papa octogenario Dámaso, traba amistad con las damas ricas del Aventino a las que entusiasma por los estudios bíblicos, empieza la revisión del texto latino de los cuatro Evangelios.

Al morir Dámaso, su protector, dándose cuenta de la hostilidad del clero, Jerónimo cambia Roma por el Oriente y se establece definitivamente en **Belén,** acompañado de ricas matronas, con cuya inmensa fortuna financiará sus estudios y sus trabajos. Muere en el 420.

El hombre es todavía más complejo que su agitada vida. Es al mismo tiempo rudo y sensible, refinado en la redacción de sus cartas y confuso en sus traducciones, a veces chapuceras, incapaz de dominar su pasión que le arrastra hasta la venganza y la injusticia.

Para la historia Jerónimo es el hombre de la Biblia. Con este título se convierte, entre los Latinos,

en el precursor de los humanistas del Renacimiento. Pero se le pueden reconocer también otros valores.

Hombre de las cartas

La parte más cuidada de la obra de Jerónimo es su correspondencia. En ningún otro escrito queda tan patente que el estilo es la imagen del hombre, refinado hasta el preciosismo, mezcla de exageraciones y de finuras. El monje ejercía un verdadero apostolado epistolar, dirigiendo a las mujeres devotas, aclarando a Nepociano sobre los deberes de los clérigos, tratando alternativamente sobre la virginidad, la viudedad, sobre la vida monástica, sobre la educación de las hijas, sobre cuestiones bíblicas. Encontramos en su correspondencia igualmente el elogio de sus discípulas femeninas.

CARTA DE JERÓNIMO A AGUSTÍN

Por lo demás, jDios me libre de tocar un ápice a los libros de tu beatitud! Bastante tengo con limar los míos, y no meterme con los ajenos. Por otra parte, tu prudencia sabe muy bien que cada uno abunda en su sentir, y es petulancia pueril que antaño solían cometer los mozalbetes: buscar fama al propio nombre criticando a ilustres varones. Tampoco soy tan necio que me sienta ofendido por la discrepancia de tu exégesis, como tú tampoco te ofendes si yo siento de otro modo. Lo que realmente merece reprensión entre amigos es que, no viendo nuestra alforja, examinemos muy despacio, como dice Persio, la mochila del prójimo. Resta que ames a quien te ama, y no retes, joven que eres, a un viejo en el palenque de las Escrituras...

Te lo repito: tú provocas a un anciano, tú espoleas mi silencio. Pero ya no es propio de mi edad el ser tenido como malintencionado respecto de una persona tan interesante. Adiós, querido amigo.

Carta 102,2, trad. D. Ruiz Bueno, "Cartas de S. Jerónimo", B.A.C., Madrid, 1962, p. 167.

Testigo del monacato

A pesar de los defectos, que nunca supo disimular, Jerónimo es monje en su alma. Es hijo de Antonio, cuya vida probablemente provocó su vocación. A pesar de su existencia accidentada, sus altercados frecuentes con los monjes orientales, él no bromea nunca con los rigores de la ascesis que practica hasta la muerte.

Para exaltar el monacato, Jerónimo escribe las biografías noveladas de Paulo de Tebas, de Hilarión de Gaza así como la de Malchus, en el estilo de la Leyenda dorada, de la que él es la última víctima. Al final de su vida propaga los escritos de los ambientes pacomianos.

Espíritu batallador

Jerónimo pasa su vida peleando, con frecuencia por causas legítimas, pero con unos métodos poco evangélicos. ¡No resulta nada bueno tenerlo por enemigo! Sus retratos de clérigos romanos son de una ferocidad mordaz a causa de la elegancia del estilo.

Sus cambios, frecuentemente injustificados, harán de sus amigos el blanco de sus sarcasmos o de sus panfletos. El le debía todo a Orígenes, pero no le perdona su superioridad; bajo la influencia de hombres como el Chipriota Epifanio de Salamina, -autor del *Panarion* que contempla unas 80 herejías- lo persigue después de haberlo despellejado. Se separa de Rufino, su amigo, por una rivalidad de hombres y lo persigue hasta más allá de la muerte.

El gusto por la polémica le da ocasión para multiplicar, como Tertuliano, los escritos que empiezan por "Contra", mezclando a veces controversias con la torpeza del oso dálmata. Atiza el fuego con ocasión del pelagianismo.

Traductor del patrimonio oriental

Dejando aparte la Escritura, Jerónimo, familiarizado en Oriente con la lengua griega, tradujo en primer lugar los escritos de Eusebio que proporcionan unos instrumentos de trabajo: la *Crónica,* el *Onomásticon,* diccionario de los lugares bíblicos. Igualmente el libro *Sobre los hombres ilustres* con el que no hace más que pagar tributo a la *Historia eclesiástica* de Eusebio, añadiendo una noticia sobre sí mismo.

En su juventud Jerónimo tradujo las *Homilías* de Orígenes, no sin segunda intención (quiso presentar a Ambrosio como plagiario), y lo mismo hay que decir de la traducción del *Tratado del Espíritu Santo* de Dídimo el Ciego.

Exegeta y la crítica textual

La mayor obra de Jerónimo es exegética. Hombre de la Biblia, primero en la línea tradicional de la tipología y de la alegoría, como Orígenes e Hilario antes que él, y Agustín después de él, se va aproximando poco a poco a la tradición antioquena, que da más importancia al sentido literal, familiarizándose con el griego y el hebreo, que permiten leer y traducir a partir del original. Su tarea fue en extremo facilitada por la biblioteca de Orígenes que podía consultar en **Cesarea.** Debe muchísimo a las Héxaplas. No sería injusto aplicarle la frase que él le clava a Ambrosio: ¡"Arrendajo adornado de plumas de pavo real"!

El principal período de las traducciones se sitúa entre el 391 y el 406, cuando Jerónimo traduce los libros del Antiguo Testamento del original y fija las bases de la Biblia latina, llamada **Vulgata.** No se esmera en este trabajo como en las cartas, sino que lo hace de prisa, ¡hasta el punto de traducir los *Proverbios,* el *Eclesiastés,* el *Cantar de los Cantares* en tres días!

El exegeta consagra la última parte de su vida a los *Comentarios,* en el sentido obvio del término. Comienza por explicar versículo por versículo las cartas paulinas (que él no ha traducido al latín). Pretendía con ellas, en Belén, iniciar a sus hijas espirituales en la Escritura.

Jerónimo pasa de Pablo al Antiguo Testamento: el *Eclesiastés* en primer lugar, los *Salmos* a continuación, finalmente los profetas, su obra maestra. De los menores pasa a los profetas mayores: *Daniel* (407), *Isaías* (408-410), *Ezequiel* (411-414); *Jeremías* queda sin terminar, pues el anciano ha llegado al fin de su carrera.

El método está bien puntualizado: fijación del texto gracias al hebreo y a las traducciones, comentario literal, luego comentario espiritual. A pesar de los fallos (digresiones, miopía), Jerónimo ocupa como exegeta un lugar único en la Iglesia latina.

JERÓNIMO

Conocer la Biblia

Hay una "sabiduría de Dios, escondida en el misterio, de la que Dios predestinó antes de los siglos" (1 Co 2,7). La sabiduría de Dios es Cristo, pues Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios (ver 1 Co 1,30).

Esta sabiduría está oculta en el misterio, y a ella alude el título del salmo 9, que se anota: "Para los secretos del hijo", en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2,3). Y, por estar oculto en el misterio, fue predestinado antes de los siglos, pero predestinado y prefigurado en la ley y en los profetas. De ahí que los profetas se llamaran también videntes, pues veían al que los demás no veían. Abrahán vio el día de Cristo y se alegró. A Ezequiel se le abrían los cielos, que estaban cerrados al pueblo pecador. "Abre -dice David-, mis ojos y consideraré las maravillas de tu ley" (Sal 118,18). Y es que la ley es espiritual y es menester levantar el velo para entenderla y contemplar la gloria de Dios a cara descubierta (ver 2 Co 3,14-18) [...].

En el *Apocalipsis* se muestra un libro sellado con siete sellos. Si se lo damos a un hombre que sabe leer, para que lo lea, nos responderá: "No puedo, está sellado". ¡Cuántos hoy creen saber leer y tienen en las manos un libro sellado, que no pueden abrir, si no lo abre "el que tiene la llave de David, y abre y nadie cierra, cierra y nadie abre" (Ap 3,7).

En los Hechos de los Apóstoles, aquel santo eunuco, o más bien, varón, pues así lo llama la Escritura (Hch 8,27), que iba leyendo a Isaías, preguntado por Felipe: "¿Crees que entiendes lo que vas leyendo?", respondió: "¿Cómo lo voy a entender, si nadie me lo declara?"(Hch 8,30-31). Yo no soy -para hablar de pasada de mí mismo- ni más santo ni más estudioso que aquel eunuco, que de Etiopía, es decir, del extremo de la tierra, vino al templo, abandonó el palacio regio, y era tanto su amor a la ciencia divina, que aun en su coche iba leyendo las letras sagradas. Y, sin embargo, aun con el libro en la mano, aun concibiendo en su pensamiento las palabras del Señor, revolviéndolas con su lengua y pronunciándolas con sus labios, ignoraba al mismo a quien, sin saberlo, veneraba en aquel libro. Pero llega Felipe, le muestra a Jesús, que estaba oculto y como aprisionado en la letra, y -¡oh maravillosa virtud del maestro!- en el mismo punto cree, se bautiza, es fiel y santo y, discípulo, pasa a maestro. Más halló en la fuente desértica de la Iglesia que en el dorado templo de la sinagoga.

Todo esto sólo brevemente lo he rozado -pues la estrechura epistolar no consiente extenderse más ampliamente- para hacerte ver que, sin un guía que vaya delante mostrándote el camino, no puedes entrar en las Escrituras santas [...].

Yo te pregunto, hermano carísimo: Vivir entre estas cosas, meditarlas, no saber nada, no buscar nada fuera de ellas, ¿no te parece que es tener ya aquí en la tierra una morada del reino celeste? No quisiera que en las santas Escrituras te ofendiese la llaneza y como bajeza de las palabras. El hecho puede deberse a torpeza de los traductores, o acaso fueron así pronunciadas adrede, para instruir más fácilmente a un auditorio rústico, y que, en una sola y misma sentencia, una cosa oyera el docto y otra el indocto. No soy tan petulante y romo de juicio que alardee de conocer estas cosas y recoger en la tierra los frutos de los árboles que tienen plantadas sus raíces en el cielo; pero confieso que lo quiero y declaro que me esfuerzo en ello[...]. Aprendamos en la tierra aquellas cosas cuya ciencia ha de perseverar para nuestra dicha en el cielo.

Carta 53, 5-6 y 10, trad. D. Ruiz Bueno,
"Cartas de San Jerónimo", B.A.C., Madrid 1962,
p. 436-438 y 447.

IX. DESARROLLO DE LA POESÍA LATINA DE DÁMASO A SEDULIO

Hemos encontrado anteriormente dos poetas, conocidos sobre todo por su prosa: Hilario de Poitiers y Ambrosio de Milán. Los siguientes, en los siglos IV y V, proceden de otros horizontes: Dámaso y Prudencio de España, Ausonio y Paulino de Galia, Sedulio probablemente de Roma.

La poesía va con retraso respecto de la prosa. De nuevo habría que matizar la afirmación, teniendo en cuenta que desde los orígenes la liturgia utilizaba "los salmos, los himnos, los cánticos espirituales" de los que los escritos del Nuevo Testamento y el Oriente nos han conservado algunas muestras. Recordemos las *Odas de Salomón,* los cantos empleados por los heréticos tanto en Oriente como en Occidente para su propaganda. Los himnos de la época carecían de toda pretensión literaria

La poesía así como el vocabulario empleado por la religión pagana aparecen con el cristianismo triunfante, ya inmunizado contra la seducción del paganismo. En el siglo IV la poesía une técnica y creatividad. Se presentan diversos nombres: **Juvenco** el Galo, **Ausonio** de Burdeos, prisionero del paganismo, que se quedó a mitad de camino entre su cultura y el cristianismo.

1. El papa Dámaso (+ 384)

Ya lo hemos encontrado en la vida de Jerónimo. Dámaso, nacido en Roma, parece ser de origen español. Sucedió al desgraciado papa Liberio, desterrado por Constancio, poco feliz en su intervención en la crisis arriana. Hacia la mitad del siglo IV la liturgia romana pasó del griego al latín.

Con pocas dotes para las controversias teológicas, que trataba, a decir de Basilio, con ligereza, Dámaso cultivó con predilección a las musas. Su pontificado coincidió con el esplendor de la arquitectura litúrgica, el culto de los mártires, que llevó a Roma una oleada de peregrinos. El papa compuso con delectación, en hexámetros, los epigramas, grabados con elegantes mayúsculas por Filócalo para adornar las tumbas de los mártires. Una de ellas ha sido reconstruida en San Clemente de Roma. Versificación menor, de un interés más arqueológico que literario.

2. El español Prudencio (+ después del 405)

Muy distinta es la carrera del español Aurelio Prudencio, originario de Calahorra (Norte de España), de familia cristiana, de cultura refinada, que primero conoció el *cursus honorum.* Fue prefecto y gobernador de ciudades importantes. Una crisis interior puso punto final a su vida mundana. Prudencio se retiró a la vida privada, aunque en verdad confortable, para celebrar a Dios mediante la poesía, que le servía de liturgia doméstica. Nos hace pensar en el poeta Patrice de La Tour du Pin.

De entre sus diversas obras *(Libro de las coronas, Combate del alma),* la que se impuso a las siguientes generaciones e incluso en la liturgia romana es el *Libro de las horas (Cathemerinon),* en el que canta las horas y los días, asociando en él las fiestas preferidas de la liturgia, Navidad y la Epifanía.

La poesía de Prudencio, de una inspiración próxima a la de Ambrosio pero sin pretensiones litúrgicas, de un aspecto menos estructurado, se distingue también de la de Hilario por su contenido más teológico. El poeta, cuando llegó al final de sus días, quería expresar su profesión cristiana mediante la acción de gracias y las alabanzas.

Himno por los Santos Inocentes

Oye el rey Herodes con impaciencia
que ha nacido el príncipe de los reyes,
el que ha de gobernar a Israel
y reinar en el trono de David.

Exclama loco al recibir la noticia:
¡Un sucesor me acosa, me veo impelido!
Verdugo, ve, empuña la espada
e inunda las cunas de sangre.

¿A dónde condujo tanta maldad?
¿Qué aprovecha este crimen de Herodes?
Cristo es el único que queda
a salvo entre tantos niños muertos.

¡Felices sois, primicias de los mártires,
a quienes el perseguidor de Cristo os arrebató
en el umbral mismo de la vida,
como el torbellino arrebata los tiernos capullos de los rosales!

Vosotros sois las primeras víctimas de Cristo,
rebaño tierno de los Inocentes;
delante de la misma ara del Cordero,
jugáis ingenuos con vuestras palmas y vuestras coronas.

Cathemerinon, trad. de J. Guillen,
"M. A. PRUDENCIO, *Obras completas",* B.A.C., Madrid,
1950, p. 162-165.

3. Paulino de Burdeos, obispo de Nola (153/4-431)

De familia senatorial, Paulino nació en Burdeos donde su familia poseía vastas propiedades. Fue alumno de Ausonio, un poeta refinado con el que permaneció unido y con el que intercambió sus escritos. Vino a Roma para suceder a su padre en el senado, después fue gobernador de Campania.

Paulino regresó a Galia y allí se casó. En el 389 recibió el bautismo en Burdeos. Cinco años después fue ordenado presbítero. Tomo la resolución de liquidar todos sus bienes, de llevar una vida monástica, de establecerse cerca de la tumba de san Félix, en Nola. Su mujer ingresó en un monasterio. La ciudad eligió a Paulino como obispo, que lo fue del 409 al 413.

Además de su correspondencia mediante la cual estuvo en relación con los personajes importantes de la época: amigos, escritores, obispos (Jerónimo, Agustín), Paulino dejó una colección de veintinueve poemas. En ellos importuna a la musa en varias circunstancias: la muerte de un niño, el matrimonio de un amigo, Juliano, futuro obispo de Eclane, la visita del obispo Nicetas.

Catorce cantos, compuestos entre el 395 y el 408, celebran los aniversarios de san Félix. Describen las gentes que concurren, las manifestaciones ingenuas de la piedad popular, los milagros realizados, en los que la imaginación ocupa el lugar del rigor histórico. Menos brillante, sobre todo menos deslumbrante que Prudencio, la poesía de Paulino refleja a un hombre que irradia frescor, encanto, sensibilidad. Además es de inspiración auténticamente cristiana.

4. Sedulio (+ 420/430)

El poeta Sedulio, que fue también presbítero, parece que puso su arte al servicio de las celebraciones litúrgicas. Su *Canto pascual* es una catequesis poética que pretende cantar las maravillas de Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento. Muchos otros himnos se introdujeron en la liturgia, para la fiesta de Navidad y de Epifanía. Un texto fue incluso empleado -hecho único- como canto de entrada en la misa.

Sedulio fue muy apreciado durante la Edad Media. Se encuentran sus obras en todas las bibliotecas de los monasterios. El Renacimiento y el mismo Lutero lo han calificado como "el más cristiano de los poetas".

X. LA GLORIA DE OCCIDENTE: AGUSTÍN EL AFRICANO (354-430)

El último de los grandes escritores de lengua latina, Agustín, es producto del África romanizada; parece que en él se reúnen todas las riquezas del conjunto de sus contemporáneos. La vida del retórico africano, íntimamente unida a la historia del Bajo Imperio, irá adquiriendo, al hilo de esta historia, los colores de un Apocalipsis: testigo de la caída de Roma, muere en una ciudad asediada por los Vándalos.

Agustín nace en Tagaste, la actual Souk-Ahras, en Argelia, al sur del África consular. El padre, un modesto propietario, es pagano, la madre, **Mónica,** es una ferviente cristiana. El niño recibe sus primeras clases en Tagaste, prosigue sus estudios en Madaura y finalmente, con la ayuda de un Mecenas, en Cartago donde "crepitaban los amores vergonzosos".

La muerte de su padre le obliga al hijo a regresar para atender a las necesidades de la familia. Enseña primeramente en Tagaste, luego en Cartago, en Roma, para terminar en una cátedra prebendada, en **Milán.** Allí decide recibir el bautismo (23 de abril del 387). Con este suceso se acaban las *Confesiones.*

Una vez fallecida su madre en Ostia, Agustín abandona definitivamente Italia con algunos amigos y su hijo **Adeodato,** para vivir la vida monástica en Tagaste. Allí se consagra a la ascesis y al estudio y espera la señal del cielo que llega contra su esperanza.

AGUSTÍN

"¡Toma, lee!"

Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contrición de mi corazón. Mas he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: "Toma y lee, toma y lee". De repente, cambiando de semblante, me puse con toda la atención a considerar si por ventura había alguna especie de juego en que los niños soliesen cantar algo parecido, pero no recordaba haber oído jamás cosa semejante; y así, reprimiendo el ímpetu de las lágrimas, me levanté, interpretando esto como una orden divina de que abriese el códice y leyese el primer capítulo que hallase. Porque había oído decir de Antonio que, advertido por una lectura del Evangelio, a la cual había llegado por casualidad, y tomando como dicho para sí lo que se leía: "Vete, vende todas las cosas que tienes, dalas a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y después ven y sígueme", se había al punto convertido a ti con tal oráculo.

Confesiones, VIII, 29, trad. A. C. Vega, O.S.A., "Obras de San Agustín" , II, BAC, Madrid, 1984, pgs. 339-340.

1. Agustín, obispo de Hipona

Llegado a Hipona, es elegido como presbítero por sorpresa. Pone como condición tomarse un año para prepararse a su ministerio. A partir del 396 sucede al anciano obispo al frente de la segunda diócesis de África. Allí permanecerá hasta su muerte.

En adelante acción y obra van íntimamente unidas. Poco a poco el obispo se afirma como la autoridad más tenida en cuenta en el Occidente cristiano, la conciencia de la Iglesia.

2. Las controversias teológicas

Igual que los constructores del Templo, Agustín trabaja con la paleta y la espada. Son tres las controversias que sacuden África: maniqueísmo, donatismo, pelagianismo.

El **maniqueísmo** había seducido un tiempo a Agustín. Heredero del gnosticismo, profesaba un radicalismo dualista, que enfrentaba el principio de la

luz con el principio malo, en una lucha sin cuartel. Era un modo de explicar el mal. El obispo, que había frecuentado la secta, pensaba encontrar allí la solución de una dicotomía irreductible. Ambrosio y el neoplatonismo le habían apartado de ella.

El **donatismo** es la esquirla del episcopado de Agustín. Desde Cipriano, la división causaba estragos como un mal endémico. Después de la persecución de Diocleciano, la elección de Ceciliano como primado de Cartago era protestada por los obispos númidas que tenían otro candidato, Maiorino, al que sucedió Donato. El cisma se había consumado y de Cartago se extendería por toda África.

Hipona estaba descuartizada en dos comunidades, dos iglesias, dos obispos. Cuando llegó Agustín, los donatistas eran los más numerosos e imponían una vida dura a los católicos, al rechazar el panadero cocer el pan de los ortodoxos. A las tensiones se añadían las violencias y Agustín estuvo a punto de perecer en una emboscada. Al conflicto sobre la autoridad se añadían implicaciones sociales y políticas.

Durante veinte años el obispo multiplica sus esfuerzos; los debates, los escritos vuelven sobre la unidad en su predicación. La autoridad romana terminó por tomar cartas en el asunto y convocó en el 411 una conferencia, presidida por un legado imperial, en la que se congregaron doscientos ochenta y seis obispos católicos y doscientos setenta y nueve obispos donatistas, que puso fin al cisma.

El **pelagianismo** ocupa los últimos veinte años de la vida de Agustín. Pelagio, un monje asceta, venido de Irlanda (la patria de san Patricio, algunos decenios su segundo) a Roma, reacciona allí violentamente contra el relajamiento de las costumbres. Pone el acento en la libertad del hombre, los recursos de la voluntad, hasta minimizar la función de la gracia. El presbítero **Celestio** y el obispo **Juliano de Eclane** "espíritus grandes y sutiles" vinieron en ayuda del monje Pelagio y propagaron en África, luego en Oriente, una doctrina que estaba en los antípodas del pensamiento agustiniano.

El converso de Milán se siente afectado en lo más íntimo de su experiencia espiritual, que le había enseñado que el cambio rápido era la victoria de la gracia. Durante veinte años el obispo de Hipona fue acumulando escrito tras escrito, hasta llenar dos volúmenes *in-quarto* para demostrar el papel de la concupiscencia, la miseria del hombre, limitado a sí mismo, luego la doctrina de la predestinación y de la gracia, que defienden a su vez algunos autores como **Próspero de Aquitania** (desde el 428), **Quodvultdeus** (autor del *Libro de las promesas)* o **Fulgencio de Ruspe** (unos decenios después).

3. El predicador

Conviene evitar reducir la tarea de Agustín a la controversia. El obispo consagró sus jornadas a la comunidad de Hipona y, en primer lugar, a la formación religiosa. La enseñanza de la palabra de Dios se le presentaba como el primero y el más importante de sus deberes. Estaba dotado de unas cualidades de orador incomparables: entusiasmo, simpatía, vivacidad de trato, de imagen, escenificación de breves "sketches", recursos de aliteración, proverbios, juegos de palabras, y sobre todo conocimiento del corazón humano.

Agustín predicaba preferentemente la Escritura, principalmente los salmos y el Evangelio de Juan, cuyos comentarios han llegado hasta nosotros. Conservamos unos **quinientos sermones** -una décima parte del conjunto, piensan los eruditos. Predicación del año litúrgico y de las festividades en la que él explica las verdades de la fe, con un propósito de vulgarización sin por eso ser reductor y sin jamás dejarse llevar por un moralismo fácil *(ver p. 107).*

Pedagogo nato, ha puesto los fundamentos de la enseñanza catequética en la *Catequesis de los principiantes,* que ha formado generaciones de maestros. En la *Doctrina cristiana* ha establecido los principios de lo que hoy se llama homilética.

De toda la obra de Agustín, la predicación es quizás la parte que ha envejecido menos. Gracias a los homiliarios, ha nutrido durante siglos la oración, la fe, la vida cristiana de generaciones de monjes y de clérigos. Por lo demás en ninguna otra parte se expresa mejor el pastor como solidario de su pueblo, "obispo para él, cristiano con él".

AGUSTÍN

El precio del amor

Por lo tanto, hermanos míos, interrogaos a vosotros mismos, examinad vuestro interior. Ved y mirad cuánta caridad tenéis; aumentad la que poseáis. Poned los ojos en tal tesoro para ser ricos interiormente.

De lo que tiene un precio elevado se dice que es caro, y no en vano. Considerad vuestra forma común de hablar: "Esto es más caro que aquello". ¿Qué quiere decir "es más caro", sino "es más precioso"? Si se dice que es más caro lo que es más precioso, ¿hay cosa más cara que la caridad misma, hermanos míos? ¿Cuál pensamos que será su precio? ¿Dónde se encuentra éste? El precio del trigo es tu moneda; el de una finca, tu plata; el de una perla, tu oro; el precio de la caridad eres tú. Mira cómo poseer una finca, una piedra preciosa, un jumento; buscas una finca para comprarla y la encuentras junto a tu casa. Si quieres poseer la caridad, búscate a ti y encuéntrate a ti mismo. La misma caridad habla por mediación de la sabiduría y te dice algo para que no te asuste aquello: "Date a ti mismo". Si alguien quisiera venderte una finca te diría: "Dame tu oro". Y si otro quisiera venderte otra cosa cualquiera: "Dame tu moneda, dame tu plata". Escucha lo que te dice la caridad por boca de la sabiduría: "Dame, hijo, tu corazón" (Pr 23,26). "Dame, dijo, tu corazón". Sea para mí y no se perderá para ti. Nada quiso dejar en ti con lo que te ames, aun a ti mismo, quien dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente" (Mt 22,37). ¿Qué queda de tu corazón para que te ames a ti mismo? ¿Qué de tu alma? ¿Qué de tu mente? "Con todo", dijo. Quien te hizo lo exige todo. Pero no te entristezcas como si nada te quedase en que puedas alegrarte. "Regocíjese Israel" no en él, "sino en quien le hizo" (Sal 149,2).

Sermón 34, 7, trad. M. Fuertes Lanero y M. Mª Campelo, "Obras de S. Agustín, Sermones", B.A.C., Madrid, 1981, p. 507-508.

4. Las obras mayores

La obra literaria de Agustín comprende un centenar de títulos, de dimensiones desiguales, de los que se destacan tres, copiados sin cesar, luego editados: las *Confesiones,* el *Tratado sobre la Trinidad,* la *Ciudad de Dios.* Tres obras aparentemente muy diferentes, que ponen de manifiesto las facetas de su genio.

Las **Confesiones** son el libro autobiográfico (397-401) más personal, el más novedoso, el más emotivo de la Antigüedad. No se trata en él ni de complacencia ni de justificación, sino, como lo expresa el título, tomado de los salmos, de confesar a Dios y de confesar el pecado. "Alabar a Dios, acusarse a sí mismo, esto es lo que significa confesar".

Se trata menos de un relato que de una oración y de una alabanza, lo que el gran siglo llamaba una elevación. En vano buscaremos en él una confidencia sobre su juventud tumultuosa. Es el canto más ardiente a Dios que ha trastornado su vida, que nosotros leemos estremecidos:

Tarde yo te amé,
Hermosura antigua y tan nueva,
tarde yo te amé.
Tú estabas dentro de mí
y yo estaba fuera.
Y allí yo te he buscado.
Tú me has tocado
y tu paz me ha quemado.

AGUSTÍN

Oración liminar de las Confesiones

"Grande eres, Señor, y laudable sobremanera; grande tu poder, y tu sabiduría no tiene número" (Sal 144,3; 146,5).

¿Y pretende alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación, y precisamente el hombre, que, revestido de su mortalidad, lleva consigo el testimonio de su pecado y el testimonio de que "resistes a los soberbios?" (Rm 5,12).

Con todo, quiere alabarte el hombre pequeña parte de tu creación. Tú mismo le excitas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.

Dame, Señor, conocer y entender qué es primero, si invocarte o alabarte, o si es antes conocerte que invocarte. Mas ¿quién habrá que te invoque si antes no te conoce? Porque, no conociéndote, fácilmente podrá invocar una cosa por otra. ¿Acaso, más bien, no habrás de ser invocado para ser conocido? Pero ¿y "cómo invocarán a aquel en quien no han creído? (Rm 10,14) ¿Y cómo creerán si no se les predica?" (Sal 21,27). Ciertamente "alabarán al Señor los que le buscan, porque los que le buscan le hallan" (ver Mt 7,7), y los que le hallan le alabarán [...]

¿Quién me dará descansar en ti? ¿Quién me dará que vengas a mi corazón y le embriagues, para que olvide mis maldades y me abrace contigo, único bien mío?

¿Qué es lo que eres para mí? Apiádate de mí para que te lo pueda decir. ¿Y qué soy yo para ti para que me mandes que te ame y si no lo hago te aires contra mí y me amenaces con ingentes miserias? ¿Acaso es ya pequeña la miseria de no amarte? ¡Ay de mí! Dime por tus misericordias, Señor y Dios mío, qué eres para mí. "Di a mi alma: Yo soy tu salud." (Sal 34,3). Que yo corra tras esta voz y te dé alcance. No quieras esconderme tu rostro. Muera yo para que no muera y pueda así verle.

Angosta es la casa de mi alma para que vengas a ella: sea ensanchada por ti. Ruinosa está: repárala. Hay en ella cosas que ofenden tus ojos: lo confieso y lo sé; pero ¿quién la limpiará o a quién otro clamaré fuera de tí: "De los pecados ocultos líbrame, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo" (Sal 18,13-14)?

Confesiones I, 1 y 5-6, trad. A. C. Vega, O.S.A., "Obras de San Agustín", II, BAC, Madrid, 1984, pgs. 73,76-77.

El ***Tratado sobre la Trinidad*** es una obra de madurez, largamente meditada (del 388 al 419), interrumpida, luego retomada. La reflexión prolonga las *Confesiones* y se atiene a los límites de la teología y de la mística. "Empezada con la fuerza de la edad, acabada en los viejos días", confiesa el autor.

Agustín no se preocupa, como Hilario, por la controversia arriana, que todavía no ha sacudido a África. Su propósito es constructivo. Los siete primeros libros exponen de un modo bastante árido el dogma trinitario. A partir del libro VIII cambia el tono, el texto se transforma en una búsqueda de las huellas de Dios en la creación e incluso en la estructura ternaria del hombre. Éste lleva en sí el movimiento que es su principio y el fin. La imagen de Dios, incoativa desde la creación, en nosotros puede ser deformada, pero no perdida. Renovada por la gracia, termina en la beatitud, donde "Dios abrirá la última puerta, mantenida cerrada hasta el momento, y a la que yo llamo" (*Trin.* XV,51).

Según el censo de los manuscritos -más de cuatrocientos al día de hoy- la ***Ciudad de Dios*** no ha dejado de provocar la reflexión de los siglos, en todos los cambios de la historia. Se trata más bien de una meditación para tiempos de Apocalipsis: la caída de Roma, su punto de partida, adquiere poco a poco las dimensiones de una teología de la historia universal *(ver p. 109).*

Agustín trabajó durante catorce años en redactar este libro. La composición, frecuentemente floja, se resiente de ello. Son numerosas las digresiones. Una vez más el título está tomado del salmo 86,3.

El tema se resume en la fórmula lapidaria:
Dos amores han construido dos ciudades:
el amor de sí mismo, hasta despreciar a Dios,
el amor de Dios, hasta el desprecio de mí mismo.
(Ciudad de Dios, XIV, 28)

Aunque los temas se entrecruzan y se relevan, es fácil descubrir en él la ciudad de la tierra y la ciudad del cielo, luego las realidades concretas que son la Iglesia, el Estado, el pueblo de Dios y la turba de los impíos. Este tema fundamental se va orquestando, enriqueciendo de nuevas consonancias, dilatándose hasta las dimensiones del mundo y de la historia. "Dos ciudades, la de los impíos, la de los santos, prosiguen así su marcha, desde el principio del género humano hasta el fin del mundo."

La ciudad terrena no es más que una figura, una sombra de la otra ciudad, que se perfila en la línea del tiempo para los peregrinos y que se encuentra al final del camino. "Cantad cantos de amor a vuestra patria, dice Agustín. Camino nuevo, viajero nuevo, cántico nuevo".

En los *Soliloquios* Agustín escribe: "Deseo conocer a Dios y al alma. ¿Nada más? En verdad nada más". Estas dos cuestiones, inextricablemente unidas, siguen siendo fundamentales para él. No cesa de preguntar a la Escritura y a la Iglesia. La Escritura es un teclado todos cuyos resortes él conoce y le hace emitir consonancias nunca oídas, de las que él imita hasta el ritmo y el soplo.

El poder creativo del teólogo africano, su espíritu dialéctico, ayudado por la magia del verbo, no se limitan a rejuvenecer una cultura en declive: su acción claramente innovadora abre el camino a una nueva civilización, la cultura medieval.

Para la *Regla de San Agustín, ver p. 112-113.*

LA CIUDAD DE DIOS

Preámbulo

He tomado por mi cuenta, carísimo hijo Marcelino, en esta obra a instancia tuya preparada y a ti debida con promesa mía, contra aquellos que anteponen sus dioses a su Fundador, la defensa de la gloriosísima Ciudad de Dios, ora en el actual discurso de los tiempos, ora en aquella estabilidad del descanso eterno, que ahora espera por la paciencia (Rm 8,25), hasta que "la justicia se convierta en juicio" (Sal 93,15), y luego ha de alcanzar por la perfección con la victoria final y la paz perfecta. Empresa grande y ardua; pero "Dios es nuestro ayudador" (Sal 61,9).

Sé muy bien el caudal que es menester para intimar a los soberbios la excelencia de la humildad, con la cual la alteza, no la que es hurto de la arrogancia humana, sino la que es don de la divina gracia, trasciende todas las cumbres terrenas, que se bambolean al compás de los tiempos. El Rey y Fundador de esta Ciudad, de la que me he propuesto hablar, declaró a su pueblo en la Escritura el sentido de aquel divino oráculo que dice: "Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia" (St 4,6; 1 P 5,5). Mas esto, que es privativo de Dios, también lo pretende para su alma soberbia el espíritu hinchado, que se complace en que se diga en su alabanza "perdonar a los vencidos y abatir a los soberbios" (Virgilio, *Eneida,* VI, 853).

Por lo cual no hemos de pasar en silencio decir de la ciudad terrena que, en su afán de dominar, aunque le estén sujetos los pueblos, ella es dominada por su libídine cuanto el plan de la presente obra exija y nuestras posibilidades permitan.

Trad. J. Morán, "S. Agustín, La Ciudad de Dios", B.A.C., Madrid, 1964, p. 3-4.



Mirifico poteris textos sermone libellos
¶ Dosce operep tecũ perlegere hospes: ades.
Nempe due currũt vrbes ab origine mũdi:
¶ Una Cayn: fratris altera structa manu.
Subdolus illã habitat: fraudis reus: iprob⁹ oĩa
¶ Hanc pius: hanc simplex: pacificusq; pudens.
Illa luto torpet: vitijs corrupta nefandis:
¶ Hec dei cara manet caraq; sponsa dei.
Sed scelere implicatos manes petit illa pfundos:
¶ Hec virtute micans ethera leta tenet.
Illa sinistrorsũ vel ad impia tartara tendit:
¶ Hec dextro innitens calle: vireta subit.

Hac iter Elysiũ duce puri fronde metalli:
¶ Illac ditis hiat panda vorago fatum.
Has ter sex libris discreuerat atq; quaternis
¶ Augustinus: opus forte magister agens.
Falsa etiam excussit cauiens figmẽta deorum:
¶ Confutans verbis dogmata stulta suis.
Quoq; modo primũ regalis machina mundi
¶ Condita: nil falsis debeat illa deis.
Improbat atq; viros tenuit quos error auitus:
¶ Spiritibus partem qui tribuere malis.
Nullis impijs regitur bene principis orbis.
¶ Nec fortuna graui nos premit arbitrio.

La Ciudad de Dios de Agustín de Hipona. Incunable, Bale, 1490.

CAPITULO 4

Hacia Bizancio y la edad media

Las invasiones de los Bárbaros, la caída de Roma, el declive del Bajo Imperio: muere un mundo. Los cambios modificarán el mapa de Oriente y de Occidente, que se separan. En este trastorno general la Iglesia toma conciencia de su autonomía y de su misión evangelizadora. Basta con comparar a Salviano de Marsella con Ambrosio y con Jerónimo para calibrar el cambio operado en los espíritus.

La zanja abierta entre Oriente y Occidente parece definitivamente ahondada. El Imperio de Occidente se ha desmoronado bajo la presión de los Bárbaros. El Oriente cristiano, por el contrario, conoce una edad de oro. Conquista África, se instala en Ravena, y por todas partes se presenta como protector de la religión de Cristo. Se le abre una época fastuosa que durará hasta la caída de Constantinopla, la Nueva Roma, en el 1453.

El progresivo antagonismo de las dos mitades del Imperio perjudica a la unidad de los cristianos, que evolucionan desde entonces en dos áreas diversas culturales, e incluso religiosas. Las controversias religiosas no apasionan más que a las regiones que las provocan. El arrianismo, el nestorianismo no movilizaron nunca a Occidente. El priscilianismo y el pelagianismo permanecen como extraños al Oriente. La época patrística sobrevive en Oriente en la literatura bizantina. Agustín es el precursor de la Edad Media.

Basta con analizar y comparar los últimos escritores griegos y latinos para medir hasta qué punto los unos y los otros respiran una atmósfera cultural diferente.

Por una parte y por otra, el fin de la era patrística se sitúa en fechas distintas. Para los Latinos, el ultimo padre de la Iglesia es, según unos, Gregorio Magno (f604), o, según otros, Isidoro de Sevilla (f 636), pero ambos pertenecen ya a la edad media. En Oriente unos cierran la era patrística con Cirilo de Alejandría (f444), otros muchos con Juan Damasceno (hacia el 749), si bien la inspiración patrística perdura todavía hasta el final del imperio bizantino.

I. EL OCCIDENTE LATINO

Las invasiones de los Bárbaros, cuyo relato narra el Español **Hidacio** en sus *Crónicas,* perturbaron a la Iglesia de Occidente políticamente, culturalmente, quebrando su identidad, su cohesión y su unidad.

El efecto más importante de este trastorno es separar a Occidente de sus fuentes helénicas. Movimiento iniciado por Agustín, poco cómodo con la lengua y el pensamiento griegos (hasta el extremo de confundir a los dos Gregorios), y que se acentuará hasta obligar a Occidente a vivir en una autarquía cultural.

La ruptura con las raíces griegas coincide con una regionalización literaria y teológica, que se va intensificando hasta que Carlomagno reconstituye un nuevo Occidente cristiano. La afluencia de una población de

paganos, de Bárbaros arrianos, despierta la conciencia misionera de la Iglesia. La evangelización de las campiñas, la organización de las parroquias rurales son los signos más visibles de ello.

La destrucción del patrimonio cultural por las invasiones, la dispersión de una gran parte de la élite intelectual, la regresión de las estructuras escolares públicas fuerzan a las iglesias y monasterios a realizar una función supletoria de la cultura. La cristianización de la cultura, esbozada por Agustín, tiende a convertirse en el privilegio y la misión de los clérigos.

1. Vitalidad de la Galia cristiana

Galia ocupa un puesto más que honroso entre los siglos V al VI en la geografía cultural de Occidente. Es la época, en Provenza, de las *Homilías* de Valeriano de Cimiez y de los *Poemas* de Paulino de Pella, o la del *De statu animae* de Claudiano Mamerto de Vienne, o también la de los Padres del Jura. Aunque las invasiones transforman el país "en una hoguera humeante", las poblaciones cristianas se recuperan. Después de la conversión de Clodoveo, los Burgundios abandonan el arrianismo con **Ávito de Vienne** en el 517. Constancio de Lyon escribe la *Vida de san Germán de Auxerre,* modelo de obispo. Se multiplican los obispos sobre todo al sur del Loira, se reúnen los concilios. El titular de Arlés figura como primado y gobierna siete provincias, hasta el punto de hacer sombra a Roma.

El monacato y el final de la romanización

El norte de África conoce desde el siglo IV la vida religiosa, de la que son testimonio Agustín y su Regla; en cambio el monacato, inaugurado por **Martín de Tours** (+ 397) se desarrolla intensamente en Galia a partir del siglo V: **los monasterios** de Ligugé, Marmoutier, Rouen, luego el de Marsella y de Lérins irradian sobre toda Galia. La isla de Lérins se convierte en un vivero de obispos notables, que se abren a la evangelización de las campiñas, luego de los Bárbaros cuando éstos se sedentarizan. El bautismo de Clodoveo (497/508) en Reims, fecha histórica, es saludado como el advenimiento de un nuevo Constantino. Marca también **el fin de la romanidad.** Sidonio Apolinar, obispo de Clermont-Ferrand, superviviente de la época romana, al parecer se ha equivocado de siglo.

Podríamos reducir a dos los centros de interés de los escritores de los siglos V y VI: la vida monástica y la historia de la Iglesia.

REGLA DE SAN AGUSTÍN

San Agustín, como san Basilio, es un obispo: cuando se dirige a los religiosos, reafirma en primer lugar su cometido pastoral. Además la Regla *de san Agustín es la más comunitaria: insiste sobre el reparto más que sobre el desprendimiento. Sobre la comunión fraterna y la armonía más que sobre la castidad y la obediencia. La presencia de la Escritura es constante, si bien es muy poco explícita: las ediciones críticas enumeran más de doscientas evocaciones o alusiones bíblicas, además de las referencias explícitas.*

A partir de la edición que los Mauristas hicieron de las Obras *de san Agustín, la* Regla *está incluida en la correspondencia: es la carta CCXI, que, según se piensa, está escrita a las religiosas que querían cambiar de superiora y a las que san Agustín llama a la concordia.*

Los estudios del padre Luc Verheijen han probado que los cuatro primeros párrafos de esta carta son efectivamente una objurgatio, *los párrafos 5 al 10 es la versión femenina de una Regla, masculina en su origen, el* Praeceptum *que Agustín redactó hacia el 397 para el monasterio laico de Hipona.*

La traducción dada aquí es la de la última edición de las Obras completas (París, 1873).

He aquí las reglas que prescribimos para que sean observadas en el monasterio. En primer lugar, y puesto que estáis reunidos bajo el mismo techo, permaneced en él en una perfecta unión. Que no haya entre vosotros más que un solo corazón y una sola alma en Dios. No tengáis nada en propiedad, sino que todo sea común entre vosotros. Vuestro superior debe distribuir a cada uno el alimento y los vestidos, no lo mismo para todos, puesto que vuestras fuerzas no son iguales, sino a cada uno según sus necesidades. En efecto, leemos en los *Hechos de los Apóstoles:* "Que todo era común entre los primeros cristianos y que se daba a cada uno según su necesidad." Que aquellas de entre vosotras que tuvieran bienes en el mundo, una vez han ingresado en el monasterio, consientan en que éstos sean bien de todos. Que aquellas que no tuvieran nada, no busquen tener en la comunidad lo que ellas no hubieran podido tener cuando ellas no estaban todavía allí, pero que se conceda en su enfermedad lo que ellas necesiten, aun cuando pobres en el mundo, no habrían podido encontrar lo necesario. Ellas, por tanto, no deben basar su felicidad en encontrar en la comunidad el alimento y los vestidos que les faltaban antes de ser recibidas allí.

Que no alcen orgullosamente la cabeza, puesto que se encuentran en sociedad con aquellas con las que no se habrían atrevido a relacionarse en el mundo, sino que tengan su corazón elevado. Que no busquen los bienes de la tierra, por miedo de que los monasterios sean solamente útiles para los ricos y no para los pobres, lo que sucedería si fueran un lugar de humillación para los ricos y de orgullo para los pobres. En cambio las que tenían algún rango en el mundo no menosprecien a las que, de pobres que eran, son ahora, por una santa unión, sus hermanas. Que no se gloríen por la dignidad o la riqueza de sus parientes, sino de la compañía de sus pobres compañeras. Que no se dejen arrastrar por la vanidad de haber contribuido al bienestar de la comunidad, y que no se enorgullezcan de sus riquezas entregadas al monasterio más que si las hubieran disfrutado en el mundo. Los demás vicios tienen como efecto el mal a donde nos empujan, pero el orgullo es como un lazo tendido a las buenas obras y borra el mérito. ¿De qué sirve distribuir sus bienes a los pobres y de hacerse él mismo pobre, si nuestra alma pone el orgullo en el desprecio más que en la posesión de las riquezas? Vivid todas en paz y concordia, y honrad alternativamente a Dios de quien os habéis hecho templos.

Orad en las horas y en los tiempos señalados. Que nadie cambie, por el motivo que sea, el destino del oratorio, cuyo solo nombre indica que es un lugar de oración, con el objeto de que si algunas hermanas quisieran, entre las horas señaladas, venir a orar allí, no se vean impedidas por otras que querían venir allí para hacer alguna otra cosa. Cuando en vuestras oraciones os sirváis de los salmos y de cánticos, que vuestro corazón experimente lo que pronuncian vuestros labios; no cantéis más que lo que debe ser cantado, y contentaos de decir el resto en voz baja.

Dominad vuestra carne mediante los ayunos y la abstinencia, en el beber y en el comer, siempre que vuestra salud os lo permita. Cuando alguna de vosotras no pueda ayunar, que no tome nada de alimento, a no ser en caso de enfermedad, fuera de las horas ordinarias de la comida. Cuando estéis a la mesa y hasta que os retiréis de ella, escuchad sin ruido y sin discusión lo que se acostumbra leeros, a fin de que no sea sólo vuestra boca la que coma el alimento, sino que vuestros oídos reciban también la palabra de Dios.

Juan Casiano (360-430/35)

Juan Casiano, uno de los más notables escritores de Galia del siglo V, tendrá un papel de primer orden en el movimiento monástico.

Nacido en Escitia, de cultura latina, perfectamente cómodo con el griego, Juan estuvo primeramente durante varias largas temporadas en Palestina, donde se inicia en la vida cenobítica, luego entre los monjes de Egipto, donde se relaciona con Moisés y Pafnucio. A su regreso termina por fijar su residencia en Marsella, donde funda dos monasterios de hombres y de mujeres (415/416). Se preocupa por organizar el monacato occidental, conjuntando el fervor oriental con la mesura latina. Busca integrar en el cenobitismo lo esencial del anacoretismo.

Dos libros de Casiano constituyen la carta de la vida monástica: ***Sobre las instituciones de los cenobios,*** una especie de introducción a la vida interior, y las veinticuatro ***Conferencias o*** *Colaciones* que presentan, en forma dialogada, una enseñanza completa

de la doctrina espiritual, a partir de las primeras purificaciones hasta la perfección. Todas las reglas monásticas, en Oriente y Occidente, se inspiran en ellas. Juan Casiano ejerció una influencia decisiva sobre san Benito y sobre Casiodoro.

JUAN CASIANO

Conferencias

Cristo, efectivamente, es el tallo que, después de haber sido cortado de la raíz de Jesé, reverdece con su muerte con un vigor nuevo. Todas estas cosas están cubiertas por los dos querubines, es decir por la plenitud de la ciencia histórica y espiritual. Porque *querubín* significa *plenitud de la ciencia.* Ellos cubren continuamente el propiciatorio de Dios, es decir la tranquilidad de vuestro corazón, y lo protegen con su sombra contra todos los ataques de los espíritus malignos.

De este modo vuestra alma, elevada hasta convertirse no sólo el arca del Testamento divino, sino incluso en un reino sacerdotal, absorbida en cierto modo en los conocimientos espirituales, por su inseparable amor de la pureza, cumplirá el mandamiento dado por el Legislador al pontífice: "No saldrá del santuario, para que no profane el santuario de Dios" (Lv 31,12), es decir, su corazón, donde el Señor promete hacer su constante morada: "Yo habitaré en medio de ellos y marcharé en medio de ellos" (2 Co 6,16).

Por eso nosotros debemos tener el celo de aprender de memoria las sagradas Escrituras, y repasarlas sin cesar en nuestra memoria. Esta meditación continua nos producirá un doble fruto: El primero, que mientras la atención está ocupada en leer y estudiar, los malos pensamientos no encuentran el modo de cautivar al alma en sus redes. El segundo, que, después de haber recorrido varias veces algunas páginas esmerándonos por aprenderlas de memoria, habremos podido, entonces, comprenderlas porque nuestro espíritu carecía de la libertad necesaria. Y luego, cuando lejos ya del encantamiento de las diversas ocupaciones y de los objetos que llenan nuestros ojos, las repasemos en silencio, sobre todo durante las noches, se nos presentan con una mayor luz. Así durante la vigilia nosotros teníamos una más ligera sospecha de los sentidos escondidos; pero cuando estamos en reposo, hundidos, por así decir, en el letargo de un pesado sueño, la inteligencia de los mismos nos es revelada.

A medida que nuestro espíritu se renueva mediante este estudio, las Escrituras empiezan también a cambiar su rostro. Nos es dada una comprensión más misteriosa de las mismas, cuya belleza se agranda con nuestro progreso. En efecto, ellas se acomodan a la capacidad de la inteligencia humana, terrestres para el hombre carnal, divinas para el espiritual; y los que antes las veían como envueltas en espesas nubes, permanecen incapaces de sondear su profundidad y de sostener su resplandor.

Conferencias XIV, 10-11.

La isla de Lérins

En la isla de Lérins, cerca de Cannes, **Honorato** instaló, hacia el 400, una comunidad de monjes. La isla se convirtió rápidamente en uno de los centros de reflexión teológica para la Galia del siglo V, así como en un vivero de obispos para todo el valle del Ródano.

Sobresalen allí dos nombres: Vicente de Lérins y Salviano de Marsella. Bastará un libro, el *Commonitorium* o ayuda a la memoria, para hacer famoso al monje **Vicente de Lérins** (muerto antes del 450). Es una especie de "discurso sobre el método" teológico para discernir la fe de las herejías. Es célebre su axioma: "Hay que vigilar cuidadosamente para mantener lo que es objeto de fe, en todas partes, todos los días y para todos" *(ver p. 115).*

Salviano de Marsella, de familia aristocrática, nacido probablemente en Tréveris, conoció la invasión de los Bárbaros. Fijó su residencia, con su mujer, en el sur de Galia. Terminó por abandonar a su familia para instalarse en Lérins, luego en San Víctor de Marsella. Según el historiador Gennadio, Salviano fue un autor prolijo. Nos han llegado a nosotros dos escritos, además de las cartas: *A la Iglesia,* panfleto contra la avaricia de los cristianos, incluidos presbíteros y obispos; *Sobre el Gobierno de Dios,* obra célebre pero controvertida.

Como Agustín en la *Ciudad de Dios,* Salviano asiste a la invasión de los Bárbaros y contempla el final del Imperio romano. Jeremías del siglo V, presenta los tiempos nuevos, la emprende con los Romanos y Galos que se lamentan de que Dios haya abandonado el Imperio, que ya es cristiano. El presbítero de Marsella desliga el Evangelio de las contingencias, permitiéndole situarse en una visión cristiana de la historia.

Lérins se afianza igualmente como un centro de educación y de evangelización. **Eucherio,** convertido con su mujer a la vida religiosa, confía al monasterio la formación de sus dos hijos, Salonio y Verano; el primero llega a obispo de Ginebra, el segundo de Vence. La isla es un vivero de obispos, principalmente para **Arlés (Honorato, Hilario, Cesáreo),** para **Riez (Máximo, Fausto), Lyon (Eucherio), Troya (Lupo).** Durante las invasiones estos obispos defienden las ciudades, a veces a costa del propio destierro.

UBIQUE ET SEMPER: SIEMPRE Y POR TODAS PARTES

Vicente de Lérins, *Commonitorium,* 23

Pero quizás puede decir alguno: "¿Dentro de la Iglesia de Cristo no se puede dar ningún progreso de la Religión?" Ciertamente lo hay y en grado sumo. Pues ¿quién puede ser tan enemigo de los hombres, tan hostil a Dios que intente ser contrario a esto? Pero, sin embargo, hay que tener en cuenta que sea un verdadero progreso de la fe, no una modificación. Por supuesto que es propio del progreso el que cada cosa se amplíe permaneciendo ella misma; en cambio es propio de la modificación que una cosa se trasmute en otra.

Así pues conviene que crezcan y mucho y que progresen enérgicamente la inteligencia, la ciencia, la sabiduría, tanto la de cada uno como la de todos, tanto la de un solo hombre como la de toda la Iglesia, según las edades y los siglos, pero solamente si se mantienen en su propia naturaleza, es decir en el mismo dogma, en el mismo sentido, en el mismo pensamiento.

La religión de las almas imite la evolución de los cuerpos: éstos, aunque con el paso de los años desenvuelvan y amplíen sus proporciones, sin embargo permanecen siempre los mismos que eran. Hay un gran intervalo entre la flor de la infancia y la madurez de la senectud; sin embargo los ancianos siguen siendo los mismos que habían sido de adolescentes; y aun cuando la talla de un mismo hombre y su exterior se cambien, no obstante hay en él una y misma naturaleza, una y misma persona. Pequeños son los miembros de los lactantes, grandes los de los jóvenes, pero sin embargo son los mismos. Cuantos son los miembros de los niños, tantos son los de los varones; y si hay algunos de ellos que nacen en una edad más madura, ya existían virtualmente en el semen; de modo que nada nuevo aparece en los ancianos que no estuviera como escondido en los niños.

Por tanto no hay duda de que esta es la regla legítima y recta del progreso, este es el orden preciso y hermosísimo del crecimiento: que aquellas partes y formas el crecimiento de los años las explicite en los mayores las mismas que en los niños las había preformado la sabiduría del Creador. Pero si la especie humana posteriormente adquiriera alguna forma no de su especie, o bien si al número de miembros se añadiera alguno o fuera suprimido alguno, por necesidad todo el cuerpo moriría o se convertería en monstruoso o quedaría ciertamente debilitado.

Así también el dogma de la Religión cristiana conviene que siga estas leyes del progreso: que con los años se consolide, que con el tiempo se desarrolle, que con la edad sea más elevada, pero que permanezca incorrupto e incontaminado, que sea pleno y perfecto en todas las medidas de sus partes y por así decirlo, en todos sus miembros y sentidos propios; que no admita ninguna alteración, ningún pérdida de su carácter específico, ninguna variación de su definición.

Commonitorium, 23,
trad. S. García Rodríguez.

Una generación después, **Cesáreo de Arlés** (470-543), discípulo de Juliano Pomero (autor de la *Vida contemplativa),* es el más eminente obispo de Arlés, la "Roma gala", en la época de las invasiones bárbaras. Vigila por la disciplina eclesiástica, organiza la vida monástica redactando dos Reglas, para hombres y

para mujeres. Es sin duda el predicador popular más grande de Galia. Sus **doscientos treinta y ocho sermones,** frecuentemente tallados a golpe de cincel en el dossier agustiniano, valorados en muchos homiliarios, nutrirán las generaciones cristianas de la Edad Media hasta los tiempos modernos.

CESÁREO DE ARLÉS

Cómo hablar al pueblo

Los obispos, se dice, son vigías, porque están colocados sobre una altura como si vigilaran la ciudadela de la Iglesia. Situados ante el altar, deben preocuparse de la ciudad y del campo de Dios, es decir de la Iglesia. No sólo deben guardar las grandes puertas, es decir impedir los pecados mortales mediante una santa predicación, sino también las pequeñas puertas de atrás y los accesos estrechos; deben pedir que se los limpie por los ayunos, las limosnas y las oraciones.

Si el obispo dice: Yo no estoy fuerte en retórica y así no puedo explicar la Santa Escritura; incluso si es verdad que es así, Dios no nos pide lo que no podemos cumplir. Los obispos no serán menos apreciados por este aspecto, porque incluso si un obispo posee la elocuencia del mundo, él no debe predicar con afectación y hacerse entender más que de una minoría de fieles.

¿No puede con su propia elocuencia hacer accesibles los pasajes oscuros del Antiguo y del Nuevo Testamento y explicarlos, y hacer experimentar la profundidad de la Escritura Santa? Ciertamente si él quiere, puede reprender a los adúlteros, amonestar a los orgullosos. ¿Qué presbítero hay -y no hablo de los obispos- que no pueda decir a sus fieles: no deis falso testimonio, porque está escrito: "El falso testimonio no quedará impune" (Pr 19,5.9): No mintáis, porque está escrito: "La boca mentirosa mata al alma" (Sb 1,11)?

Así no sólo los obispos de las ciudades, sino también los presbíteros y los diáconos en las parroquias rurales puede y deben predicar frecuentemente. ¿Quién no puede decir: nadie debe dar culto a los árboles, nadie debe consultar los augurios ni recurrir a los encantadores, nadie debe, según el uso sacrilego de los paganos, observar el día que él deja su casa o el día que vuelve a ella? Temo que algunos laicos e incluso, lo que es peor, algunos clérigos sucumben a esta costumbre sacrilega. ¿Quien no puede decir: nadie debe calumniar a su prójimo, si quiere no ser calumniado, "quien desprecie a su hermano será exterminado"; que nadie cuelgue sus filacterias, caracteres diabólicos o cualquier amuleto sobre sus vestidos o los de los suyos, que nadie intente torcer la justicia dejándose comprar...?

No conozco obispo o presbítero o diacono que prediquen en una iglesia o en otro lugar, que no pueda tener en cuenta todo esto y hacer otras muchas semejantes recomendaciones. Allí donde una advertencia en lengua sencilla y popular es indispensable, no hay ninguna necesidad de elocuencia ni de gran memoria.

¿Es necesario ser sabio para poder decir: Venid por la mañana a la iglesia, traed las ofrendas para consagrarlas sobre el altar, ayudad a los enfermos, acoged a los viajeros, lavad los pies de vuestros huéspedes, visitad a los prisioneros...?

Sermón 1,4-12.

Historia y hagiografía

La historia y la hagiografía son la segunda tablilla de la literatura en la Galia. La ***Vida de Martín,*** por **Sulpicio Severo** (360-420/25), es tan popular como la de Antonio. Se convierte en el modelo de las hagiografías y de la *Leyenda dorada.* Compone también una *Crónica universal,* desde la creación del mundo hasta el año 400 después de Cristo.

Gennadio de Marsella (t 495/505) continúa la *Historia de los hombres célebres* de Jerónimo, que contiene una mina de reseñas sobre la historia literaria del siglo V. De su obra ***Sobre las herejías*** nos queda la conclusión: el *Libro de los dogmas eclesiásticos.*

"El padre de nuestra historia" sigue siendo **Gregorio de Tours** (538-594), el amigo del poeta Venancio Fortunato. Nos deja una abundante obra hagiográfica, atendiendo más a la edificación que a la exactitud histórica. Su ***Historia de los Francos,*** subida de color, consagra su talento de narrador. Es particularmente preciosa por los acontecimientos de los que es testigo.

2. La actividad papal y la defensa de la cultura en Italia

La mayoría de los obispos de Roma nos han dejado Cartas, en gran parte redactadas por la chancillería pontificia. **León Magno** (papa entre el 440 y el 461) nos ha legado una correspondencia considerable (ciento veintitrés cartas), que lleva la marca de su estilo y su cultura. Es uno de los primeros papas en suministrarnos un lote de noventa y seis *Sermones,* principalmente para las fiestas litúrgicas.

Su frase tiene un desarrollo amplio, majestuoso, como una procesión. La calidad de su predicación tiende menos a la originalidad de su pensamiento que a la elegancia de su estilo, la sonoridad de su lenguaje, la belleza enteramente litúrgica de su ritmo. Él quiere enseñar a sus fieles las verdades de la fe.

León, persona de gobierno, se comporta como rey de Roma; hace frente a los invasores: Atila, quien se bate en retirada (452), Genserico, rey de los Vándalos, que respeta la Ciudad eterna (455). La *Carta a Flaviano* (patriarca de Constantinopla) pone las bases del concilio de Calcedonia (451). León, demasiado romano, demasiado occidental, no puede comprender la complejidad del Oriente cristiano e impedir la evolución hacia el cisma *(ver p. 64).*

LEÓN MAGNO, *CARTA A FLAVIANO*

Jesucristo: dos naturalezas, una persona

La asamblea de fieles confiesa que ellos creen en Dios Padre omnipotente y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació del Espíritu Santo y de María Virgen. Con estas tres proposiciones se destruyen los ardides de casi todos los herejes. Pues cuando se cree en Dios Padre omnipotente, se demuestra que el Hijo es coeterno igual que él, en nada diferente del Padre, porque es Dios de Dios, omnipotente del omnipotente, coeterno nacido del eterno, no posterior en el tiempo, ni inferior en poder, ni desigual en la gloria, ni separado en la esencia. Es, sin embargo, el mismo unigénito sempiterno de un Padre sempiterno, nacido del Espíritu Santo y de María Virgen. Este nacimiento temporal no le menoscabó en nada el nacimiento divino y sempiterno, no le añadió nada, sino que se lo consagró todo para reparar al hombre que había sido engañado, para vencer también a la muerte y con su poder vencer al diablo, que tenía el poder de la muerte. Pues nosotros no habríamos podido vencer al autor del pecado y la muerte, si él, a quien el pecado no pudo contaminar ni la muerte detener, no hubiera asumido nuestra naturaleza y la hubiera hecho suya. Él ha sido, por tanto, concebido del Espíritu santo dentro del seno de la Virgen madre, quien lo dio a luz sin perder la virginidad, igual que lo concibió quedando a salvo su virginidad...

Así pues el Hijo de Dios entró en esta parte más baja del mundo, descendiendo de la sede celestial, sin apartarse de la gloria paterna, engendrado en nuevo orden, en un nuevo nacimiento. En un nuevo orden, porque quien es invisible en su naturaleza, se ha hecho visible en la nuestra; siendo incomprensible, quiso ser comprendido; existiendo antes de los tiempos, empezó a existir en el tiempo; siendo señor del universo, tomó la forma de siervo, velada la inmensidad de su majestad; Dios impasible, no desdeña ser un hombre pasible, y, siendo inmortal, el someterse a las leyes de la muerte. También con un nuevo nacimiento, pues una virginidad inviolada que no conoció la concupiscencia, le suministró la carne material; de su madre recibió el Señor la naturaleza, no la culpa; y puesto que en nuestro señor Jesucristo, nacido del seno de la Virgen, su nacimiento es admirable, así es diferente en su naturaleza de nuestro nacimiento. Quien es verdadero Dios es también verdadero hombre; no hay en esta unidad ninguna mentira, pues se dan juntamente las dos cosas: la humildad del hombre y la dignidad de la divinidad. Pues así como en cuanto Dios no sufre mutación por su misericordia, lo mismo en cuanto hombre no sufre mengua en su dignidad. Cada una de las dos formas actúa en comunión con la otra en lo que le es propio: el Verbo operando en lo que es propio del Verbo, y la carne realizando lo que es propio de la carne. El primero resplandece con los milagros, la otra sucumbe a las injurias. Y del mismo modo que el Verbo conserva la igualdad en la gloria del Padre, del mismo modo la carne no pierde la naturaleza que le es propia. Así pues uno solo y el mismo es verdaderamente Hijo de Dios y verdaderamente hijo del hombre.

Carta a Flaviano, ep. 28, 8-9.16-20,
trad. S. García Rodríguez.

Un siglo después, en Italia, dos personas se esfuerzan por mantener el contacto con Oriente y preservar la herencia cultural: Boecio y Casiodoro.

Boecio (480-524), Romano, iniciado en la filosofía y en la literatura griega en Alejandría, fue trágicamente impedido en su proyecto de traducir a Platón y Aristóteles, y ejecutado por orden de Teodorico. Nos ha legado su célebre ***Consolación de la Filosofía,*** escrita en la prisión.

BOECIO

Consolación de la Filosofía

De la misma manera, ahuyentados ya los nubarrones de mis ojos, me extasié con la luz del cielo y dirigí mi mente a descubrir el rostro de mi médico. Volví mis ojos hacia ella y la miré fijamente. Pude reconocerla como mi antigua nodriza, la que desde mis años de adolescente me había recibido en su casa, la Filosofía.

-"¿Y cómo es que tú -le dije-, maestra de todas las virtudes, has caído del alto cielo para venir a la soledad de mi destierro? ¿Acaso tú también, como yo, quieres ser acusada de falsos crímenes?"

-"¿Podría yo dejarte, hijo mío? -respondió ella-. ¿Por qué no podría compartir contigo la carga que a causa del odio a mi nombre cayó sobre ti? No, la Filosofía no podía dejar solo en su camino al inocente. ¿Podía yo temer ser acusada? ¿O sobrecogerme de espanto como si hubiera de suceder algo sin precedentes? ¿Crees que es la primera vez que las malas costumbres hostigan a la sabiduría? ¿Es que entre los antiguos, en tiempos anteriores a mi amigo Platón, no sostuve duros combates contra la sinrazón de los necios? Y cuando vivía Platón, ¿no quedó triunfante su maestro Sócrates, con ayuda mía, de una muerte injusta? Luego, la chusma de los epicúreos, primero, y el populacho de los estoicos y demás sectas, después, hicieron cuanto pudieron por arrebatarme la herencia de la sabiduría que él había dejado.

"Y como trataran de arrebatarme parte de la presa a pesar de mis gritos y pataleos, rasgaron la túnica que yo había tejido con mis manos y, llevándose jirones de ella, se dieron a la fuga, creyendo que me había entregado totalmente a ellos. Luego aparecieron vestidos con los despojos de mi vestimenta, y la ignorancia creyó que eran familiares míos, llevando a error a algunos de los no iniciados en la prueba. Y si no ha llegado hasta ti el exilio de Anaxágoras, el envejecimiento de Sócrates, las torturas de Zenón (pues nada de esto tuvo lugar en tu pueblo), habrás podido conocer a los Canios, Sénecas y Soranos, cuya memoria no es ni tan vieja ni ta falta de celebridad. Lo que a éstos llevó a la muerte no fue otra cosa que haber sido educados en mis costumbres, que les parecían totalmente contrarias a las de los malvados.

"No ha de sorprenderte, por tanto, sentir en el mar de la vida los golpes de furiosas tempestades, ya que nuestro principal destino es no contentar a los peores. Éstos, a pesar de ser legión, son dignos de todo desprecio, pues no tienen una guía que les dirija, sino que, arrastrados por el error, van vagando sin orden y sin rumbo. Y si un día pretendieron entablar combate contra nosotros, nuestra guía hará retroceder sus huestes hasta la retaguardia, donde se ocuparán en apresar un miserable botín. Nosotros, en cambio, reiremos seguros desde lo alto, tras un foso infranqueable, al resguardo de los ataques de la chusma furiosa, viendo cómo lucha encarnizada por cosas despreciables.

Consolación de la Filosofía, libro I, prosa 3,1-13, trad. P. Rodríguez Santidrián, Alianza Editorial, Madrid, 2005, p. 38-40.

El senador **Casiodoro** (490-580), en un principio alto empleado del Estado, autor de dos obras históricas (*Crónica universal, Historia de los Godos),* acabó por retirarse a un monasterio privado, en **Vivarium,** en Calabria. Allí reúne una considerable biblioteca de autores cristianos y profanos y destina a los religiosos a la transcripción de los textos. Su libro *Las Instituciones* suministra directrices para la copia de los manuscritos y redacta el catálogo bastante exacto de la biblioteca.

El papa **Gregorio Magno** (540-604), el último de los Padres latinos, procedía de una familia senatorial; primero fue prefecto de Roma, luego terminó por renunciar al mundo para consagrarse a la vida contem-

plativa. Ordenado diácono, luego enviado como nuncio a Constantinopla, donde ni siquiera aprende el griego, Gregorio es elegido papa en el 590, y "da al mundo un modelo perfecto de gobierno eclesiástico" (Bossuet), administrando el rico patrimonio de la Iglesia romana, que se convertirá en los "Estados pontificios". Hace esfuerzos por imponer su autoridad a todo el mundo cristiano y también se preocupa igualmente por enviar a Inglaterra un monje misionero, Agustín. Es considerable su correspondencia (ochocientas cincuenta cartas).

A pesar de su salud precaria, que evoca en su predicación, se consagra con ardor a su tarea apostólica en la escuela de Cipriano y sobre todo de Agustín. Sus *Homilías sobre los evangelios* expresan en un lenguaje sencillo y popular la calidad de su vida interior y la preocupación por su acción pastoral.

Los *Comentarios morales sobre el libro de Job* y las *Homilías sobre Ezequiel,* destinados a los monjes, su *Regla pastoral,* libro de cabecera del presbítero, son clásicos, los más transcritos en la época medieval, y se encuentran en todas las bibliotecas que se precian. Gregorio limita su exégesis a la alegoría y a consideraciones espirituales. Con Gregorio ha nacido la Edad Media.

GREGORIO MAGNO

Consejos a Agustín, monje misionero en Inglaterra (601)

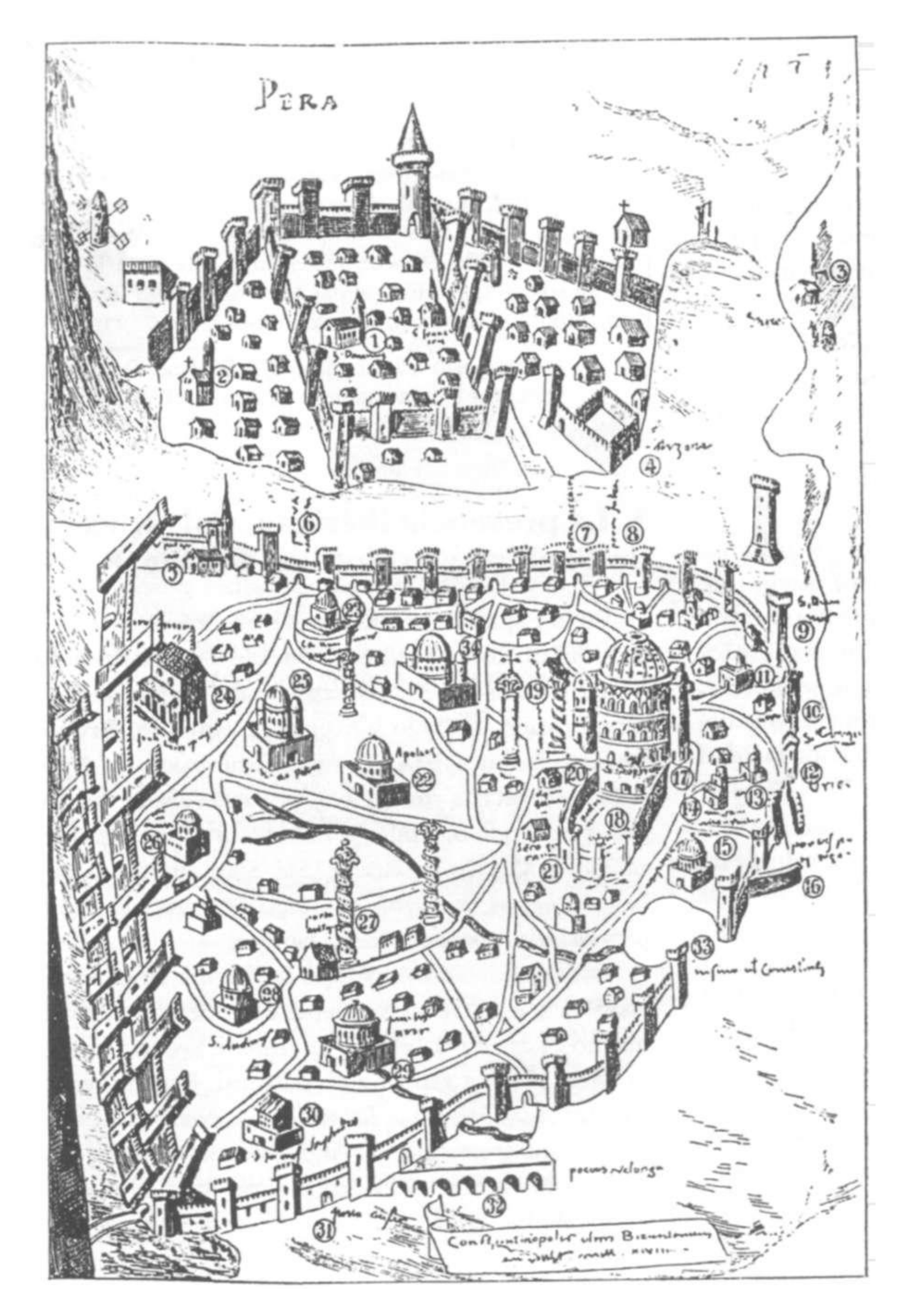
> Que se derribe el menor número posible de templos paganos y que sólo se destruyan los ídolos, que se rocíen de agua bendita, que se levanten altares y que se pongan reliquias en los edificios para que, si los templos son de buena construcción, se cambie simplemente su objetivo, que era el culto a los demonios, para que en adelante se adore allí al verdadero Dios. Así el pueblo, al ver que no se destruyen sus lugares de culto, olvidará sus errores y, adquiriendo el conocimiento del verdadero Dios, vendrá a adorarle en los mismos sitios en que se reunían sus antepasados. Y como tenían la costumbre de sacrificar un gran número de bueyes en honor de los demonios, no hay que cambiar en nada sus costumbres de los días de fiesta; así, en el aniversario de la dedicación o en las fiestas de los santos mártires cuyas reliquias reposan en la iglesia, que levanten chozas ligeras de ramas alrededor de la iglesia, como hacían alrededor de los templos paganos, y que celebren la fiesta con banquetes religiosos [...]. Permitiéndoles así exteriorizar su alegría del mismo modo, se les llevará más fácilmente a conocer el gozo interior, pues no cabe duda de que es imposible quitarlo todo de un solo golpe a unas almas tan frágiles. No se sube a una montaña saltando, sino con pasos lentos.

Gregorio Magno, *Carta* XI, 56, trad. Comby, J., "Para leer la historia de la Iglesia" 1., EVD, Estella, 2005, p. 129.

3. La presencia ibérica y visigótica, de Paciano a Isidoro de Sevilla

En la España romana surgieron varios escritores de calidad, como el obispo **Paciano de Barcelona** (muerto antes del 392), **Gregorio de Elvira,** su contemporáneo, teólogo y exegeta estimable, **Orosio** (muerto después del 418), cuya *Historia contra los paganos* está escrita con un tono poco mesurado, **Apringio** (+ 551) que compuso un *Comentario sobre el Apocalipsis* y **Martín de Braga** (515-580), un monje que llegó a obispo, que sabía el griego y era uno de los espíritus más cultivados de su tiempo.

Isidoro (560-636), obispo de Sevilla en la época visigótica, está frecuentemente considerado como el último Padre de la Iglesia. Es uno de los principales artífices de una renovación cultural. Espíritu enciclopédico, redactó las *Etimologías,* compilación de todo el saber profano y religioso de su tiempo, uno de los libros más leídos, de los más copiados en la Edad Media, época de la que él, a su manera, es el precursor.



Constantinopla, hacia el 1420, según Buondelmonte

1. San Francisco
2. Santo Domingo *(Arab-Djami)*
3. Scutari
4. Arzena *(Caviar-khan)*
5. Blachernes
6. Puerta de Blachernes
7. Puerta Piscaria
8. Puerta judía
9. San Demetrio
10. San Jorge de los Manganos
11. San Lázaro
12. Oriente
13. San Miguel
14. Triclinio de Justiniano
15. Receptaculum fustarum *(Hadriga-liman)*
16. Puerto de Bucoleon
17. Santa Sofía
18. Hipódromo
19. Estatua ecuestre de Justiniano sobre el *Augusteon*
20. Palacio de Kathisma
21. Scro qu rranon(¿)
22. Santos Apóstoles
23. Estatua de Miguel Paleólogo
24. Palacio imperial *(Tekfour Serail)*
25. San Juan in Petra
26. San Mam(és)
27. Puerta antigua
28. San Andrés
29. Santa María Periblepta
30. San Juan de Studios
31. Puerta de oro
32. *Vlanga Bostan*
33. Arsenal y escalera de Kontoslion
34. El Pantocrator

II. EL ORIENTE CRISTIANO

Lo primero que llama la atención en Oriente es la continuidad entre los siglos V y VI con la época que les precede. Los períodos se siguen armoniosamente sin ruptura entre la Antigüedad y la Edad Media. Frente a la dispersión occidental, se erige el poder monolítico del emperador de Oriente. **Justiniano,** heredero de Constantino y de Teodosio, está preocupado por reconquistar el imperio para Cristo.

El emperador se considera responsable ante Dios tanto del bien espiritual como del bien temporal del pueblo cristiano. De ahí la interpretación de los dos poderes, hasta el punto de que la voluntad imperial es la que nombra o depone a los obispos y a los patriarcas. La autoridad del príncipe pesa fuertemente sobre las decisiones del concilio de Constantinopla II (553). Justiniano tiene la ventaja temible de ser competente en teología.

Los teólogos bizantinos son conscientes de que prolongan la tradición teológica y cultural de los siglos precedentes y de beber en las mismas fuentes escriturarias y patrísticas.

Las ***Cadenas,*** comentarios seguidos de la Escritura con ayuda de citas patrísticas, explotan la misma herencia. Las primeras se deben a **Procopio de Gaza** (465 -muerto después de 530), donde enseña retórica. Hay, pues, en Oriente más madurez que decadencia.

Los dos concilios, el de **Éfeso** (431) y el de **Calcedonia** (451) responden con claridad, el primero al nestorianismo al afirmar la unidad de Cristo, el segundo al monofisismo, atestiguando las dos naturalezas distintas en Jesús. Estos concilios, sin embargo, no pusieron fin a las controversias, que, resurgiendo bajo nuevas formas, como el monotelismo, se perpetúan y cristalizan. Las Iglesias orientales están ya divididas en monoñsitas y nestorianas.

En Oriente el monacato continúa funcionando como catalizador, para mantener en una sociedad tibia la pureza y el rigor evangélicos, para mantener la economía de las poblaciones rurales y su apertura a una asistencia social: la diaconía. El monacato desarrolla una teología espiritual, tributaria de Orígenes, al tiempo que el exegeta de Cesarea se convierte en una manzana de discordia. Conflicto que terminará con la condenación de las tesis origenistas, en el concilio de **Constantinopla II** (553).

Entre las grandes obras de este período protobizantino citemos, en el siglo V, los *Opúsculos ascéticos* de **Marcos el monje,** el *Comentario al Cantar* y la *Pobreza voluntaria* de **Nilo de Ancira** o los *Cien capítulos sobre la perfección espiritual* de **Diádoco de Fótice;** en el siglo VI, el centenar de historietas del *Prado espiritual* por **Juan Mosco,** la correspondencia de **Doroteo** con **Barsanufo, Juan** o **Dositeo de Gaza,** o la *Creación del mundo* de **Juan Filopón,** la *Topografía cristiana* de **Cosmas Indicopleustes;** en el siglo VII, las *Odas* de **Sofronio de Jerusalén** o la *Escala del paraíso* del Sinaíta **Juan Clímaco.**

Entre estos autores hay cuatro que merecen una mención especial: el Pseudo-Dionisio, Romano el Méloda, Máximo el Confesor y Juan Damasceno.

1. El Pseudo-Dionisio

Autor anónimo del final del V o principios del VI, que se oculta bajo el pseudónimo del Areopagita (ver Hch 17,34) y que los investigadores no han llegado a identificar hasta el presente. Originario de Siria, discípulo del neoplatonismo y de Proclo, dependiente de Gregorio de Nisa, el Pseudo-Dionisio escribió principalmente un grupo de cuatro obras: los *Nombres divi-*

nos, la *Teología mística,* la *Jerarquía celeste,* la *Jerarquía eclesiástica.* Estas obras analizan alternativamente los atributos de Dios, causa primera y ñn de todas las cosas. Dios está rodeado por la jerarquía de los espíritus celestes, agrupados en tríadas, reproducidos en la Iglesia en los tres sacramentos de iniciación, los tres grados de los ministerios, los tres estados de vida (monjes, fíeles, imperfectos). La *Teología mística* describe la ascensión a Dios, hasta la contemplación extática.

El corpus dionisiano, a partir de **Hilduino** (833) y sobre todo de **Juan Escoto,** también llamado **Juan Erígena** (858), conoció en Occidente catorce traducciones latinas. Impregna toda la teología medieval, desde los Victorinos a santo Tomás y San Buenaventura y hasta los místicos renanos, a los que facilita el acceso al patrimonio teológico de Oriente.

2. Romano el Méloda (+ 556)

La aportación de Romano el Méloda, nacido en Emesa y muerto en Constantinopla, es principalmente lírica y litúrgica. Compuso un millar de himnos una parte de los cuales es utilizada por la liturgia bizantina. El más célebre es probablemente el *Acathistos* ("cantado de pie"), en honor de la Virgen. Es un clásico de la lírica cristiana.

ROMANO EL MÉLODA

Pasión

La tiranía del odio ha quedado rota, las lágrimas de Eva, secadas por tu Pasión, amigo de los hombres, Cristo Dios: en ella la muerte es regenerada; por ella el ladrón encuentra asilo. Sólo Adán exulta.

¡Sobrecógete hoy de estupor, oh cielo! ¡Tierra, húndete en el caos! No te arriesgues, sol, a contemplar a tu dueño sobre el madero del que él pende de buen grado. Que los peñascos se hiendan, porque la roca de la vida está en este instante magullada por los clavos. Que se rasgue el velo del templo, pues el cuerpo del Señor ha sido traspasado por una lanza de los criminales. En fin, que toda la creación, ante la Pasión del Creador, se estremezca, gima: exulta solamente Adán.

Tú has tomado, mi Salvador, mi condición para que yo tenga acceso a la tuya. Tú has aceptado la pasión, para que yo ahora desprecie las pasiones; tu muerte me ha hecho revivir. Tú has sido colocado en el sepulcro, y para morada tú me has dado el don del paraíso. Al descender al fondo del abismo, tú me has exaltado; al destruir las puertas del Infierno, tú me has vuelto a abrir las puertas celestiales. Sí, tú has sufrido todo a causa del caído, tú has soportado todo por la exultación de Adán.

Trad. J, Grosdidier de Matons,
"Sources chrétiennes", 128, p. 205.

3. Máximo el confesor (580-662)

Es el teólogo griego más importante del siglo VII, último pensador original y creador de la Iglesia bizantina.

Después de una carrera pública, se convierte a la vida monástica, lucha eficazmente contra el monotelismo (que no admitía en Cristo más que una voluntad). Condenado en el concilio de Letrán (649), tiene la lengua y la mano derecha cortadas (de ahí su título de "confesor") y muere en el exilio. Autor fecundo, ecléctico en sus fuentes griegas (Aristóteles y el neoplatonismo), sus once *Tratados y cartas dogmáticas* combaten el monotelismo. Entre sus obras ascéticas tenemos que citar el *Libro ascético, Cuatro centurias sobre la caridad* y la *Mystagogia* que traza el camino de la perfección.

MÁXIMO EL CONFESOR

Segunda centuria sobre la caridad

El que ama a Dios sinceramente ora con todo recogimiento. El que ora con completo recogimiento ama verdaderamente a Dios. Pero no ora sin distracción el que guarda su alma firmemente unido a cualquier objeto terreno. Por tanto, no ama a Dios el que tiene su alma sujeta a cualquier cosa de la tierra.

El alma que necesita fijar su atención por mucho tiempo en un objeto sensible es señal de que alguna pasión allí le retiene apegado: codicia, tristeza, cólera, rencor... Hasta que no acabe con ese objeto no podrá liberarse de la pasión.

Las pasiones que subyugan el alma la sujetan a objetos materiales, la separan de Dios y la sumergen del todo en lo material. Pero si el amor de Dios toma la delantera, la libra de esas ataduras, rompe sus lazos y la induce a pensar no sólo en cosas del sentido; también en nuestra vida pasajera.

El fin de los mandamientos es simplificar el pensamiento que tengamos de las cosas. El propósito de la lectura y contemplación es hacer que el alma quede limpia de materia y forma. De ahí resulta la oración de recogimiento sin distracción.

Para librar de las pasiones el alma tan perfectamente que pueda orar sin distracción no es suficiente la vida activa, si ésta no va seguida de otras contemplaciones espirituales: la acción realmente libra al alma de la incontinencia y del odio. La contemplación arranca el olvido y la ignorancia. Liberado de este mal será posible orar como es debido.

En la cima de la oración pura se distinguen dos estados: uno para los activos y otro para los contemplativos. El primero está en el alma como resultado del temor de Dios y firme esperanza. El segundo muestra el fervor del amor divino y la purificación total. Señales del primer estado son: recogimiento espiritual, dar de mano a los pensamientos del mundo, considerando que Dios está presente, pues en realidad lo está. Surge entonces la oración sin distraerse y sin turbarse. Señales del segundo estado son: el alma embelesada por la infinita luz de Dios en el impulso mismo de la oración. Estado inconsciente del alma ensimismada ignorando otros seres, excepto aquel que por la caridad produce en el alma esta iluminación. Entonces también, atraídos por los atributos de Dios, recibe de él impresiones puras y profundas.

Se agarra uno sin reserva a lo que ama; menosprecia todo obstáculo con temor de que le priven de ello. El que teme a Dios cultiva la oración pura y rechaza toda pasión que le sirve de impedimento.

Al que arroja de sí el egoísmo, fuente de la pasión, no le costará mucho con la ayuda de Dios deshacerse de la ira, tristeza, rencor, etc. Pero el que esté bajo el control del egoísmo será unido aun sin quererlo por cuanto de él se deriva. Se considera aquí el egoísmo como pasión corporal.

Cinco son los motivos laudables por los cuales un hombre puede amar a los demás. Primero por amor de Dios; así el virtuoso que ama a todo el mundo, o el que, no siendo virtuoso todavía, ama a una persona honrada. Segundo, por instinto natural, así como los padres aman a sus hijos y reciben su amor. Tercero, por vanidad. El que es alabado ama a quien le alaba. Cuarto, por codicia: se ama al rico por dinero que de él se recibe. Quinto, por amor al placer; es el caso de quienes no tienen más aspiración que comer y beber, siendo esclavos del placer sexual. El motivo primero es bueno, el segundo indiferente. Los otros están viciados por la pasión.

Detestas a uno, a otro no amas ni le odias; a un tercero le amas con moderación, a otro amas intensamente. Reconoce por estas diferencias que estás lejos del amor perfecto, cuyo propósito es amar a todos los hombres por igual.

"Apártate del mal y haz el bien" (Sal 37,27). Esto quiere decir: combate de tus enemigos las pasiones para tenerlas a raya; ejercítalas en la moderación para que puedas dominarlas. Dicho con otras palabras: trabaja por adquirir las virtudes y luego sé prudente para conservarlas. Esto es lo que significan las palabras "trabajar y orar" (Gn 2,15).

Aquellos a quienes Dios permite sean probados excitan el poder concupiscible del alma, otros la furia del irascible, otros oscurecen la razón, abruman el cuerpo con dolores o le embaucan con bienes materiales.

Los demonios nos tientan ellos mismos o por equipos de hombres sin temor de Dios, armados contra nosotros, si vivimos en soledad como el Señor en el desierto. Se sirven de los hombres si vivimos en sociedad, como Jesús entre los fariseos. Pero nosotros, fijos los ojos en nuestro modelo, rechazamos los dos frentes.

Segunda centuria sobre el amor, 1-13,
trad. de T. H. Martín "Dos Héroes de la caridad",
BAC (CE, 27), Madrid, 2005, p. 41-43.

4. Juan Damasceno (640-749)

Juan era originario de Damasco. Cierra de ordinario la era patrística. Primero fue un funcionario imperial de alto rango; luego se retiró al monasterio de San Sabas, próximo a Jerusalén, que todavía existe, y donde reposa; murió pasados los cien años.

La *Fuente del conocimiento,* el más conocido de sus escritos, varias veces retraducido al latín, proporciona en tres partes una iniciación a la filosofía, una historia de las herejías y finalmente una exposición sintética de la fe cristiana en la que cita abundantemente a los Padres griegos.

El Discurso sobre las imágenes, que tuvo tres versiones sucesivas, establece el fundamento correcto de este culto. Los *Paralelos sacros,* llamados así porque expone los vicios y las virtudes dispuestos por parejas, quizás compuestos por él mismo, proporcionan una amplia antología de más de cinco mil textos, sacados de la Escritura y de los Padres, trazando el camino a los numeroso florilegios damascenos que de él se han derivado.



Monasterio de San Sabas, en Judea.

Conclusión

Una mirada retrospectiva sobre la era patrística nos muestra con claridad que nos encontramos en presencia de un pensamiento que crece al aire libre, elaborado en la acción, por pastores responsables de las iglesias. De ahí la prioridad dada a la predicación y a la evangelización. Esto es manifiesto en los dos genios más sorprendentes, Orígenes y Agustín.

Esta primacía de la acción pastoral es característica tanto de Oriente como de Occidente, con algunas consonancias diferentes. Analizado esquemáticamente, el genio de los escritores orientales es intuitivo, especulativo, lírico, místico; el de los occidentales, es jurídico, pragmático, moral, conciso. Los teólogos griegos ponen el acento en la grandeza del hombre, la teología africana e ibérica sobre su caída (excepto Tertuliano). Los primeros desarrollan la divinización del cristiano, los segundos su retribución. Pero habría que matizar, distinguir las personas, las áreas geográficas y culturales.

El devenir de los acontecimientos, la miopía y la pasión de los hombres, la deriva política de la historia han resquebrajado poco a poco la *Unam sanctam,* desgarrado la túnica sin costura. El drama, durante un tiempo localizado en África, se ha apoderado de toda la Iglesia, separado Oriente de Occidente, empobrecido a todos los discípulos de Cristo, en búsqueda de aquí en adelante de la unidad perdida.

EL ETERNO COMIENZO DE LA IGLESIA

Como lo anotaba un día el padre de Lubac, no hay renovación ni profundización en la Iglesia fuera del estudio de sus fuentes, en primer lugar de los Padres. En este sentido se puede decir que hoy existe una renovación en la Iglesia en la medida en que constatamos una renovación de los estudios patrísticos. De hecho esta renovación existe, tímida, localizada, pero real.

Si nos preguntamos por qué este interés por los Padres, aun cuando quizás deploramos un retroceso de los estudios escolásticos, yo creo descubrir varias causas.

1. Los Padres están próximos a los orígenes

Este primer punto es muy importante. Los Padres están más próximos a los orígenes cristianos que nosotros. No se trata sencillamente de una proximidad cronológica, sino de una proximidad psicológica y cultural. Sobre todo muchos de los Padres griegos viven en el medio cultural de la Biblia. Hablan el griego del Nuevo Testamento. Basta con leer los comentarios latinos y griegos del *Pater* para darse cuenta con qué finura, con qué precisión leen el texto del Nuevo

Testamento un Juan Crisóstomo o un Teodoro de Mopsuestia. Los dos traducen no como los Padres latinos "Perdónanos nuestras ofensas como nosotros perdonamos", sino según el texto griego que lleva un aoristo: "Perdónanos nuestras ofensas como nosotros hemos perdonado nuestras ofensas." Toda una teología se desprende de esta diferencia de traducción.

Lo que nos desconcierta al leer la Biblia y los Padres, es precisamente la diferencia cultural que existe entre nuestro tiempo y el tiempo pasado. Ahora bien este problema no se plantea a los Padres. Por este motivo sus comentarios de la Escritura mantienen un gran interés para nosotros. El griego de los Setenta y del Nuevo Testamento es la lengua que ellos hablan, que ellos comprenden, el medio cultural de un Pablo es el mismo que conocen Basilio de Cesárea y Juan Crisóstomo.

2. Los Padres son pastores

Los Padres no han escrito para proporcionarnos un material con el que hacer tesis de doctorado, sino para instruir, guiar, corregir a su rebaño. Yo creo que un cierto fastidio respecto de los maestros medievales proviene de que éstos han elaborado su teología en los laboratorios universitarios.

Los Padres, por el contrario, son casi todos obispos. Sus escritos, fuera de la polémica exigida por la controversia, son sermones, libros de exhortación, cartas, para guiar y aclarar a sus fieles. De ahí su estilo directo, sus doctrina existencial, preocupada no por construir un hermoso sistema, sino por ayudar a las almas a encontrar el camino de la salvación.

Tomemos un ejemplo: san Agustín. He aquí un espíritu especulativo que, una vez convertido, no reclamaba otra cosa que encontrar la soledad para orar, reflexionar y escribir. Dios quería de él otra cosa. Llega a ser, a regañadientes, presbítero y luego obispo de Hipona. La mayor parte de la vida de este genio excepcional está consagrada a su pequeño pueblo de Hipona. Su tarea de obispo es abrumadora: predicación, catequesis, administración, tribunal: este es su trabajo de todos los días.

¿Qué va a hacer? ¿Escribirá por un lado libros doctos, por el otro los divulgará entre la gente sencilla, proporcionándoles un pequeño sermón moralizante? No. Él se esforzará por poner toda la teología, e incluso el misterio de la Trinidad, al alcance de este pequeño pueblo. Porque no existen dos pesas o dos medidas, no existe tampoco una teología de los sabios y una fe de los sencillos, sino una sola revelación que primeramente se dirige "a los humildes y sencillos".

Esta teología directa, concreta, adaptada a todos y, lo que es más, fruto no de una especulación sino de una experiencia espiritual, tal es la riqueza que da a la patrística su peso en oro. Este valor de vida y de experiencia espiritual es el que encontramos en Hilario, en Gregorio de Nisa sobre todo, y que marca el camino de toda reflexión teológica y de toda vida sacramental, encaminándolos hacia la experiencia espiritual y mística.

3. Los Padres de una Iglesia ecuménica

Otro elemento, particularmente sensible para nosotros hoy, que nos tomamos en serio el problema ecuménico, es que los Padres son testigos de una Iglesia todavía una. La Iglesia de Ambrosio y de Gregorio Nacianceno no es ni griega ni latina; es la Iglesia, la "gran Iglesia". Se comunica de Oriente a Occidente. Casi todos los Padres latinos hasta Agustín, que abre una nueva etapa, leen y emplean las riquezas griegas. Veamos la influencia que ejerce Orígenes sobre Ambrosio. Éste lo parafrasea frecuentemente.

Esta participación permanente no se limita únicamente a los textos y a los libros, sino también a los

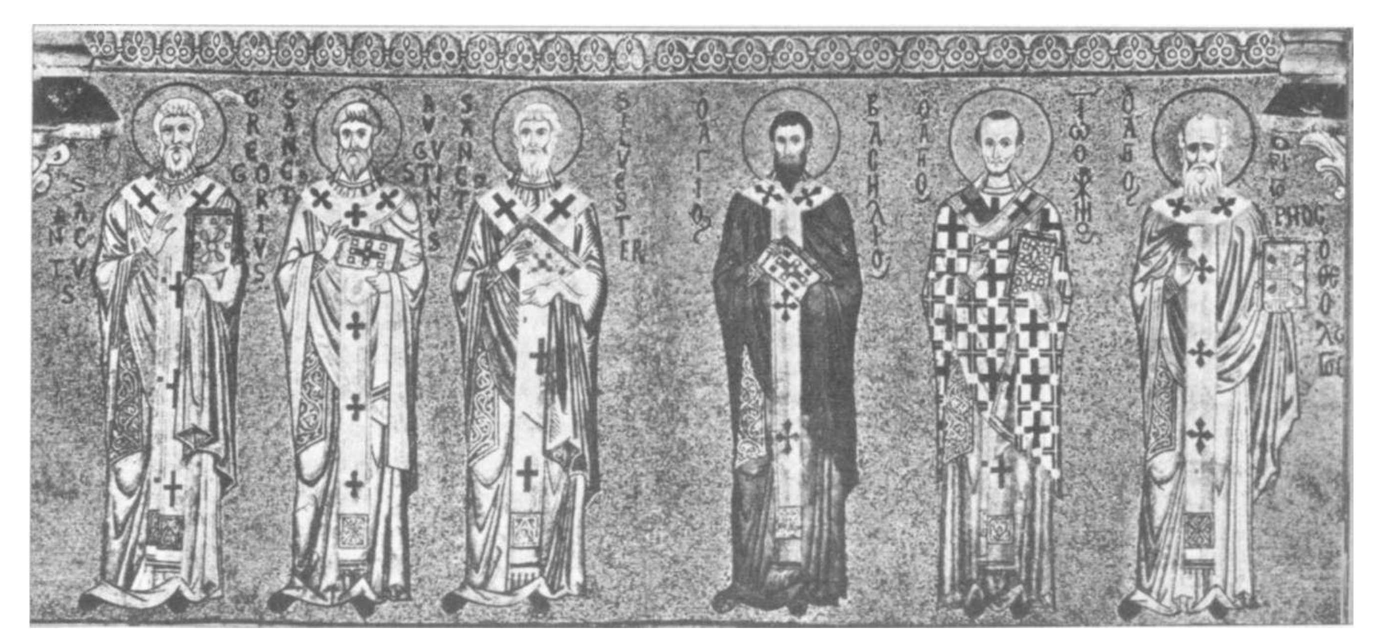
acontecimientos de la vida. No hay una necesidad, una desgracia de Oriente a la que Roma no aporte remedio. Conservamos la carta de felicitación de Basilio cuando se entera del nombramiento de Ambrosio para la sede de Milán. Una misma corriente, una misma vida se desarrolla desde Ravena y Lyon hasta Alejandría y Antioquía, pasando por Cartago y por Constantinopla.

Oriente aporta sus propias riquezas, su vocabulario más filosófico, su presentación teológica más ontológica, su concepción optimista de la fe. Occidente es más jurídico, se inspira en la lengua del derecho para forjar su lenguaje teológico. Menos especulativo, el pensamiento latino es más concreto, más moral y también más pesimista, lo que pone de manifiesto sobre todo la crisis pelagiana; se trata de temperamentos diferentes, y esta variedad, que es la riqueza del pensamiento patrístico, respeta siempre la unidad y la integridad de una misma y única fe.

Todos nos enseñan "el esfuerzo de creación audaz", condición de verdadera fecundidad espiritual.

Es evidente que la Iglesia latina, al separarse de Oriente, se ha empobrecido terriblemente en todos los aspectos: teológicamente, espiritualmente, litúrgicamente. Basta con recordar el concilio Vaticano II y el malestar de los obispos católicos de Oriente, para calibrar cómo Occidente terminó por actuar, reflexionar y a veces por legislar de una manera local, regional, y ya no universal, ecuménica. No puede producirse una vuelta de nuestros hermanos ortodoxos más que mediante la profundización en este patrimonio común, y mediante una ampliación de nuestro horizonte occidental hasta Oriente.

Un ejemplo sencillo. Nuestros misioneros impusieron en África una liturgia, a fin de cuentas relativamente reciente, inadaptada a la sensibilidad de estos pueblos, a sus medios de expresión, mientras que en esta misma tierra de África existía desde el siglo III una liturgia "africana" bien adaptada, que ha demostrado su capacidad en Etiopía. Bastaría con recordarlo. Se dice con frecuencia que los Franceses ignoran la geografía. Pero no son los únicos.



Padres griegos y latinos juntos (de izquierda a derecha): Los Latinos: Gregorio Magno, Agustín y el papa Silvestre: los Griegos: Basilio, Juan Crisóstomo y Gregorio el Teólogo (de Nacianzo). Mosaico del coro de la catedral de Cefalú en Sicilia. Siglo XII



Basilio, *Tratado del Espíritu Santo,*
Ed. de los Mauristas, París, 1730, t. III.

Letra inicial grabada por J. Lebas, p. 1; pasaje que cita el *Phós hilaron,* con traducción de Erasmo a la derecha, p. 62.

Porro quod alioqui fortassis humilius foret, quam ut in medium adducatur, sed ei tamen qui de novitate accusatur, perutile propter temporis antiquitatem, hoc quoque nunc adjicimus. Visum est patribus nostris, vespertini luminis gratiam haudquaquam silentio accipere, sed mox ut apparuit agere gratias. Quis autem fuerit auctor illorum verborum, quæ dicuntur in gratiarum actione ad lucernas, dicere non possumus. Populus tamen antiquam profert vocem, neque cuiquam umquam visi sunt impietatem committere, qui dicunt, *Laudamus Patrem & Filium & Spiritum sanctum Dei.* Quod si quis etiam novit Athenogenis hymnum, quem tamquam aliquod amuletum discipulis suis reliquit, festinans jam ad consummationem per ignem; is novit & martyrum sententiam de Spiritu. Et hæc quidem hactenus.

ὃ δὲ ἄλλως μὲν ἴσως μικροπρεπὲς ἦν εἰς μέσον ἀγαγεῖν, τὴν δὲ καινοτομίαν ἐγκαλουμένῳ ἀναγκαῖον εἰς μαρτυρίαν διὰ τοῦ χρόνου τὴν ἀρχαιότητα, τοῦτο δὴ καὶ προσθήσω. ἔδοξε τοῖς πατράσιν ἡμῶν μὴ σιωπῇ τὴν χάριν τοῦ ἑσπερινοῦ φωτὸς δέχεσθαι· ἀλλ' εὐθὺς φανέντος εὐχαριστεῖν. καὶ ὅς τις μὲν ὁ πατὴρ τῶν ῥημάτων ἐκείνων τῆς ἐπιλυχνίου εὐχαριστίας, εἰπεῖν οὐκ ἔχομεν· ὁ μέντοι λαὸς ἀρχαίαν ἀφίησι τὴν φωνήν, καὶ οὐδενὶ πώποτε ἀσεβεῖν ἐνομίσθησαν οἱ λέγοντες· αἰνοῦμεν πατέρα, καὶ υἱόν, καὶ ἅγιον πνεῦμα Θεοῦ. εἰ δέ τις καὶ τὸν ὕμνον Ἀθηνογένους ἔγνω, ὃν ὥσπερ τι ἀλεξιτήριον, τοῖς συνοῦσιν αὐτῷ καταλέλοιπεν, ὁρμῶν ἤδη πρὸς τὴν διὰ πυρὸς τελείωσιν, οἶδε καὶ τὴν τῶν μαρτύρων γνώμην ὅπως εἶχον περὶ τοῦ πνεύματος. καὶ ταῦτα μὲν εἰς τοσοῦτον.

Anexos

ANÁLISIS DE UN TEXTO:
El *Phós hilaron*

¡Oh luz gozosa de la santa gloria
del Padre celeste e inmortal, santo
y feliz, Jesucristo!

Al llegar al ocaso del sol,
y, viendo la luz vespertina,
alabamos a Dios: Padre, Hijo
y Espíritu Santo.

Tú eres digno de que en todo tiempo
se te cante con voces santas,
oh Hijo de Dios, que nos das la vida,
por eso el universo proclama tu gloria.

Entre los testimonios como los de Clemente de Roma e Ireneo, Orígenes y Gregorio el Taumaturgo que atestiguan la experiencia de la vida "en el Espíritu", Basilio cita también en su *Tratado del Espíritu Santo* (29,73) la antigua oración de la tarde, empleada de nuevo hoy en la liturgia: el *Phós hilaron:* "Luz gozosa".

Veamos cómo el obispo introduce la oración del lucernario del que él solamente cita un extracto y que damos en su totalidad:

"Pero lo que en otras circunstancias carecería de importancia que se trajera a cuento, para mí, a quien acusan de innovador, es de necesidad que aduzca precisamente eso, por su antigüedad.

A nuestros Padres les pareció bien no recibir en silencio la luz del lucero vespertino, sino empezar a dar gracias tan pronto como aparece. Y quién sea el padre de esas palabras de la acción de gracias del lucernario, no podemos decirlo. Pero el pueblo, sin embargo, pronuncia la antigua fórmula y a nadie se le ocurrió jamás pensar que estaba cometiendo una impiedad cuando decía: "¡Nosotros alabamos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo de Dios!".

I. EL TEXTO TRANSMITIDO

La acción de gracias del lucernario o *Phós hilaron,* cuya doxología trinitaria cita Basilio, ha sido descubierta en un manuscrito del siglo II o III y editada en 1815 por J.-F. Routh. Después ha sido repetidas veces publicada en diversas antologías hasta incluirla en las *Plegarias de los primeros cristianos,* que en 1952 la dio a conocer al público en general. Acaba de ser incluida en la Liturgia de las Horas.

La cita de Basilio sólo tiene una variante respecto del texto recibido: el verbo *ainoumen* (alabamos) en lugar de *hymnoumen* (cantamos). Basilio llama la oración literalmente "la acción de gracias a la luz de las lámparas". La liturgia del lucernario de los Griegos corresponde más o menos a nuestras vísperas. Se celebraba a la caída del día, que termina más pronto en Oriente, cuando los fíeles encendían los cirios y las antorchas. Tenemos un testimonio en la *Vida de Macrina,* 25, por Gregorio de Nisa.

II. ANÁLISIS DEL HIMNO

1. División

El himno se divide en tres estrofas de longitud desigual. La primera se dirige a Cristo, la segunda a la Trinidad, la tercera de nuevo al Hijo de Dios. Alternancia que relaciona el *Phós hilaron* con el *Gloria in excelsis.* Existen, pues, dos polos: uno crístico y otro trinitario.

No se trata de una simple yuxtaposición sino de una progresión, como demostrará el comentario. La primera estrofa se dirige a Cristo, enviado al Padre, la segunda lo contempla como Hijo, en el interior del misterio trinitario, la tercera contempla al Hijo de María en su filiación divina.

2. Temas dominantes

Las dos palabras que abren y cierran el himno expresan al mismo tiempo los dos temas que dominan la oración: luz, gloria.

Desde el principio se afirma el tema de la luz. Sirve de leitmotiv (v. 1,4-5). Está motivado tanto por la hora del día como por las lámparas encendidas, quizás como reacción frente al culto del sol. Veremos cómo los cristianos interpretan el simbolismo de la luz. Unido con el tema de luz, encontramos el de la gloria (v. 1,11) que abre y cierra el himno. Éste termina con la palabra gloria como un calderón. El tema bíblico ha sido ampliamente desarrollado por Basilio en su *Tratado del Espíritu Santo,* que permite precisarlo mejor.

La gloria es la propiedad de Dios, como el poder, la santidad, pero en principio y esencialmente del Padre *(Tratado del Espíritu Santo* 5,8; 13,29). El Hijo es "la irradiación" (Hb 1,3) de la gloria del Padre; es su manifestación más perfecta (Jn 1,14); esta gloria indivisa es común a las tres personas divinas *(Tratado del Espíritu Santo* 6,15).

Dar gloria a Dios -la doxología- significa reconocer y aclamar el misterio de Dios, que se ha descubierto a través de diversas manifestaciones y de su economía. Esto ya era cierto para los judíos, pero ahora lo es plenamente para los cristianos que han acogido al Hijo en el Espíritu.

La Iglesia y el cristiano dan, pues, gloria al Padre "en el Espíritu" *(Tratado del Espíritu Santo* 26,63) en el decurso del tiempo y se preparan para participar plenamente en su misterio (16,42). La doxología tiene, pues, un significado actual y a la vez escatológico.

3. Comentario

La primera estrofa entronca al Jesús de la historia y de la revelación, al Mesías prometido a Israel y a las naciones, con Dios su Padre. Dios Padre es descrito como "inmortal, celeste, santo". Afirmaciones que son tradicionales en san Pablo, en las confesiones de fe, en los himnos como el *Gloria.* Sería útil rebuscar los ejemplos en el Nuevo Testamento.

El tema de la luz expresa frecuentemente en la Escritura la revelación de Dios. Dios ilumina y salva (Sal 27,1; 36,10; 43,3; Mi 7,8; Is 60,19-20). Dios vuelve hacia el hombre la luz de su rostro y le otorga gozo y paz (Sal 4,7). Ver unas Concordancias.

El Mesías otorga la luz, tema querido a Israel. Él mismo es "la Luz de lo alto que ilumina" (Lc 1,79), "luz para iluminar a las gentes y gloria de su pueblo" (Lc 2,32). Este tema es orquestado tanto por san Juan como por san Pablo. En este último adquiere una iluminación pascual. -Buscar ejemplos.

Clemente de Alejandría llama a Cristo "sol del alma" *(Protréptico* VI, 68,4) y "sol de la resurrección". Por eso el cristiano, al orar, se vuelve hacia Oriente, de donde viene la luz. Clemente cita un fragmento del himno a Cristo, que se aproxima al *Phós hilaron* y sin duda alguna depende de *Efesios* 5,14:

... y Cristo Señor te iluminará;
es el sol de la resurrección,
el engendrado antes de la aurora,
el que regaló la vida con sus propios rayos luminosos.
(Protréptico IX,84,2).

La venida de Cristo trae la alegría (Lc 2,10) que la hace brotar por donde se manifiesta (Jn 8,56). Es un componente de su reino, resplandece igualmente a la vista de las obras y las maravillas de Dios (Lc 10,17 y 20; 13,17). Es un don del Espíritu (Ga 5, 22;Rm 14,17). Esta alegría proviene de que Jesús nos manifiesta a su Padre y nos introduce en su misterio, al hacernos sus hijos.

En la segunda estrofa, la puesta del sol, la luz evocan para el cristiano que el tiempo es don de Dios por el que hay que darle gracias; permiten también remontar desde Cristo hasta la gloria del Dios trino, origen y fin de toda la historia y término del itinerario de su pueblo.

Ante el día que muere, el cristiano contempla la luz que no muere, la luz eterna de Dios (1 P 1,4; 5,4), hacia el que dirige sus miradas y sus pasos. Como subraya Basilio en su tratado, las tres personas están aquí perfectamente coordinadas en un mismo y único misterio, término de toda la búsqueda de los hombres.

La tercera estrofa, como el *Gloria,* revierte a Cristo, clave de bóveda de toda fe y de toda oración, nuestro gran

Primogénito, para cantarle y contemplarlo en la gloria de Dios. Su filiación, de la que nos hace partícipes, hace surgir en nosotros la oración: "Ven al Padre" (Ignacio, *Carta a los Romanos* 7,2).

La estrofa repite la aclamación del Apocalipsis (4,11; 5,9-12): "Tú eres digno". Una especie de confesión de las obras de Cristo que motivan la alabanza y la oración. "Las voces santas". El adjetivo es a menudo aplicado al mismo Dios. San Pablo dice también (1 Tm 2,8) que elevamos a Dios en la oración "las manos santas". Lo que expresa a la vez la intensidad de nuestra confianza filial, de nuestra seguridad fundada en nuestra sumisión, y de nuestra espera.

Toda la misión de Cristo está resumida en una palabra "que nos da la vida" (comparar con el himno citado por Clemente de Alejandría). Tema joánico por excelencia (11,25; 14,6; 17,3). Vida inexpugnable, que no conoce ocaso y nos guarece en Dios, el Viviente.

La última estrofa se amplifica hasta todo el cosmos, como algunos salmos; es el eco de la oración de los cristianos. Las voces santas expresan el canto de toda la creación.

CÓMO LEER UN TEXTO

Hay que reconocer que en una primera lectura nos vemos desconcertados por un texto antiguo: diferencia de vocabulario, de cultura, de sensibilidad de las cosas. Nuestro libro ayudará a situar el texto en el contexto del autor y de su ambiente.

Hecho esto, siempre nos será útil esta sencilla cuadrícula.

1- leer lentamente y con interés el texto,
2- buscar el encadenamiento de las ideas,
3- despejar las palabras técnicas, difíciles, esenciales,
4- redactar una presentación de las ideas importantes.

CUADRO CRONOLÓGICO DE LOS OCHO PRIMEROS SIGLOS

Años	Sucesos generales	Oriente	Occidente
Hacia 95		Destierro de Juan en Patmos	*Carta* de Clemente
100-110		Muerte de Ignacio (hacia 107)	
110-120		Apologías de Cuadrato y de Arístides	
120-130	Gnosis de Basílides		
130-140	Gnosis de Valentín	Muerte de Papías de Hierápolis (130) *Epístola de Bernabé*	
140-150	Marción condenado (144)	*Didajé*	
150-160		Martirio de Policarpo (hacia 155)	Hermas, *El Pastor*
160-170			Martirio de Justino (hacia 165)
170-180	Montano inicia su predicación (172) Celso, *Discurso verdadero* contra los cristianos (178)	Taciano marcha a Oriente y funda la secta de los encratitas (172) Atenágoras, *Súplica* (hacia 177)	Mártires de Lyon (177)
180-190		Teófilo de Antioquía, *AAutólico* (183)	Mártires de Escilio en África (180) Ireneo de Lyon, *Contra las herejías*
190-200		Muerte de Melitón de Sardes (190)	Tertuliano, *Apologético* (197)
200-210		*Carta a Diogneto*	Tertuliano montañista (207) Martirio de Felicitas y Perpetua (203)
210-230	Sabelio condenado (217/222)	*Didascalía de los Doce apóstoles* Muerte de Clemente de Alejandría (hacia 215) y de Bardesanes (222)	
230-240		Gregorio el Taumaturgo, *Agradecimiento a Orígenes* (238)	Hipólito es deportado con el papa Ponciano (235)
250-260	Persecución de Decio	Pablo de Tebas, ermitaño Martirio de Orígenes (254)	Cisma novaciano (251) Martirio de Cipriano de Cartago (258)
260-270		Condena de Pablo de Samosata (268)	Querella de los dos Dionisios (260-263)
270-300	Porfirio *Contra los cristianos* (270-280) Muerte de Mani (275)	Antonio, ermitaño (hacia 270)	
300-310	Ultimas persecuciones, de Diocleciano, después la de Máximo Daia (303-311)		Lactancio, *Instituciones divinas* (306-313)

310-320	Edicto de Milán (313) Donato condenado en Roma (313)	Martirio de Pedro de Alejandría y de Metodio de Olimpo (311)	
320-330	Predicación de Arrio Victoria de Constantino sobre Licinio (324) Concilio de Nicea I (325)	Eusebio escribe su *Historia eclesiástica* (324)	
330-340	Inauguración de Constantinopla (330)	Concilio de Tiro (335), arriano Cirilo, ob. de Jerusalén (348)	
340-350	Concilio de Antioquía (341), arriano Concilio de Sárdica (343): fracaso	Ulfila, ob. délos Godos (341) Muerte de Afraates (345), de Pacomio (346)	
350-360	Concilios arrianos de Rímini y Seleucia (359)	Muerte de san Antonio (356)	Hilario, ob. de Poitiers (hacia 350)
360-370	Concilio "de los confesores" en Alejandría (362) Reinado de Juliano el Apóstata (362-363)	Macedonio predica contra la divinidad del Espíritu Santo (a partir de 360)	Martín de Tours funda Ligugé (361)
370-380	Predicación de Prisciliano Apolinar condenado por Roma (377)	Muerte de Atanasio y de Efrén (373), de Basilio de Cesarea (379)	Ambrosio, ob. de Milán
380-390	Edicto de Tesalónica (380): el cristianismo religión oficial Concilio de Constantinopla I (381) Mesalianos condenados en 383	Compilación de las *Constituciones apostólicas* (hacia 380) Gregorio Nacianceno, *Discursos teológicos* (380) Muerte de Cirilo de Jerusalén (387)	Peregrinación de Egeria (381-384)
390-400	Masacre de Tesalónica por orden de Teodosio	Muerte de Gregorio Nacianceno (390), de Diodoro de Tarso, de Gregorio de Nisa (394), de Evagro el Póntico (399)	Muerte de Ausonio (395) Jerónimo empieza la Vulgata (391)
400-410		Muerte de Juan Crisóstomo (407)	Honorato funda Lérins (hacia 400) Agustín, *Confesiones* (hacia 400)
410-420	Saco de Roma por Alarico (410) 1ª condena de Pelagio (411)	Asesinato de Hipatia (415)	Muerte de Jerónimo (419)
420-430		Muerte de Teodoro de Mopsuestia (427)	Muerte de Sulpicio Severo (420/425) Juan Casiano, *Colaciones* (420-429)
430-440	Teodosio II, *Código teodosiano* Concilio de Éfeso (431), contra Nestorio	Reconciliación de Cirilo de Alejandría con Juan de Antioquía (433)	Inicio de la misión de Patricio en Irlanda (432) Vicente de Lérins, *Commonitorium* (434)

440-451	"Latrocinio" de Éfeso (449) Concilio de Calcedonia (451), contra Eutiques	Teodoreto de Ciro, *Eranistés* (442)	León Magno, papa (440)
451-510	Rómulo Augústulo, último emperador de Occidente (476) El *Henoticon* de Zenón, emperador de Oriente, suprime Calcedonia (482)	Cisma de Acacio de Constantinopla (484-518)	Cesáreo, ob. de Arlés (503) Conversión de Clodoveo (507?)
510-530	Cierre de las escuelas filosóficas de Atenas: final simbólico de la Antigüedad (529) Benito funda la abadía de Monte Casino (hacia 529)		Boecio, *Consolación de la Filosofía* (524)
530-580	2ª edición del *Código justiniano,* integrado en el *Corpus iuris ciuilis* (534) Concilio de Constantinopla II contra los "Tres Capítulos" (553)	Cosmas Indicopleustés, *Topografía cristiana* (547) Muerte De Romano el Méloda (556)	Casiodoro, *Instituciones divinas* (hacia 540) Gregorio de Tours, *Historia de los Francos* (573)
s. VII-VIII	Conquista de Jerusalén por los Árabes (638) Concilio de Constantinopla III, contra el monotelismo (680-681) El emperador León III separa los Balcanes y el Sur de Italia de la jurisdicción romana (732-733) Concilio iconoclasta de Hiereia (754) Concilio iconófilo de Nicea II (787)	Muerte de Máximo el Confesor (662) Concilio Quini-Sexto (691-692) Muerte de Juan Damasceno (749)	Muerte de Gregorio Magno (604) Isidoro de Sevilla, *Etimologías* (633) Beda el Venerable, *Historia eclesiástica de los ingleses* (hacia 731)

LISTA DE LOS PAPAS Y EMPERADORES

PAPAS

Pedro	(30?-64)
Lino	(64?-76?)
Anacleto	(76?-88?)
Clemente	(88?-97)
Evaristo	(97-105)
Alejandro	(105-115)
Sixto I	(115-125)
Telesforo	(125-136)
Higinio	(136-140)
Pío	(140-154?)
Aniceto	(154?-166)
Sotero	(166-175)
Eleuterio	(175-189)
Víctor	(189-199)
Ceferino	(199-217)
Calixto	(217-222)
Urbano	(222-230)
Ponciano	(230-235)
Antero	(235-236)
Fabián	(236-250)
Cornelio	(251-253)
Lucio	(253-254)
Esteban I	(254-257)
Sixto II	(257-258)
Dionisio	(259-268)
Félix	(269-275)
Eutiquiano	(275-283)
Cayo	(283-296)
Marcelino	(296-304)
Marcelo	(308-309)
Eusebio	(309-310)
Melquíades	(310-314)
Silvestre	(314-335)
Julio	(337-352)
Liberio	(352-366)
Dámaso	(366-384)
Siricio	(384-399)...
Inocencio	(401-417)...
Celestino	(422-432)
Sixto III	(432-440)
León I	(440-461)...
Gelasio	(492-496)...
Símaco	(498-514)
Hormisdas	(514-523)...
Silverio	(536-537)
Vigilio	(537-555)...
Gregorio	(590-604)...
Honorio	(625-638)...
León II	(682-683)...
Esteban II	(752-757)...
Adriano	(772-795)

EMPERADORES

Tiberio	(14-37)
Calígula	(37-41)
Claudio	(41-54)
Nerón	(54-68)
Vespasiano	(69-79)
Tito	(79-81)
Domiciano	(81-96)
Trajano	(98-117)
Adriano	(117-138)
Antonino	(138-161)
Marco Aurelio	(161-180)
Cómodo	(180-192)
Septimio Severo	(193-211)
Caracalla	(211-217)
Severo Alejandro	(222-235)
Maximino Tracio	(235-238)
Decio	(249-251)
Valeriano	(253-260)
Galieno	(260-268)
Claudio II	(268-270)
Aureliano	(270-275)
Tácito	(275-276)
Probo	(276-282)
Caro	(282-283)
Diocleciano	(284-305)
Tetrarquías	(293-311)
Maximino Daia	(306-313)
Constantino	(306-337)
Constante	(337-350)
Constancio II	(337-361)
Juliano	(361-363)
Joviano	(363-364)
Valentiniano I	(364-375)
Valentiniano II	(375-392)
Graciano	(375-383)
Teodosio	(379-395)
Honorio	(395-423)
Arcadio	(395-408)
Teodosio II	(408-450)
Valentiniano III	(425-455)
Zenón	(474-491)
Basilisco	(475-476)
Justiniano I	(527-565)
Heraclio	(610-641)
Constante II	(641-668)
Constantino IV	(668-685)
Justiniano II	(685-711)
León III	(717-741)
Constantino V	(741-775
Constantino VI	(780-797)
Irene	(781-802)

ALGUNAS FECHAS DE LA RENOVACIÓN PATRÍSTICA Y DE LA RECEPCIÓN DE LOS PADRES

Siglos VIII-IX

Renacimiento carolingio en Occidente. *Libros carolinos.*

Juan Escoto, llamado Erígena, traduce al latín algunos Padres griegos.

"Segundo helenismo" en Oriente. Transliteración en mayúsculas de los manuscritos escritos en minúsculas. Antología de textos griegos clásicos y cristianos.

Focio, *Myriobiblon* o *Biblioteca:* resumen y crítica de algunas obras; algunas de ellas hoy están perdidas.

Siglo XII

Pedro Abelardo, en el *Sic et non* (1120), interpreta las disensiones entre los Padres.

Decreto de Graciano, comprende un Dossier patrístico (1179).

Glossa ordinaria, compilación de la exégesis de los Padres sobre toda la Biblia.

Pedro Lombardo, en el *Libro de las Sentencias* (1160) cita a los Padres como "autoridades" *(Líber Auctoritatum).*

Siglo XIII

Tomás de Aquino, *Cadena de oro sobre los cuatro Evangelios (Catena áurea),* que recopila las exégesis de los Padres.

Concilio de Lyon (1274) que trata de la unión con la Iglesia de Oriente.

Siglos XV-XVI

Concilio de Florencia (1438), realización inmediata de la unión con la Iglesia de Oriente, con preparación de importantes dossiers patrísticos. Papel del cardenal Bessarion.

Renacimiento: vuelta al texto original griego. Ediciones de Basilea. Aportación de Erasmo (+ l536).

Reforma: los reformadores afirman su concordancia con la Iglesia de los primeros siglos. *Centurias de Magdeburgo* (1559-1574).

Concilio de Trento (1545-1563). *Bibliotheca s. Patrum* de Marguerin de la Bigne (1575-1579)

Siglos XVII-XVIII

Jean Bolland funda en Bruselas en 1615 la Sociedad de los Bolandistas, que publica las *Acta sanctorum* en 63 vol. a partir de 1643.

Jean Gerhard, pastor luterano (fl637) crea la palabra "Patrología".

Jansenio, *Augustinus* (1640).

Luis-Sebastián Le Nain de Tillemont, Memorias para servir a la historia de los seis primeros siglos (1693-1712).

Ediciones de los Padres latinos y griegos por los Benedictinos de Saint-Germain-des-Prés (Mauristas).

Siglo XIX

Renovación filocálica en Rusia y en las Iglesias de Oriente después de la publicación de la *Philocalia de los Padres népticos* (en griego, en Venecia: 1782; en ruso en Moscú: 1793).

J. A. Móhler (1796-1838) pone en marcha en Alemania católica el retorno a los Padres de la Iglesia de cara a un diálogo ecuménico.

J. H. Newman (1801-1890) ayuda a redescubrir a los Padres en los *Bosquejos patrísticos* (1840).

Edición de las dos Patrologías, latina y griega, en 217 y 160 volúmenes respectivamente (1844-1866) por J.-P. Migne (1-1875).

Early Church Fathers, 38 vol. publicados a partir de 1867 en Edumburgo, luego en Nueva York.

Reorganización de la Sociedad de los Bolandistas por Ch. De Smedt (1876); aparición de la *Bibliotheca Hagiographica Latina* (o *BHL),* actualizada en 1911 (y en 1986).

Corpus de Bonn o *CSHB,* 50 volúmenes aparecidos entre 1828 y 1897.

Corpus de Vienne o *CSEL* (autores latinos), más de 90 vol. desde 1866.

Corpus de Berlín o *GCS* (autores griegos), más de 60 vol., desde 1897.

Texte und Untersuchungen zur Geschichte der altchristlichen Literatur (TU), colección iniciada en Leipzig por O. von Gebhardt y A. Harnack en 1883, más de 150 vol. al día de hoy.

Siglo XX

R. Graffin publica en París la *Patrología siríaca* en 3 vol. (1894-1926) y, con F. Ñau, la *Patrología oriental* (más de 50 vol. desde 1903).

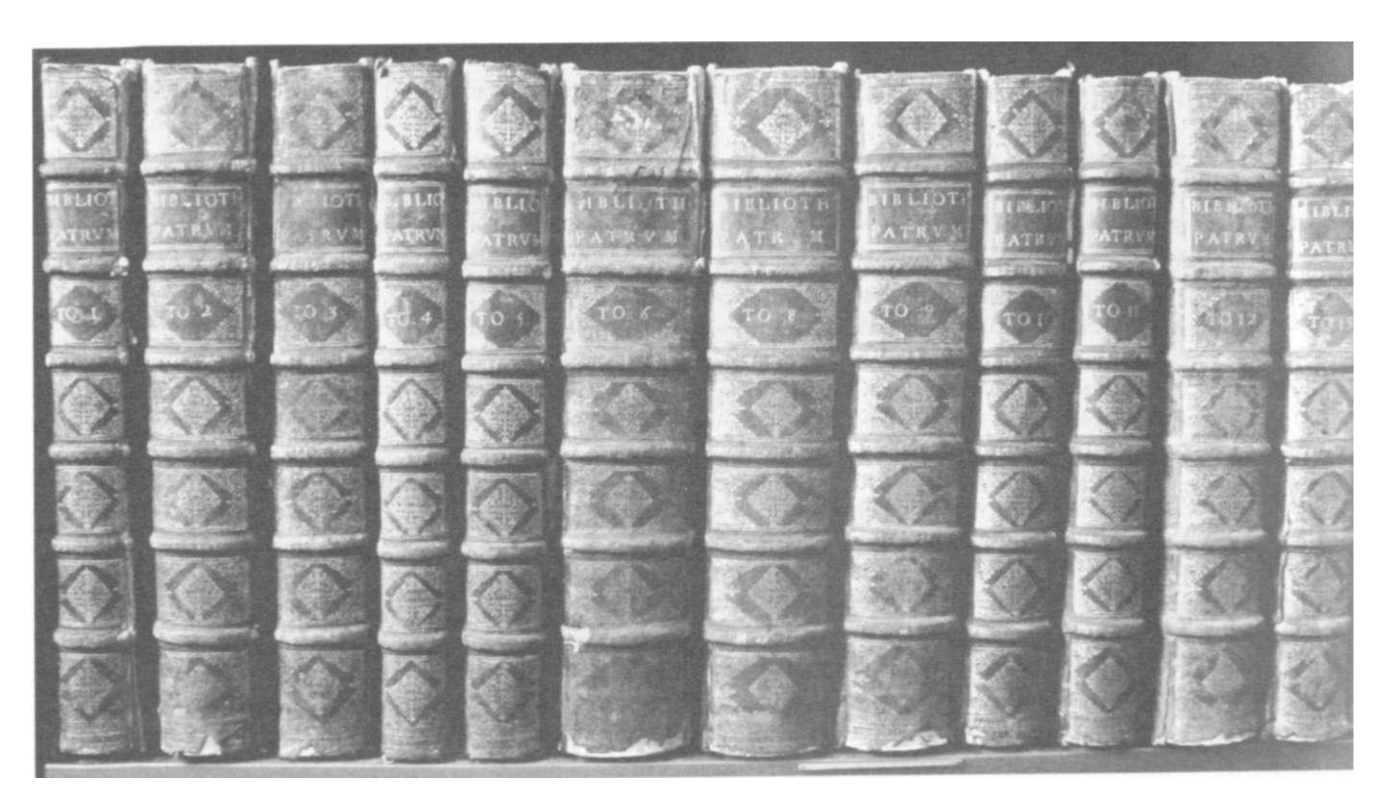
Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium o *CSCO,* más de 600 vol., aparecidos en Lovaina desde 1903.

Corpus Christianorum, Turnhout, más de 300 vol. desde 1947.

"Textos y documentos para el estudio histórico del cristianismo", por H. Helmer y P. Lejay, 1904-1914, 18 vol. aparecidos.

Sources Chrétiennes (más de 500 vol. desde 1941) colección inspirada por el padre Fotoynont, dirigida por Henri de Lubac y Jean Daniélou (luego por Claude Mondésert). Renovación de la teología patrística en Francia, especial contribución de de Lubac, Daniélou, Balthasar, Congar, Concilio Vaticano II (1962-1965).

Renovación patrológica universitaria en Francia, iniciada por Paul Monceaux y Pierre de Labriolle, y desarrollada por H.-I. Marrou (+ 1977).



La *Bibliotheca s. Patrum* de Marguerin de la Bigne.

GLOSARIO

ALGUNOS TÉRMINOS TÉCNICOS

Alegoría: texto o imagen que encierra un sentido oculto, más profundo. La imagen de la torre simboliza a la Iglesia, en el *Pastor.* Las dos esposas de Abrahán, según Pablo, significan la Sinagoga y la Iglesia.

Anacóresis: vida monástica solitaria. Sinónimo: eremitismo, vida de eremita.

Apocalíptica: género literario que tiene por objeto revelaciones o visiones referentes al futuro (escatología). Emplea la simbología en la que se mezclan los colores y los números.

Apocatástasis: doctrina herética que afirma el retorno de todo ser, inclusive el diablo, a la pureza original.

Apócrifo: texto "oculto", rechazado como no auténtico o no canónico.

Apología: discurso escrito para defender, justificar, a una persona o una doctrina, frente a interlocutores mal informados o frente a los detractores.

Apofática (teología -): pensamiento o lenguaje sobre Dios que insiste en lo que tiene de indecible, inexpresable, inaccesible; se habla también de "teología negativa", por oposición a una teología positiva o "catafática". El himno atribuido a Gregorio Nacianceno ("Oh tú, el más allá de todo", p. 83) es un modelo de expresión apofática.

Cenobitismo: vida monástica en común.

Circumincesión (o **perijóresis):** caracteriza las relaciones intratrinitarias, de modo especial la generación del Hijo por el Padre, que se realiza de un modo totalmente interior y por tanto sin hacer de menos a la divinidad ni comprometer su unidad.

Cisma: creación de una Iglesia mediante la separación de la Gran Iglesia.

Codex: forma antigua, manuscrita, del libro, especialmente referido a recopilación de leyes (de donde procede la palabra "código"): así el *Código teodosiano* o el *Código justiniano,* nombrados así por sus inspiradores.

Comunicación de los idiomas: apropiación por la persona de Cristo de las propiedades de la naturaleza divina o humana; por ejemplo, la capacidad de sufrir y de morir es comunicada a Dios Hijo por su Encarnación en la humanidad, el cual, sin embargo, por su divinidad es impasible e inmortal.

Consubstanciaal ***(homoousios):*** adjetivo que indica la identidad de naturaleza del Hijo con el Padre en su divinidad y con los hombres en su humanidad.

Diatriba: recurso oratorio o literario que da vivacidad, por ejemplo, poniendo en escena a un adversario ficticio, o respondiendo a preguntas mediante nuevas preguntas. La diatriba recurre frecuentemente en las personificaciones: el Pecado, la Muerte.

Doxología: fórmula final que da gloria *(doxa,* en griego) al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Economía: entre los teólogos griegos, a partir de Ireneo, significa el designio de salvación, respecto de los hombres, manifestado por la venida y la obra de Cristo; en cuanto es la relación de Dios con el mundo, la economía se distingue de la teología, que en este caso es entendida en sentido restringido, como pensamiento de Dios en sí mismo.

Epectasis: tensión, que, según Gregorio Niseno, tiene todo lo finito hacia la infinitud, del hombre hacia la plenitud que sólo Dios puede satisfacer, en un crecimiento sin límite.

Escatología: final y término de la historia de la salvación, que coincide con la vuelta de Cristo en gloria. Para el cristiano, la Iglesia es la última etapa del tiempo.

Exégesis: interpretación de las Escrituras.

Hagiografía: texto que ensalza a un santo.

Herejías: en su origen, doctrinas filosóficas; luego doctrinas profesadas por algunos cristianos condenados por la Iglesia.

Hesicasmo (de una palabra griega que significa "quietud"): espiritualidad oriental basada en la confianza en Jesús, la oración y el dominio de las pasiones.

Hipóstasis: término tomado de la filosofía griega para designar principalmente, al principio del siglo IV, la esencia o la substancia en general; luego, la persona individual. De ahí los numerosos malentendidos en el siglo IV y todavía en el siglo V.

Monacato o **monaquismo:** estado de vida de los monjes y monjas que viven "solos con el Solo" (*monos*, en griego).

Mistagogia: Iniciación en los misterios.

Misterio: revelación y vida sacramental que precisa de una iniciación.

Ecuménico (del griego *oikoumené ge,* "tierra habitada"): Designa de modo especial un conciliio que se reúne, en vista de la unidad; las Iglesias del mundo entero que están en comunión entre ellas.

Ortodoxo: antes del gran cisma de 1054 que divide "católicos" y "ortodoxos", designa todo lo que es conforme a la "recta doctrina" *(prté doxa,* en griego) de la Iglesia aún no dividida.

Pentarquía: Comunión de los cinco patriarcados (Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Jerusalén).

Pneumatología: teología del Espíritu Santo *(pneuma,* en griego).

Soteriología: teología de la salvación.

Teología de la historia: interpretación global de los acontecimientos temporales, a la luz de Cristo y de su revelación.

Teofanía: aparición divina o manifestación sensible de Dios, en forma humana o angélica. Dios se presenta a Abrahán como un caminante.

Tipología: interpretación del Antiguo Testamento como "tipo" o figura que anuncia el Nuevo.

PRINCIPALES FILOSOFÍAS ANTIGUAS

La Iglesia antigua estuvo influenciada por la cultura filosófica profana, mezclando a veces de un modo confuso tres corrientes principales:

Aristotelismo: Filosofía, llamada también peripatética, de Aristóteles (384-322), preceptor de Alejandro Magno. Está fundada sobre la observación y la razón. Según ella Dios es, en cierto modo, el alma del mundo, el cual es coeterno como él. Ejerce una influencia limitada sobre la antigua Iglesia.

Platonismo y **neoplatonismo:** Platón (427-348), nacido en Atenas, discípulo de Sócrates. Su filosofía, percibida como idealista, distingue el mundo sensible y el mundo de las Ideas. El alma sola es una emanación de la divinidad que ella espera reencontrar.

Plotino (204-270) renovó el sistema en Alejandría. Según él el hombre pertenece por el cuerpo al mundo sensible, por su alma al mundo divino, que él puede reencontrar mediante la purificación, la meditación, el éxtasis, uniéndose así al Único supremo. Uno de sus discípulos, Porfirio, autor de la *Isagoge,* la introducción más extendida a las *Categorías* de Aristóteles, escribió *Contra los cristianos* en los años 270.

Estoicismo: Filosofía griega que se remonta a Zenón (342-270), enseñada bajo el Pórtico *(stoa)* de Atenas. Dios es el principio activo, el espíritu ígneo del mundo. Todos los seres forman partículas de un Todo homogéneo ("todo conspira"), dirigido por el alma cósmica y regido por las leyes inmutables. El universo, constituido por los cuatro principios (fuego, aire, agua, tierra) se acabará en una conflagración cósmica antes de renacer para un nuevo ciclo, indefinidamente. Filosofía cuyo rigor moral influyó en las primeras generaciones cristianas, sobre todo en Tertuliano.

PRINCIPALES RELIGIONES PAGANAS ANTIGUAS

Cibeles: Diosa de la antigua Frigia, "madre de los dioses", diosa de la fecundidad, venerada en Éfeso; luego su culto fue llevado a Roma antes del 204 a. C, frecuentemente unido al de Attis.

Maniqueísmo: Religión predicada por Mani o Manes (216-277), nacido en Mesopotamia, que se extendió por Extremo Oriente y por Occidente. Inspirada de modo particular en los márgenes del judaismo y del cristianismo, se asienta sobre un dualismo radical que opone dos principios antagonistas: luz y tinieblas, bien y mal (unido a la materia).

Mitra: Dios iraní, de origen indo-persa (1300 a.C). Su culto se extendió en Asia Menor y en el imperio romano (siglo I de nuestra era). Religión astral, festejaba al *sol invictus*

(sol invicto) en el solsticio de invierno, que, una vez cristianizado, dio lugar a la fiesta de Navidad.

Politeísmo greco-romano: Politeísmo antropomórfico, que veneraba al Panteón de los dioses: doce divinidades olímpicas; luego a una turba de dioses y de diosas, finalmente a divinidades inferiores, que servían a las otras (como Iris, mensajera de Zeus). Los Romanos identificaron las divinidades griegas con sus propias divinidades: Zeus se convirtió en Júpiter, etc.

Religiones mistéricas: Organizadas en asociaciones iniciáticas de hombres y mujeres, que practicaban los ritos secretos y permitían entrar en comunión con su dios. Los principales misterios griegos eran los de Eleusis y los misterios órficos (y también Attis, Isis, Cibeles, Mitra).

PRINCIPALES HEREJÍAS ANTIGUAS

Adopcionismo: doctrina monarquiana (ver más abajo), atribuida a Pablo de Samosata en el siglo III y a Fotino de Sirmio, en el siglo IV, según la cual Jesús no era más que un hombre, adoptado por el Padre en su bautismo y habitado por el Verbo divino.

Anhomeísmo: radicalización del arrianismo por Aecio (+ 370) y Eunomio (+ 395), para quien el Hijo no es semejante *(anomoios)* al Padre; es engendrado, por tanto creado.

Apolinarismo: error de Apolinar de Laodicea (siglo IV), según el cual el Verbo de Dios reemplaza al espíritu humano de Cristo.

Arrianismo: herejía de Arrio (250-336) que niega la plena divinidad en Cristo: Jesús es una creatura del Padre. Condenado en Nicea I (325).

Docetismo: (del griego *dokeó,* "parecer"): doctrina según la cual la humanidad de Cristo es sólo aparente; fue sustituido en la cruz por algún otro.

Donatismo: cisma de Donato, en Cartago, que rechaza a los que habían fallado durante la persecución de los años 304-305.

Ebionitas: judeo-cristianos para quienes Jesús es simplemente hijo de José (una especie de adopcionismo no monarquiano, sin creer en ninguna divinidad del Hijo).

Encratismo (de un término griego que significa "continencia"): ascesis excesivamente rigurosa que incluía de modo especial la prohibición del matrimonio y el comer carne.

Gnosticismos: sistemas heterodoxos que ponderan la salvación por medio de la "ciencia" revelada (gnosis), reservada a algunos. Los gnósticos profesan un dualismo radical entre el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos y afirman la pretendida revelación de emanaciones a partir del Dios bueno y de un principio malo (este último más o menos identificado con la materia) cuyo resultado es el mundo actual.

Homeanos: partidarios de un arrianismo (favorecido por algunos emperadores) según el cual el Hijo es simplemente "semejante" (*homoios)* al Padre, sin ser igual a él ni consubstancial.

Homeusianos: una buena parte de los obispos del siglo IV, buscando un compromiso entre los que defendían el *homoousios* de Nicea (el Hijo es "de la misma naturaleza" que el Padre) y los arrianos, proponían la fórmula del *homéoousios* (el Hijo es "de naturaleza semejante" al Padre).

Iconoclasia: movimiento religioso "destructor de imágenes" (del 725 al 842) según el cual Dios no puede ser representado por una imagen o icono. Condenado en NICEA II (787).

Marcionismo: doctrina de Marción (+ 360) que al Demiurgo vindicativo del Antiguo Testamento opone el Dios bueno revelado en Cristo y, en consecuencia, no acepta más que el Evangelio según san Lucas y algunas cartas de Pablo.

Mesalianos: monjes cismáticos de Oriente que, al final del siglo IV, consideraban que la salvación sólo está en la oración (para ellos, Iglesia y bautismo no tienen ninguna importancia).

Modalismo: herejía según la cual Padre, Hijo y Espíritu no son tres personas distintas, sino tres modos de acción o aparición de Dios (ver sabelianismo).

Monarquianismo: doctrina según la cual Dios es "único príncipe" (doctrina ortodoxa) y por tanto unipersonal (doctrina herética modalista).

Monofisismo: doctrina profesada por Eutiques, monje de Constantinopla (378-454), que no admite en Cristo más que una naturaleza (divina); la naturaleza divina absorbió la naturaleza humana. Condenado en el concilio de Calcedonia (451).

Monotelismo: herejía de Sergio (t638) quien afirma que en Cristo hay sólo una voluntad (la divina). Condenado en Constantinopla III (680-681).

Montañismo: profetismo de Montano de Frigia (s. II) quien, al rechazar toda autoridad de la Iglesia, enseña una

encarnación del Espíritu en él mismo y la vuelta próxima de Cristo.

Nestorianismo: herejía atribuida a Nestorio, quien distingue las dos naturalezas, divina y humana, en Cristo hasta el punto de ver en él dos personas. Condenado en el concilio de Éfeso (431).

Patripasianismo: doctrina que aparece en el siglo III; según ella Dios Padre ha sufrido la Pasión, pues se confunde con el Hijo.

Pelagianismo: doctrina de Pelagio (354-427); según él, cada hombre, libre del pecado original, puede salvarse a sí mismo sin Cristo.

Pneumatómacos: adversarios de la divinidad del Espíritu Santo, siguiendo la doctrina de Macedonio (f362); condenados en Constantinopla I (381).

Priscilianismo: doctrina de Prisciliano (354-427), durante un tiempo obispo de Ávila en España; mezcla el monarquianismo (con oposición del Dios del Antiguo Testamento al del Nuevo), docetismo y encratismo.

Sabelianismo: doctrina modalista de Sabelio, y también de Noeto y Práxeas en el siglo III, más tarde, en el siglo IV, de Marcelo de Ancira, según el cual no hay distinción entre el Padre y el Hijo.

Subordinacianismo: toda teología que afirma que el Hijo está subordinado al Padre, es inferior a él; el arrianismo es un subordinacianismo.

Teopasquismo: a partir del siglo V, doctrina de la "muerte de Dios" (una de las fórmulas es "el uno de la Trinidad ha sufrido en la carne"), herética (y comparable con el patripasianismo) si se aplica a la naturaleza divina; ortodoxa, si se aplica a la persona del Hijo.



La colección "Sources chrétiennes", en Lyon.

EL JUDAÍSMO ANTIGUO

Hay que distinguir entre:

• **Judíos**

- de Palestina, que permanecen en la Tierra santa
- de la diáspora o helenistas: judíos dispersos entre los paganos

• **no judíos**

- prosélito: no judío integrado mediante la circuncisión
- temeroso de Dios: no judío que acepta la fe monoteísta
- *goyim* en general: incircuncisos, naciones, "gentiles", paganos.

Jesús visto por el historiador judío Flavio Josefo, hacia el 90.

Por aquel tiempo existió un hombre sabio, llamado Jesús, (si es lícito llamarlo hombre); porque realizó grandes milagros y fue maestro de aquellos hombres que aceptan con placer la verdad. Atrajo a muchos judíos y muchos gentiles. Era el Cristo.

Delatado por los principales responsables de entre los nuestros, Pilato lo condenó a la crucifixión. Aquellos que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo, porque se les apareció al tercer día de nuevo vivo; los profetas habían anunciado éste y mil otros hechos maravillosos acerca de él. Desde entonces hasta la actualidad existe la agrupación de los cristianos que de él toma nombre.

Antigüedades judías, 18,63-64

BIBLIOGRAFÍA

Para leer a los Padres de la Iglesia, la bibliografía más reciente sobre cada autor se encuentra normalmente en el *Dictionnaire encyclopédique du christianisme anden* (DECA), Cerf, París, 1990, que en 2 volúmenes presenta secciones sobre todos los temas: los Padres, los textos, las institucio-nes, la liturgia, el derecho, la arqueología, la iconografía, la exégesis, la filosofía, etc.

También se encontrará una bibliografía en cada uno de los volúmenes de las colecciones que presentan las obras de los Padres traducidas a lenguas modernas.

LOS TEXTOS DE LOS PADRES

Los textos originales, en griego, en latín o en siríaco, se pue-den consultar en la lengua original en la Patrología *de Migne y en algunas de las colecciones mencionadas en la pg. 144.*

Sources chretiennes. Ediciones du Cerf, París.
Es ya una colección clásica. Fundada en 1941 por los je-suítas de Lyon para dar a conocer el patrimonio sobre to-do griego de la Iglesia, ha publicado en 65 años más de 500 volúmenes, con el texto original y la traducción francesa. Sources chretiennes está en la línea de la colección Budé de los clásicos griegos y latinos. Presenta un texto nueva-mente restablecido críticamente. Las introducciones y no-tas pretenden responder a los criterios actuales de erudi-ción.

Algunas traducciones han reaparecido en las colecciones "Sagesse chrétiennne" y "Foi vivante", en Cerf.

Bibliothéque augustiniennne
Instituto de Estudios agustinianos, París.
Texto original con introducción y traducción de todas las obras de san Agustín. Más de 75 volúmenes aparecidos so-bre los 89 previstos.

Colección de las Universidades de Francia,
o **colección "Budé".** Les Belles Lettres, París
Esta renombrada colección ofrece una introducción, una edición crítica del texto original y una traducción anotada, de todos los autores de la Antigüedad, incluidos algunos Padres, de modo especial sus cartas y sus poesías.

Ichtus. Lettres chrétiennnes.
En 1957 empezó a aparecer una colección de traducciones de textos de los Padres. Han aparecido trece volúmenes que aportan un verdadero dossier sobre los temas esencia-les de la fe. Los volúmenes agotados están en vía de reedi-ción en las Editions Migne, París.

Les Peres dans la foi. Editions Migne, París.
Esta colección pretende ser la continuación de su antepa-sada Ichtus. Presenta el texto original de las grandes obras de espiritualidad y teología de los Padres de la Iglesia, en el sentido amplio de la palabra, con un plan de trabajo per-sonal. Más de 90 volúmenes.

Bibliothéque. Editions Migne, París.
Esta colecciónm está abierta a los textos mayores, de di-mensiones amplias, a las obras completas de un autor, o a dosieres que reagrupan lo esencial de la literatura sobre un tema fundamental. 3 vol.

INICIACIÓN Y PROFUNDIZACIÓN

Manuales

- B. ALTANER, *Précis de Patrologie,* nueva traducción francesa, Salvator, Mulhouse, 1961.
- J. FONTAINE, *La Littérature latine Chrétienne,* col. "Que sais-je?", PUF, París, 1971.
- A.-M. MALINGREY, *La Littérature grecque chrétienne,* "Que sais-je", PUF, París, 1968.
- A.-G. HAMMAN, *Dictionnaire des Peres de l'Église,* Des-clée De Brouwer, París 1979[3]; recogido en *Les Peres de l'Église,* "Les Peres dans la foi" 1, 2000 (retratos de los principales Padres).

- J. LIÉBAERT et M. SPANNEUT, *Les Peres de l'Église, 2* vol., Desclee De Brouvver, París, 1986 y 1990 (de carácter sobre todo teológico).
- B. DE MARGERIE, *Introduction á l'histoire de l'exégese,* 4 vol. Cerf, París, 1980-1990.
- Cl. MONDÉSERT, *Lire les Peres de l'Église dans Sources chrétiennes,* Cerf, París, 1988.
- G. PETERS, *Lire les Peres de l'Église,* DDB, París, 1981.
- J. QUASTEN, *Initiation aux Peres de l'Église,* Cerf, París, 1955-1987, 4 vol. La mejor presentación de conjunto, con textos.
- M. VALLERY-RADOT, *L'Église des premiers siécles,* Perrin, París, 1999.
- H. VON CAMPENHAUSEN, *Les Peres grecs* (trad. O. Marbach) et *Les Peres latins* (trad. C.-A. Moreau), Orante, París, 1963 y 1967.

Doctrina y teología espiritual
- G. BARDY, *La Vie spirituelle d'aprés les Peres des trois premiers siécles,* revisado por A.-G Hamman, Desclée et Cié, 2 vol., 1968 (con abundantes textos).
- L. BOUYER, *La Spiritualité du Nouveau Testament et des Peres,* Aubier, París, 1960 (análisis de las grandes corrientes espirituales).
- O. CLEMENT, *Sources: les mystiques chrétiens des origins. Textes et commentaires,* Stock, París, 1982.
- A. GRILLMEIER, *Le Christ dans la tradition chrétienne,* t.I: *De l'áge apostoloque au concite de Chalcédoine (451),* "Cogitatio fidei" 230, Cerf, París, 2003 (técnico).
- J. N. D. KELLY, *Initiation a la doctrine des Peres de l'Église,* Cerf, París, 1968 (estudio teológico técnico, pero utilizable).
- B. MEUNIER, *La Naissance des dogmes chrétiens,* Ed. de l'Atelier, París, 2000.
- B. SESBOÜÉ et J. WOLINSKI, *Histoire des dogmes,* 1.1: *Le Dieu du salut,* Desclée De Brouwer, París, 1994.

Contexto histórico de la Iglesia
- J. COMBY, *Pour lire l'Histoire de l'Église,* 1.1, Cerf, París 1986. Hay traducción española en EVD, 2005.
- J. DANIÉLOU et H.-I. MARROU, *Nouvelle histoire de l'Église,* 1.1: *Des origins á Grégoire le Grand,* Seuil, París, 1963 (la 2ª parte resulta más legible).
- J. LOEW et M. MESLIN (din), *L'Histoire de l'Église par elle-méme,* Fayard, París, 1978, p. 1-137 (hace hablar a los textos).
- J.-M. MAYEUR *et alii, Histoire du christianisme,* t. 1-3, Desclée De Brouwer, París, 1995-2000.

Historia de los concilios
- G. ALBERIGO (dir.) *Les Concites oecuméniques,* Cerf, París, 1994: t. I: *L'Histoire* (Iª parte por L. PERRONE); t. II-1. Les Décrets: de Nicée I á Latran V.
- J.-R. PALANQUE et J. CHELINI, *Petite histoire des grands concites,* Desclée De Brouwer, París, 1962.
- R. METZ, *Histoire des concites,* "Que sais-je?", n° 1149, PUF, París, 1964.
- G. DUMEIGE, (din), *Histoire des concites oecuméniques* (12 volúmenes con dossier complementario), Orante, París, 1963-1978.
- B-MEUNIER, *Les Premiers Concites de l'Église.* Un ministére d'unité, Profac, Lyon, 2003.

Obras de consulta
- A. DUÉ, *Atlas historique du christianisme,* Cerf, París, 1998.
- A. BLAISE, *Dictionnaire latin-frangais des auteurs chrétiens,* Brepols, Turnhout, 1954, posteriormente con *addenda et corrigenda* en 1967.
- G. W. H. LAMPE, *A Patristic Greek Lexicón,* University Press, Oxford, 1961 (excelente instrumento de trabajo; referencias precisas; indispensable para el trabajo de semántica).
- Concordance de la Bible de Jérusalem, Cerf. Brepols, Paris-Turnhout, 1982.
- Vocabulaire de théologie biblique, Cerf, París, 1964.

Curso por correspondencia "Nos racines"

Es una iniciación a los Padres de la Iglesia, con cursos y deberes corregidos, en cuatro años. Información en **www.migne.fr/Nos_Racines.htm** o dirigirse a la Asociación J.-P. Migne, 17, rué d'Alembert, 75014 París.

Revista *Connaissance des Peres*

Artículos de vulgarización escritos por especialistas, en números consagrados a temas o autores concretos. Más de cien números a partir de 1981; actualmente en Éditions Nouvelle Cité.

EDICIONES DE LOS TEXTOS PATRÍSTICOS EN LENGUA ESPAÑOLA

- **Colección de los Padres de la "Península ibérica":** es la "Scriptores Ecclesiatici Hispano-Latini Veteris et Media Acvi (SEHL), iniciada en 1934 en el monasterio de El Escorial. Hoy (desde 1959) su referencia es "Studia Patrística" e incluye Padres no españoles.
- La colección **Excelsa** se inició en Madrid, el año 1940; terminó en 1947. Publicó 32 volúmenes, con la traducción castellana de los textos.
- La **Biblioteca de Autores Cristianos** (BAC) no es exclusivamente patrística, pero en ella se han publicado abundantes escritos de los Santos Padres.

La **colección Neblí:** Clásicos de espiritualidad, iniciada e 1956 bajo la dirección de J. M. Casciaro, tiene también publicados varios volúmenes de escritos de los Santos Padres.

La **Editorial Ciudad Nueva,** Madrid, nacida en 1964, presta atención especial a los escritos de los Santos Padres y a la literatura cristiana de los primeros siglos. La colección "Fuentes patrísticas" ofrece los textos en edición bilingüe (21 volúmenes hasta la fecha); la "Biblioteca patrística" ofrece la traducción de los textos patrísticos debidamente seleccionados, acompañada de una amplia introducción y notas (74 volúmenes hasta la fecha). En esta misma editorial hay otras colecciones en torno a los escritos de los Santos Padres.

La Col. **Clàssics del Cristianisme,** dentro de la col. Bernat Metge de la Facultad de Teología de Cataluña, ha publicado algunos volúmnes con obras de los Santos Padres.

ÍNDICE DE LOS PRINCIPALES NOMBRES DE PERSONAS O DE OBRAS

ÍNDICE DE MAPAS, LISTAS Y RECUADROS

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

índice general